

MARIA R. GARCIA-DONCEL



EL MODELO
FEMENINO
en
JANE EYRE



WILHELM GARCÍA DONCEL HERNÁNDEZ

EL MODELO FEMENINO EN JANE EYRE



Editor: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

I.S.B.N.: 84-7786-954-2

Depósito Legal: CA-231/88

SERVICIO DE PUBLICACIONES

Imprenta: Industrias Gráficas, S.A. (U.S.A.)

Printed in Spain

1988

Hércules, 13, Cádiz

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
I.S.B.N.: 84-7786-954-5
Depósito Legal: CA-221/88

Imprime: Industrias Gráficas Gaditanas, S. A.
Hércules, 13, Cádiz.

Printed in Spain

M^a DEL ROSARIO GARCIA-DONCEL HERNANDEZ

EL MODELO FEMENINO EN JANE EYRE



SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ
1988

M. DEL ROSARIO GARCIA-DONCEL HERNANDEZ

EL MODELO FEMENINO EN JANE EYRE

A José Joaquín



Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
I.S.B.N. 84-7706-954-5
Deposito Legal: CA-271/88

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ
Cádiz, 11. España

1988

Printed in Spain

INDICE

	Página
PROLOGO	7
INTRODUCCION	11
PANORAMA SOCIO-POLITICO DEL PRIMER PERIODO VICTORIANO	17
PARTE I: LA NOVELA	33
CAPITULO 1: SEXUALIDAD	35
CAPITULO 2: MATRIMONIO	59
2.1. Valoración y modelo de matrimonio	59
2.2. Condicionantes en la elección del cónyuge	85
2.3. Figura del marido	104
CAPITULO 3: TRABAJO	123
CAPITULO 4: EDUCACION	147
PARTE II: MARCO HISTORICO-SOCIAL DE LA NOVELA	185
CAPITULO 5: ACTITUDES VICTORIANAS	187
5.1. Introducción	187
5.2. Sexualidad	195
5.3. Matrimonio	210
5.4. Trabajo	232
5.5. Educación	247
PARTE III: CONCLUSIONES	261
BIBLIOGRAFIA	267



PROLOGO

Sin caer en idealismos que la experiencia se ha encargado de desmentir, aún es posible albergar la creencia en que al artista el rasgo diferenciador que más fielmente lo caracteriza es el de catalizador de las vivencias colectivas de la época que le ha tocado vivir. La historia de la literatura en este sentido es altamente reveladora, y no deja uno de sorprenderse, por más que lo haya comprobado, de la intuición profunda que autores que apenas han salido de la adolescencia muestran, de su percepción de la sustancia misma de los problemas permanentes del hombre, cuando todavía no han tenido ocasión de sentir la inquietud que provocan las contracciones y vacilaciones del mundo circundante. En las obras de juventud de Shakespeare, por ejemplo, nos encontramos con descripciones de pasiones, ambiciones, odio y amores que sobrecogen por un hondo conocimiento del alma humana y por su comprensión de los conflictos que generan el ensamblaje y acoplamiento de los intereses más primarios de la persona. Son autores como Shakespeare los que hacen que admitamos la intuición como uno de los principios en los que se fundamenta la experiencia literaria y los que nos inclinan a aceptar que la naturaleza del artista es especialmente sensible para captar la sabiduría que se acumula en el colectivo anónimo de sus contemporáneos. Incluso el aislamiento del ajetreo social no le impide al escritor ni a su esencia porosa filtrar las tendencias, errores y aciertos más palpitantes de su época. El lector de Cumbres Borrascosas no puede dejar de admirar la intuición de la joven autora que, desde su reclusión en los páramos de Yorkshire, fue capaz de adivinar la índole sublimemente satánica y divina del amor, sin que el anecdotario biográfico de Emily Brontë nos dé la explicación de tan insólito portento.

El artista ve el mundo desde un prisma sintetizador y subjetivo

vo, es cierto, como igualmente lo es el que todos participamos un poco de esa misma visión, sin embargo, la percepción es más intensa en el creador, razón por la que el estudio de los componentes sociales y culturales de la literatura revela matices a veces insospechados del quehacer del hombre. El libro de María García-Doncel parte de estas premisas y supone, por tanto, una opción teórica que se enmarca en la tradición que toma la literatura como el exponente más significativo de una cultura, sin negar por ello el ámbito estético en el que discurre la creación literaria. Charlotte Brontë tuvo una especial sensibilidad para percibir los problemas de su época, no sólo los que le afectaban más de cerca, como podrían ser la falta de incentivos que encontraba la mujer inteligente y emprendedora de mediados del siglo diecinueve o la implacable y esterilizante estratificación social, sino también aquellos otros que aparentemente podrían caer fuera de su demarcación vivencial: las luchas desesperadas e inútiles de los «luditas», la denuncia de las diferencias regionales, particularmente entre el sur y el norte de Inglaterra, aspectos que la autora trata en Shirley, o el microcósmico mundo de tensiones, afectos y desavenencias que se generan en la enseñanza y se nos describe en Villette.

El estudio de García-Doncel se centra en la novela más conocida de Charlotte Brontë, Jane Eyre, y rastrea los temas que más directamente podrían afectar a una mujer de la primera mitad del siglo diecinueve. El método que sigue es el más adecuado en estos casos: se analiza en primer lugar el tratamiento que esos temas reciben en la novela, análisis que no se reduce a una mera paráfrasis de la narración, sino que descubre matices sólo aparentes en una lectura pormenorizada y erudita del texto. De este modo se le ofrece al lector un cuadro objetivo y exacto de la posición ideológica y cultural de Charlotte Brontë ante materias de tanta actualidad en esa época como son la sexualidad, el matrimonio, el trabajo, educación y cultura. A través de esta primera exposición se va manifestando la actitud de la autora de Jane Eyre ante la vida y ante los cambios culturales de su tiempo, su posición de rebeldía y de conformismo frente a costumbres muchas veces hipócritas e injustas, a la vez que se ponen de manifiesto las limitaciones que el ambiente impone a la intuición artística, por muy genial que esta sea. En la segunda parte se contrastan las opiniones personales de Charlotte Brontë, tal co-

mo se entrelazan en la acción y personajes de Jane Eyre, con las corrientes culturales más descollantes de la época, de manera que el lector pueda apreciar el alcance de la obra en su contexto histórico y social. En esta segunda parte, especialmente, se evidencian la capacidad de trabajo y dotes de síntesis de García-Doncel así como su destreza para relacionar información aparentemente indiferente, puesto que sabe elegir y seleccionar aquellos datos y autores que mejor resalten la originalidad y aportación cultural de Charlotte Brontë.

Un trabajo como el presente cubre dos vertientes difícilmente alcanzables en la crítica literaria; por una parte, significa una estimable aportación para entender correctamente una novela como Jane Eyre, que con frecuencia se entiende sólo como una mezcla de narración romántica e ingredientes de novela gótica, olvidando el acentuado componente social de la misma. Por otro lado, este libro representa un documento inestimable para el sociólogo e historiador que pretenda comprender en todas sus facetas los difíciles años en los que la sociedad inglesa termina por acoplarse a los cambios estructurales que las nuevas condiciones de trabajo y producción, originadas en las innovaciones tecnológicas de finales del dieciocho y principios del diecinueve, han provocado en su sistema de convivencia. La literatura, en este sentido, ha representado siempre un testimonio único como reflejo de la evolución social, no siempre aceptado en toda su amplitud por otros profesionales de las ciencias humanas, y que este libro se encarga de demostrar.

El libro de la profesora García-Doncel significa una revalorización de Jane Eyre en tanto que documento social que sirve de soporte a una de las creaciones literarias más seductoras del siglo diecinueve inglés. Significa de igual modo el afianzamiento de una manera de encararse a la literatura que le hace a uno ser optimista con respecto al futuro de la crítica de la literatura inglesa en nuestro país.

FRANCISCO GARCIA TORTOSA

INTRODUCCION

La aproximación al estudio de un texto literario tan conocido como *Jane Eyre*, probablemente la más popular de las novelas de Charlotte Brontë, presenta, junto a indudables ventajas, serias dificultades. Entre las primeras, no es la menor la existencia de una amplia bibliografía, que abarca desde los análisis críticos sobre el relato, en los que han sido abordados, con gran variedad de perspectivas, muchos de los aspectos relevantes del mismo y algunos que no lo parecen tanto, hasta las investigaciones biográficas sobre la autora, que han aportado una buena cantidad de datos sobre los hechos, lugares y personas que podrían resultar de interés para un mejor entendimiento de su obra. La disponibilidad de este potencial bagaje informativo produce inicialmente en el crítico neófito una notable sensación de seguridad. Le parece que va a transitar por un camino que ya ha sido desbrozado de los principales obstáculos y que, por ello, estará a salvo de los riesgos de error que acechan a quienes osan la aventura del descubrimiento. A medida que va desmenuzando su material, sin embargo, la primera impresión comienza a transmutarse en su contraria: le asalta ahora la idea de que todo está dicho, en relación con el tema de su interés, y que, por tanto, ha de ser extraordinariamente difícil aportar alguna idea original, algo que no sea una vana repetición de las palabras de quienes le han precedido. Afortunadamente, antes de que el desánimo tome cuerpo de modo definitivo, abortando la empresa recién iniciada, el aspirante a crítico cae en la cuenta de que se ha dicho tanto que las afirmaciones abarcan prácticamente el campo de lo imaginable y, así, las

apreciaciones de unos y otros, sobre un mismo aspecto, son, con frecuencia, contradictorias entre sí. En efecto, tras una primera etapa, la de los analistas coetáneos de Charlotte, caracterizada predominantemente por una actitud de rechazo basada en razones morales, la crítica posterior se muestra mucho menos homogénea.

Por lo que se refiere al prototipo femenino que la novela propone, las valoraciones van desde su descalificación por reaccionario y convencional hasta la consideración de Charlotte Brontë como un hito, de mayor o menor importancia, en la historia de la emancipación de la mujer, pasando, justo es decirlo, por una variada gama de posiciones intermedias.

De modo que, después de todo, parece que aún es posible hacer alguna aportación al esclarecimiento de un tema que, por otra parte, tampoco, hasta donde nosotros conocemos, ha sido abordado de un modo específico. Probablemente esta aportación no pueda consistir en alcanzar conclusiones que no estén ya recogidas de forma dispersa, aquí y allá, en los escritos de quienes se han propuesto en primer término un diferente objetivo. Pero, desde luego, sí puede y debe consistir en que las conclusiones sean tales, en su estricto sentido lógico, y no intuiciones más o menos felices; es decir, que se deriven razonable y coherentemente de una aproximación sistemática al texto, capaz de ofrecer una cierta garantía de objetividad.

Puesto que el método de trabajo tiene una importancia crucial, pasaremos a exponerlo con detalle.

El fin que se pretende es la evaluación de la modernidad de la novela en el tratamiento de la mujer, esto es, la elucidación de aquellos aspectos que, en lo referente a la concepción de la mujer y a la definición de su papel, supongan una quiebra de la visión dominante en la época y clase social de la autora, y la valoración de la importancia de los mismos.

A fin de ubicar al lector en la época nos ha parecido necesario dedicar unas páginas introductorias al esbozo general de los grandes movimientos políticos, sociales y religiosos del período.

Una vez trazado este marco de referencia general, el estudio realizado podría resumirse en los pasos siguientes:

1.—Configuración del modelo femenino subyacente en la novela

Hemos tratado de concretar los perfiles del mismo en relación con los siguientes temas, elegidos por su carácter central en la delimitación del rol femenino en todas las épocas y culturas:

- Sexualidad.
- Matrimonio, que a su vez hemos dividido en tres apartados:
 - Valoración y modelo de matrimonio.
 - Condicionantes en la elección del cónyuge.
 - Figura del marido.
- Trabajo.
- Educación.

Quizás resulte obvio, pero es al mismo tiempo ineludible, asentar, ya desde aquí, que el modelo femenino está constituido, sin duda, por Jane. No puede ser de otra forma en una novela cuya peculiaridad formal más llamativa es el hecho de que el mundo nos es presentado, exclusivamente, a través de la visión de su protagonista, que es a la vez la narradora. Una narradora que, además, en ningún momento pretende ser imparcial, sino que muestra sin recato sus simpatías y antipatías incluso antes de que los hechos le proporcionen una base objetiva para ello, que busca claramente la complicidad del lector en sus frecuentes apartes con él, un privilegio que, como es lógico, sólo ella ostenta, y hasta tiñe las descripciones físicas de juicios valorativos. En estas condiciones, es evidente que Jane es no sólo el modelo sino la medida de todas las personas y acontecimientos de la obra.

Sin embargo, esta afirmación requiere, de inmediato, dos puntualizaciones. La primera, que es casi un corolario de la anterior, consiste en señalar que Jane no puede desvelárenos completamente más que a través de su relación dinámica con los restantes personajes. Son éstos quienes ponen el con-

trapunto, la tentación o el ejemplo, que han de permitir la definición de nuestra heroína en torno a los temas que hemos elegido. La segunda, que la novela es, también, la crónica de la maduración de una mujer y que, por tanto, ha de concederse mayor peso a los perfiles acabados de la madurez que a los apuntes, aún balbuceantes, de la infancia o de la adolescencia.

El conjunto de estos presupuestos de partida justifica, a nuestro juicio, el procedimiento de estudio seguido en este apartado.

El primer paso ha consistido en un análisis pormenorizado de las opiniones, creencias, ideas, sentimientos y conductas de los personajes, relacionados con los asuntos de nuestro interés, que ya antes hemos citado. El segundo estriba, naturalmente, en decidir cuáles de estos elementos son reputados como positivos por Jane y, por consiguiente, pasarán a configurar las actitudes del modelo. Estas decisiones constituyen una fase crucial del trabajo, ya que condicionan la fiabilidad de las conclusiones finales. Pues bien, el método empleado para adoptarlas ha sido aceptar como norma el comportamiento y las valoraciones explícitas de la narradora-protagonista o, en su defecto, la impresión valorativa que de sus palabras, o de sus silencios, recibe el lector, siempre que ésta resulta suficientemente clara y distinta. En ausencia de cualquiera de estos tipos de criterios de juicio, se ha optado por ignorar el perfil en cuestión.

Cuando hemos encontrado algún elemento que despertaba la antipatía, la hostilidad o la crítica de Jane y éste tenía un contrario claro y unívoco, hemos incorporado tal contrario al modelo. Ante contradicciones aparentes, esto es, si la valoración de un mismo perfil resultaba de signo dispar en momentos distintos de la novela o si perfiles manifiestamente opuestos recibían valoraciones semejantes en tiempos diferentes, en resumen, cuando las actitudes o el comportamiento de la protagonista parecían sufrir un cambio evolutivo, se ha tenido presente que son los rasgos de la Jane madura los que han de marcar la pauta de nuestro modelo.

Queremos resaltar aquí que, deliberadamente y por fidelidad al método descrito, hemos tratado de mantenernos plenamente apegados al texto en esta primera fase. Ello implica que en ningún momento hayamos aceptado la considerable bibliografía crítica publicada sobre *Jane Eyre* como fuente autónoma de resultados. Estos han sido siempre extraídos de nuestro propio análisis y sólo tras su obtención, cuando nos ha parecido oportuno al hilo de las ideas que íbamos exponiendo, hemos hecho referencia a las opiniones de otros críticos para corroborarlas o refutarlas. Somos conscientes de que esto puede restar apariencia de brillantez a nuestra exposición pero, a cambio, creemos que posibilita un mayor rigor.

2.—Delimitación del modelo femenino predominante en la época y grupo social de la autora

El objetivo ya declarado de nuestra investigación es la confrontación del modelo femenino de la novela con el dominante en la época y clase social de su autora. Pues bien, la consideración por separado de estos dos polos, que no es nada frecuente en los análisis sociológicos de textos literarios, tiene, en nuestra opinión, interesantes virtudes metodológicas: favorece una aproximación más sistemática a los dos términos de la comparación, evitando indeseables contaminaciones mutuas, y obvia el riesgo de conclusiones apresuradas en base a meros lugares comunes sobre lo que una era histórica es o representa.

Para la configuración del modelo victoriano de mujer, hemos llevado a cabo una revisión bibliográfica no exhaustiva que, eso sí, creemos incluye a los autores que gozan de mayor autoridad en el campo. A través de ellos hemos tratado de describir, para el llamado primer período victoriano, las actitudes predominantes en la clase media hacia la sexualidad, el matrimonio, la educación y el trabajo femeninos.

El período elegido viene determinado por la división ya clásica de la era en tres etapas, «Early Victorian»,

«Mid-Victorian» y «Late Victorian», y por el año de publicación de la primera edición de *Jane Eyre*: 1847.

La elección de la clase media se justifica porque es ésta la que, a juicio de todos los observadores, marca el tono de la época y, también, porque a ella pertenecen Charlotte Brontë, su protagonista y, seguramente, la mayor parte de sus potenciales lectores.

La inclusión al comienzo del capítulo 5, que es el dedicado a esta segunda fase del estudio, de una introducción específica, en la que hemos expuesto los límites de nuestra intención, las dificultades halladas y las decisiones adoptadas para paliarlas, nos exime ahora de la necesidad de mayores precisiones.

3.—Comparación de los dos modelos delimitados

El siguiente paso, que corresponde ya al apartado de conclusiones, ha consistido en la comparación, tema por tema, de ambos modelos, atendiendo de modo especial a las desviaciones existentes entre ellos.

Por fin, se ha tratado de aventurar una valoración de tales desviaciones, las cuales entendemos a modo de propuestas de cambio en el concepto de mujer vigente en su momento histórico, que la autora hace a sus lectores por medio de su obra. Como patrón de esta valoración hemos usado el de la modernidad de sus propuestas. El término «modernidad» no tiene aquí ninguna connotación ideológica o literaria, sino meramente histórica; se trata sólo de comprobar hasta qué punto y en qué medida los cambios que se proponen van en la línea de lo que ha sido el proceso de emancipación de la mujer, en la sociedad inglesa en particular y en las sociedades occidentales en general, tal como puede contemplarse desde una perspectiva actual.

Para terminar, a modo de posdatas, dos notas de orden práctico. La edición de *Jane Eyre* que hemos utilizado es la de Penguin Books (The Penguin English Library), publicada en Londres, 1966, reimpresión de 1976, dirigida por Q.D. Leavis, con introducción y notas de ésta. A ella, pues, corresponden las páginas que aparecen entre paréntesis en el texto.

Panorama socio-político del primer período victoriano

En puridad el comienzo de la época victoriana habría de hacerse coincidir con la fecha de la subida al trono de la reina Victoria en 1837. Sin embargo, algunos autores consideran que la promulgación de la «First Reform Bill», aprobada por el Parlamento británico en 1832, constituye un hito más adecuado para marcar el inicio de esta era (1). Nosotros, sin hacer de ello una cuestión mayor, adoptaremos también esta posición, teniendo en cuenta que incluso quienes más respetuosos se muestran con la literalidad de la expresión «época victoriana» y, por tanto, más proclives a preservar el significado de 1837, han de retrotraerse con frecuencia a la fecha anterior a fin de explicar el desarrollo de los acontecimientos del período.

El final aparece señalado por la muerte de Victoria, que prácticamente clausura el siglo, en 1901.

Parece claro que un tiempo tan dilatado, sobre todo si es, como éste, un tiempo de cambio social profundo y acelerado, resulta difícil de caracterizar en su conjunto, salvo que se apele para hacerlo a rasgos muy generales. Por ello, los historiadores han convertido en clásica una división de la época en tres grandes períodos, a los que se ha denominado,

(1) Así, la *Norton Anthology of English Literature* (New York: Norton and Company, 1974), vol. II, pág. 878, señala:

Because it broke up the monopoly of power that the conservative landowners had so long enjoyed, the Reform Bill represents the beginning of a new age.

respectivamente: «Early Victorian», «Mid-Victorian» y «Late Victorian».

Desde luego se dan pequeñas diferencias de opinión entre los distintos autores, como era lógico esperar dado el carácter arbitrario de toda delimitación histórica, acerca de los acontecimientos que acopian mayores méritos para abrir y cerrar cada uno de estos períodos. Sin embargo, cualquiera de las cronologías propuestas incluye 1847, el año de la publicación de *Jane Eyre*, como uno de los últimos del primer período.

Habida cuenta de que nuestra intención es proporcionar un marco social de referencia a la novela, a fin de juzgar sobre el grado de modernidad de sus propuestas, habremos de centrarnos pues en este primer período, que abarca prácticamente dos décadas (1832-1851).

Si hubiéramos de caracterizar esta etapa de la historia de Gran Bretaña con un sólo rasgo, a modo de titular, éste habría de referirse necesariamente a ella como una época de convulsiones sociales.

En 1830 era ya evidente que la sociedad británica, como resultado de la Revolución Industrial, había experimentado una profunda transformación: se había pasado de un modo de vida predominantemente agrícola y rural, basado en la propiedad de la tierra, a una economía urbana basada en la industria y el comercio. Como consecuencia de ello, dos nuevas clases habían hecho su aparición: la burguesía industrial y el proletariado urbano.

La primera de ellas, creciente en número y con un notable poder económico, estaba ya en condiciones por estas fechas de iniciar la toma del poder político, el cual había estado en manos de la aristocracia agraria de modo ininterrumpido desde 1689.

Para esta empresa, cuya primera meta era la reforma electoral, la nueva clase media industrial contaba sin duda con importantes bazas.

En primer lugar, era portadora de una ideología que, con pretensiones de filosofía global, estaba constituida por

una afortunada amalgama de ideas de contenido económico —la libre empresa, el libre comercio— ciertamente innovadoras y de apelaciones a la libertad y al progreso individual, basados en el esfuerzo personal (2), junto a otras de corte moral que no carecían de eco en la tradición secular del puritanismo inglés. Esto la hacía capaz de ejercer su influencia social más allá de sus fronteras de clase y, en particular en la de los trabajadores manuales que veían en las propuestas liberales una posibilidad de mejora de su propia condición.

En segundo lugar, la amplitud del descontento propició una coyuntural alianza con los llamados «radicales» o «utilitaristas», seguidores de Jeremy Bentham, que también clamaban en demanda de reformas y habían conseguido cierta capacidad de movilización entre las capas populares de algunas ciudades importantes.

Desde luego la reforma auspiciada por los radicales iba mucho más lejos, en un sentido democrático, de la que deseaban los grupos de industriales y comerciantes acomodados, pero la presión de aquéllos no podía sino favorecer los intereses de éstos sin que, por otra parte, existiese el peligro real de que los límites resultasen forzados, habida cuenta de la reluctancia de la oligarquía dominante a cualquier tipo de cambio.

Por último, la receptividad de uno de los dos partidos tradicionales, el Whig, que, alarmado por la amplitud del descontento, llegó a la convicción de que era necesario acceder a algún grado de reforma si se quería preservar lo esencial del viejo orden. Por otra parte, los Whigs llevaban mucho tiempo alejados del Gobierno y quizás la bandera de la reforma pudiera ayudarles a volver a él.

Como resultado de todo ello y no sin una denodada resistencia inicial de los Tories, que gozaban de amplia mayoría en la Cámara de los Lores, la «First Reform Bill» recibió la sanción real en junio de 1832.

(2) Ver, C.J.H. Hayes, *Historia Política y Cultural de la Europa Moderna*, (Barcelona: ed. Juventud, 1968), vol. II, pág. 50.

J.H. Hayes resume en tres puntos los principales cambios que la ley introdujo en el sistema electoral de Gran Bretaña:

- 1) Algunas municipalidades que comprendían menos de 2.000 habitantes —los titulados «burgos podridos»— quedaron absolutamente desprovistas de representación en la Cámara de los Comunes, y las que sumaban de 2.000 a 4.000 perdieron uno de sus dos puestos. De los que así sobraron, se concedieron algunos a los condados ingleses más populosos, y otros a las grandes ciudades fabriles, entre ellas Manchester, Birmingham, Sheffield y Leeds.
- 2) Se simplificaron los requisitos necesarios para poder votar, haciéndolos uniformes en todos los condados y, análogamente, en todas las municipalidades. Esto no implicaba el sufragio universal; se conservaron, aunque reduciéndolos ligeramente, los que se referían a la propiedad del votante, de modo que la proporción de éstos en la población total aumentó sólo de $1/32$ a $1/22$.
- 3) Los votantes admitidos seguían votando públicamente, así es que no se corrigió el peligro de la intimidación; aunque, por determinar el período de votación y reducirlo a dos días, la Ley de Reforma de 1832 contribuyó a disminuir los males concomitantes de embriaguez y soborno.

Como puede verse en esta descripción, la reforma no supuso el establecimiento de un sistema democrático tal como propugnaban los radicales. El Parlamento británico seguía siendo la representación de una minoría de la población, aunque ahora esa minoría resultaba ampliada para dar cabida a la nueva burguesía que así podía defender por sí misma sus intereses sin necesidad de intermediarios.

Desde luego, la aristocracia rural continuaba estando representada en el poder, incluso desproporcionadamente en relación a su importancia numérica en el seno de la oligar-

quía ampliada. Sin embargo, la mera ruptura de su tradicional monopolio habría de ser suficiente para que la nueva clase media industrial decantara a su favor, una tras otra, las más importantes batallas que los intereses de ambos co-partícipes del poder habían de librar en lo sucesivo.

Sin duda la más trascendental fue la establecida a propósito de las llamadas «Corn Laws». Eran éstas disposiciones proteccionistas que establecían elevados gravámenes arancelarios para los cereales de importación. Puesto que estas medidas tenían como principales y casi únicos beneficiarios a hacendados y agricultores, en contra de los intereses de comerciantes e industriales, la lucha en favor de su mantenimiento o abolición estableció un pulso entre ambas clases a lo largo de varios años. En él se vio involucrada la sociedad entera como resultado de la intensa campaña de propaganda llevada a cabo por la «Anti-Corn Law League», un gran movimiento extraparlamentario de presión, creado y financiado por los industriales librecambistas, que vio la luz formalmente en 1839 (3).

Al fin en 1846, el gobierno conservador presidido por Sir Robert Peel, con la oposición de la mayoría de su partido pero con el apoyo de los Whigs, que habían abdicado de su posición proteccionista en 1845, logró hacer aprobar en el Parlamento la abrogación de las «Corn Laws».

Este hito marca probablemente el comienzo del predominio neto de la clase media en la política británica.

Todavía antes del fin de esta década, en 1849, las leyes proteccionistas de la navegación habrían de seguir el mismo camino que las «Corn Laws».

Aunque las disposiciones tendentes a la liberalización del comercio tendrían continuidad en los años 50, ya en 1851, el año de la Gran Exposición Internacional de Londres, que podemos considerar como el de cierre de este primer período, era evidente que los intereses comerciales e industriales ha-

(3) Asa Briggs, *The Age of Improvement 1783-1867*, (London: Longman, 1983, first published 1959), págs. 312-313.

bían conseguido casi por completo la realización de sus aspiraciones.

Como señala Crossman:

Since 1832 the Middle Class had achieved power and while sharing it with the landed aristocracy was imposing its own ideas on Britain. The old order had come to terms with these puritanical industrialists and shopkeepers and the terms had been capitulation (4).

En cuanto a la otra nueva clase generada por la revolución industrial, la del proletariado urbano, es preciso reconocer que si bien no estuvo en absoluto ausente de la escena social en estos años agitados, sus logros en el período fueron mucho más modestos.

Ya hemos indicado que los radicales, y con ellos los sectores más dinámicos y organizados de la clase trabajadora, tuvieron un destacado papel en la extensión del descontento que hizo inevitable la reforma electoral de 1832. Como era lógico esperar, los términos concretos en que ésta se plasmó, como resultado de una transacción entre la aristocracia rural y la burguesía industrial, produjeron una profunda decepción en aquellos segmentos populares.

Sin embargo, es justo reconocer que, al margen de los factores objetivos que los configuraban como tal, las condiciones laborales eran tan dispares entre unos grupos y otros que los trabajadores distaban mucho de considerarse a sí mismos como una sola clase social. Consecuentemente, sólo la porción más próspera y educada de ellos tenía lo que pudiéramos llamar conciencia política: eran los que habían participado en las movilizaciones anteriores a 1832 y los que, por tanto, sufrieron la desilusión de ver las insuficiencias de la reforma en relación con sus propias aspiraciones (5).

(4) R.H.S. Crossman, «The Testament of Change», en *Ideas and Beliefs of the Victorians. An Historic Revaluation of the Victorian Age*, ed. H.L. Beales (London: Sylvan Press, 1949), pág. 424.

(5) *In the Poor Man's Guardian* (14 Sept. 1831), published unstamped in defiance of the newspaper tax, Henry Hetherington and his friends of

En cuanto al resto, la inmensa mayoría, para cualquier observador atento estaba claro que sólo un agravamiento de sus problemas, en suma una situación de crisis económica, podría abocarlo a una acción política decidida.

Y la crisis llegaría en la segunda mitad de la década de los 30. Asa Briggs describe así la coyuntura en estos años:

Between 1832 and 1836 the whigs had been favoured not only by plentiful employment but by a run of good harvests. The price of wheat fell from 635 a quarter when the Reform Bill was passed to only 365 at the end of 1835. The year 1836 marked a turning point. Not only did the run of good harvests come to an end, but there were signs of a financial crisis (beginning with strains in the United States) which broke the trade boom. In 1837 there was a serious recession, during which merchants were obliged to sell for moderate prices goods which they had bought when prices were exceptionally high. (...) By the summer there were 50.000 workers either unemployed or on short time in Manchester. Although there were some signs of a qualified revival in 1838 and 1839, there continued to be considerable unemployment in particular areas, including Lancashire and the Midlands, and serious political unrest. A somewhat better year followed in 1840, but in 1841 the recession moved into depression again and there was no gloomier year in the whole nineteenth century than 1842. Prolonged business difficulties and four years of harvest dearth made England unhappy and afraid, a country of conflict and despair. (...) Movements of protest and revolt swept the country.

The period from 1843 to 1850 was one of revival broken by a further financial crisis in 1847 and considerable unemployment in the textile industries in 1847 and 1848 (6).

the National Union of the Working Classes (...) pleaded in the name of the «useful classes» for universal suffrage, vote by ballot, annual parliaments, and the removal of all property qualifications».

A. Briggs, pág. 286.

(6) A. Briggs, págs. 295-296.

Las condiciones económico-sociales de la crisis tendrían pronto consecuencias políticas: la formación de los dos grandes grupos extraparlamentarios de presión de la época: el Cartismo y la «Anti-Corn Law League», nacidos casi al mismo tiempo. A esta última, a la plena consecución de sus objetivos, ya hemos tenido ocasión de referirnos en páginas anteriores. Del Cartismo nos ocuparemos ahora.

El movimiento Cartista debe su nombre a la aceptación por un gran número de organizaciones de trabajadores de diverso tipo, en una magna reunión celebrada en Birmingham el 16 de agosto de 1838, de la llamada «Carta del Pueblo» como programa político común. Esta carta había sido el resultado de los trabajos conjuntos llevados a cabo, unos meses antes, por la «London Working Men's Association» y un grupo de parlamentarios radicales de la clase media. Contenía una propuesta de reforma electoral concretada en seis puntos: sufragio universal para los varones, elecciones parlamentarias anuales, igualdad de los distritos electorales, votación secreta, desaparición de los requisitos de propiedad para los miembros del Parlamento y el abono de un salario a éstos.

Sobre la triple base de Londres, Birmingham y Leeds, los cartistas mantuvieron una viva agitación en los centros fabriles del país, organizaron mítines y manifestaciones y redactaron peticiones al parlamento, acompañadas de pliegos de firmas, para que fueran consideradas las demandas de la Carta.

① La primera de estas peticiones fue rechazada por la Cámara de los Comunes en julio de 1839. A partir de entonces el movimiento adquirió un tono más violento pero menos sólido.

Durante el resto de 1839 y la primera mitad del 40 el Cartismo atravesó momentos difíciles. A finales de junio de este año más de 500 de sus líderes estaban en prisión.

② Entretanto, los esfuerzos por alumbrar una organización más sólida y estable que la hasta entonces existente se plasmaron en la fundación, en julio de 1840, de la Asociación Nacional Cartista. Esta fue la encargada de presentar la segunda

petición al Parlamento, en 1842, que, como la primera, fue derrotada por aplastante mayoría.

Desde esta fecha el Cartismo perdió mucha de su vitalidad precedente. Incluso antes de que la recuperación económica iniciada en 1843 le quitara gran parte de su fuerza, la proclama cartista estaba siendo socavada no sólo por las diferencias de estrategia defendidas por sus más conocidos representantes sino por la pujanza de la «Anti-Corn Law League», cuyos objetivos rivalizaban en la preferencia de grandes sectores de la clase trabajadora con los de la propia Carta, y por un cierto resurgir del asociacionismo puramente sindical, las «Trade Unions».

3 De nuevo hubo de ser la crisis económica, esta vez la de los años 1847-48, la que diera un último impulso al Cartismo. Coincidiendo con los vientos de revolución que venían del continente, los cartistas comenzaron a preparar una tercera petición al Parlamento, que debía ir acompañada por una gran demostración de masas, para el 10 de abril de 1848. El impresionante despliegue de fuerza organizado por el gobierno disuadió pronto a los manifestantes de su idea inicial de marchar en grupo hasta Westminster, la sede parlamentaria, a fin de entregar sus demandas, y una fuerte lluvia provocó la disolución anticipada de la concentración. La Cámara de los Comunes no tuvo que soportar, por tanto, grandes presiones a la hora de decidir, de nuevo, el rechazo de la Carta.

Aunque en los meses posteriores hubo todavía alguna agitación en el norte de Inglaterra, el llamado «fiasco of Kennington Common», supuso, en la práctica, el fin del Cartismo.

Pese a lo inapelable de su fracaso global, puesto que no se alcanzó ni uno solo de los objetivos de la Carta, es preciso reconocer varios méritos en el Cartismo: fue el primer movimiento obrero organizado a escala nacional, conmovió la conciencia victoriana, horadó su encallecida complacencia y dejó una huella permanente y profunda en la historia británica.

Desde luego el Cartismo no fue el único intento de la clase trabajadora por mejorar su situación en este período. Al menos otros dos merecen ser citados: la corriente hacia una organización más extendida y centralizada de los sindicatos obreros y el movimiento cooperativo.

En realidad los esfuerzos por aglutinar a las uniones obreras locales, dispersas y escasamente influyentes, en un gran sindicato nacional, se reprodujeron a todo lo largo de las dos décadas que estamos considerando, sin más paréntesis que los años en que el Cartismo, beneficiario directo de los primeros fracasos, gozó de alguna pujanza. Sin embargo, sólo hubo dos conatos serios de lograrlo. El primero y más importante fue la creación en febrero de 1834, bajo la influencia del socialismo utópico de Robert Owen, del Gran Sindicato Nacional de Oficios Unidos (Grand National Consolidated Trades Union).

Su modelo organizativo reúne ya muchas de las características de un sindicato moderno: el control central era encomendado a un Gran Consejo que había de reunirse dos veces al año y a un Consejo Ejecutivo formado por miembros de plena dedicación y remunerados. Por debajo de este nivel se diseñaba un sistema de organización mixto, vertical para cada rama y horizontal para la unión de los distintos oficios federados.

Pero su plan era demasiado ambicioso habida cuenta del grado de desarrollo alcanzado por el sindicalismo, la oposición decidida de los patronos y la actitud hostil del gobierno. De modo que su vida fue efímera. La necesidad de atender desde el primer momento a los diversos conflictos surgidos dentro y fuera del movimiento impidieron su consolidación. Según Asa Briggs, en agosto de 1834 había colapsado casi completamente (7).

Durante la década de los 40 el asociacionismo sindical tuvo menos arraigo y ambición que en los primeros años 30. Pese a ello, en 1845, coincidiendo como ya dijimos con una fase de adormecimiento del Cartismo, hubo un segundo

(7) A. Briggs, pág. 292.

intento de establecer un sindicato general: «The National Association of United Trades for the Protection of Labour». Pero este nuevo conato no pasó de eso y su éxito fue sólo temporal.

Así pues, tampoco el sindicalismo alcanzó en este período logros de importancia. Habrá de esperarse casi veinte años, hasta la formación en 1868 del Congreso de los Sindicatos Obreros, para poder hablar del inicio de una fase sostenida de expansión y florecimiento.

Por tanto, el único de los grandes movimientos autónomos de la clase trabajadora que conoció un notable progreso en este primer período victoriano fue el de las cooperativas.

El soporte ideológico del movimiento cooperativo estaba constituido por las ideas de Owen, ampliamente divulgadas por éste y sus seguidores a partir de 1815, que propugnaban la cooperación, en lugar de la competencia, como base de funcionamiento del sistema industrial. Ya en 1821 se había puesto en marcha en Londres una sociedad cooperativa (The Co-operative and Economical Society) que contaba incluso con su propio periódico, «The Economist», y sólo seis años más tarde fue fundada otra en Brighton, por William King, que llegó a ser la de más éxito de estas experiencias tempranas.

Pero el hito más notable del movimiento se produciría en 1844, dentro ya de la época de nuestro interés, con la formación de la «Rochdale Equitable Pioneers Society» que fue, con mucho, la más influyente de su tiempo y la que sirvió de modelo a ensayos posteriores. Es de resaltar la importancia dada por sus fundadores al control democrático de la sociedad, así como a la necesidad de extender sus actividades, que en principio se ciñeron a la distribución y el consumo de bienes, al campo de la producción. Esto último, sin embargo, sólo se haría de modo efectivo con la creación en 1854, en el seno del mismo grupo, de la Sociedad Cooperativa Industrial de Rochdale.

Al margen de los resultados directos de sus propios esfuerzos, a los que de modo somero acabamos de pasar revista, hubo también algunas disposiciones legislativas que inci-

dieron favorablemente en las condiciones laborales de los trabajadores. No puede resultar extraño que estas mejoras no fueran espectaculares, habida cuenta del reseñado fracaso de las peticiones contenidas en la Carta del Pueblo y la consiguiente falta de representación de las clases modestas en el Parlamento británico.

No obstante, los intereses de los trabajadores se vieron en cierta forma favorecidos por la lucha política planteada entre Whigs y Tories, los cuales, a partir de la Reforma de 1832 y las modificaciones de composición y estrategia que ésta les obligó a introducir en sus partidos, empezaron a ser conocidos, respectivamente, como «Liberales» y «Conservadores». Los primeros, a excepción de la pequeña ala «radical», se oponían, en coherencia con la doctrina liberal, a cualquier intervención del Estado en la libertad de contrato y, por tanto, rechazaban toda medida de regulación laboral. Los segundos, en cambio, tenían al menos dos buenas razones para abandonar la causa contraria: por una parte, una tradición paternalista, un hábito de protección de las clases inferiores y, por otra, el recelo con que contemplan el rápido auge de la burguesía industrial y su deseo de limitarlo en beneficio propio.

Así, con la iniciativa parlamentaria de los conservadores (8), varias piezas legales reguladoras del mercado de trabajo vieron la luz entre 1832 y 1851. Destacaremos las tres más importantes.

En 1833, bajo gobierno Whig, se promulgó una ley fabril, aplicable a todo tipo de industrias textiles, que impuso una jornada máxima de ocho horas para los niños comprendidos entre nueve y trece años y de doce para los jóvenes entre trece y dieciocho. Los niños de los grupos protegidos debían asistir a la escuela al menos durante dos horas diarias. Para asegurar el cumplimiento de la ley se creaba un sistema de inspección responsable ante el Ministerio del Interior.

Durante el gobierno Tory de Sir Robert Peel (1841-1846), dos nuevas disposiciones laborales fueron dic-

(8) Y el apoyo de algunos filántropos notables, de intelectuales radicales y owenistas y de importantes sectores de la Iglesia Anglicana.

tadas: la Ley de Minas de 1842 y una nueva Ley fabril en 1844.

Ley de Minas La primera extendía la reglamentación y la inspección a las minas de carbón y prohibía el empleo bajo tierra de las mujeres y los niños menores de diez años.

Ley fabril La ley de 1844 reducía a seis horas y media la jornada máxima para los niños menores de trece años y establecía en doce horas la de las mujeres.

A despecho de la modestia de estas medidas protectoras, tomadas más en nombre de la caridad que de la justicia, su importancia estriba en el hecho de que al llegar 1846, en el preciso momento en que las aspiraciones liberales se convertían en política nacional, existían ya suficientes precedentes del derecho del Estado a entrometerse en la libertad de contrato, como para hacer inviable una completa aplicación de la doctrina del liberalismo económico.

A la ya larga lista de crisis, económicas, sociales y políticas, que hemos recapitulado para el período histórico que nos ocupa, hemos de añadir aún una más, que no resulta encuadrable en ninguno de los apartados citados más arriba. Más bien parece que podría ser considerada de carácter religioso, por cuanto afecta a la principal institución británica de esta índole: la Iglesia Anglicana.

El primitivo celo reformador de los Whigs, sobre todo a partir del éxito de la muy aludida «Reform Bill» de 1832 y de su consiguiente victoria electoral, hizo temer a algunos que aquél no se agotaría en la modificación del Estado sino que afectaría también, de forma sustancial, a la Iglesia. Aunque el devenir de los acontecimientos posteriores no habría de darles la razón, tampoco puede decirse que tales temores fueran infundados. Por un lado estaba el entramado de alianzas y enemistades que la propia lucha política por la reforma parlamentaria, a favor o en contra de la misma, había establecido. Así, los Whigs aparecían en connivencia con los elementos más inquietos de las confesiones No-conformistas, decididos partidarios de la abolición de los privilegios de la Iglesia de Inglaterra, y, en cambio, enfrentados con una buena parte de la jerarquía de ésta que se había opuesto frontal-

mente en la Cámara de los Lores a la aprobación de la ley.

De otro lado contaba, y mucho, la situación de la Iglesia Anglicana, que parecía tan necesitada de reformas profundas para poder adaptarse a los nuevos tiempos como lo había estado el antiguo Parlamento. Su ancestral e íntima vinculación con el Estado había producido un notable debilitamiento de su vida espiritual convirtiendo a sus pastores casi en meros funcionarios de una administración eclesiástica en la que, por otra parte, abundaban las irregularidades y la corrupción.

Sea como fuere, lo cierto es que a los más incondicionales defensores de la Iglesia como institución dotada de poder terrenal, el peligro les debió parecer inminente y, para hacerle frente, va a nacer, en el marco de la Universidad de Oxford, un movimiento de resistencia. Así pues, el Movimiento de Oxford, también llamado tractariano comienza, en palabras de Ronald Knox, «as a spiritual reaction to a political stimulus» (9).

Tres características fundamentales definen el perfil del movimiento: es, en primer lugar, académico, y no sólo porque surge en el ámbito de una universidad sino también porque su llamada va dirigida de modo primordial a las clases educadas; es predominantemente clerical y, por último, es, desde luego, eminentemente conservador, incluso reaccionario, por su oposición a toda modificación de la anticuada organización eclesial y porque al reto que plantean las nuevas circunstancias pretende responder con una huida hacia atrás, a los tiempos anteriores.

En su escrupuloso intento por justificar cada aspecto institucional, cada rito de la Iglesia Anglicana, los tractarianos, en los famosos «Tracts for the Times», van desgranando una doctrina que acentúa la identidad de su iglesia con la comunidad cristiana primitiva, el carácter de sus obispos como sucesores de los Apóstoles y la importancia de los sacramentos, en particular del de la Eucaristía.

(9) Monsignor Ronald Knox, «Newman and Roman Catholicism», ed. H.L. Beales, pág. 126.

No es difícil imaginar el impacto de tales revelaciones en un clero casi del todo burocratizado, que se ve así impedido a plantearse cuestiones largo tiempo olvidadas: cuestiones que afectan a la teología, a la naturaleza de la iglesia y a los principios de su organización.

Pero no acaban aquí las nuevas enseñanzas; también la vida espiritual de los fieles va a ser objeto de atención. Y el patrón de piedad que proponen difiere sustancialmente del que propugna el minoritario pero pujante Movimiento Evangélico. Para éste el acento recae en la conversión emocional repentina y la lectura frecuente de la Biblia.

Los tractarianos, en cambio, conciben la vía hacia la salvación como un camino ascético, una especie de peregrinaje hacia Dios, jalonado por la oración, el autoexamen, la confesión sacramental, la comunión frecuente y el progresivo dominio de sí mismo.

Desde luego el Movimiento de Oxford nunca llegó a tener la influencia de que gozaron los evangelistas, sobre todo entre las clases medias, en la época victoriana.

Posiblemente por su carácter excesivamente intelectual y elitista careció de la vitalidad y de la capacidad de generar entusiasmo que tuvieron aquéllos. Sin embargo su huella, que sobrepasó con mucho al propio movimiento, prácticamente extinguido en 1845 con la defección de Newman, quedó plasmada en un logro fundamental: la renovación en la Iglesia de su conciencia de ser, ante todo, una sociedad divina.

Pese a todo, si la Iglesia de Inglaterra logró sobrevivir a las convulsiones de la década de los 30, a despecho de los negros presagios que se cernían sobre ella, el mérito no puede ser atribuido en exclusiva a éste o a otros movimientos surgidos en su propio seno.

Por lo menos tan importantes como ellos resultaron las reformas, que el Parlamento, primero con mayoría Whig y más tarde con el gobierno conservador de Sir Robert Peel, introdujo en su organización.

PARTE I
LA NOVELA

CAPITULO 1

Sexualidad

Quizás lo primero que haya que resaltar al hablar de la sexualidad en *Jane Eyre* es que este aspecto no ha sido obviado en la novela; la pasión sexual, el deseo físico, forman parte del retrato psicológico de los personajes y están presentes en las relaciones entre ellos, en particular en la de Jane y Rochester. Y no se trata sólo de la constatación de que los hombres tienen deseos sexuales y los expresan, lo cual probablemente ya representaría algún grado de novedad en la novelística de la época (1), sino del reconocimiento de estos deseos en la mujer, en la propia Jane. Hay al menos tres alusiones suficientemente claras a esta emoción en la protagonista:

La primera, tras abandonar la habitación de Rochester al que Jane acaba de salvar de morir abrasado (2):

I regained my couch, but never thought to sleep. Till morning dawned I was tossed on a buoyant but inquiet sea, where

- (1) A este respecto Q.D. Leavis en su introducción a *Jane Eyre* (London: Penguin, 1976), pág. 23, afirma:

The general assent to a convention of a sexless ideal produced one of the more unpleasant aspects of the Victorian novel - the idealization of the innocent brother-sister relation, under cover of which only was the married relation tolerable to the imagination.

- (2) Eva Figes en *Sex and Subterfuge* (London: Macmillan Press, 1982), páginas 125 y 134, destaca la relación que existe entre el fuego y la pasión sexual en las novelas de Charlotte Brontë.

billows of trouble rolled under surges of joy. I thought sometimes I saw beyond its wild waters a shore, sweet as the hills of Beulah; and now and then a freshening gale, awakened by hope, bore my spirit triumphantly towards the borne: but I could not reach it even in fancy—a counter— acting breeze blew off the land, and continually drove me back. Sense would resist delirium: judgement would warn passion. Too feverish to rest, I rose as soon as day dawned (pág. 182).

En la segunda, el deseo surge en Jane al evocar la pasión advertida en Rochester y conlleva visibles alteraciones somáticas que llaman la atención de Adèle:

I well remembered all - language, glance, and tone seemed at the moment vividly renewed. I was now in the schoolroom; Adèle was drawing; I bent over her and directed her pencil. She looked up with a sort of start.

«Qu'avez-vous, mademoiselle? said she; «vos doigts tremblent comme la feuille, et vos joues sont rouges: mais, rouges comme des cerises!» (pág. 186).

La tercera corresponde a la etapa de Jane en Morton. Aquí, tal vez por la licencia que permite el estar refiriéndose a sus sueños nocturnos, la cita es aún más explícita:

(...) I used to rush into strange dreams at night: (...) I still again and again met Mr. Rochester, always at some exciting crisis; and then the sense of being in his arms, hearing his voice, meeting his eye, touching his hand and cheek, loving him, being loved by him—the hope of passing a lifetime at his side, would be renewed, with all its first force and fire. (...) and then the still, dark night witnessed the convulsion of despair, and heard the burst of passion (pág. 393).

Aparte de estas alusiones directas, ciertamente escasas, algunos pasajes connotan la existencia de tales deseos que son causa de temores en Jane, temores dictados por la posibilidad de que la pasión pueda imponerse al buen juicio:

I did not want to walk at this hour alone with Mr. Rochester in the shadow orchard; but I could not find a reason to allege for leaving him. I followed with lagging step, and thoughts busily bent on discovering a means of extrication; but he himself looked so composed and so grave also, I became ashamed of feeling any confusion: the evil-if evil existent or prospective there was-seemed to lie with me only; his mind was unconscious and quiet (págs. 277-278).

He duly summoned me to his presence in the evening. I had prepared an occupation for him; for I was determined not to spend the whole time in a tête-à-tête conversation. (...) No sooner had twilight, that hour of romance, began to lower her blue and starry banner over the lattice, than I rose, opened the piano, and entreated him, for the love of Heaven, to give me a song (pág. 299).

He rose and came towards me, and I saw his face all kindled, and his full falcon-eye flashing, and tenderness and passion in every lineament. I quailed momentarily -then I rallied. Soft scene, daring demonstration, I would not have; and I stood in peril of both; a weapon of defence must be prepared (...) (pág. 301).

Dos posibles explicaciones de la misma se nos presentan y ambas, como veremos, resultan plausibles.

La primera podría ser calificada como moral y podría aducirse que si no se la menciona en forma manifiesta es por lo obvia que resulta su influencia en el contexto de la novela. En apoyo de esta tesis puede argumentarse con la reacción de Jane tras su frustrado intento de boda con Mr. Rochester y el descubrimiento de que éste está casado. A partir de este momento el rechazo de Jane a cualquier tipo de contacto físico con Mr. Rochester, al que aún sigue amando, es tajante y la razón moral del mismo está, ahora sí, claramente expresada:

Suddenly he turned away, with an inarticulate exclamation, full of passionate emotion of some kind; he walked fast through

the room and came back: he stooped towards me as if to kiss me; but I remembered caresses were now forbidden. I turned my face away, and put his aside (...) «Why, Jane? I will spare you the trouble of much talking; I will answer you for-because I have a wife already, you would reply—I guess rightly?».

«Yes» (pág. 327).

Más adelante, en este mismo largo pasaje de la novela que constituye la entrevista con Mr. Rochester poco antes de su partida de Thornfield, las reflexiones de Jane acerca de los motivos de la inviabilidad de su relación amorosa con él son harto elocuentes:

(...) I care for myself. The more solitary, the more friendless, the more unsustained I am, the more I will respect myself. I will keep the law given by God; sanctioned by man. I will hold to the principles received by me when I was sane, and not mad-as I am now. Laws and principles are not for times when there is no temptation: they are for such moments as this, when body and soul rise in mutiny against their rigour; stringent are they; inviolate they shall be. If at my individual convenience I might break them, what would be their worth? They have a worth -so I have always believed; and if I cannot believe it now, it is because I am insane-quite insane, with my veins running fire, and my heart beating faster than I can count its throbs. Preconceived opinions, foregone determinations are all I have at this hour to stand by; there I plant my foot (página 344).

Sólo, al final de la entrevista, el abatimiento de Mr. Rochester y la compasión que ello despierta en Jane la mueven a la iniciativa de algunas caricias consoladoras pero, aun entonces, los límites están claramente definidos y ella termina evitando el abrazo de él:

I had already gained the door; but reader, I walked back-walked back as determinedly as I had retreated. I knelt

down by him; I turned his face from the cushion to me; I kissed his cheek; I smoothed his hair with my hand (...).

Up the blood rushed to his face; forth flashed the fire from his eyes; erect he sprang; he held his arms out; but I evaded the embrace, and at once quitted the room (pág. 345).

Así pues, ninguna duda pueda cabernos acerca de la existencia de una conciencia moral en Jane que, en consonancia, como ella misma indica, con la ley dada por Dios y sancionada por los hombres, la lleva a considerar prohibidas las caricias recibidas o dispensadas a un hombre casado. Pero recordemos su frase textual en uno de los pasajes citados: «(...) but I remembered caresses were now forbidden», de lo que podría deducirse que antes del descubrimiento de que existía una Sra. Rochester no lo estaban. Y, de hecho, esta idea parece abonada por su actitud en las primeras fases de su relación amorosa con Mr. Rochester.

La primera ocasión de contacto físico inequívocamente significativa entre ambos que la novela nos narra ocurre en los momentos precedentes a la proposición formal de matrimonio que él le hace, tras la abierta y franca expresión de sus sentimientos por parte de Jane. Resulta sorprendente en este caso la falta de reacción de ella ante caricias imprevistas y carentes, todavía, de un marco de relación formalizado que pueda justificarlas, aspecto este último al que, como veremos después, nuestra protagonista concede importancia:

«I am not talking to you now through the medium of custom, conventionalities, nor even of mortal flesh: it is my spirit that addresses your spirit; just as if both had passed through the grave, and we stood at God's feet equal-as we are!».

«As we are!» repeated Mr. Rochester —«so» he added, enclosing me in his arms, gathering me to his breast, pressing his lips to my lips: «so, Jane!»

Yes, so, sir» I rejoined: «and yet not so (...) (pág. 281).

Aún en el transcurso de esta entrevista y una vez aclarado el equívoco de la intención de matrimonio de Mr.

Rochester con Blanche Ingram, que éste parece haber usado como artificio para provocar el lance declaratorio, se nos describen nuevos transportes amorosos de la pareja que son aceptados por Jane con naturalidad:

«Come to me —come to me entirely now», said he; and added in his deepest tone, speaking in my ear as his cheek was laid on mine.

«Make my happiness — I will make yours» (...)

He kissed me repeatedly. When I looked up, on leaving his arms, there stood the widow, pale, grave, and amazed. I only smiled at her, and ran upstairs. «Explanation will do for another time», thought I. Still, when I reached my chamber, I felt a pang at the idea she should even temporarily misconstrue what she had seen. But joy soon effaced every other feeling (...) (pág. 284).

Este último, como vemos, tiene un testigo involuntario, Mrs. Fairfax, y Jane se preocupa por ello, no por el pudor consiguiente a ver convertida en pública una escena íntima y por tanto perteneciente a la esfera privada, sino por la «errónea interpretación» que el ama de llaves pueda hacer de lo que ha observado. El posible error deriva obviamente, como más tarde la propia Jane aclarará, de que aquélla ignora la promesa de matrimonio que existe entre ellos y, por consiguiente, desconoce la existencia de este marco formalizado de relación al que antes aludíamos.

A la mañana siguiente, el reencuentro de los enamorados es ocasión de nuevas caricias, a las cuales siguen unas breves reflexiones de Jane que resultan esclarecedoras acerca de su actitud en este período:

«Come and bid me good-morning», said he. I gladly advanced; and it was not merely a cold word now, or even a shake of the hand that I received, but an embrace and a kiss. It seemed natural: it seemed genial to be so well loved, so caressed by him» (pág. 287).

Es evidente, pues, la aceptación sin reservas por parte de Jane de las caricias de Mr. Rochester durante el período temporal que viene definido por la entrevista en que se produce la declaración y los momentos inmediatamente posteriores a ella.

A qué se debe entonces el cambio desde esta actitud receptiva, que parece explícitamente justificada como «natural», según acabamos de ver, a aquella otra evasiva a que antes aludimos en la que, de forma inequívoca, se manifiesta la resistencia de nuestra protagonista a permitir los transportes amorosos de su prometido.

La respuesta, sin duda, está en la conversación de Jane con Mrs. Fairfax y en la aceptación de los consejos que el ama de llaves le dispensa.

Reproduciremos aquí la parte más sustanciosa del diálogo entre ambas:

«Is it really for love he is going to marry you?» she asked. I was so hurt by her coldness and scepticism, that the tears rose to my eyes.

«I am sorry to grieve you», pursued the widow;

«but you are so young, and so little acquainted with men, I wished to put you on your guard. It is an old saying that «all is not gold that glitters»; and in this case I do fear there will be something found to be different to what either you or I expect» (...).

«Well, never mind that now», I interrupted impatiently; «it is enough that all was right».

«I hope all will be right in the end», she said: «but believe me, you cannot be too careful. Try and keep Mr. Rochester at a distance: distrust yourself as well as him. Gentlemen in his station are not accustomed to marry their governesses» (págs. 293-294).

Parece obvio que Mrs. Fairfax está advirtiéndole a Jane sobre la posibilidad de que la inclinación de Mr. Rochester hacia ella no constituya sino un simple capricho físico y de que

éste, en caso de ver satisfecho su deseo, pudiese desistir de su intención de matrimonio.

Jane recibe con patente desagrado los recelos y admoniciones de la viuda, pero éstos no caen en saco roto, como muy pronto tenemos ocasión de constatar:

The chill of Mrs. Fairfax's warnings, and the damp of her doubts were upon me: something of unsubstantiality and uncertainty had beset my hopes. I half lost the sense of power over him (pág. 294).

Y no se trata sólo de un recuerdo esporádico sino que, bajo el influjo de las dudas y consejos de Mrs. Fairfax, Jane va a elaborar un plan de actuación, que incluye la ausencia de todo contacto físico, al cual acomodará su conducta con Mr. Rochester hasta el momento fijado para la boda (3).

A esta fase de la novela corresponden dos de las citas ya incluidas en páginas anteriores (4), pero nuestra protagonista, al margen de estos episodios concretos de conducta evasiva, hace interesantes referencias explícitas a su actitud que, por su evidente importancia para el tema que estamos tratando, conviene reflejar aquí con cierta amplitud:

- (3) En lo que a la evitación de las aproximaciones físicas de Rochester se refiere, el plan marcha sin un solo fallo hasta la noche precedente al día fijado para la celebración del matrimonio. Entonces, alterada Jane emocionalmente por algunos acontecimientos recientes, abrumada por negros presentimientos y, quizás, relajada por la proximidad de la meta, parece ceder en su firmeza ante los intentos de él y se producen así algunas ocasiones de contacto entre ambos:

A hearty kissing I got for a welcome, and some boastful triumph, which I swallowed as well as I could (pág. 306).

I felt Mr. Rochester start and shudder; he hastily flung his arms round me (...) He drew his breath short, and strained me so close to him, I could scarcely pant (pág. 312).

- (4) Ver pág. 37.

«Would I forgive him for the selfish idea, and prove my pardon by a reconciling kiss?»

«No: I would rather be excused».

(...)

He fretted, pished, and pshawed. «Very good», I thought; «you may fume and fidget as you please: but this is the best plan to pursue with you, I am certain. I like you more than I can say; but I'll not sink into a bathos of sentiment: and with this needle of repartee I'll keep you from the edge of the gulf, too; and, moreover, maintain by its pungent aid that distance between you and myself most conducive to our real mutual advantage».

(...)

The system thus entered on, I pursued during the whole season of probation; and with the best success. He was kept, to be sure, rather cross and crusty; but on the whole I could see he was excellently entertained, and that a lamb-like submission and turtle-dove sensibility, while fostering his despotism more, would have pleased his judgement, satisfied his common sense, and even suited his taste less.

(...)

Mrs. Fairfax, I saw, approved me; her anxiety on my account vanished; therefore I was certain I did well.

(..)

Yet after all my task was not an easy one; often I would rather have pleased than teased him. My future husband was becoming to me my whole world; and more than the world; almost my hope of heaven. He stood between me and every thought of religion, as an eclipse intervenes between man and the broad sun. I could not, in those days, see God for His creature: of whom I had made an idol (págs. 301-302).

Parece conveniente resaltar varios aspectos de esta cita de denso contenido, aunque algunos de ellos hayan sido ya aludidos.

En primer lugar, insistir en el hecho de que la conducta de Jane en este período obedece a un plan, según sus propias

palabras, y que por tanto, sus reacciones concretas ante los intentos de aproximación de Mr. Rochester no responden a la espontaneidad de sus sentimientos o deseos en cada momento. Esto último queda explícitamente descartado en dos frases de su soliloquio: «I like you more than I can say, but I'll not sink into a bathos of sentiment (...)» y «(...) often I would rather have pleased than teased him».

En segundo lugar, que el plan parece consistir en mostrarse en parte evasiva y en parte acre, mordaz, incluso desagradable con su prometido, al objeto de no dar opción a las tiernas efusiones amorosas del mismo (5).

Pero cabría ir más allá de este objetivo, que resulta patente en el texto, y preguntarse por qué razón se evitan tales efusiones o, quizás mejor, qué pretende Jane al evitarlas.

Esto nos lleva directamente a la segunda hipótesis explicativa de esta conducta de Jane, a la que hicimos referencia, sin mencionarla, páginas atrás, y por la que decididamente, se decantan nuestras preferencias. Podría ser expresada en estos términos: Jane tiene dudas acerca de los verdaderos sentimientos de Mr. Rochester hacia ella. Probablemente piensa que podría ser sólo un capricho para él, una mera pasión, sea él consciente o no de ello y que, consiguientemente, su promesa de matrimonio pudiera desvanecerse con el deseo, una vez que la razón recuperase el pleno dominio de la voluntad.

Así, su pretensión primaria es preservarse de un posible engaño y tal vez, de paso, incrementar la probabilidad de que la boda llegue a celebrarse.

Nuestra opinión es, pues, que los motivos de Jane para esta actitud son de orden pragmático y no, al menos primordialmente, de carácter ético.

Pero veamos con más detenimiento los términos de la hipótesis y los datos que pueden avalarla.

- (5) El propio Rochester, casi al final de esta etapa, describe el comportamiento de Jane con estas palabras:

«(...) you, who have been as slippery as an eel this last month, and as thorny as a brier-rose» (pág. 306).

Que Mrs. Fairfax ha logrado contagiar sus dudas sobre Mr. Rochester a Jane, es ésta misma quien lo declara, como ya vimos (6). Por tanto, los contenidos concretos de tales dudas deben corresponder a los que la anciana le transmite, que pueden ser resumidos, usando sus propias palabras, en dos: «Is it really for love he is going to marry you?» y «Gentlemen in his station are not accustomed to marry their governesses».

El sentido del primero, aunque algo oscuro a simple vista, parece que puede ser interpretado de forma inequívoca con un somero análisis de la situación. Porque, descartados los móviles de fortuna o posición social, ya que Jane carece de ambas, y cuestionado el amor por la propia pregunta, en qué podría estar pensando Mrs. Fairfax sino en un capricho de los sentidos, en un mero deseo físico desprovisto de afecto al que suele atribuirse menor durabilidad que al sentimiento amoroso.

En cuanto al segundo, su significado resulta meridiano y consiste en una clara advertencia de que ni la racionalidad ni las costumbres sociales al uso juegan en favor de ese matrimonio.

Imbuida de la duda, Jane pone en práctica el consejo de Mrs. Fairfax: «Try and keep Mr. Rochester at a distance...». Y lo hace con tal aplicación que, como ella misma dice, «Mrs. Fairfax, I saw, approved me...», lo cual refleja de nuevo, por si aún fuera necesario, la influencia de ésta en la conducta que estamos analizando.

Pero hemos incluido en nuestra hipótesis, aunque de modo tentativo, la idea de que, además de precaverse contra posibles sorpresas desagradables, Jane puede estar intentando con su actitud incrementar la probabilidad de que su enlace se lleve a cabo.

La misma forma de presentación de esta parte de la hipótesis indica que la argumentación disponible en su favor es menos sólida que la hasta ahora esgrimida. Hasta cierto punto podría decirse que se trata de una impresión de lector

(6) Ver pág. 42.

ingenuo, indemostrable en términos estrictos aunque, eso sí, no exenta de base. Y las bases son, fundamentalmente, dos pasajes que corresponden a la larga cita introducida en la página 43.

En el primero Jane se refiere a que con su comportamiento punzante pretende mantener entre Mr. Rochester y ella la distancia «most conduciv to our real mutual advantage». La tentación de traducir esto como «más favorable para que nuestro matrimonio tenga lugar» nos parece irrefrenable. Porque, desde la perspectiva de Jane que es quien hace la reflexión, qué puede resultar más conveniente para ambos que su mutua unión.

En el segundo, nuestra protagonista hace referencia a los excelentes resultados de su plan que, como ella misma dice, obtiene el mayor éxito posible. Y no podemos entender que esté aludiendo sólo a su efectividad para mantener a raya a Mr. Rochester porque a continuación, en el mismo párrafo, se nos señala la favorable impresión que su comportamiento produce en él. En efecto, Jane afirma que si bien su prometido se muestra bastante irritado por su conducta, en el fondo ésta satisface más su buen juicio, su sentido común e incluso sus propios gustos, que lo que lo haría otra más dócil y zalamera.

Si la respuesta de él, y concretamente esta favorable respuesta, es un dato tan importante para la positiva valoración que se hace del plan, es, probablemente, porque Jane mantiene entre sus objetivos la consecución del matrimonio y, por tanto, aspira a despertar en Mr. Rochester ecos más duraderos que el mero deseo físico, al que atribuye escasa vigencia (7) aunque no ignore, por propia experiencia, su capacidad motivadora.

No queremos terminar este intento de esclarecimiento de la actitud de Jane, relativa a la sexualidad, en este perío-

(7) Jane, en una de sus conversaciones con Rochester, le dice lo siguiente:
«I suppose your love will effervesce in six months or less. I have observed in books written by men, that period assigned as the furthest to which a husband's ardour extends» (pág. 289).

do, sin aportar alguna consideración más, al hilo de la cita que estamos analizando, sobre la otra hipótesis explicativa de su conducta: la que hemos llamado ética.

Es indudable que en Jane hay, también en esta etapa, una conciencia moral, sustentada por valores religiosos y reafirmada por las normas sociales. No podría ser de otra forma habida cuenta de su educación y además, la vemos manifestarse con todo su vigor tras la constatación del verdadero estado civil de Mr. Rochester.

Pero, en esta fase de su vida, los valores religiosos parecen aletargados y la conciencia adormecida. La propia Jane nos dice que Mr. Rochester se interponía entre ella y cualquier pensamiento religioso como un eclipse se interpone entre el hombre y el sol. Y añade que, en aquellos días, ella no podía ver a Dios a través de su criatura, ya que había hecho de él un ídolo.

Por otra parte, la presión social, representada aquí por Mrs. Fairfax, que podría haber contribuido a despertar esa conciencia, utiliza argumentos de otra índole. Ninguna alusión estrictamente ética hemos podido encontrar en el parlamento de la anciana.

Recapitulando los distintos comportamientos de Jane en lo que respecta a sus relaciones físicas con Mr. Rochester, podemos establecer las etapas siguientes:

- a) Aceptación sin reservas, incluso con justificación explícita por su carácter natural, de las aproximaciones de él en el transcurso de la declaración y en los momentos inmediatamente posteriores.
- b) Evitación planificada de las ocasiones o circunstancias que parecen más propicias para tales aproximaciones, durante el período que va desde la conversación con Mrs. Fairfax hasta el intento de matrimonio y el consiguiente descubrimiento de Mrs. Rochester.
- c) Tras la constatación de que Mr. Rochester está casado se produce en Jane una negativa frontal a cualquier contacto físico con él, desde una actitud inequívoca-

mente ética, fundamentada en valores religiosos y sociales, sin mezcla de otros posibles motivos como desprecio o desamor, que resultan explícitamente descartados (8).

Antes de referirnos a una cuarta etapa, la del reencuentro con Mr. Rochester en Ferndean, es conveniente resaltar aún un rasgo de la conducta sexual de Jane que si bien es común a las tres fases anteriores se constata con mayor nitidez, por razones obvias, en la primera de ellas.

Se trata de la evidente pasividad de Jane en su relación física con Mr. Rochester. Esta actitud pasiva se manifiesta en dos facetas: por un lado, en la casi total ausencia de iniciativas de contacto por su parte y, por otro, en las respuestas que en ella encuentran las caricias de él.

Que de Mr. Rochester parten casi siempre las iniciativas de aproximación física entre ambos, es algo que puede comprobarse con un mero repaso a las citas que hasta ahora hemos incluido en el texto, por cuanto ellas constituyen una

- (8) El perdón de Jane a Rochester por el engaño de que éste la ha hecho objeto, no se hace esperar y es expresado al lector, que no al interesado, con las siguientes palabras:

Reader, I forgave him at the moment and on the spot. There was such deep remorse in his eye, such true pity in his tone, such manly energy in his manner: and besides, there was such unchanged love in his whole look and mien - I forgave him all: yet not in words, not outwardly; only at my heart's core (pág. 326).

En cuanto a la vigencia de su amor por él, tenemos constancia de ello a través de la confesión de Jane al propio Rochester:

«I do love you», I said, «more than ever: but I must not show or indulge the feeling; and this is the last time I must express it» (pág. 331).

No podemos ni queremos ocultar el hecho de que Jane, casi al final de la novela, cuando vuelve a Thornfield buscando a Rochester, rememora su partida de este lugar aludiendo a «(...) a revengeful fury tracking and scourging me, on the morning I fled from Thornfield (...)». Esta declaración no sólo contradice las dos citas anteriores sino que está en perfecto desacuerdo con el contenido general de sus reflexiones al abandonar Thornfield. Por ello no le hemos atribuido mayor importancia aunque lo hagamos constar por un inexcusable deber de fidelidad al texto.

muestra prácticamente exhaustiva del comportamiento sexual de la pareja en este período.

Para esta regla no existen sino dos excepciones en la novela.

A una ya hemos hecho referencia, aunque sin destacarla desde este punto de vista, en la página 38.

Recordemos que Jane, en una larga conversación con Rochester tras el frustrado intento de boda, le comunica su decidida intención de abandonar Thornfield para siempre y, al final de la charla, compadecida de su abatimiento, inicia algunas caricias de clara intención consoladora:

(...) I turned his face from the cushion to me; I kissed his cheek; I smoothed his hair with my hand (pág. 345).

La otra única ocasión de contacto a iniciativa de Jane, ocurre inmediatamente antes de su entrevista con Mrs. Fairfax y corresponde, por tanto, a la primera etapa, según la clasificación que hemos establecido. El episodio concreto es descrito por la protagonista en los siguientes términos:

I turned my lips to the hand that lay on my shoulder (página 292).

E inmediatamente, como ya hemos visto en algún caso anterior y tendremos más ocasiones de ver, sigue una reflexión de Jane que se nos antoja una especie de justificación de la caricia:

I loved him very much —more than I could trust myself to say— more than words had power to express (pág. 292).

En cuanto a la segunda faceta de la aducida pasividad de Jane, la que podríamos llamar de sus respuestas físicas ante las aproximaciones de Rochester, el tema requiere alguna explicación con cierto grado de detalle.

Constituye una constante llamativa, que por ello seguramente no habrá pasado inadvertida al lector atento, la uti-

lización, en las descripciones de contactos físicos de la pareja, de formas gramaticales que connotan de modo claro tal pasividad en la protagonista. Así el uso monótono, salvo las dos excepciones citadas más arriba, del pronombre personal «he», referido naturalmente a Mr. Rochester, como sujeto de toda acción de esta índole, en lugar de la primera persona del plural «we». O el empleo de formas verbales como «I received» o «I got» cuando, eventualmente, la protagonista se convierte en sujeto de frases que hacen mención de este tipo de lances.

Además hay que decir, en previsión de posibles objeciones que atribuyesen tales notas a una mera cuestión de estilo, que no hay en el texto, siempre ciñéndonos a las tres etapas descritas, ni una sola referencia explícita a las posibles respuestas de Jane ante las caricias de Mr. Rochester. Es decir se nos informa sobre si él la besa o la abraza pero nada se nos dice acerca de si su participación en el arrullo va más allá del mero dejar hacer a su partenaire.

Probablemente sería ir demasiado lejos afirmar que Jane no da ninguna respuesta física a las efusiones de su pareja, porque eso tampoco está en el texto, pero al menos parece que obtener una impresión de pasividad por su parte resulta inevitable y legítimo.

Abordemos ahora la cuarta y última etapa de la conducta sexual de Jane en su relación con Mr. Rochester.

Desde el punto de vista temporal abarca sólo tres días, los comprendidos entre el momento del reencuentro de ambos en Ferndean, desaparecido ya el impedimento para su unión, y la celebración del matrimonio. En la novela esta fase se corresponde estrictamente con el capítulo 37.

Por sus características este período se asemeja parcialmente al primero de los que hemos descrito. Hay también aquí una aceptación plena de la relación física que, desde luego y como entonces, nunca sobrepasa determinados límites. Y esa aceptación, cuya evidencia se nos impone a lo largo de todo el pasaje, tiene de nuevo en algún momento, como en aquella primera fase, una justificación explícita:

(...); nor did I refuse to let him, when seated, place me on his knee. Why should I, when both he and I were happier near than apart? (pág. 464).

Pero decíamos que la semejanza entre ambas etapas es sólo parcial, porque ésta mantiene con aquélla una importante diferencia: coincidiendo con la evidente disminución del impulso sexual en Rochester, la actitud de Jane, aunque también más desexualizada, es ahora mucho más activa. Hasta tal punto lo es que no sólo se desvanece la impresión de pasividad que nos producían las etapas anteriores, sino que ésta se trueca en su contraria y tenemos la sensación de que es Jane quien lleva aquí las riendas de la situación.

Que esta sensación no es gratuita pueden avalarlo algunos datos.

Aunque resulta difícil cuantificar las iniciativas de contacto físico entre los amantes en este capítulo, porque con frecuencia éstos se prolongan por períodos dilatados, si consideramos como tales tanto los movimientos de iniciación como los que los intensifican o tienden a evitar su finalización, hay que decir que de quince contabilizados, nueve se deben a la iniciativa de Jane y los seis restantes a la de su pareja.

Se podría tratar de explicar esta nueva actitud de Jane en base a la condición física actual de Mr. Rochester, en particular a su ceguera que, lógicamente, limita su capacidad de acción. Y, desde luego, algo hay de esto. En dos ocasiones incluso, se aprecia con meridiana claridad que las iniciativas de Jane lo son, por así decirlo, a demanda de la otra parte y que por tanto constituyen, en cierta medida, la colaboración necesaria para que la aproximación física pueda tener lugar.

La primera se recoge así en el texto:

«And where is the speaker? Is it only a voice? Oh! I cannot see, but I must feel, or my heart will stop and my brain burst. Whatever, whoever you are, be perceptible to the touch, or I

cannot live!» He groped; I arrested his wandering hand, and prisoned it in both mine (pág. 458).

Y la segunda:

«(...) Gentle soft dream, nestling in my arms now, you will fly, too, as your sisters have fled before you: but kiss me before you go —embrace me, Jane».

«There sir - and there!».

I pressed my lips to his once brilliant and now rayless eyes I swept his hair from his brow, and kissed that too (pág. 459).

Pero la explicación aducida, basada en la minusvalía de Rochester, aun no siendo totalmente descartable se nos antoja tan sólo parcial. Porque la nueva actitud de Jane en lo físico no es sino el reflejo de una actitud general ante la vida más decidida y segura.

Si la madurez puede consistir en poseer una mayor certeza de lo que se quiere y en estar dispuesto a arrostrar las renunciaciones a otras opciones que toda elección lleva consigo, entonces, sin ninguna duda, Jane es ahora una mujer mucho más madura. Sabe perfectamente lo que quiere: compartir su vida con Mr. Rochester, y ha tomado la decisión de hacer todo lo posible, dentro de los límites que le marca su conciencia, depurada de algunos antiguos prejuicios, para conseguirlo. Sabe, en suma, como dice Q.D. Leavis refiriéndose a Charlotte Brontë «that a good life for a woman, no less than for a man, is a satisfied one» (9).

No queremos terminar esta indagación sobre el contenido sexual de la relación entre Jane y Rochester, sin apuntar algo más. Podría ser enunciado en los siguientes términos: las acciones de aproximación física de Jane, las caricias que dispensa a Mr. Rochester, se nos presentan siempre más como expresión de amor que como movimientos dictados por el deseo y tendentes a la consecución de placer. Y esto es cierto tanto por la índole de esas caricias como por el en-

(9) Q.D. Leavis, pág. 8.

torno inmediato en que tienen lugar o el sentido que la propia Jane les da (10).

Entiéndase bien lo que queremos decir. Que el deseo sexual es un impulso vivo en Jane del que ella es plenamente consciente, resulta indubitable. Ha sido resaltado así en multitud de ensayos críticos sobre la novela (11) y nosotros hemos comenzado esta revisión constatándolo con el apoyo de las palabras de la propia protagonista. Pero la conciencia de Jane no acepta la legitimidad de este impulso por sí solo como motor de la acción. Por tanto requiere, para ser asumido por la voluntad y poder manifestarse, que se den algunas condiciones.

La primera es, desde luego, el contexto amoroso. Fuera de éste, el deseo sexual y sobre todo la conducta motivada por él aparece siempre con una intensa carga peyorativa.

Recordemos, por ejemplo, las especulaciones de Jane acerca de los motivos por los que Rochester soporta el aparente comportamiento extravagante de Grace Poole:

(...) what if a former caprice (a freak very possible to a nature so sudden and headstrong as his) has delivered him into her power and she now exercises over his actions a secret influence,

(10) Recuérdese a este respecto las dos únicas iniciativas de Jane en las tres primeras etapas. La primera de ellas es una clara expresión física de afecto, lo que queda patente no sólo por las reflexiones de la protagonista que la siguen sino por las palabras de Rochester que la preceden (pág. 292). La segunda tiene, como ya indicamos, una clara intención consoladora (pág. 345). En la cuarta etapa, las primeras caricias de Jane tienen un curioso pretexto: la necesidad de que Rochester, ciego, se convenza de su presencia corporal. En otras ocasiones será el deseo de darle ánimos (pág. 462) o el de tranquilizarle (página 469).

(11) M.H. Scargill, «All Passion Spent: A revaluation of Jane Eyre», University of Toronto, Quarterly, vol. 19, n° 2 (January, 1950), páginas 120-125.

Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, introduction by Mark Schorer (Massachusetts: The Riverside Press, 1959), pág. 13.

John Maynard, *Charlotte Brontë and Sexuality* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), pág. 93 y siguientes.

the result of his own indiscretion, which he cannot shake off, and dare not disregard? (pág. 186).

Además Jane considera degradante la mera posibilidad de ser sólo objeto de deseo para Mr. Rochester, como piensa que lo ha sido Grace, y en su rechazo de esta idea hay un curioso argumento que apunta a determinados prejuicios sobre la relación entre sexualidad y clase social (12):

I hastened to drive from my mind the hateful notion I had been conceiving respecting Grace Poole: it disgusted me. I compared myself with her, and found we were different. Bessie Leaven had said I was quite a lady: and she spoke truth - I was a lady (pág. 187).

Esa misma consideración se refleja en el sentido de disgusto y humillación con que acoge las dudas de Mrs. Fairfax que como vimos inciden en la misma posibilidad (13) o en su reacción ante las confidencias de Mr. Rochester sobre sus amantes, por cierto todas ellas extranjeras.

Parecida connotación traslucen sus reflexiones en los amargos momentos que siguen a la interrumpida boda:

Real affection, it seemed, he could not have for me; it had only been fitful passion: that was balked; he would want me no more. I should fear even to cross his path now: my view must be hateful to him. Oh, how blind had been my eyes! How weak my conduct! (pág. 324).

Señalaremos tan sólo de pasada, para no apartarnos de nuestra línea de argumentación, que nada en la novela permite suponer que la figura de Rochester sufra análogo detrimento en su valoración, por el hecho de ser presunto sujeto

(12) Sobre esta cuestión en concreto es de sumo interés el estudio que realiza Terry Eagleton, *Myths of Power. A Marxist Study of the Brontës* (London: Macmillan, 1975).

(13) Cfr. pág.

de tales deseos aislados de su contexto justificativo (el amor) o de haber establecido pasadas relaciones basadas exclusivamente en ellos. Se reconoce expresamente que ello está mal pero su conducta no le marca de forma significativa en el marco social ni ante los ojos de Jane.

Retomemos de nuevo el hilo del análisis. Acabamos de ver que el deseo sexual, sin amor, es considerado por Jane fuente de peligro para la propia independencia y origen de degradación personal. Pero, ¿será suficiente el contexto amoroso para que le resulte moral y socialmente admisible el comportamiento emitido a instancias del deseo? La respuesta, en principio (14), ha de ser categóricamente no. Hay dos razones incontrovertibles para ello.

- (14) No ignoramos que varios críticos han especulado sobre cuál habría sido la conducta de Jane si, a su vuelta, hubiera encontrado aún viva a la esposa de Rochester y que alguno, como Q.D. Leavis, pág. 25, incluso ha dado por sentado con rotundidad que la Jane madura hubiera permanecido con él sin que la pudiesen disuadir argumentos convencionales.

Nosotros, desde luego, poca luz podemos aportar a esta especulación que consideramos, por otra parte, perfectamente inútil. Y ello porque el conocimiento completo de los personajes es una prerrogativa exclusiva del autor que a los lectores, por agudos o penetrantes que pretendamos ser, sólo nos es dado conocer en la medida que el autor quiera transmitírnoslo y, en este caso, él no ha querido enfrentar a su personaje con la situación que señalábamos.

Sin embargo, sí afirmamos que Jane, aún en esta cuarta etapa, sigue necesitando del matrimonio como justificación moral y social de cualquier comportamiento de índole sexual. Sirva de apoyo a esta afirmación el siguiente pasaje de la novela:

«(...) I will be your neighbour, your nurse, your housekeeper. I find you lonely: I will be your companion - to read to you, to walk with you, to sit with you, to wait on you, to be eyes and hands to you. Cease to look so melancholy, my dear master; you shall not be left desolate, so long as I live». (...) I had indeed made my proposal from the idea that he wished and would ask me to be his wife: an expectation, not the less certain because unexpressed, had buoyed me up, that he could claim me at once as his own. But no hint to that effect escaping him, and his countenance becoming more overcast, I suddenly remembered that I might have been all wrong, and was perhaps playing the fool

En primer lugar está el hecho de que Jane abandona a Mr. Rochester, rechazando todo contacto físico con él, pese a que sigue amándolo y adquiere la certeza, tras algunas vacilaciones, de que él también la ama. Y lo hace exclusivamente porque su proyecto de matrimonio se ha vuelto de pronto inviable y la única alternativa que le queda, si quiere seguir con él, es la de convertirse en su amante.

Es evidente que ésta es la única razón para su marcha. Aquí no puede aducirse como argumento, y Jane no lo hace, que su presencia contribuya a romper una relación pre-establecida, por cuanto entre Rochester y su esposa hace tiempo que tal relación no existe.

En segundo lugar sabemos que las únicas etapas en que Jane ha aceptado sin reservas cierto grado de intimidad física con su amado han sido aquéllas en que se ha sentido segura de su amor y confiada, por una promesa explícita o por la expectativa de ella, en la posibilidad real de acceder a un marco de relación formalizado, es decir, al matrimonio.

Haciendo un inciso, advirtamos que la propia situación de prometida constituye para Jane una formalización suficiente como para ser esgrimida ante Mrs. Fairfax en su descargo, cuando la anciana la sorprende en una embarazosa circunstancia con Mr. Rochester (15).

Tenemos por consiguiente, además del contexto amoroso, una segunda condición justificativa de la conducta sexual: un marco de relación formal que, en última instancia, hace referencia al matrimonio.

Bien pensado, no podía ser de otra manera porque en la mente de Jane los conceptos «caprice» y «mistress» han de estar indisolublemente asociados, como lo están, sin duda,

unwittingly; and I began to gently withdraw myself from his arms - but he eagerly snatched me closer (pág. 460).

- (15) Las palabras de Jane a Rochester pidiéndole que comunique a Mrs. Fairfax el compromiso existente entre ellos, así lo denotan:

«Communicate your intentions to Mrs. Fairfax, sir: she saw me with you last night in the hall, and she was shocked. Give her some explanation before I see her again. It pains me to be misjudged by so good a woman» (pág. 292).

«love» y «wife». Así, la segunda condición que hemos hallado no es sino una consecuencia lógica de la primera, porque el matrimonio representa, al fin y al cabo, la única prueba irrefutable que ella puede obtener de que es verdaderamente amada. Concuerda perfectamente con esta idea que la primera reacción de Jane, al conocer que Mr. Rochester está casado y que por tanto no podía legítimamente ofrecerle su apellido, sea pensar que no ha sentido por ella «a real affection» y que su relación sólo ha sido para él «fitful passion».

Debiendo pues quedar enmarcado el deseo de Jane en este doble contexto, que podemos considerar como los dos aspectos de uno solo, no ha de extrañarnos que en sus caricias se haya preferido resaltar su faceta de expresión de sentimientos sobre la impulsiva que, por otra parte, ha sido puesta de manifiesto en su comportamiento verbal. Era una de las opciones posibles y, con seguridad, la más razonable habida cuenta de la época histórica en que la novela fue escrita.

Sólo unas líneas finales para constatar de modo explícito la práctica inexistencia de contactos físicos en la relación entre Jane y St. John (16).

No era esperable otra cosa a la vista de lo que acabamos de resaltar en las páginas anteriores.

(16) Para ser exactos hay una ocasión de contacto no convencional entre ellos. Esta única ocasión es narrada así en la novela:

«My prayers are heard» ejaculated St. John. He pressed his hand firmer on my head, as if he claimed me: he surrounded me with his arm, almost as if he loved me (I say almost - I knew the difference for I had felt what it was to be loved; but, like him, I had now put love out of the question, and thought only of duty) (pág. 444).

Y sin embargo, es obvio que St. John no es un personaje carente de sexualidad, como quizás pudiera deducirse en una primera lectura. Aunque su análisis tenga una orientación psicoanalítica que nosotros deliberadamente hemos eludido, parece perfectamente asumible la siguiente afirmación de John Maynard, pág. 109:

(...) his is not a case of mechanical sexlessness but of abundant sexual energy almost pathologically misdirected from the natural center in which it is suppressed into the channel of monomaniacal missionary zeal.

El sentimiento amoroso está ausente por ambas partes. En Jane porque St. John no ha podido, ni probablemente querido, despertarlo. En él porque nadie parece capaz de hacerlo ante su cerrada resistencia. Para St. John los sentimientos no parecen ser sino debilidades del cuerpo que obstaculizan la consecución de las metas del espíritu. Es preciso por tanto luchar contra ellos, dominarlos para evitar su influencia. Según su propia confesión sólo los afectos naturales, los basados en lazos de sangre, tienen permanente poder sobre él (17).

Si ésta es su visión del amor podemos imaginarnos lo que le inspira el mero impulso, el deseo sexual: tan sólo desprecio (18). Sin embargo, en opinión de Jane, estaría dispuesto a observar escrupulosamente sus deberes de esposo con ella, incluyendo las relaciones sexuales a pesar de que ni la quiere ni la desea, con tal de conseguir su participación en la empresa que se ha propuesto.

A esta pretensión que se reviste con la forma de una propuesta de matrimonio, la respuesta de Jane es tajante y sin paliativos:

«I scorn your idea of love (...) I scorn the counterfeit sentiment you offer: yes, St. John, and I scorn you when you offer it» (pág. 433).

Como subraya Helene Moglen, «it is the extraordinary contempt of a virginal young woman for the Victorian concept of sex as duty, for the Victorian denial of the dignity of human passion» (19).

(17) Pág. 401.

(18) Hablando sobre la atracción que siente por Rosamond Oliver, St. John confiesa a Jane:

«When I colour, and when I shake before Miss Oliver, I do not pity myself, I scorn the weakness. I know it is ignoble: a mere fever of the flesh: not, I declare, the convulsion of the soul» (pág. 400).

(19) Helene Moglen, *Charlotte Brontë: The Self Conceived* (New York: Norton Library, 1978), pág. 138.

CAPITULO 2

Matrimonio

2.1. Valoración y modelo de matrimonio

La decisión de dedicar buena parte de nuestro análisis del texto al matrimonio, o a temas con él relacionados, no obedece sólo a que, como ya indicamos en la explicación del método, consideramos que éste es un aspecto central en la delimitación del modelo femenino buscado. En realidad esta decisión, si podemos seguir llamándola así, nos viene en gran medida impuesta por la propia autora, que es quien, antes que nosotros, ha podido hacer su elección. Y ella ha elegido que *Jane Eyre* sea una novela que acaba prácticamente con la boda de la protagonista, que más de la mitad de la misma transcurra en torno a las vicisitudes que jalonan esta consecución y que los dos principales personajes, al margen naturalmente de Jane, sean candidatos declarados a contraer matrimonio con ella.

La constatación que antecede, que podría ser enriquecida y explicitada incluso en términos cuantitativos, constituye un punto de partida insoslayable para cualquier indagación sobre la valoración del matrimonio contenida en *Jane Eyre*.

En efecto, cuando menos, parece que podemos asentar ya desde el principio que éste es un asunto al que se concede

en la novela una especial relevancia (1), pues de lo contrario no se le dedicarían tantas páginas.

Pero esto no nos dice nada, aún, sobre el signo atribuido a tal valoración, es decir, no responde a una pregunta que resulta crucial para el esclarecimiento que perseguimos: ¿se considera deseable para la mujer la situación de casada?

Varias son las líneas de argumentación que pueden esgrimirse en favor de una respuesta afirmativa a la pregunta anterior.

En primer lugar tenemos el hecho de que Jane, que no es en absoluto una mujer conformista y resignada sino que aspira de modo apasionado a una vida más rica y más plena (2), en suma, a la felicidad que puede depararle una realización personal acorde con su naturaleza, termine contrayendo matrimonio y encontrando en él, de forma total, la satisfacción de sus anhelos vitales. A este respecto sus propias palabras son claramente expresivas:

I have now been married ten years. I know what it is to live entirely for and with what I love best on earth. I hold myself supremely blest - blest beyond what language can express; because I am my husband's life as fully as he is mine (pág. 475).

Y no es sólo Jane la que colma por esta vía sus aspiraciones. También sus queridas Diana y Mary, igualmente inquietas, educadas, sensibles e independientes de espíritu, hallan en sus respectivas uniones la ventura que merecen. En realidad, para no alargar innecesariamente esta relación, to-

(1) Lo cual era muy frecuente en la novela victoriana ya que la propia situación vulnerable de la mujer convertía al matrimonio en un asunto de vital importancia, y utilizamos este término en su estricto sentido etimológico. Ver al respecto, Jenni Calder, *Women and Marriage in Victorian Fiction* (London: Thames and Hudson, 1976), págs. 11-15.

(2) Hay dos pasajes con alusiones explícitas a estas inquietudes de Jane: primero, en el capítulo 10, como consecuencia de la marcha de Miss Temple; el segundo, al comienzo del capítulo 12, ya en Thornfield, poco antes de la llegada de Rochester.

Todos los personajes femeninos con cierta entidad en la novela, que no se nos presentan ya como casados o viudos, contraen matrimonio en el transcurso de la misma. Y todos encuentran ventajas, en una u otra forma y de acuerdo a sus previos deseos, en su nuevo estado. Para esta regla sólo hay dos excepciones: Eliza Reed y Blanche Ingram.

Eliza, una mujer lineal: «reason without feeling», con bastantes puntos de contacto con la figura de St. John Rivers, aunque claramente menos valorada que éste por nuestra protagonista, opta por la vida religiosa, previa conversión al catolicismo, y entra en un convento. Las características del personaje, dibujado con tintes manifiestamente negativos, unido a la peculiaridad de su decisión, habida cuenta del entorno cultural en que la historia se desarrolla, casi nos producen la impresión de una descalificación global de esa opción para cualquier mujer normal. Cómo interpretar si no la reflexión de Jane cuando su prima le comunica su proyecto: «The vocation will fit you to a hair» (pág. 270).

En cuanto a Blanche Ingram, cuya imagen no por muy distinta de la de Eliza resulta menos desfavorable, nada se nos dice acerca de si contrae o no matrimonio. Quizá sea éste el castigo a la rivalidad que, sin saberlo, establece con Jane por el amor de Rochester.

Pero, en cualquier caso, esta incertidumbre poco aporta al tema que estamos tratando porque en Blanche la «vocación matrimonial» es clara, aunque sólo sea como medio para acceder a la fortuna de que carece. Así que ella no representa ninguna alternativa, ni siquiera descalificable, a la que parece ser meta generalizada de los personajes femeninos de la novela: el matrimonio.

Y después de todo no puede extrañarnos que Blanche, al fin y al cabo una mujer convencional y sin opiniones propias (3), no encuentre ninguna alternativa personal, suficientemente satisfactoria, a la condición de casada, porque lo cier-

(3) Recordemos la descripción que Jane nos hace de ella, a este respecto: (...) *she was not original: she used to repeat sounding phrases from books: she never offered, nor had, an opinion of her own* (pág. 215).

to es que Jane tampoco lo hace. Repasemos si no, el papel que juegan en su vida otros posibles caminos de realización personal.

Comencemos por el trabajo. Es evidente que éste no representa para Jane más que un penoso deber impuesto por sus necesidades de subsistencia. Probablemente lo tolere mejor en su faceta de maestra de escuela que en la de institutriz. Al menos, de aquélla no tenemos referencias en términos tan duros como «governessing slavery» (pág. 298), puestos en boca de Rochester pero, al parecer, compartidos por Jane, que no tiene nada que oponer a ellos, o «slaving amongst strangers» (pág. 413), frase esta de la propia Jane refiriéndose al trabajo de sus nuevas primas Diana y Mary.

Pero tolerarlo mejor e, incluso, acariciar proyectos de instalar una escuela propia como forma de alcanzar mayores cotas de independencia (4), dado que el horizonte inmediato no permite mejores expectativas, no significa, ni mucho menos, encontrar en el desempeño de esa profesión o en el progreso personal dentro de la misma, un objetivo vital digno de tal nombre (5). De esto último no hay en Jane ni el más leve indicio.

Como señala F. Basch:

She manifests little interest in teaching; forming the mind and tastes of the little Adèle brings her no particular satisfaction,

(4) «(...) The utmost I hope is, to save enough money out of my earnings to set up a school some day in a little house rented by myself» (pág. 227).

(5) Charlotte Brontë es muy explícita al respecto en su posterior novela *Shirley*. Oigamos, por ejemplo, a Caroline Helstone, quien, en el pasaje que a continuación citamos, niega tajantemente que sólo el trabajo pueda proporcionar la felicidad:

«Caroline», demanded Miss Keeldar abruptly, «don't you wish you had a profession -a trade?».

«I wish it fifty times a day.»

«Can labour alone make a human being happy?»

«No; but it can give varieties of pain, and prevent us from breaking our hearts with a single tyrant master-torture. Besides, successful labour has its recompense; a vacant, weary, lonely, hopeless life has none».

Charlotte Brontë, *Shirley* (London: Everyman, 1975), pág. 179.

any more than teaching country folk, of whom she speaks in the condescending tone of a missionary among the natives. As soon as the possibility is open to her, she does not hesitate to give up the hard task of teacher, from which she drew only moral satisfaction: a sense of duty accomplished and pride at having faced up to an additional ordeal (6).

Tampoco la religión parece capaz de proporcionar a Jane un camino de realización personal. La concepción que ella tiene de la misma no va mucho más allá de un simple código moral que se impone a la conciencia de forma más o menos vívida, según las circunstancias.

Y este código moral, cuyos mandatos coinciden en general con los dictados de su propia razón (7), de la cual extrae parte de su fuerza, pero con frecuencia enfrentado con los afectos y tendencias más poderosos en la vida de Jane, lo que con sus propias palabras llamaríamos «su naturaleza», no tiene, desde luego, ninguna capacidad para inspirarle un proyecto vital atractivo. Así, el sentido moral de Jane resulta eficaz para hacerle rechazar las propuestas de Rochester, que pretende persuadirla para que viva con él a pesar de su esposa, pero no basta para contagiarle el ardor misionero de St. John. Su ofrecimiento a éste de acompañarle a la India para ayudarle en su labor, sin convertirse en su mujer, parece el producto de una mera conclusión racional a la que Jane llega por dos vías complementarias: la consideración de la inviabilidad moral de la única alternativa subjetivamente valorada: vivir con Rochester, y la constatación objetiva, basada en el código, del alto valor de la vida misionera:

The case is very plain before me. In leaving England I should

(6) Françoise Basch, *Relative Creatures. Victorian Women in Society and the Novel 1837-67* (London: Allen Lane, 1974), pág. 155.

(7) *At three important points in the plot Jane apparently turns to God for support (...) But in all three cases commonsense is as much at stake as morality, and indeed, as has often been pointed out in connection with Jane's flight from Rochester, sheer prudence is her guide as much as anything;*

P. Beer, *Reader I Married Him*, (London: Macmillan, 1977), pág. 129.

leave a loved but empty land-Mr. Rochester is not there; and if he were, what is, what can that ever be to me? My business is to live without him now: nothing so absurd, so weak as to drag on from day to day, as if I were waiting some impossible change in circumstances, which might reunite me to him. Of course (as St. John once said) I must seek another interest in life to replace the one lost: is not the occupation he now offers me truly the most glorious man can adopt or God assign? Is it not, by its noble cares an sublime results, the one best calculated to fill the void left by upturn affections and demolished hopes? I believe I must say yes-and yet I shudder (págs. 429 y 430).

Si algo queda claro tras la lectura de este episodio, es que Jane no consigue en absoluto lo que dice proponerse en el párrafo transcrito: encontrar en la propuesta de su primo «another interest in life to replace the one lost». Y ello por dos razones. En primer lugar porque no es cierto que se haya perdido su interés por Rochester; está plenamente vivo como lo prueba, entre otros, el hecho de que baste su extraña llamada para que ella, sin tener noticia de cambio alguno en las circunstancias, corra en su busca abandonando cualquier nuevo esclarecimiento en el tema de su posible vocación misionera.

En segundo lugar porque Jane carece de la ambición y, probablemente, de la fe que mueven a St. John. Quizás sean estos los dos únicos elementos no estrictamente racionales, aparte de los «afectos naturales», como él mismo dice, que St. John se permite. Y ambos están en relación con la religión. En Jane, por el contrario, juegan un papel mucho más importante los deseos, los sentimientos, las pasiones y los impulsos, pero todos invisten objetos de este mundo. De ahí que no pueda compartir el desprecio que su primo siente por la vida terrena y que afirme su derecho y su deseo de ser feliz precisamente en ella (8).

(8) «(...) I feel I have adequate cause to be happy, and I will be happy. Good-bye!» (pág. 417).

Consideremos, por último, si otros focos de interés, que evidentemente existen en Jane, no tendrán acaso viabilidad como objetivos vitales capaces de disputar al matrimonio la preponderancia que le venimos atribuyendo. Nos estamos refiriendo a lo que pudiéramos llamar las aficiones de Jane: la pintura, la lectura y el estudio.

Tomemos como ejemplo la pintura, que parece ser la que tiene mayor peso específico a lo largo de la novela. ¿Qué papel juega en la vida de Jane?

Para tratar de esclarecer su sentido, baste recordar que la adquisición de una cierta destreza en este campo parece considerarse parte de la educación que debe recibir la buena sociedad femenina (9). Por tanto, el dibujo es una disciplina importante en el programa educativo, lo que probablemente permite matizar la afición de Jane como algo no del todo espontáneo. Es posible que buenas dosis de práctica obligada, unidas a una cierta capacidad natural, hayan puesto los cimientos técnicos que explican que ésta, y no otra, haya sido la vía elegida para tratar de dar satisfacción a determinadas necesidades psicológicas, a las que más tarde tendremos ocasión de referirnos.

Por otra parte, Jane parece considerar esta actividad como una forma adecuada y placentera de llenar sus períodos de ocio, sobre todo, cuando otras ocupaciones más excitantes no resultan posibles.

Analicemos, con cierta extensión, los factores contenidos en esta proposición.

En primer lugar hay que señalar que la valoración, sin duda positiva, que el dibujo y la pintura tienen, nace de dos fuentes: de su mero carácter de actividades y de su condición de actividades apropiadas.

Para entender cabalmente lo que queremos decir hay que sentar el principio de que Jane considera la inactividad como un mal en sí mismo. Lo cierto es que nuestra heroína suscita a este respecto una posición moral que podríamos lla-

(9) Ver Educación.

mar eudemonista, es decir, la ociosidad no es mala porque sea ocasión de pecado como tantas veces se ha defendido desde determinadas concepciones religiosas, sino porque produce sensación de vacío y, consiguientemente, provoca infelicidad (10).

Resulta interesante destacar que, aparte de otros muchos pasajes en que esta connotación negativa de la falta de ocupación queda perfectamente patente, Jane vincula de modo directo estos dos conceptos, inactividad e infelicidad, refiriéndose a sus últimos años en Lowood:

During these eight years my life was uniform, but not unhappy, because it was not inactive (pág. 115).

Pero hemos dicho que, además, el dibujo y la pintura son actividades apropiadas, afirmación que debe entenderse en un sentido social. Esto no puede extrañarnos si tenemos en cuenta lo ya apuntado antes acerca de la consideración de estas habilidades como parte importante del bagaje cultural que debían poseer las damas de cierta posición.

Desde luego que la aprobación social que, de acuerdo con la novela, hemos atribuido a estas ocupaciones, se refiere exclusivamente a las mismas como formas de llenar el ocio. Nada se prejuzga, porque nada hay en el texto, sobre cuál sería la valoración si tales actividades llegaran a constituirse en profesión de una mujer.

En segundo lugar hemos afirmado que la dedicación al dibujo y la pintura resulta placentera para Jane. Son varias las ocasiones en que ella nos traslada esta impresión.

La primera, en entrevista con Rochester y ante una pregunta directa de éste, incluye afirmaciones tan vehementes que, desgajadas del contexto global, podrían inducirnos a una

(10) Como ha sido resaltado en numerosos ensayos y estudios sobre la época victoriana, por ejemplo en *The Norton Anthology of English Literature* (New York: Norton, 1974), vol. II, pág. 888 y siguientes, y G.M. Trevelyan, *Illustrated English Social History* (London: Pelican Books, 1964), vol. IV, pág. 50 y siguientes.

sobrevaloración del papel que juega esta actividad en su vida:

«I was absorbed, sir: yes, and I was happy. To paint them, in short, was to enjoy one of the keenest pleasures I have ever known» (pág. 158).

No obstante, la réplica de Rochester, siempre tan perspicaz, supone una matización nada desdeñable:

«That is not saying much. Your pleasures, by your own account, have been few (pág. 158).

Con motivo de su visita a Gateshead, donde los avatares de la enfermedad de su tía la retienen más de lo esperado, el dibujo se nos presenta como un recurso satisfactorio para llenar un período que, de otro modo, transcurriría ocioso y quizás, por ello, infeliz:

But I was determined not to seem at a loss for occupation or amusement. I had brought my drawing materials with me, and they served me for both (pág. 261).

De nuevo, esta vez durante su estancia como maestra en Morton, resurge la idea de que la dedicación al dibujo es una forma agradable y provechosa de ocupar el tiempo libre, contribuyendo así a darle un sentido de utilidad a su existencia:

(...) this useful existence - after a day passed in honourable exertion amongst my scholars, an evening spent in drawing or reading contentedly alone... (pág. 393).

A la misma época corresponden estas reflexiones sobre su proyecto de realizar un retrato de Rosamond Oliver:

(...) and I felt a thrill of artist-delight at the idea of copying from so perfect and radiant a model (...) I promised myself the pleasure of colouring it (...) (pág. 395).

Más adelante, todavía en Morton, Jane nos dice que su actividad pictórica es «more soothing, because easier» (pág. 396) que sus ejercicios de traducción del alemán y hace una nueva referencia a la capacidad que tiene para absorber su atención, de modo que no advierte hasta el último momento la llegada de St. John. El comentario de éste cuando la encuentra pintando es, sin duda, esclarecedor: «(...) while you draw you will not feel lonely» (pág. 396).

Esta atinada observación nos lleva de vuelta a nuestra afirmación original en la que, recordemos, hacíamos la salvedad de que la dedicación a la pintura tenía un carácter en cierto modo sustitutorio de otras ocupaciones más fervientemente valoradas.

En efecto, si repasamos con detenimiento la novela podremos apreciar que esta afición de Jane sólo se manifiesta con continuidad en tres entornos: en Lowood durante dos períodos de vacaciones, en el transcurso de su visita a Gateshead y en su época de magisterio en Morton. Y los tres parecen tener un rasgo en común: en ellos Jane se encuentra sola, privada de la compañía de otro ser humano por el que sienta o pueda llegar a sentir algún tipo de interés personal. Esto es evidentemente cierto en Gateshead, donde incluso el ambiente es en buena medida hostil hacia ella, y lo es también en Morton, donde sólo las esporádicas visitas de Rosamond o St. John rompen su solitaria reclusión. En cuanto a Lowood, aunque no tengamos confirmación explícita de ello, es razonable suponer que, precisamente en vacaciones, Miss Temple, su única amiga allí, está ausente del colegio.

Por el contrario, sabemos que Jane, cuando tiene cerca a alguien a quien quiere, no siente necesidad de pintar, sino que dedica todo el tiempo disponible al cultivo de esa relación. Así ocurre en Thornfield donde, a veces, la mera posibilidad de contemplar a Rochester la induce, en una posición de inequívoca incomodidad, a soportar las insípidas veladas de sus invitados, cuando no sus impertinencias. Y lo mismo en Moor House, en la que la presencia de sus queridas Diana y Mary la abocan más bien a actividades compatibles con un contacto personal sostenido que haga posible el

desarrollo de la naciente amistad y el deleite de su disfrute.

Tenemos constancia de que en Moor House Jane enseña a pintar a Mary, pero pensamos que esto no quiebra nuestra argumentación porque enseñar a pintar y hacerlo son, desde el punto de vista de las necesidades psicológicas implicadas, actividades completamente distintas.

Así pues, ahora estamos en condiciones de precisar las tres funciones fundamentales que, a nuestro juicio, cumple la pintura en la vida de Jane: a) ocupa el tiempo de una forma a la vez apropiada y placentera, b) es un medio de expresión personal y c) sirve para combatir la soledad.

Aunque estas tres funciones, que aquí hemos presentado de manera separada por razones de inteligibilidad, están de hecho interrelacionadas entre sí y por eso resulta difícil jerarquizarlas, hemos de resaltar que la tercera parece tan importante que se convierte, en la práctica, según hemos visto, en una condición necesaria.

Sea como fuere, es indudable que para Jane su destreza en este campo sirve a un objetivo más personal que social, trascendiendo así el carácter de mero adorno femenino para el mercado matrimonial que no es infrecuente en novelas anteriores.

Patricia Beer se ha referido a esta superior motivación de la pintura en Jane Eyre comparándola con la que puede observarse en *Emma*, la conocida novela de Jane Austen, y afirma que las obras de aquélla son «genuine expressions of a personal vision pursued for its own sake, (...) by a girl who, though lonely and deprived, respects and cherishes her own individuality» mientras que «Emma draws and paints purely for social and sexual reasons; when there is no such motive she puts the apparatus away» (11).

Hay desde luego en la novela otros usos, podríamos decir otros motivos, para la pintura y el dibujo que, aunque poco significativos de cara a la conclusión que tratamos de establecer, reseñaremos por un cierto prurito de exhaustividad.

(11) P. Beer, págs. 87-88.

Así, la realización de un retrato de sí misma y una miniatura de Blanche Ingram, basada en la descripción que de ella le ha hecho Mrs. Fairfax, como medio de domeñar sus nacientes sentimientos por Rochester. Aquí, por tanto, la pintura, de un modo excepcional se convierte en aliada de la razón frente a sus afectos más personales.

También tenemos noticia de la utilización de algunos dibujos, hechos por la propia Jane con este objeto, como elementos de auxilio didáctico en la formación de Adèle.

Por último, y aunque no pueda hablarse en este caso de tal motivación para la ejecución de la obra, sabemos que Jane emplea el retrato que acaba de hacer de Rosamond Oliver como medio para estimular la atracción que St. John siente por ésta, tratando de propiciar la unión de ambos.

En resumen, y al margen de estos motivos que podríamos calificar de singulares, creemos que puede asentarse la siguiente conclusión: la dedicación al dibujo y la pintura responde, para Jane, a la necesidad, varias veces explicitada por ella misma, de expandir su horizonte vital, ante la evidencia de una realidad insatisfactoria en la que la soledad y la falta de afecto constituyen el núcleo fundamental de su desdicha. Se trata, por tanto, de una actividad que, aunque creativa, tiene su trasfondo motivacional en el intento de evasión (12) de una realidad groseramente infeliz, más que en el de trascender esa realidad, cualquiera que fuese. Por ello, cuando la experiencia presente adquiere tintes más placenteros, como ocurre en los distintos períodos de su relación con Rochester o, en menor medida, durante su convivencia con las hermanas Rivers, la pintura pierde su función.

No es casualidad, pues, que el abandono de la pintura coincida con las etapas en que Jane establece alguna relación afectiva. Porque sus inquietudes vitales, que se nos

(12) Helen Moglen, *Charlotte Brontë. The Self Conceived* (New York: Norton Library, 1978), pág. 110, se refiere ya a conductas de escape de la realidad infeliz hacia un mundo de imaginación y creación, en relación con la infancia de Jane.

manifiestan como aspiraciones a una existencia más variada, más rica en sentimientos y emociones, nacen, consciente o inconscientemente, de su necesidad de amar y ser amada y con ella se satisfacen. De ello tenemos abundantes pruebas en la novela. Basten algunas a título de ejemplo.

Las primeras manifestaciones explícitas de estas inquietudes, que le hacen abandonar Lowood en busca de nuevos horizontes, no surgen sino tras la marcha de su amiga Miss Temple y la propia Jane establece la conexión entre aquéllas y la pérdida de esta relación:

From the day she [Miss Temple] left I was no longer the same: with her was gone every settled feeling, every association that had made Lowood in some degree a home to me. (...)

It did not seem as if a prop were withdrawn, but rather as if a motive had gone: it was not the power to be tranquil which had failed me, but the reason for tranquility was no more (página 116).

Las segundas, ya en Thornfield, nos hacen ver que, pese al carácter relativamente placentero de su vida allí, aún queda alguna importante insatisfacción de fondo.

Pero llega Rochester y en él encuentra Jane la más completa personificación de sus aspiraciones, de manera que, en adelante, éstas no surgirán más en su inconcreta forma primitiva sino condensadas en su deseo de compartir la vida con él.

Ya en el pasaje de la primera declaración, Jane hace saber a Rochester lo que ha llegado a suponer para ella:

«(...) I love Thornfield: I love it, because I have lived in it a full and delightful life (...)

I have not been trampled on. I have not been petrified. I have not been buried with inferior mind, and excluded from every glimpse of communion with what is bright and energetic and high. I have talked, face to face, with what I reverence, with what I delight in -an original, a vigorous, an expanded mind» (pág. 281).

Y no se trata, como podría pensarse, del entusiasmo propio del amor recién descubierto.

La verdad es que el panorama de absoluta felicidad que Jane, diez años después de contraer matrimonio con Rochester, nos pinta de su vida con él, dejando aparte los trazos ciertamente ideales con que algunos aspectos de su relación figuran descritos, no parece dejar margen a ninguna aspiración vital insatisfecha.

Por tanto, si sus inquietudes se reducían en última instancia a la cobertura de una necesidad afectiva y era el sentimiento más o menos vago de esta carencia el que la impulsaba a la creación imaginativa de una realidad más gratificante por medio de la pintura, no ha de resultar extraño que desaparecido aquél, ésta se queda sin función.

La pintura no es, pues, sino una actividad vicaria de una vida real plena. Y una vida real plena es aquella en la que uno ama y sobre todo, es amado.

→ Volvemos así al planteamiento inicial: no hay alternativas vitales satisfactorias al matrimonio, y menos aún desde la aparición de Rochester en escena, porque aquél representa la única manera legítima de vivir el amor y esta vivencia es el compendio de las aspiraciones de Jane.

La síntesis final entre matrimonio y amor, posibilitada por la muerte de Bertha Mason y plasmada en su boda con Rochester, constituye un compromiso feliz entre las exigencias de su naturaleza, que demanda el amor como bien supremo, y los dictados de su razón, que encuentra en el matrimonio la única situación acorde con «la ley dada por Dios y sancionada por los hombres».

De este modo se ahorra a la protagonista la necesidad de una elección definitiva entre estos dos polos frecuentemente en conflicto a lo largo de la novela. Al propio tiempo, el recurso de achacar a una intervención sobrenatural la llamada de Rochester, lo que equivale a poner en juego la voluntad divina, priva a la decisión del retorno a Thornfield del carácter de opción definida que sin duda habría tenido en otro caso.

Pero éste, después de todo, es otro tema cuyo esclarecimiento no nos toca aquí ni siquiera intentar. Lo que nos importa ahora no es tampoco que a Jane le sea dado conciliar sus principios con sus inclinaciones, ni cuáles sean las afortunadas circunstancias que permiten este desenlace sino, simplemente, constatar el hecho de que para ella, fuera del matrimonio, no hay felicidad posible (13).

Y no se trata de que Jane sustente ninguna visión utópica acerca del matrimonio. Es consciente de que el amor, particularmente el del marido (14), puede apagarse. Sin embargo, está del todo dispuesta a correr ese riesgo, incluso a asumir todo el peso de la defensa de la estabilidad de la relación porque, pese a todo, como dice P. Beer refiriéndose al mundo de Charlotte Brontë, «if matrimony has some pain, celibacy has no pleasure» (15).

Tras haber establecido la positiva consideración que el matrimonio merece a nuestra heroína, su carácter único como proyecto vital satisfactorio y la razón última en que esta valoración descansa, parece necesario preguntarse ahora por el modelo de matrimonio que se nos propone. En concreto, dos son las cuestiones que nos interesan y a las que trataremos de dar respuesta: a) ¿Cuáles son las características definitorias de la relación personal que establecen Jane y Rochester, una vez casados? y b) ¿existe en la novela alguna crítica a la regulación legal del matrimonio como institución?

Para responder a la primera de ellas parece lógico acudir, en primer término, a las únicas referencias que tenemos,

- (13) Gail Cunningham ha señalado, refiriéndose a la totalidad de la obra de Charlotte Brontë, lo siguiente:

Thus Charlotte Brontë, whose novels, perhaps more than any others of the period, reflect a persistent and in many ways revolutionary interest in the essential nature of woman, ultimately endorses the idea that a woman's highest achievement lies in the conventional concerns of love and marriage.

Gail Cunningham, *The New Woman and the Victorian Novel* (London: Macmillan, 1978), pág. 43.

- (14) Págs. 288 y 289.

- (15) P. Beer, pág. 123.

en el último capítulo de la obra, a la experiencia matrimonial de Jane. Estas son sus palabras:

I have now been married ten years. I know what is to live entirely for and with what I love best on earth. I hold myself supremely blest -blest beyond what language can express; because I am my husband's life as fully as he is mine. No woman was ever nearer to her mate than I am: ever more absolutely bone of his bone and flesh of his flesh. I know no weariness of my Edward's society: he knows none of mine, any more than we each do of the pulsation of the heart that beats in our separate bosoms; consequently, we are ever together. To be together is for us to be at once as free as in solitude, as gay as in company. We talk, I believe, all day long: to talk to each other is but a more animated and an audible thinking. All my confidence is bestowed on him, all his confidence is devoted to me; we are precisely suited in character -perfect concord is the result (págs. 475-476).

Puesto que la confesión de Jane data de diez años después de su boda con Rochester no cabe achacar la suprema felicidad que declara a la euforia consiguiente a la consecución de aquel objetivo, largamente acariciado y pleno de dificultades.

Por tanto, ha de pensarse que tal felicidad obedece al tipo de relación que mantiene con su marido y, consiguientemente, las características que de ésta se nos destacan pueden, con todo derecho, ser adscritas al modelo propuesto.

Hay un dato más que avala la consideración de la relación descrita en la cita anterior como modelo: su carácter acabado. Si bien se mira, el párrafo en cuestión refleja una relación en la que todas las posibles metas parecen alcanzadas y sólo cabe disfrutar a fondo las sensaciones concomitantes; no hay cabida para ninguna tensión proyectada hacia mejoras futuras, hacia nuevos objetivos. Esta situación, con indudables visos de utopía, connota más una idea, y por tanto un modelo, que una experiencia real.

Hechas estas puntualizaciones, entremos de lleno en el análisis del texto. Como lo que buscamos son las características que definen la relación, obviaremos las meras alusiones a sentimientos o sensaciones, sin contenido descriptivo en el sentido antedicho.

Siete son, en nuestra opinión, los rasgos que componen el perfil de la relación:

a) Plena dedicación de Jane a su esposo.

Esta es la impresión que nos producen las palabras «to live entirely for (...) what I love best on earth».

Sin duda esta dedicación es generosa en tiempo y en los cuidados materiales y espirituales que el estado de su esposo requiere. La propia Jane nos da noticia de ello cuando, tras haber pensado en ocuparse personalmente de la educación de Adèle, encuentra que es imposible porque «my time and cares were now required by another —my husband needed them all» (pág. 475).

b) Perfecta unión.

Tan perfecta que probablemente va más allá de lo que es razonable esperar de la comunidad de dos individuos que aspiren a preservar sus propias peculiaridades.

Tal grado de unión, tal extraordinario acoplamiento de caracteres («we are precisely suited in character»), parece reflejar un modelo de pareja en que el objetivo es, a partir de dos individualidades distintas y mediante las respectivas renunciaciones a las características disonantes, lograr una especie de fusión, connotada por la parábola física «bone of his bone and flesh of his flesh», que dé lugar a la aparición de una única personalidad. Esta empresa, caso de resultar posible, ha de producir sin duda el más alto grado de unión y concordancia imaginables pero, a cambio, comporta la renuncia a

la propia individualidad (16) de quienes participen en ella.

c) Amplia comunicación.

Aunque pueda especularse ampliamente sobre las insuficiencias comunicativas del lenguaje y, por contra, sobre las virtudes de otros modos de expresión, parece haber un asentimiento bastante generalizado a la consideración de la palabra, sea escrita o, sobre todo, hablada, como el medio de comunicación más valioso. Así pues, es lógico suponer que dos personas que hablan entre sí todo el día («we talk, I believe, all day long») se comuniquen con amplitud.

d) Sinceridad absoluta.

Las palabras de Jane a este respecto tienen un sentido totalmente inequívoco y denotan, aunque sea de forma tópica, el más alto grado de sinceridad posible: la traducción directa del pensamiento en palabra:

(...) to talk to each other is but a more animated and an audible thinking.

e) Total confianza.

Como lógico resultado de esa sinceridad sin restricciones, la total confianza que cada uno deposita en el otro:

All my confidence is bestowed on him, all his confidence is devoted to me (...).

f) Autosuficiencia de la pareja.

Las últimas frases citadas, al margen de su estricto contenido informativo, sugieren algo más: la reducción del mundo de intereses de cada uno a la propia pareja.

(16) En contradicción con la intensa defensa de su individualidad, de su naturaleza, que Jane ha venido haciendo a lo largo de la novela, desde su niñez hasta, últimamente, su relación con St. John.

Por si pudiésemos albergar alguna duda acerca de lo acertado o no de tal connotación, otras palabras de Jane redundan en la misma idea:

(...) *I am my husband's life as fully as he is mine.*

A nuestro juicio, esto confirma, una vez más, la tesis que hemos venido sosteniendo en este apartado. Porque no es sólo que no existan alternativas vitales a la relación amorosa con Rochester, sino que ni siquiera parece existir la posibilidad de que otros intereses coexistan con ella (17). Para Jane, tras su boda, el mundo es Rochester y todo lo demás, sea lo que sea, resulta prescindible.

g) Igualdad.

Hay, ciertamente, una connotación de igualdad a lo largo de todo el párrafo citado, propiciada por la forma de la descripción, que casi siempre se refiere a los dos sujetos de la relación, por lo general de manera sucesiva, para hacer de ambos idénticas afirmaciones. Esto produce una evidente impresión de simetría.

Si hubiéramos de circunscribirnos a la experiencia matrimonial de Jane, tal como ella nos la transmite, nada más podríamos añadir.

Sin embargo, creemos que el tema merece mayor detenimiento porque existen elementos en la novela, desde luego pertenecientes a épocas anteriores a la boda pero alusivos a la relación conyugal, que pueden ayudarnos a matizar el alcance de la igualdad que se nos propone.

(17) F. Basch, en la obra ya citada, págs. 164-165, resalta esta misma idea cuando afirma:

(...) *as soon as it is a question of love, the intellectual and emotional horizon of the heroine is conspicuously narrowed one. Once the chosen one, sufficiently original and liberated from convention to appreciate the riches hidden within the simple governess, the teacher or the haughty heiress, appears on the scene, we witness these creatures finding at last in love a reason for living (...) The rest of the world ceases to interest her and her work no longer has any meaning, save to carry out his will.*

La mayor parte de los críticos que se han ocupado del asunto están de acuerdo en considerar la igualdad entre los cónyuges como uno de los rasgos definitorios del modelo de matrimonio implícito en *Jane Eyre*. Algunos de ellos, sin embargo, encuentran que ciertas ambigüedades e incluso contradicciones oscurecen, si no desvirtúan, el rasgo anterior. Tomemos, como ejemplo, las siguientes afirmaciones de Jenni Calder, referidas tanto a *Shirley* como a la novela que estamos analizando:

(...) the author is trying to communicate a version of marriage as companionship and mutual assistance. But it is wrapped up in Shirley's acceptance of an inferior, a pupil's role -teach me and help me to be good, she says. In the case of Jane and Rochester it is Rochester who sees Jane as his good influence, and Jane accepts his attitude to her. Here the roles are more or less reversed... (18).

Si bien compartimos el argumento de fondo que alude a la existencia de elementos contradictorios en relación con la supuesta igualdad de las partes, no podemos deducir lo mismo de los términos concretos en que se plasman las objeciones de Calder.

Decir, sin más, que Jane acepta el papel de «buena influencia» que Rochester le sugiere es, cuando menos, excesivamente simplificador y elude otra aparente contradicción cuya resolución puede resultar muy clarificadora.

Porque hay nada menos que dos ocasiones en que Jane rechaza expresamente ser considerada por Rochester como su «ángel»:

«I am not an 'angel', I asserted; and I will not be one till I die: I will be myself. Mr. Rochester, you must neither expect

(18) J. Calder, pág. 65.

nor exact anything celestial of me -for you will not get it, any more than I shall get it of you (...)» (pág. 288).

I had rather be a thing than an angel (pág. 291).

Y entre ambas, sin embargo, lo que cabe interpretar como anticipación del desempeño efectivo de parte del rol rechazado, el de «mujer sumisa y complaciente», piedra angular de la estabilidad de la familia:

«For a little while you will perhaps be as you are now -a very little while; and then you will turn cool; and then you will be capricious; and then you will be stern, and I shall have much ado to please you; but when you get used to me, you will perhaps like me again -like me, I say, not love me. I suppose your love will efervesce in six months or less. I have observed in books written by men, that period assigned as the furthest to which a husband's ardour extends. Yet, after all, as a friend and companion, I hope never to become quite distasteful to my dear master (págs. 288 y 289).

Lo que aquí está anunciando Jane es su disposición a asumir, de modo total, la responsabilidad del mantenimiento de la relación, a contrarrestar, con su solo esfuerzo, las tendencias centrífugas que, piensa, han de surgir inevitablemente en Rochester. Y el premio que espera al final del proceso es «no resultar completamente desagradable a su querido maestro».

Desde luego, no parece necesario argumentar que todo el párrafo refleja el proyecto de una relación claramente asimétrica, aunque pueda suponerse transitoria, en la que una parte ofrece hacer todo el gasto en aras de la consecución de un objetivo, mientras la otra puede abandonarse a la espontaneidad de sus impulsos que, sólo por la buena influencia de su compañera, se espera que terminen llevándole al puerto correcto.

Digamos, aunque sea de pasada porque el asunto nos parece obvio, que no entendemos cómo Jenni Calder puede

adscribir a Rochester la posición inferior en una relación de este tipo. A nuestro juicio, la situación es exactamente la contraria. Es más, podríamos añadir que el papel que Jane está dispuesta a afrontar tiene su origen, como ella misma nos dice, en premisas ideológicas masculinas que, referidas a supuestas diferencias esenciales entre el modo de amar de hombres y mujeres, pretenden racionalizar la subordinación de estas últimas no ya sólo a sus maridos sino a la propia causa del matrimonio, para asegurar así la estabilidad familiar a costa de una sola de sus partes.

Pero, tras este inciso, volvamos de nuevo a la contradicción que ha quedado planteada con anterioridad.

Por supuesto, no cabe ignorar una posibilidad que no por simple deja de ser muy plausible: que Jane no sea consciente de que resulten contradictorios su rechazo a ser el ángel de Rochester y su disponibilidad a desempeñar un papel subordinado que, además, le está reservado exclusivamente en base a su condición de mujer. Pero esto, lejos de constituir una explicación de la paradoja que tenemos entre manos, no sería sino un hecho más a explicar. Así pues, hemos de intentar otra hipótesis.

La nuestra, que resulta coherente con la actitud de Jane en relación con el trabajo, podría quedar reflejada en los siguientes términos:

- a) Hay en Jane una evidente aspiración a la igualdad de las partes en la relación de pareja, lo que no resulta incompatible con el hecho de que sólo sea capaz de enamorarse de alguien en quien pueda reconocer cierta superioridad sobre ella, a quien pueda llamar «Master». A este propósito se ha señalado, un tanto burlesco, que la autora dedica media novela a resaltar la superioridad de Rochester sobre Jane, en edad, experiencia, posición social, fortuna, etc., y la otra media a tratar de nivelarlos a ambos, para lo cual no duda siquiera en dejar inválido a Rochester.

- b) Que la citada aspiración proviene, sin duda, de la convicción de Jane acerca de la igualdad radical que, como personas, existe entre Rochester y ella (19), lo que constituye una negación implícita de cualquier supuesta inferioridad femenina respecto del varón y, por consiguiente, un específico rechazo de cualquier sumisión al marido predeterminada e impuesta.
- c) La tendencia igualitaria, sin embargo, parece agotar su impulso reivindicativo en la aceptación de ese principio de igualdad básica por su pareja (20) y, por tanto, no se plasma en denuncias concretas o propuestas de cambio en los papeles socialmente atribuidos a ambos sexos en la relación conyugal.

Probablemente esta ausencia de crítica obedece a una excesiva confianza de Jane en el poder de los sentimientos, lo que le lleva a pensar que la fuerza de su amor, puede asegurarle el objetivo deseado sin necesidad de apelar a modificaciones externas a los propios participantes (21). En última instancia, podría decirse que Jane no pretende abanderar la causa de la igualdad de la mujer sino que se conforma con una salvación individual que siente a su alcance (22).

(19) Cfr. pág. 281.

(20) Recordemos que Rochester muestra su asentimiento a la afirmación de Jane sobre tal igualdad radical, repitiendo sus últimas palabras: «equal as we are» (pág. 281).

(21) Eugène Forçade, en un artículo sobre *Jane Eyre* publicado en «Revue des Deux Mondes», tomo 4 (octubre, 1848), págs. 471-494, se refiere a esta ausencia de crítica social en los siguientes términos:

But what especially charmed me was that the author has relied solely on the eloquence of the emotions depicted and has not for a moment thought of calling down a fiery judgement on society in a drama in which society nevertheless plays more or less the cruel and tyrannical role assigned to fate in the tragedies of antiquity.

(22) De hecho, así resulta en la novela. La igualdad que connotamos en el párrafo que describe su experiencia matrimonial se nos presenta como un producto espontáneo de dos espontaneidades (léase sentimientos amorosos) perfectamente concordantes.

d) Por otra parte, también la fuerza y la constancia de su sentimiento amoroso pueden impulsarla, ante hipotéticas veleidades de Rochester, a la asunción de un papel de esposa abnegada y sumisa, muy cercano al tradicionalmente atribuido a la mujer (23). No obstante, es imprescindible resaltar que tal aceptación es activa y voluntaria, no pasiva e impuesta, y que Jane la ve sólo como una situación de tránsito hacia la igualdad deseada.

Abordemos ahora la segunda pregunta que nos planteábamos al tratar de definir el modelo de matrimonio que se nos ofrece en *Jane Eyre*.

Nos interrogábamos entonces acerca de si existía o no alguna crítica concreta a la regulación legal del matrimonio, puesto que éste, como es obvio, no es sólo un asunto privado, sino que tiene el carácter de un compromiso social que se establece, no en los términos que libremente acuerdan los cónyuges, sino en los que están previamente definidos por la ley.

No parece necesario subrayar que cada regulación legal concreta responde a un modelo de relación personal que se considera socialmente deseable y, a su vez, es susceptible de ejercer una influencia sobre cualquier relación particular que se establezca, en el sentido de forzar su adaptación a tal modelo. Por ello parece lógico que quienes defienden un modelo distinto del consagrado por su época, hayan de optar entre ignorar la institución del matrimonio, estableciendo uniones al margen del derecho, o propugnar, de una u otra forma, modificaciones en la normativa que lo rige.

- (23) Esta idea de la preponderancia de los sentimientos sobre la reivindicación de derechos como fuerza motivadora de las heroínas de Charlotte Brontë, ha sido destacada por muchos. Así Patricia Beer, para quien Jane Eyre y Lucy Snowe son las que mejor reflejan la personalidad de su autora, afirma en su obra ya citada, pág. 30, que «Charlotte Brontë was too soft-centred to found any cause on justice and equity. For her, sentiment was more important than rights».

Quizás la única alusión inequívoca al marco legal del matrimonio que hay en la novela, sea la referencia al divorcio o, para ser más exactos, a su aparente imposibilidad.

El caso planteado resulta en verdad extremo: la primera esposa de Rochester está loca, hasta el punto de hacer inútil cualquier intento de relación entre ambos y, sin embargo, él se encuentra atado a ella de por vida en plena juventud.

Tan extremo es, que Clement K. Shorter (24) opina que una situación de este tipo sería legalmente resoluble incluso en la Inglaterra de aquel tiempo.

En cualquier caso, ante esta tesitura Rochester ya ha tomado una decisión para la que se considera moralmente legitimado: está dispuesto a saltarse la ley contrayendo un nuevo matrimonio.

Pero, y este es el tema que más nos interesa, ¿cuál es la actitud de Jane cuando llega a conocer el problema?

Como dice Tillotson (25), si Jane hubiese aceptado la propuesta de convivencia de Rochester, convencida por sus razones, hubiéramos visto en la novela, entre otros propósitos, un alegato en favor del divorcio. Mas no es éste el caso. En Jane hay sin duda comprensión, benignidad en el juicio, simpatía, incluso compasión hacia Rochester y, desde luego, hacia sí misma por la infranqueable barrera que de pronto se levanta entre los dos, pero, en ningún caso, complicidad con la abierta crítica de él y, mucho menos, con su práctica rebeldía. Jane, a diferencia de Rochester, muestra una tenaz resistencia a separar moral y razón, que casi siempre marchan acordes en ella, probablemente consciente de que si lo hiciera, el código moral que adhiere y que sirve de referencia a su autoestima, perdería la mayor parte de su fuerza.

Por eso, en medio de la crisis, cuando nota que su razón es sensible a los argumentos de Rochester, no duda en de-

(24) Cfr. la introducción a *Jane Eyre* de Clement King Shorter, *The Life and Works of Charlotte Brontë and her Sisters* (London: The Haworth Edition, 1899), vol. 1., págs. XXII y XXIII.

(25) Ver Kathleen Tillotson, *Novels of the Eighteen-Forties* (Oxford: Clarendon Press, 1971), págs. 309-310.

clararse a sí misma incapacitada para todo juicio a fin de poder entregarse, inerme, en brazos del deber (26).

En resumen, pensamos que puede hacerse la siguiente recopilación sobre el tratamiento del asunto en *Jane Eyre*:

- a) La novela plantea un caso al que la ley no ofrece ninguna perspectiva razonable de solución. Podría argumentarse que este mero planteamiento ya implica un cierto nivel de crítica, pero esta idea no parece abonada ni por el estilo general de la narración, profundamente subjetiva, ni por la elección concreta del caso, que resulta, como ya hemos señalado, extremo.
- b) Si hacemos caso de la puntualización de Shorter, que niega virtualidad real al problema planteado, y admitimos que, lógicamente, la autora conocía este hecho, habría que descartar cualquier objetivo de reforma social y limitar su intención al logro de una situación de intenso dramatismo, susceptible a permitir una más completa expresión psicológica de los personajes.
- c) Aun cuando la citada puntualización no fuera correcta, lo cierto es que Jane no hace ninguna manifestación explícita en el sentido de compartir la crítica contenida en las manifestaciones de Rochester.
- d) Por último, hemos de constatar que, frente a la actitud decididamente rebelde de Rochester, la postura de Jane es la de intentar la resignación y éste es también su consejo para él (27).

Estos dos últimos puntos abundan en la verosimilitud de la hipótesis incluida en el segundo, que es la que, decididamente, nos parece más plausible. Además, esta ausencia de

(26) Cfr. pág. 344.

(27) «*Do as I do: trust in God and yourself. Believe in heaven. Hope to meet again there*».

«(...) *We were born to strive and endure - you as well as I: do so*» (pág. 343).

crítica a la regulación legal del matrimonio resulta coherente con la actitud que ya hemos visto en relación con el tema de la igualdad de la pareja: el tratamiento preferente de los problemas en la esfera individual, por obvios que sean su origen y alcance sociales, y su resolución en dicho ámbito. Esta idea ha sido ya apuntada por P. Beer, en los siguientes términos:

Charlotte Brontë writes of individuals, each with her own frustrations and her own solution to them. She does not think in terms of a cause and can see no body of women to lead (28).

2.2. Condicionantes en la elección del cónyuge

Ya hemos señalado que, pese a lo que pudiera esperarse de las características, en buena medida novedosas, de la protagonista como personaje literario femenino: escasamente dotada desde el punto de vista físico, sexuada, independiente, inquieta, segura de sí misma, poco sumisa, en suma, inconventional (29), hay en la novela una valoración máxima del matrimonio, la solución tradicional, como vía de realización personal para la mujer, es decir, como vía de acceso a la felicidad.

Hemos subrayado también que esta valoración tiene su origen en la atribuida al amor, cuya vivencia constituye la máxima aspiración vital de Jane. Desde esta perspectiva el matrimonio sería un compromiso, pero eso sí, ineludible y deseado como tal, entre los dictados de la razón y la moral, por una parte, y la satisfacción de sus anhelos más profundos, por otra.

Con estos antecedentes, no puede resultar extraño que afirmemos desde ahora que el amor es, no sólo uno de los factores de peso en la elección de cónyuge por el modelo, léase, en primera aproximación, Jane, sino, sin ninguna duda, el más importante.

(28) P. Beer, pág. 88.

(29) H. Moglen, pág. 106, afirma que Jane representa la primera antiheroína de la literatura inglesa.

Son muy numerosas las ocasiones en que Jane hace mención expresa del amor como condición necesaria del matrimonio, sobre todo en los pasajes dedicados a su relación con St. John Rivers, precisamente por la disparidad de criterios que ambos sustentan en torno al tema. Cronológicamente, la primera alusión al asunto, en esta época, se produce recién conocida su nueva situación económica, a la que accede gracias al legado de su tío John. En la discusión que tiene con su primo St. John acerca de su deseo de compartir la fortuna heredada con él y sus hermanas, como parte de uno de sus argumentos Jane le comunica su intención de no casarse porque, según dice, «No one would take me for love; and I will not be regarded in the light of a mere money speculation» (pág. 413).

Más tarde, cuando el propio St. John, beneficiario de la confidencia anterior, le hace su peculiar propuesta de matrimonio, absolutamente carente de contenido afectivo, la negativa de Jane incide en la misma idea:

Consent, then, to his demand is possible; but for one item—one dreadful item. It is—that he asks me to be his wife, and has no more of a husband's heart for me than that frowning giant of a rock, down which the stream is foaming in yonder gorge. He prizes me as a soldier would a good weapon, and that is all (pág. 430).

Aún en el curso de la misma entrevista, acuciada por la insistencia de su primo, que apela a su sentido común, la reflexión de Jane ratifica la necesidad del amor como condición para el matrimonio:

(...) and still my sense, such as it was, directed me only to the fact that we did not love each other as man and wife should: and therefore it inferred we ought not to marry (pág. 431).

En conversación posterior con Diana Rivers, al revelar-le Jane las razones que han motivado su rechazo de la pro-

posición de St. John, esgrime de nuevo la misma idea, que es plenamente compartida por su interlocutora:

«He has told me I am formed for labour -not for love: which is true, no doubt. But, in my opinion, If I am not formed for love, it follows that I am not formed for marriage. Would it not be strange, Di, to be chained for life to a man who regarded one but as a useful tool?»

«Insupportable -unnatural- out of the question!» (pág. 441).

Consecuente con su convicción, Jane rechaza la validez del planteamiento que postula el amor como la lógica consecuencia del contacto prolongado en una unión «adecuada» (30). Así, ante el argumento de St. John en esta línea, cuando le asegura que «undoubtedly enough of love would follow upon marriage to render the union right even in your eyes» (pág. 433), su respuesta resulta tajante, incluso cruel:

«I scorn your idea of love, (...) yes, St. John, and I scorn you when you offer it» (pág. 433).

La dura réplica de Jane, que sorprende por su contundencia al propio St. John, no puede ser explicada como el exponente de una mera discrepancia ideológica. Se trata de una vehemente reacción, más pasional que intelectual, ante lo que para ella constituye una ruptura del orden natural de las cosas en detrimento del sentimiento amoroso que, de causa motivadora de la unión, pasa a ser sólo posible consecuencia.

(30) A este respecto J. Calder, pág. 57, afirma lo siguiente:

The treatment of marriage in popular fiction of this kind, in the stories and serials that appeared in women's magazines, is extraordinary trite even by the standards of what we now expect from popular romantic fiction. A favourite theme, much present in novels too, is the «learning to love after marriage», theme which is used in the most blatant fashion to rationalize the subordination of woman in marriage. It is almost always the women who have to learn to love their husbands, and who undergo various crises in the process.

Creemos que no es exagerado afirmar que a Jane el matrimonio sin amor, con independencia de cual sea el motivo aducido para su celebración, no sólo le parece una decisión errónea que aboca a una situación insoportable, sino básicamente un acto inmoral. Así se desprende de sus reproches a Rochester, en la entrevista de la declaración, ante su supuesta e inminente boda con Blanche Ingram que ella ve, de acuerdo con las opiniones de su entorno y sus propias observaciones, exclusivamente basada en razones económicas y de estatus social. Recordemos sus palabras:

«(...) and wed to one inferior to you -to one with whom you have no sympathy- whom I do not believe you truly love; for I have seen and heard you sneer at her. I would scorn such a union: therefore I am better than you - let me go!» (pág. 282).

Dos aspectos merece la pena destacar en estas frases de Jane. El primero es el repudio claro, esta vez frente a Rochester, de la misma situación básica que hemos visto en la propuesta de St. John: la unión matrimonial de dos personas que no se aman.

No es irrelevante señalar, además, que en ambos casos la reacción de Jane está expresada en términos prácticamente idénticos (obsérvese la utilización del verbo «scorn»), pese a la evidente disparidad de las razones que podrían justificar uno y otro.

El segundo aspecto a resaltar es que Jane, a partir de su rechazo de tal unión, deduce, como ya anticipábamos, su superioridad, superioridad ética se entiende, sobre Rochester. Ello pone de manifiesto que la necesidad afectiva de Jane, que ya hemos destacado como un aspecto básico de su personalidad, ha convertido el matrimonio por amor en un valor moral.

Ya antes de esta confesión explícita y apasionada de su opinión a Rochester, Jane ha hecho partícipe al lector de sus reflexiones acerca de este presunto proyecto de boda:

I have not yet said anything condemnatory of Mr. Rochester's project of marrying for interest and connexions. It surprised

me when I first discovered that such was his intention: I had thought him a man unlikely to be influenced by motives so commonplace in his choice of a wife; but the longer I considered the position, education, etc., of the parties, the less I felt justified in judging and blaming either him or Miss Ingram for acting in conformity to ideas and principles instilled into them, doubtless, from their childhood. All their class held these principles: I supposed then, they had reasons for holding them, such as I could not fathom. It seemed to me that, were I a gentleman like him, I would take to my bosom only such a wife as I could love; but the very obviousness of the advantages to the husband's own happiness offered by this plan convinced me that there must be arguments against its general adoption of which I was quite ignorant: otherwise I felt sure all the world would act as I wished to act (págs. 215, 216, 217).

En estas frases de Jane, aparte de una nueva defensa del amor como condición sustantiva del matrimonio, hay otros contenidos de interés que no conviene pasar por alto.

Así, podemos observar en primer término, que Jane atestigua el carácter frecuente de las uniones por motivos de interés económico y conexiones sociales, al calificar a estos como «so commonplace».

En segundo lugar Jane reconoce que su no pertenencia a la clase de Blanche y Rochester le ha permitido eludir el condicionamiento social que instaura tales motivos en la vida de otras personas. En efecto, la carencia de fortuna y de una posición relevante hacen innecesario en su caso cualquier mecanismo que tienda a preservar o afianzar estos obvios distintivos de clase. Pero este argumento no basta para justificar la completa ignorancia que Jane confiesa acerca de la influencia de los citados motivos. Sabemos, y en la literatura de la época no faltan los ejemplos (31), que otras jóvenes de estatus de partida análogo al suyo aspiran a mejorarlo preci-

(31) Becky Sharp en *Vanity Fair*; Mary Barton en la novela del mismo nombre *Mary Barton*; Hetty Sorrel, *Adam Bede*; María Castlewood, *The Virginians* y Ginevra Fanshawe, *Villette*, entre otros.

samente a través del matrimonio y, por tanto, prestan especial atención a las condiciones económicas y sociales de sus posibles maridos. Lo que ocurre es que en Jane juega aún otro factor que prácticamente la excluye del mercado matrimonial: su falta de belleza de la que, como sabemos, ella es agudamente consciente.

Por si las condiciones que llevamos vistas no fueran suficientes, aún podríamos añadir otra más que, en una doble dirección, la protege de ésta y otras convenciones: su aislamiento.

Por un lado, es de todos conocido que cualquier condicionamiento es susceptible de extinción si no es reforzado. En Jane, la carencia de familia y de amigos —Mrs. Fairfax es en esta época lo más parecido a una amiga que posee— elimina de su vida los medios habituales de reforzamiento o castigo social.

Por otro, el aislamiento, una circunstancia que la ha acompañado la mayor parte de su existencia, está sin duda en el origen de la apremiante necesidad afectiva que la hace especialmente vulnerable a la fuerza motivadora del sentimiento amoroso en la elección del cónyuge.

Así, no es de extrañar, y seguimos con el análisis de la cita anterior, que haya también en las palabras de Jane una moderada pero nítida crítica, teñida de ironía, hacia el sistema de ideas y valores que en relación con el matrimonio sostienen las clases acomodadas, ya que aquél no parece dejar ningún lugar al amor.

Sería erróneo, sin embargo, deducir de lo que llevamos dicho que la postura propugnada en la novela respecto al tema que nos ocupa sea la mera consideración de los sentimientos y un absoluto desdén por las circunstancias de fortuna y posición de los contrayentes. Probablemente Jane suscribiría una afirmación de este tipo (32) en alguna época anterior a la declaración e incluso inmediatamente después de

(32) Excluyendo posiblemente a la clase de los trabajadores manuales que, sin duda, considera a mucha más distancia de ella de lo que lo están los de posiciones superiores.

ella, pese a que ya Mrs. Fairfax le advierte que «equality of position and fortune is often advisable in such cases» (pág. 293).

Desde luego, Jane ha tenido siempre una clara conciencia acerca de las diferencias sociales y económicas que la separan del dueño de Thornfield y de que éstas constituyen un obstáculo para la unión de ambos. Con frecuencia, además, ha centrado sus reflexiones en ellas como medio de descorazonar sus crecientes sentimientos hacia él:

It does good to no woman to be flattered by her superior, who cannot possibly intend to marry her; and it is madness in all women to let a secret love kindle within them, which, if unreturned and unknown, must devour the life that feeds it; and, if discovered and responded to, must lead ignis-fatuus-like, into miry wilds whence there is no extrication (pág. 190).

You have nothing to do with the master of Thornfield, further than to receive the salary he gives you for teaching his protégée, and to be grateful for such respectful and kind treatment as, if you do your duty, you have a right to expect at his hands. Be sure this is the only tie he seriously acknowledges between you and him; so don't make him the object of your fine feelings, your raptures, agonies, and so forth. He is not of your order: keep to your caste (...) (pág. 192).

Sin embargo, poco a poco, su confianza en la fuerza del amor, la actitud alentadora de Rochester y el hecho de que éste no haga valer ante ella la más obvia de sus superioridades, su condición de patrón, terminan convenciéndola de que ambos pueden relacionarse como iguales:

He is not to them what he is to me, I thought: he is not of their kind. I believe he is of mine - I am sure he is - I feel akin to him - I understand the language of his countenance and movements: though rank and wealth sever us widely, I have something in my brain and heart, in my blood and nerves, that assimilates me mentally to him. Did I say, a few days since,

that I had nothing to do with him but to receive my salary at his hands? Did I forbid myself to think of him in any other light than as a pay master? Blasphemy against nature! (página 204).

Y esta igualdad básica, más allá de las barreras de clase, le es confirmada por Rochester en la declaración pero, tras ella, su comportamiento sugiere que Jane no puede ser su igual. Todo lo que le atrajo de ella parece volverse irrelevante; ella es ahora su objeto, su posesión, una extensión de sí mismo, una demostración de su gusto, una señal de su posición. Consecuentemente él pretende tomar las riendas de su vida, cambiar sus hábitos, su forma de vestir, cubrirla de joyas y hasta hacer que el mundo reconozca en ella la belleza de la que carece.

Cuando Jane percibe, con vergüenza, el papel que Rochester quiere imponerle, se ve obligada a reconocer que, después de todo, un cierto grado de equiparación económico-social es la condición mínima de la igualdad entre los sexos y entonces añora, quizás como nunca hasta ese momento, la posesión de una fortuna propia que le permita, de cara a su matrimonio con Rochester, un punto de partida más favorable para el tipo de relación que quiere mantener con él:

It would, indeed, be a relief, I thought, if I had ever so small an independency; I never can bear being dressed like a doll by Mr. Rochester, or sitting like a second Danae with the golden shower falling daily round me. I will write to Madeira the moment I get home, and tell my Uncle John I am going to be married, and to whom: if I had but a prospect of one day bringing Mr. Rochester an accession of fortune, I could better endure to be kept by him now (pág. 297).

El recurso a su tío, en la esperanza de que éste se avenga a dotarla, constituye a la vez la causa de su perdición inmediata y de su salvación final. De su perdición porque va a pro-

ducir la frustración de su proyecto de boda. De su posterior salvación porque este contratiempo va a permitirle completar su maduración, mediante la vivencia de nuevas experiencias, y acceder más tarde al matrimonio con Rochester en condiciones más igualitarias (33).

Vemos pues que Jane no es ajena a la importancia de los aspectos económicos y sociales en la elección de cónyuge. Sin embargo, en ningún momento es la adquisición de ventajas en estos campos la que condiciona su elección. A ella llega Jane exclusivamente guiada por el amor y sólo más tarde, acuciada por la evidencia de que la independencia económica es requisito indispensable para el logro de una relación de igualdad, aparecerá en ella la preocupación por conseguirla. Esta actitud es, por tanto, radicalmente diferente de aquella otra que ve en el matrimonio tan sólo un medio de acceso a la fortuna o posición social que de otra forma resultarían inalcanzables y que justifica ética y racionalmente cualquier elección ajustada a estos fines.

Esta última posición goza, desde luego, de una amplia representación en la novela, lo que constituye un claro signo de que, en el entorno en que Jane se desenvuelve, el matrimonio es, sobre todo, un asunto de dinero y de estatus. Y ni siquiera un asunto personal sino, fundamentalmente, de carácter familiar.

El adjetivo «familiar» tiene aquí un doble significado: por un lado, implica que la valoración que corresponde a cualquier individuo, sea hombre o mujer, en el mercado matrimonial, no radica en sus características personales sino, ante todo, en la posición económica y social de su familia y, por otro, que la elección concreta del partenaire no es única ni primordialmente una decisión individual, sino familiar.

(33) En estas condiciones incluimos no sólo la fortuna recién adquirida por Jane y la confirmación de su origen no plebeyo, sino también la nueva situación física de Rochester.

Como señala H. Moglen, pág. 142, «Rochester's mutilation is (...) the necessary counterpart of Jane's independence: the terrible condition of a relation of equality».

De esta segunda dimensión del término, que acabamos de apuntar, hay en la novela suficientes ejemplos.

Es cierto que no existen matrimonios directamente arreglados por los padres al margen de la voluntad de los contrayentes. En cambio, sí hay intervenciones familiares significativas, y, en algún caso, hasta decisivas para el desarrollo posterior de los acontecimientos, en los proyectos de boda de algunos personajes. Recordemos, si no, el primer matrimonio de Rochester, cuyas circunstancias él mismo nos cuenta. Cómo, si no de decisiva, habría de ser calificada la participación de su padre y su hermano, por una parte, y de la familia Mason por otra, en el resultado de la mutua elección. Este es, sin duda, el caso más próximo a un matrimonio de conveniencia a la antigua usanza. Sin embargo, aun en él, la decisión última de los interesados más directos no parece haber sido escamoteada pues, de otro modo, Rochester no podría culparse por la suya como lo hace:

«Oh I have no respect for myself when I think of that act!»
(pág. 333).

Tampoco la elección de Rochester por Blanche Ingram tiene el aspecto de una decisión estrictamente personal. La presencia de toda su familia en sus intentos de conquista, la particular actuación de su madre en apoyo de sus esfuerzos, propiciando su lucimiento, tratando de realzar sus dotes y, sobre todo, su repentina frialdad, coincidente con la de su hija, tras la estratagema de Rochester haciendo correr la especie de que su fortuna no era tan grande como parecía, nos hacen pensar más bien en un acuerdo familiar.

En el caso de Rosamond Oliver sí parece haber una genuina atracción personal por St. John y, por tanto, nada nos hace sospechar una elección familiarmente condicionada. Sin embargo, una vez que la elección se ha producido y que, felizmente, recae en un candidato apropiado, la intervención facilitadora de su padre aparece reflejada con claridad en el texto. Hasta tal punto es evidente la actitud de Mr. Oliver en apoyo de las pretensiones de su hija, que Jane, que no es en

principio parte interesada en el asunto, la percibe de modo diáfano y nos la comunica con estas palabras:

It appeared, then, that her father would throw no obstacle in the way of Rosamond's union with St. John. Mr. Oliver evidently regarded the young clergyman's good birth, old name, and sacred profession as sufficient compensation for the want of fortune (pág. 396).

El último ejemplo de esta recopilación que vamos a considerar aquí, recoge una intervención familiar de carácter contrario a las que hasta ahora hemos visto. Se trata, ahora sin ninguna duda, de una elección absolutamente individual que es rechazada de plano por el entorno de una de las partes. Si bien este rechazo carece de eficacia respecto del proyecto de boda en cuestión, por cuanto ésta llega a celebrarse, tendrá consecuencias de trascendental importancia para los propios contrayentes y para su única descendiente: la pequeña Jane. Nos estamos refiriendo, naturalmente, al papel que juegan los abuelos maternos de Jane en el matrimonio de los padres de ésta.

Pero la primera afirmación que hicimos, al calificar la elección de pareja en el mundo de Jane como un asunto de índole familiar, fue que la valoración de cualquier individuo en el mercado matrimonial está basada fundamentalmente en su fortuna y su estatus, características éstas de indudable menor capacidad definitoria respecto del sujeto que la que pudieran tener otras como el aspecto físico, la inteligencia o la personalidad. Pues bien, esta aseveración encuentra también abundantes argumentos justificativos en la novela.

Recordemos, por ejemplo, que tanto Blanche Ingram como su hermana, ambas hermosas, de buena cuna y con la educación adecuada para resaltar en sociedad, tienen, al parecer, dificultades para casarse porque, según Mrs. Fairfax, «she nor her sister have very large fortunes» (pág. 189). En el caso de Rochester y por las mismas razones, parece ocurrir todo lo contrario. De nuevo es el ama de llaves, en conversación con Jane, la que nos hace saber su éxito con las

mujeres y, como tratando de anticiparse a la presumible extrañeza de su interlocutora, añade que aunque su físico no haría presagiar este resultado, «I suppose his acquirements and abilities, perhaps his wealth and good blood, make amends for any little fault of look» (pág. 188). El mismo Rochester parece bastante consciente de cuales son sus verdaderos encantos y así en el diálogo que mantiene con Jane disfrazado de gitana, le dice refiriéndose a su relación con Blanche que «probably she loves him, or, if not his person, at least his purse. I know she considers the Rochester estate eligible to the last degree» (pág. 229). La posterior extinción del interés de Blanche ante la presunta reducción de la fortuna de su candidato, confirma que las reticencias de éste eran fundadas y que la elección de ella no reposaba en su persona sino en su bolsa.

Georgina Reed constituye, junto a Blanche Ingram, el ejemplo más depurado de la visión mercantilista del matrimonio que su clase preconiza. Así, cuando se lamenta del fracaso de sus planes de desposar a lord Edwin Vere, al parecer por la intervención de su hermana, sus quejas sólo aluden a las ventajas perdidas, que nada personal nos dicen de su elegido sino, tan sólo, de su fortuna y su rango (34). Unas páginas más adelante, Jane nos hace saber que, aunque con otro marido, Georgina consiguió sus propósitos, ya que «(she) made an advantageous match with a wealthy, worn-out man of fashion» (pág. 270).

Para no alargar más esta relación, reseñemos que, desde luego, todas las intervenciones familiares que hemos destacado más arriba, con independencia de que adopten la forma de elección o de rechazo, están basadas en las características de los candidatos que estamos contemplando, en algún caso

- (34) «Everybody knows you are the most selfish, heartless creature in existence: and I know your spiteful hatred towards me: I have had a specimen of it before in the trick you played me about Lord Edwin Vere: you could not bear me to be raised above you, to have a title, to be received into circles where you dare not show your face, and so you acted the spy and informer, and ruined my prospects for ever» (págs. 264-265).

incluso con desprecio de otras, también de raíz familiar, que la prudencia hubiera aconsejado tener en cuenta, como la tendencia de los Mason a la insanía mental.

Estas actitudes reflejan de modo claro la escala de valores que rige la elección de cónyuge en las clases más acomodadas, la cual, como vemos, aparece encabezada por los dos ya mencionados: fortuna y posición social.

Con frecuencia, y ciñéndonos ahora de modo específico a la mujer como elegible, se citan otros dos que, en el desideratum social, ocuparían los lugares más bajos de la escala: belleza y virtudes morales (35). La importancia de estas últimas, por supuesto entendidas según el modelo que marca la convención social y plasmadas en un profundo sentido del deber, reside en que constituyen la mejor garantía de su fidelidad como esposa y del abnegado cumplimiento de sus obligaciones como madre.

Pese al énfasis que la sociedad victoriana pone en el interés de estas virtudes, al considerar a la mujer como el baluarte moral de la familia, en primer término, y de la sociedad en última instancia, su importancia práctica no debe ser sobrevalorada. Quizás ese énfasis sea necesario y al mismo tiempo poco peligroso, precisamente porque el poder de movilización de tales cualidades para el elector y, consiguientemente, su capacidad de acceder al primer plano, trastocando así el orden establecido, resulten pequeños.

El influjo de la belleza es desde luego superior y, por tanto, su valoración social puede ser objeto de actitudes en cierto modo contradictorias. Por un lado, su atractivo sobre los seres humanos no necesita ser estimulado y, en base a la universalidad del deseo de su posesión, una esposa bella constituye un signo externo apropiado del gusto, el éxito y hasta el estatus del marido.

Por otra parte, su influencia necesita ser controlada porque la belleza suele ser la puerta de entrada del amor y

(35) J. Calder, pág. 33, por ejemplo, hace referencia a esta escala de valores al afirmar que «men chose their wives for their value, whether it was economic, moral or decorative, or, if very lucky, all three».

éste ejerce un poder tan grande sobre el corazón humano que puede hacer tambalear las convicciones más asentadas. De ahí que, en palabras de Françoise Basch, «contemporary pamphlets exhorted young people not to allow tender feelings to gain the upper hand over more down-to-earth considerations» (36).

En resumen, la belleza es aceptada como valor mientras su consideración pueda ser mantenida en el segundo plano que la escala social le atribuye. En la transgresión de esta escala cifran las jóvenes como Georgina Reed, cuyo principal capital es la belleza, sus aspiraciones de progreso económico y social a través del matrimonio.

Pero volvamos de nuevo a los valores que ocupan los lugares más elevados de la jerarquía que estamos contemplando: fortuna y rango social. Hasta ahora nos hemos venido refiriendo a ambos como un todo, aunque los hayamos enunciado de modo separado, y parece llegado el momento de proceder a su distinción conceptual.

Desde luego el rango social está íntimamente vinculado con la propiedad, en la que se basa, pero no puede identificarse sin más con ella. Para que una fortuna sólida conlleve una posición social elevada es preciso que exista cierta tradición en su posesión y esta tradición, en la época que nos ocupa, está casi exclusivamente limitada a lo que podríamos llamar aristocracia rural, es decir, a los propietarios de la tierra.

En este tipo de sociedad preindustrial, que se ha dado en llamar tradicional, el estatus, si bien tiene un fundamento último de carácter económico, aparece en primer término basado en lazos de sangre. Así, ni se adquiere automáticamente con la fortuna ni se pierde de modo inmediato con ella. Esto ha hecho hablar a Ralph Linton (37) de un «estatus asignado», puesto que la persona lo recibe al nacer sin tener que ganarlo ni necesariamente merecerlo. En este contexto la única posibilidad de mejorar el propio estatus es mediante el es-

(36) F. Basch, pág. 26.

(37) Ralph Linton, *The Study of Man* (New York: Appleton Century-Crofts Inc., 1936), cap. VIII.

tablecimiento de nuevos vínculos familiares, es decir, a través del matrimonio.

Con ello tenemos, pues, el afán de progreso social convertido en un condicionante autónomo de la elección de cónyuge, especialmente para los miembros de las nuevas pero pujantes burguesías: la industrial y la mercantil que están en disposición de aportar sus fortunas al mercado matrimonial.

De este modo, las uniones que constituyen intercambios de fortuna y rango son consideradas socialmente adecuadas y gozan del estímulo y la aprobación del entorno. En la novela hay varias muestras de este tipo.

Así, el primer matrimonio de Rochester al que Bertha aporta una espléndida dote de treinta mil libras y él el prestigio social de un apellido ilustre. Como el mismo Rochester señala «her family wished to secure me, because I was of a good race; and so did she» (pág. 332). En cuanto a la actitud de su propia familia, es, más que favorable, decisiva, como ya indicamos antes, hasta el punto de que él puede asegurarle a Jane: «I was sent out to Jamaica, to espouse a bride already courted for me» (pág. 332).

También la unión de Rosamond Oliver y St. John, caso de haberse llevado finalmente a cabo, hubiera debido ser incluida en esta categoría de intercambios. Mr. Oliver, un industrial adinerado sin tradición, lo que podríamos llamar un nuevo rico, considera deseable en alto grado el estatus de los Rivers, «a very old name» que permitiría que «the representative of that house might, if he liked, make an alliance with the best» (págs. 395 y 396), a pesar de su actual pobreza. Desde el otro lado, Diana y Mary ven con indisimulada simpatía ese posible matrimonio, en parte, sin duda porque ello alejaría a su hermano de su proyecto misionero, y Jane llega a intervenir directamente ante St. John en favor de tal eventualidad.

Por último, la relación entre Rochester y Blanche Ingram puede, con toda probabilidad, ser considerada también en este apartado. Sabido es que ella dispone de escasa dote y que, por tanto, su aportación económica a la sociedad

matrimonial apenas merece consideración, pero, en cambio, su rango social parece superar al de Rochester.

Sobre la postura favorable del entorno hacia esta presunta unión caben pocas dudas. Ya nos hemos referido antes, y por eso no insistiremos en ello, a la intervención de la familia de Blanche en los intentos de conquista de ésta. Por lo que respecta al círculo de amistades que tenemos ocasión de ver en acción en Thornfield, aunque poca información se nos ofrece de él, su actitud general semeja ser de clara complicidad con lo que se supone son los deseos de ambos interesados, lo que refleja que la unión se estima socialmente adecuada. Quizás alguno de estos invitados de Rochester sea lo bastante perspicaz para darse cuenta, como le ocurre a Jane, de que entre él y su supuesta elegida no existe amor, ni siquiera genuina simpatía. Pero esto, de ser así, no tendría ninguna importancia. En términos convencionales, el amor, en todo caso una emoción efímera, no debe ser la base del matrimonio sino, más bien, una consecuencia de la aceptabilidad de éste. Y esta calificación atiende en primer término a razones de orden económico y social.

Así pues, tan sólo Jane encuentra en esa carencia afectiva un motivo de desacuerdo, e incluso de reproche explícito a Rochester y un fundamento válido para la continuidad de sus esperanzas.

Este último apunte nos lleva de nuevo al tema central de nuestra indagación: ¿cuál es la valoración que se hace en la novela, fundamentalmente encarnada en las ideas, juicios y acciones de su protagonista, del cuadro que hemos esbozado en relación con el mercado matrimonial?

En general, Jane no parece contestar la existencia de valores como la fortuna y la posición social. Aunque ella no muestre interés en la adquisición de éstos a través del matrimonio, es más, ni siquiera se haya planteado el matrimonio como una posibilidad hasta que conoce a Rochester, lo cierto es que esta actitud se nos antoja más relacionada con su sensación de estar excluida del mercado por su falta de be-

lleza que con una auténtica indiferencia hacia los factores anteriores.

Avalan esta impresión varios argumentos: en primer lugar, sus experiencias personales, es decir, su situación en Gateshead, las penalidades de Lowood y la posterior necesidad de trabajar para subsistir, le han hecho conocer el valor del dinero y han generado en ella un ferviente horror por la pobreza (38). En segundo lugar, Jane tiene una aguda conciencia de clase que, si por una parte le hace ver los obstáculos que se interponen en el camino de su amor hacia quien considera su superior, por otra la preserva de cualquier relación íntima con quienes están por debajo de ella en la escala social (39). De este modo, nos cuesta trabajo

- (38) Existen en el texto dos claras alusiones al respecto. La primera de ellas en Gateshead, cuando Jane es una niña, durante la conversación que mantiene con Mr. Lloyd. Ante la pregunta de éste sobre si desearía marcharse con sus posibles parientes paternos, Jane reflexiona:

Poverty looks grim to grown people, still more so to children (...) they think of the word only as connected with ragged clothes, scanty food, fireless grates, rude manners, and debasing vices: poverty for me was synonymous with degradation (...) and then to learn to speak like them, to adopt their manners, to be uneducated (...) (págs. 56-57).

La segunda, ya adulta, durante su etapa como maestra de Morton:

(...) I felt desolate to a degree. I felt-yes, idiot that I am -I felt degraded, I doubted I had taken a step which sank instead of raising me in the scale of social existence. I was weakly dismayed at the ignorance, the poverty, the coarseness of all I heard and saw round me (pág. 385).

- (39) F.B. Pinion, *A Brontë Companion* (London: The Macmillan Press, 1975), pág. 167, afirma que «in *Jane Eyre* (...) love transcends barriers of class». Esta afirmación debe ser, cuando menos, matizada porque parece implicar que, en la novela, el amor es propuesto como una razón suficiente para romper las normas sociales que rigen las uniones matrimoniales. Ya hemos indicado que el único caso en que esto ocurre de modo claro es el de los padres de Jane y su suerte posterior constituye una moraleja inequívoca.

En el caso de Jane y Rochester no es, ni mucho menos, obvio que haya ruptura alguna del orden social establecido. Porque Rochester no pierde su estatus desposando a Jane, ya que en una sociedad patriarcal es el marido el que confiere su estatus a la esposa y no al revés. Y Jane no puede decirse que vaya en contra de la norma habida

imaginarla en la aventura de contraer matrimonio con alguien de menor rango y sin una posición económica confortable.

Por tanto, su rebeldía, más que con la supresión de los valores vigentes, se relaciona con el olvido del amor que, como ya hemos dejado sentado, ella defiende como condición necesaria del matrimonio y, por consiguiente, quisiera ver en el nivel más alto de la jerarquía normativa.

Parece obvio, sin embargo, que dejando aparte esta evidente innovación, cuya importancia no debemos desdeñar como signo de modernidad, Jane termina adhiriéndose a la idea de Mrs. Fairfax en torno a la conveniencia de la igualdad de los cónyuges y, aún más, admitiendo que tal igualdad está primordialmente basada en razones económicas y de estatus. De ahí su satisfacción cuando en el reencuentro con Rochester en Ferndean puede anunciarle que ahora es una mujer rica (40), lo que quiere decir con derecho a ser considerada su igual.

Tampoco es Jane indiferente a las posibilidades de promoción que el matrimonio ofrece. Así, supuesto el amor y convencida de la aceptabilidad social de la unión, puede animar a St. John a desposar a Rosamond Oliver también sobre la base de las ventajas económicas que podría obtener por este medio.

En resumen, podemos decir que si el matrimonio sin amor es explícitamente condenado, el matrimonio sólo por amor, en clara contravención de las normas sociales, resulta, por lo menos, severamente desaconsejado. O, como dice H. Bjork: «(...) the irresponsible marriage for love as well as the marriage for money and social status are criticized in a

cuenta de que el progreso social es en esta época no sólo una aspiración generalizada de la clase media sino incluso un deber.

(40) «(...) *I am an independent woman now*».

«(...) *My uncle in Madeira is dead, and he left me five thousand pounds. (...) I told you I am independent, sir, as well as rich: I am my own mistress*». (pág. 459).

balanced mood». (41). Como ejemplo de ello baste señalar que el matrimonio de los padres de Jane, el único en la novela en que la convención social es abiertamente desafiada, no tiene consecuencias menos dramáticas que la primera boda de Rochester.

Así pues, la pugna entre razón y sentimiento, entre realismo e idealismo, entre exigencias sociales y aspiraciones individuales, entre tradición y modernidad, que ha sido reconocida de modo casi unánime por los críticos (42) como uno de los hilos conductores de *Jane Eyre*, encuentra aquí una solución de compromiso. Hay desde luego una propuesta de cambio que implica un avance hacia el ideal del matrimonio por amor pero no, todavía, una defensa de éste.

En cualquier caso si recordamos, por ejemplo, las palabras con que Emma, la protagonista de la conocida novela de Jane Austen, manifiesta su intención de permanecer soltera (43), de las cuales se desprende la concepción del amor como un lujo reservado a las mujeres que no han de cubrir mediante el matrimonio otras necesidades más perentorias, y comparamos esta idea con la inexcusable consideración de los sentimientos personales en la elección de cónyuge que Jane defiende, pese a la evidente debilidad de su posición

(41) Harriet Bjork, «The Language of Truth. Charlotte Brontë, the Woman Question, and the Novel», *Lund Studies in English*, 47 (Lund, 1974), pág. 26.

(42) E. Baker, *The History of the English Novel* (London: H.F.G. Witherby Ltd., 1937), vol. VIII, pág. 37.

D. Cecil, *Early Victorian Novelists. Essays in Revaluation* (London: Constable and Co., 1980, first published, 1934), pág. 127.

F. Basch, pág. 171 y siguientes.

Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, introducción de Margaret Smith (Oxford: Oxford University Press, 1980), pág. XVII.

(43) «*I have none of the usual inducements of women to marry. Were I to fall in love, indeed, it would be a different thing! but I never have been in love; it is not my way, or my nature; and I do not think I ever shall. And, without love, I am sure I should be a fool to change such a situation as mine. Fortune I do not want; employment I do not want; consequence I do not want.*».

Jane Austen, *Emma* (London: Penguin Books, 1976), pág. 109.

económica y social, habremos de convenir que el camino recorrido no es precisamente despreciable.

2.3. Figura del marido

Las descripciones físicas detalladas no abundan en el caso de los hombres. Sin embargo, sí obtenemos con frecuencia una valoración global de su atractivo físico. Este aspecto nos ha parecido interesante, ya que precisamente por su repetida aparición en el texto es, lógicamente, un elemento que la propia protagonista tiene en consideración, y que por tanto no quedará ausente de nuestro análisis.

Los personajes masculinos (44) en cuya descripción se ha detenido más la narradora son fundamentalmente: Rochester, St. John Rivers y, en menor medida, Mason. De las descripciones de estos personajes y, también, de la comparación entre ellos, se pueden sacar las características que podrían configurar el «hombre ideal». Aplicamos este término a la figura masculina que constituye el compendio de las cualidades que tienen una valoración positiva, bien de una forma explícita o, en su defecto, a través de la impresión que recibimos tras la lectura del texto, y que lo convierten, en definitiva, en candidato idóneo para el matrimonio.

Como ya señalábamos, la consideración que del atractivo físico global masculino hace la protagonista aparece destacada con frecuencia. La primera vez que Jane manifiesta su opinión sobre ciertas cualidades masculinas, entre ellas la

(44) Mucho se ha escrito sobre los precedentes literarios de los personajes de Charlotte Brontë. La mayoría de los críticos coinciden al señalar que sus héroes muestran una clara ascendencia romántica que tiene su base principal en Byron y en Scott.

En lo que a este aspecto concreto se refiere, Fannie Ratchford en *The Brontë's Web of Childhood* (New York: Russell and Russell, 1964), al analizar las relaciones que hay entre sus escritos adolescentes del mundo de Angria y sus novelas adultas, y en concreto *Jane Eyre*, señala el paralelismo que existe entre su romántico héroe Zamorna y el posterior Rochester.

belleza, es cuando conoce a Rochester, durante el accidente que éste sufre (45):

Had he been a handsome, heroic-looking young gentleman, I should not have dared to stand thus questioning him against his will, and offering my services unasked. (...) I had a theoretical reverence and homage for beauty, elegance, gallantry, fascination; but had I met those qualities incarnate in masculine shape, I should have known instinctively that they neither had nor could have sympathy with anything in me, and should have shunned them as one would fire, lightning, or anything else that is bright but antipathetic (pág. 145).

Jane establece dos planos diferentes: el de sus sentimientos y el de su hipotética conducta ante un hombre que reuniera en sí las cualidades recogidas en la cita, entre las que la belleza figura en primer término. En el de los sentimientos, alude al respeto y hasta veneración que estas características evocan en ella. Sin embargo, contrariamente a lo que cabría deducir de esta confesión afirma que su comportamiento en tal caso sería de rechazo.

- (45) A propósito de este primer encuentro con Rochester, Sandra M. Gilbert y Susan Gubar en *The Madwoman in the Attic. The Woman Writer and the Nineteenth Century Literary Imagination* (New Haven and London: Yale University Press, 1979), pág. 351, afirman que tiene todos los ingredientes de un cuento de hadas, y señalan que Charlotte Brontë:

deliberately stresses mythic elements: an icy twilight setting out of Coleridge or Fuseli, a rising moon, a great «lion-like» dog gliding through the shadows like «a North-of-England spirit, called a Gytrash (...) followed by «a tall steed, and on its back a rider». Certainly the Romanticized images seem to suggest that universe of male sexuality with which Richard Chase thought the Brontës were obsessed. And Rochester (...) himself appears the very essence of patriarchal energy, Cinderella's prince as a middle-aged warrior.

Las autoras se refieren a la obra de R. Chase, *The Brontës or Myth Domesticated in Jane Eyre* (New York: Norton, 1971), pág. 464 y siguientes.

Esta aparente contradicción no se debe, como es obvio, a que la belleza o la elegancia masculina le desagraden, sino a que tiene el convencimiento de que tales rasgos no encontrarían en ella el correlato adecuado, es decir, en última instancia a la plena conciencia que la protagonista tiene respecto a su poco atractivo físico.

Por otra parte, como veremos a continuación, en la valoración global de los personajes masculinos la belleza queda en un claro segundo plano.

Cuando Jane hace una primera descripción del físico de Rochester, nos dibuja un rostro poco atractivo pero en el que ya, aunque aún no lo conoce bien, vislumbra ciertas características de su personalidad, adjudicadas a determinados rasgos físicos (46), que le agradan:

The fire shone full on his face. I knew my traveller, with his broad and jetty eyebrows, his square forehead, made squarer by the horizontal sweep of his black hair. I recognized his decisive nose, more remarkable for character than beauty; his full nostrils, denoting, I thought, choler; his grim mouth, chin, and jaw —yes, all three were very grim, and no mistake. His shape, now divested of cloak, I perceived harmonized in squareness with his physiognomy. I suppose it was a good figure in the athletic sense of the term —broadchested and thinflanked, though neither tall nor graceful (pág. 151).

- (46) En esta descripción de Rochester, al igual que en otras que citamos en páginas posteriores, se puede apreciar el interés de Charlotte Brontë por la frenología y la fisiognomía, así como el uso que hace de algunos de sus conocimientos en estas materias para describir a sus personajes. Estos aspectos han sido destacados por diversos críticos, como por ejemplo, Ian Jack, «Physiognomy, Phrenology and Characterization in the Novels of Charlotte Brontë», *Brontë Society Transactions*, n° 5, vol. 15 (May, 1970), págs. 377-391; Norman Sherry, *Charlotte and Emily Brontë* (London: Evans Brothers Limited, 1969), págs. 61-64, y Doreen Roberts, «Jane Eyre and The Warped System of Things», en *Reading the Victorian Novel: Detail into Form*, Ian Gregor, ed., (London: Vision Press, 1980), pág. 141 y siguientes.

Dejamos, de momento, el significado de algunos de los términos que utiliza en esta descripción para pasar a la nueva referencia que, tan sólo unas páginas después, hace a la escasa armonía de su cuerpo:

(...) in that attitude his shape was seen plainly as well as his face; his unusual breadth of chest, disproportionate almost to his length of limb. I am sure most people would have thought him an ugly man; (pág. 164).

Este calificativo que Rochester obtiene como «ugly man» es compartido por Jane ya que entre una y otra descripción tenemos su afirmación directa al respecto:

«You examine me, Miss Eyre?», said he, «do you think me handsome?»
«No, sir» (pág. 162).

Manifestaciones de este tipo no escasean en el texto. Así, por ejemplo, cuando Bessie le pregunta si Rochester es un caballero y si a ella le gusta, la contestación de Jane es clara: «I told her he was rather an ugly man» (pág. 256). O cuando durante la etapa de espera ante la frustrada boda, Jane vuelve a repetírselo al propio Rochester:

«I don't call you handsome, sir, though I love you most dearly; far too dearly to flatter you» (pág. 288).

Y no es sólo su opinión la que queda reflejada, sino que obtenemos también la de otros personajes, por ejemplo, la de la joven Georgina Reed:

«Is that a portrait of some one you know?», asked Eliza (...) I responded that it was merely a fancy head (...) Of course, I lied: it was, in fact, a very faithful representation of Mr. Rochester. (...) Georgina also advanced to look. The other drawings pleased her much, but she called that «an ugly man» (pág. 262).

Estos son algunos de los ejemplos que tenemos en la novela sobre la carencia de belleza física de Rochester. Pero, una vez establecido este punto, volvamos con las descripciones que paulatinamente le dedica la protagonista. A las dos ya señaladas es conveniente añadirles una tercera, la que realiza Jane algunos capítulos después, cuando conoce mejor el carácter de Rochester. Ello nos ayuda a completar la visión del personaje y, sobre todo, a establecer la base de la comparación que con otros realizamos posteriormente:

My master's colourless, olive face, square, massive, brow, broad and jetty eyebrows, deep eyes, strong features, firm, grim mouth - all energy, decision, will - were not beautiful, according to rule; but they were more than beautiful to me: they were full of an interest, an influence that quite mastered me (...) I compared him with his guests. What was the gallant grace of the Lynns, the languid elegance of Lord Ingram - even the military distinction of colonel Dent, contrasted with his look of native pith and genuine power? (pág. 204).

Tras la lectura de estas tres descripciones conviene resaltar algunos aspectos.

Resulta curioso la mezcla que de rasgos físicos y de carácter hace la protagonista en una descripción que comienza como simplemente física. Ello da como resultado una visión en la que los rasgos de carácter no sólo suplen la falta de belleza, sino que además nos la hacen olvidar.

Si nos detenemos en estas descripciones, vemos que se produce la repetición de ciertos términos:

(pág. 151) *decisive nose*

grim mouth, chin and jaw - yes, all three were very grim.

(pág. 204) *firm, grim mouth*

all energy, decision, will - look of native pith and genuine power.

El lector queda, lógicamente, con la impresión de un personaje de carácter fuerte, decidido, firme y enérgico, olvidando, ante tanta repetición, la forma de su frente, de los ojos o de la boca, lo que, en definitiva, no parece importar a Jane.

Al final de la tercera descripción (pág. 204), Jane introduce una comparación entre Rochester y sus invitados en Thornfield. De entre ellos, y continuando con el tema de la belleza, tomamos a Lord Ingram. La escueta referencia que la autora hace sobre él: «the languid elegance of Lord Ingram», la amplía en otro momento de la narración, conjugando la belleza con otros rasgos de la personalidad del joven:

Lord Ingram, like his sisters, is very tall; like them, also, he is handsome; but he shares Mary's apathetic and listless look: he seems to have more length of limb than vivacity of blood or vigour of brain (pág. 203).

Lord Ingram, a pesar de su buena presencia, no despier- ta en absoluto el interés de Jane, y los motivos son su falta de carácter, apatía y poca viveza de mente. Los pensamientos de la protagonista al respecto son harto elocuentes, y vienen a corroborar la idea que hemos expresado sobre el lugar que la belleza ocupa en su esquema valorativo de las cualidades masculinas. No estamos sugiriendo con ello que Jane no valore la belleza física masculina como una cualidad. La única que no lo hace, o al menos sustenta de forma explícita una opinión de este tipo, es Blanche Ingram y tal opinión se nos presenta en un contexto argumentativo que, unido al conocimiento que tenemos del personaje, parece expresamente diseñado para descalificar su juicio:

«Oh, I am so sick of the young man of the present day! (...) as if a man had anything to do with beauty! As if loveliness were not the special prerogative of woman -her legitimate appange and heritage! I grant an ugly woman is a blot on the fair face of creation; but as to the gentlemen, let them be solicitous to possess only strength and valour: let their motto

be -hunt, shoot, and fight: the rest is not worth a fillip (...) Whenever I marry (...) I am resolved my husband shall not be a rival, but a foil to me. I will suffer no competitor near the throne; I shall exact an undivided homage; his devotion shall not be shared between me and the shape he sees in his mirror» (pág. 208).

Pero quizás el caso más claro e interesante, en lo que al tema que estamos tratando se refiere, sea el del señor Mason. La protagonista le dedica el siguiente párrafo:

His manner was polite; (...) his age might be about Mr. Rochester's - between thirty and forty; his complexion was singularly sallow: otherwise he was a fine-looking man, at first sight especially. On closer examination, you detected something in his face that displeased; or rather, that failed to please. His features were regular, but too relaxed: his eye was large and well cut, but the life looking out of it was a tame, vacant life -at least so I thought. (...) I liked his physiognomy even less than before: it struck me as being at the same time unsettled and inanimate. His eye wandered, and had no meaning in its wandering (...) For a handsome and not unamiable-looking man, he repelled me exceedingly: there was no power in that smooth skinned face of a full oval shape; no firmness in that aquiline nose and small cherry mouth; there was no thought on the low, even forehead; no command in that blank brown eye (pág. 219).

Jane no se limita a realizar una descripción física, sino que, de nuevo, la fisonomía que nos va dibujando está asociada con rasgos de carácter. Respecto a aquella manifiesta con claridad la armonía de su rostro. Esta opinión de Jane se reafirma algunas líneas después con las palabras de alabanza que le dedican a Mason las jóvenes invitadas en Thornfield:

They both called him «a beautiful man». Louisa said he was «a love of creature», and she «adored him»; and Mary instanced his «pretty little mouth, and nice nose», as her ideal

of the charming. «And what a sweet - tempered forehead he has!» cried Louisa, «so smooth - none of those frowning irregularities I dislike so much; and such a placid eye and smile!» (pág. 220).

En cuanto a los segundos, Mason parece compartir con Lord Ingram, su falta de carácter, expresión y viveza de mente. Conviene resaltar que Jane no se conforma con transmitir al lector una impresión desfavorable sobre Mason sino que manifiesta de forma explícita su desagrado por las características apuntadas: «you detected something in his face that displeased; or rather, that failed to please (...) he repelled me exceedingly».

Si destacamos de la descripción que Jane hace los términos que utiliza para informarnos de la personalidad de Mason, observamos que los conceptos que expresan son precisamente los contrarios a los que sirvieron para definir a Rochester:

Descripción de Mason: no power... no firmness...
no thought... no command.

Descripción de Rochester: all energy, decision, will...
native pith and genuine
power.

Por otra parte, al final de la descripción que hace de Mason no puede evitar el terminar comparándolo con Rochester, resumiendo así en pocas líneas el contraste de sus respectivas personalidades:

I compared him with Mr. Rochester. I think (with deference be it spoken) the contrast could not be much greater between a sleek gander and a fierce falcon: between a meek sheep and the rough-coated, keen-eyed dog, its guardian.

He had spoken of Mr. Rochester as an old friend. A curious friendship theirs must have been: a pointed illustration, indeed, of the old adage that «extremes meet» (pág. 219).

Mason sirve para resaltar, por simple oposición, el carácter enérgico, firme y decidido de Rochester, rasgos que obtienen la primacía frente a la armonía física.

Desde luego, no estamos sugiriendo, como podría deducirse de lo dicho hasta ahora, que sea Rochester el ideal masculino que estamos tratando de perfilar. Si hubiéramos incurrido en este error la propia Jane nos sacaría de él cuando afirma:

Yet I had not forgotten his faults; indeed, I could not, for he brought them frequently before me. He was proud, sardonic, harsh to inferiority of every description: in my secret soul I knew that his great kindness to me was balanced by unjust severity to many others. He was moody, too, unaccountably so; (...) But I believed that his moodiness, his harshness, and his former faults of morality (...) had their source in some cruel cross of fate. I believed he was naturally a man of better tendencies, higher principles and purer tastes than such as circumstances had developed, education instilled, or destiny encouraged. I thought there were excellent materials in him, though for the present they hung together somewhat spoiled and tangled (pág. 178).

Tenemos aquí descritos ciertos rasgos del carácter de Rochester que merecen su opinión desfavorable; es decir, su orgullo, ironía, dureza e injusta severidad con otros y sus frecuentes cambios de humor adquieren una valoración negativa por parte de la protagonista. Aunque al final haga ciertas concesiones sobre las causas de estas tendencias de su comportamiento, lo cierto es que las desaprueba.

No podemos obviar el hecho de que más adelante (47) Jane afirme no encontrar ya nada negativo en Rochester. Alu-

(47) Nos referimos a las siguientes reflexiones de Jane:

(...) I was growing very lenient to my master: I was forgetting all his faults (...) Now I saw no bad. The sarcasm that had repelled, the harshness that had startled me once, were only like keen condiments in a choice dish: their presence was pungent, but their absence would be felt as comparatively insipid (página 217).

Esta brusquedad de Rochester fue precisamente uno de los rasgos que más desagradó a los críticos de su época, pues para el tipo de mente masculina y conservadora de la sociedad victoriana, Rochester no po-

diendo expresamente a dos de los rasgos arriba mencionados minimiza su importancia, incluso les atribuye cierto grado de atractivo en el conjunto de su personalidad. Pensamos, no obstante, que de la propia redacción del pasaje se deduce que no se trata de un cambio de valoración de estas características concretas, sino tan sólo de reflejar una consideración global más positiva que se corresponde con el progreso de su enamoramiento.

Algo similar, y presumiblemente por idéntico motivo, ocurre con la impresión general que el aspecto físico de Rochester evoca en Jane más adelante (48), sin que por ello pueda pensarse que un análisis pormenorizado de su fisonomía arrojará un resultado distinto del que ya conocemos.

Iniciamos ahora el estudio de un tercer personaje cuya descripción de rasgos, tanto físicos como de carácter, han merecido la atención de Jane. Nos referimos a su primo St. John Rivers (49). Su análisis viene a reafirmar algunos aspectos ya tratados y, sobre todo, aporta nuevos datos para la

podía ser amado, y, mucho menos, por una jovencita decente y sensata; sin embargo, *Jane Eyre* demostraba todo lo contrario. No obstante, Rochester se perfila en la tradición literaria como el padre de una serie de héroes posteriores cuyos atributos más destacados son precisamente ese aire duro y brusco. Ver al respecto el estudio que realiza Elaine Showalter, *A Literature of their Own. British Women Novelists from Brontë to Lessing* (New Jersey: Princeton University Press, 1977), págs. 133-152.

- (48) *And was Mr. Rochester now ugly in my eyes? No, reader: gratitude and many associations, all pleasurable and genial, made his face the object I best liked to see;* (pág. 178).
- (49) Así como parece que existe cierta unanimidad entre los críticos acerca de la relación entre Rochester y M. Heger, sobre el modelo inspirador de St. John Rivers hay cierta controversia. Mrs. Gaskell en *The Life of Charlotte Brontë* (London: Penguin, 1977, first published 1857), pág. 183, señala a Henry Nussey como el prototipo real. En la misma dirección apunta Clement King Shorter en su introducción a *Jane Eyre*, vol. I, págs. XIX-XXI, aunque posteriormente se retractó de su afirmación inicial señalando en *The Brontës: Life and Letters* (London: Hodder and Stoughton, 1908), vol. I, pág. 150, que Charlotte debió inspirarse más bien en las memorias del misionero Henry Martyn.

configuración de ese «hombre ideal» del que hablábamos al comienzo de este epígrafe.

Empezando por su aspecto físico, Jane nos hace la siguiente presentación:

He was young - perhaps from twenty-eight to thirty - tall, slender; his face riveted the eye; it was like a Greek face, very pure in outline: quite a straight, classic nose; quite an Athenian mouth and chin. It is seldom, indeed, an English face comes so near the antique models as did his. He might well be a little shocked at the irregularity of my lineaments, his own being so harmonious. His eyes were large and blue, with brown lashes; his high forehead, colourless as ivory, was partially streaked by careless locks of fair hair (pág. 371).

El atractivo de St. John, poseedor de una belleza clásica, como podemos apreciar, es algo que impresiona favorablemente a Jane. La admiración que siente por la armonía de su rostro está reflejada en las diversas alusiones que sobre ello existen en el texto. Así, por ejemplo, son frecuentes las referencias a algún determinado rasgo bello del joven cuando la protagonista comenta sus gestos o actitudes:

fixed his blue pictorial-looking eyes full on me (pág. 371).

compressing his well-cut lips... (pág. 433).

with that handsome form before me... (pág. 432).

o cuando ella misma lo expresa de una forma clara a otros personajes, por ejemplo a Rochester:

«St. John dresses well. He is a handsome man: tall, fair, with blue eyes, and a Grecian profile» (pág. 466).

o cuando lo pone en boca de otros personajes, entre ellos Rosamond Oliver y Diana Rivers:

She said that I was like Mr. Rivers, only she allowed «not one tenth so handsome»... (pág. 394).

«Yet he is a handsome fellow» (pág. 441).

Después de la lectura de las citas señaladas, está claro que St. John posee gran belleza, tanto, o incluso en mayor medida, que Lord Ingram o Mason. Hasta ahora hemos podido observar que los personajes masculinos que eran agradados carecían, por otro lado, de talento. Sin embargo, y a diferencia de éstos, St. John tiene además una mente despierta y vigorosa. Este rasgo del personaje no queda obviado por parte de Jane, ocurre más bien todo lo contrario. Son diversas las referencias que la protagonista hace acerca del talento de su primo. Por ejemplo, durante una de las conversaciones que mantiene con St. John sobre su viaje a la India, ante la presión que está ejerciendo sobre ella y su actitud de cierto reproche, Jane exclama:

«Keep to common sense, St. John: you are verging on nonsense. You pretend to be shocked by what I have said. You are not really shocked; for, with your superior mind, you cannot be either so dull or so conceited as to misunderstand my meaning» (pág. 439).

Cuando al final se reúne con Rochester y éste le formula numerosas preguntas sobre cómo es St. John, Jane da la siguiente respuesta acerca de la inteligencia de su primo:

«He talks little, sir: what he does say is ever to the point. His brain is first-rate, I should think not impressible, but vigorous (pág. 465).

Por otro lado, podemos observar a través de las diversas alusiones que existen en el texto, que esta característica de St. John es valorada favorablemente por Jane, despertando en ella, junto con otras cualidades, su respeto y admiración:

I deeply venerated my cousin's talent and principle. His friendship was of value to me: to lose it tried me severely. I would not so soon relinquish the attempt to reconquer it (pág. 437).

St. John parece reunir en su persona algunas de las cualidades que faltan en los otros personajes masculinos que hemos tratado. Posee la belleza de la que carece Rochester y además la mente despierta y vigorosa que se destacaba como notable ausente en Lord Ingram y en Mason. Sin embargo, la personalidad de St. John tiene ciertos rasgos que pesan en su contra, como veremos seguidamente, y que por oposición resaltan la figura de Rochester.

Desde las primeras referencias que la protagonista hace de St. John, los términos que utiliza en las descripciones de algunos de sus rasgos físicos o que definen ciertas tendencias de su comportamiento, giran en torno a la idea de una personalidad severa y fría (50). Ya en la primera conversación que Jane mantiene con los hermanos Rivers se refiere a St. John utilizando estos términos:

I felt a burning glow mount to my face; for bitter and agitating recollections were awakened by the allusion to marriage. They all saw the embarrassment and the emotion. Diana and Mary relieved me by turning their eyes elsewhere than to my crimsoned visage: but the colder and sterner brother continued to gaze, till the trouble he had excited forced out tears as well as colour (pág. 372).

- (50) Como han señalado diversos críticos, Charlotte Brontë hace uso de las opuestas propiedades del fuego y del hielo para expresar los sentimientos y las experiencias de sus personajes, sobre todo, los de la protagonista. Para S.M. Gilbert y S. Gubar, pág. 339, el comienzo de *Jane Eyre* es, en lo que se refiere a este aspecto, un magnífico y claro exponente de la técnica de la autora, quien mediante estos elementos muestra al lector las vivencias de la niña Jane.

Pasamos a citar, como meros ejemplos ilustrativos, diversas alusiones que existen en el texto a esa frialdad y severidad que mencionábamos:

(...) to break the ice of reserve glassing over such natures as his (pág. 379).

(...) find an aperture in that marble breast (pág. 397).

(...) I had never seen that handsome featured face of his look more like chiselled marble than it did just now, (pág. 404).

(...) under the influence of the ever-watchful blue eye (...) so keen was it, and yet so cold (pág. 422).

(...) the disapprobation of a cool, inflexible judgement (pág. 434).

Como podemos observar la presencia del término «cold» o, en su defecto, la de algún elemento fácilmente asociable con él como «marble», «ice», es una constante en las diversas citas señaladas. Aparte de la impresión de frialdad y de severidad que obviamente el lector obtiene de St. John, existen algunas referencias donde la protagonista es mucho más explícita en sus reflexiones sobre estos rasgos del carácter de su primo. Así, por ejemplo, sus pensamientos sobre el comportamiento de St. John a raíz de la tensa conversación que mantienen y en la que ella se niega a ser su esposa, son muy esclarecedores respecto a la valoración que le merecen estas características:

(...) during that time he made me feel what severe punishment a good yet stern, a conscientious yet implacable man can inflict on one who has offended him (...) To me, he was in reality become no longer flesh, but marble; his eye was a cold, bright blue gem; his tongue a speaking instrument - nothing more. All this was torture to me - refined, lingering torture. (...) I felt how, if I were his wife, this good man, pure as the deep sunless source, could soon kill me, (pág. 436).

Estas comparaciones nos conducen a la lógica conclusión de la frialdad y el control racional de los sentimientos como rasgos distintivos en la personalidad de St. John. El propio St. John hace una interesante definición de sí mismo en la que destaca como características notables, entre otras como la ambición, por ejemplo, la frialdad de su carácter y el escaso efecto que los sentimientos tienen sobre él. Sus palabras transmiten la imagen de una persona en la que la razón ejerce un estricto control sobre los sentimientos:

«I am simply, in my original state - stripped of that blood-bleached robe with which Christianity covers human deformity - a cold, hard, ambitious man, Natural affection only, of all the sentiments, has permanent power over me. Reason, and not feeling, is my guide: my ambition is unlimited; my desire to rise higher, to do more than others, insatiable. I honour endurance, perseverance, industry, talent; because these are the means by which men achieve great ends and mount to lofty eminence» (pág. 401).

La valoración que de estos rasgos, que estamos tratando ahora, la frialdad y la falta de sentimientos, hace la protagonista es claramente desfavorable, como podemos observar en las diversas citas señaladas. A Jane no le agradan estas sobresalientes características que forman parte de la personalidad de su primo, simpatiza, por el contrario, con aquellas otras que se asemejan a las propiedades del elemento opuesto, es decir, al fuego (51). Cuando Rochester le insta a que vuelva con él, ella dice abiertamente:

«He is good and great, but severe; and, for me, cold as an iceberg. He is not like you, sir. I am not happy at his side, not near him, nor with him. He has no indulgence for me - no fondness. He sees nothing attractive in me; not even youth only a few useful mental points» (pág. 468).

(51) Ver al respecto la introducción a *Jane Eyre* de Margaret Smith, página XVI.

Jane introduce con sus palabras «He is not like you, sir», la inevitable comparación, que ha estado todo el tiempo latente y que se hace explícita ahora, entre St. John y Rochester. Precisamente este último hace también una breve definición de sí mismo durante la larga conversación que mantiene con Jane la noche que ella decide abandonar Thornfield. En los momentos de tensión en los que Rochester trata de convencerla para que permanezca con él y ante la decidida negativa de ella, éste exclama:

«Jane, I am not a gentle-tempered man - you forget that: I am not long-enduring; I am not cool and dispassionate» (pág. 331).

Como vemos Rochester manifiesta que su capacidad de control es limitada, que los sentimientos ejercen gran poder sobre él y que la pasión no le es desconocida. Es interesante que destaque como rasgos distintivos de su carácter precisamente los opuestos a los que hemos visto en St. John, la frialdad y el control de los sentimientos. La protagonista es consciente de esta oposición entre ambos y además manifiesta claramente su preferencia cuando declara refiriéndose a su primo: «I am not happy at his side, nor near him, nor with him».

Volvamos a la definición que St. John hace de sí mismo para detenernos en un aspecto de su carácter que él destacaba:

«I am simply, in my original state (...) a cold, hard, ambitious man. (...) my ambition is unlimited; my desire to rise higher, to do more than others, insatiable» (pág. 401).

Como vemos St. John se define también como un hombre ambicioso, con un deseo ilimitado de elevación y de hacer siempre más que los otros. Su ambición aparece encauzada por la religión y aparentemente basada en principios exclusivamente religiosos. Pero no es sólo su fe cristiana la que la fundamenta, sino que tiene también raíces profundas en su propio carácter. Cuando St. John le ofrece

el puesto de maestra a Jane, añade al hacerlo que no la imagina por mucho tiempo en Morton. Al comentar los motivos de tal afirmación la compara con él, aunque deja muy claro que la causa que produce el mismo resultado en ambos, es decir, la insatisfacción, es de naturaleza distinta en la protagonista: «human affections and symphathies have a most powerful hold on you», y continúa con una serie de reflexiones que nos revelan sus inquietudes así como la angustia que experimenta al ver sus capacidades limitadas por las circunstancias que le rodean:

«I mean that human affections and symphathies have a most powerful hold on you. I am sure you cannot long be content to pass your leisure in solitude, and to devote your working hours to a monotonous labour wholly void of stimulus: any more than I can be content», he added with emphasis, «to live here buried in morass, pent in with mountain - my nature, that God gave me, contravened; my faculties, heaven - bestowed, paralysed - made useless. You hear how I contradict myself, I, who preached contentment with a humble lot, and justified the vocation even of hewers of wood and drawers of water in God's service - I, his ordained minister, almost rave in my restlessness. Well, propensities and principles must be reconciled by some means,» (pág. 382).

La última frase de St. John es muy esclarecedora pues se refiere al medio para congraciar tan diversos elementos, que para él no es otro que la religión, que se transforma en la práctica en su vocación de misionero. Así se unen en un estrecho vínculo sus principios e inclinaciones. El resultado de este proceso es que St. John centra todos sus planes futuros en poder realizar la decisión que toma de marchar a la India como misionero. A partir de entonces, este proyecto se convierte en el más deseado y todo lo demás, incluido sus propios sentimientos, estará en función de su consecución (52).

(52) Su hermana Diana lo ha comprendido así desde el principio:

«He will sacrifice all to his long-framed resolves (...) natural affection

Existe un aspecto en el comportamiento de St. John, destacado por la protagonista, que resulta coherente con la imagen que hasta ahora hemos obtenido de él. Se trata de su incapacidad para disfrutar de los eventos cotidianos. Estos no despiertan el más mínimo interés en él, le molestan en cierta forma, prefiriendo alejarse para volver a la lectura o a su tranquilo rincón. El regreso a casa de sus hermanas y los preparativos que Jane ha realizado, son sucesos que sirven para ilustrar esta característica. Cuando Jane le pide su opinión sobre los cambios que ha hecho en la casa, la reacción de St. John es de absoluta indiferencia, lo que lleva a la protagonista a una serie de reflexiones sobre el carácter de su primo:

Now, I did not like this, reader. St. John was a good man; but I began to feel he had spoken truth of himself when he said he was hard and cold. The humanities and amenities of life had no attraction for him - its peaceful enjoyments no charm. Literally, he lived only to aspire after what was good and great, certainly; but still he would never rest, nor approve of others resting round him. (...) I comprehended all at once that he would hardly make a good husband: that it would be a trying thing to be his wife. (...) I saw he was of the material from which nature hews her heroes - Christian and Pagan - her lawgivers, her statesmen, her conquerors: a steadfast bulwark for great interest to rest upon; but, at the fireside, too often a cold cumbrous column, gloomy and out of place. This parlour is not his sphere (...) the Himalayan ridge, of caffre bush (...) would suit him better. Well may he eschew the calm of domestic life; it is not his element: there his faculties stagnate - they cannot develop or appear to advantage. (...) He is right to choose a missionary career - I see it now (páginas 418-419).

Esta larga cita es sumamente interesante pues en ella están resumidos la mayoría de los rasgos que configuran la personalidad de St. John. Están expuestos de tal forma, que nos queda casi un esquema psicológico del personaje. Jane se rea-

and feelings more potent still» (pág. 383).

firma en la opinión que tiene del carácter frío y duro de su primo, pasando luego a destacar la ambición que mueve su vida, hecho que le hace ser intolerante con los demás, así como con sus propias inclinaciones, sobre todo, con aquellas que lo apartan de la ansiada meta que se ha propuesto alcanzar.

La protagonista alude varias veces a lo largo de sus reflexiones a la incapacidad que tiene St. John para disfrutar de las pequeñas cosas y de los sucesos cotidianos.

Pero con todo, el mayor interés de la cita que comentamos no reside en el hecho de que compendie y reitere las características de St. John que ya conocemos, sino en que nos ofrece una valoración explícita de las mismas en relación precisamente con la imagen que Jane tiene de un marido ideal.

CAPITULO 3

Trabajo

En este apartado analizaremos el tratamiento que el trabajo, en su relación con la mujer, recibe en *Jane Eyre*.

Lo primero que hay que destacar es que sólo la profesión de institutriz, y en menor medida la de maestra de escuela, está tratada con cierto detenimiento, ya que la enseñanza es la actividad que la protagonista desarrolla en diversas etapas de su vida. Ello no resulta extraño si tenemos en cuenta que era ésta casi la única posibilidad de trabajo respetable para una mujer de clase media que, sin más preparación cualificada que la que podríamos denominar cultura general, se viera en la necesidad de ganarse la vida (1). Además debemos recordar que el tema de la joven que se ve abocada a desempeñar el puesto de institutriz en una familia era bastante conocido entre los lectores de la época, lo que aseguraba cierta popularidad a su tratamiento. Por último, no po-

(1) Existen diversas referencias sobre la respetabilidad de la profesión. Dinah Maria Mulock, en *A Woman's Thoughts about Women* (Leipzig: B. Tauchnitz, 1860) destaca precisamente esta característica como una de las causas principales por la que numerosas jóvenes se decidían a ejercerla, afirmando que su respetabilidad era tan incuestionable como la que confería la Iglesia a sus hermanos. También George Eliot en «Silly Novels by Lady Novelists», *The Westminster Review*, New Series, X (October, 1856), pág. 443, al hablar de las escritoras dice: «we had imagined that destitute woman turned novelists as they turned governesses, because they had no other lady-like means of getting their bread».

demos dejar de mencionar, aunque sea por todos conocido, la experiencia de Charlotte Brontë como institutriz, lo que obviamente haría más fácil su desenvolvimiento literario en un terreno cuyas implicaciones y consecuencias ella misma había vivido.

En términos generales, el modelo de heroína solía repetirse de unas novelas a otras (2): protagonistas muy hermosas, pertenecientes a una clase social acomodada que por una causa u otra se ven de pronto privadas de recursos económicos y con la imperiosa necesidad de trabajar para subsistir. A partir de aquí se narran las peripecias y los peligros que tienen que afrontar en sus diferentes lugares de trabajo.

Lo novedoso en *Jane Eyre* no es el tema en sí, que como podemos apreciar continúa la tradición, en líneas generales, por lo que respecta a la situación de desamparo total en la que su protagonista se encuentra, sino más bien la personalidad de ésta. *Jane Eyre* representa una visión diferente en este tipo de heroína, no sólo por su físico, mucho menos agraciado que el de sus bellas antecesoras, lo cual también tiene sus ventajas pues la libera de numerosos infortunios que en aquéllas parecían tener relación directa con sus atractivos físicos, sino además por su forma de ser, es decir, por lo que piensa y por cómo se comporta.

Pasemos ahora a analizar aquellos aspectos referentes al trabajo, y principalmente a la figura de la institutriz, que nos ayuden a lograr la visión que del mismo se ofrece en la novela.

Decíamos que la situación de la protagonista es de total desamparo y ello se manifiesta tanto en lo económico como en lo que al terreno afectivo se refiere. Estas características determinan el futuro de Jane que será el de trabajar para vivir:

- (2) Patricia Thomson en *The Victorian Heroine: A Changing Ideal* (Westport: Greenwood Press, 1978), págs. 43-44, señala el año de 1839, fecha en la que se publicó *The Governess* por Lady Blessington, como aquél en el que la figura de la institutriz hizo su debut real en la novelística victoriana; y afirma que a partir de su publicación se suceden una serie de obras que toman, en términos generales, el patrón establecido en la mencionada novela.

«I should wish her to be brought up in a manner suiting her prospects», continued my benefactress; «to be made useful, to be kept humble» (pág. 66).

El comentario de Mrs. Reed a Mr. Broklehurst es lo suficientemente elocuente. No obstante, conviene resaltar sus últimas palabras «to be kept humble», es decir, Jane debe aprender también a ser humilde, a conformarse con su situación. Esta apreciación es interesante puesto que la novela recibió duras críticas que hacían referencia precisamente al comportamiento tan poco sumiso de la heroína en su faceta de institutriz, lo que era considerado a todas luces inapropiado (3). Como afirma Patricia Thomson la falta primordial que en este aspecto se le imputaba a Jane Eyre es que no se muestra digna heredera de una de las principales características que definen a las institutrices: la sumisión (4).

Es también la necesidad económica la causa que lleva a las hermanas Rivers a trabajar como institutrices. La información la obtenemos de Hannah, la criada, que cuenta a Jane lo siguiente:

and the girls, as soon as they left school, would seek places as governesses: for they had told her their father had some years ago lost a great deal of money by a man he had trusted turning bankrupt; and as he was now not rich enough to give them fortunes, they must provide for themselves (pág. 369).

- (3) Nos referimos al conocido artículo de Elizabeth Rigby, «Vanity Fair, Jane Eyre and the Governess Benevolent Institution», *Quarterly Review*, 84 (December, 1848), págs. 173-174, en el que afirma:

There is through it a murmuring against the comforts of the rich against the privations of the poor, which, as far as each individual is concerned, is a murmuring against God's appointment. (...) There is that pervading tone of ungodly discontent which is at once the most prominent and the most subtle evil which the law and the pulpit, which all civilised society in fact has at the present day to contend with. (...) We cannot help feeling that this work must be far from beneficial to that class of ladies whose cause it affects to advocate.

- (4) P. Thomson, pág. 47.

Pero yendo más allá de la necesidad de trabajar cabría preguntarse el concepto que del hecho en sí tienen las jóvenes que en la novela realizan esta actividad, así como el de aquéllas que por su desahogada posición económica no están obligadas a salir de su tranquila ociosidad. La primera impresión que obtenemos es que el trabajar como institutriz no es un hecho deseado sino una consecuencia inevitable de las circunstancias materiales de las jóvenes que lo realizan. Jane nos dice que Diana y Mary «became more sad and silent» (pág. 382) según se aproximaba el día de abandonar su casa para reintegrarse a sus tareas como institutrices. La propia Jane cuando quiere salir de Lowood y piensa anunciarse para conseguir un puesto de institutriz en alguna familia habla de una nueva «servitude» (pág. 117), y luego, cuando es heredera de una fortuna que quiere compartir con sus primos, se refiere al trabajo de las hermanas Rivers con términos parecidos: «slaving amongst strangers!» (pág. 413). También Rochester cuando desea que Jane abandone sus obligaciones como institutriz de Adèle se expresa con palabras semejantes:

«You will give up your governessing slavery at once» (pág. 298).

Además de estas referencias, que no son precisamente favorables, la figura de la institutriz aparece como tema de conversación entre los invitados de Thornfield. Es a través de estas páginas, no muy extensas, donde podemos obtener una información algo más precisa sobre la visión que de aquélla tienen los miembros de la clase social que las emplea. A pesar de que el tono de la conversación es bastante superficial, en el sentido de no reflejar las causas de la situación en la que estas jóvenes se encuentran, los comentarios y calificativos que algunos de estos invitados expresan resultan interesantes para nuestro objetivo. Se refieren a las institutrices en los siguientes términos:

Blanche Ingram, «(...) half of them detestable and the rest ridiculous, and all incubi- (...) just one word of the whole tribe; they are a nuisance.»

Lady Ingram, «I have suffered a martyrdom from their incompetency and caprice. (...) in hers I see all the faults of her class» (págs. 205-206).

El resto de los jóvenes invitados también quieren participar en la conversación iniciada y contar las experiencias con sus propias institutrices. Aunque no se expresen en términos parecidos a los utilizados por las Ingrams, se evidencia en las historias que narran el mismo aire de desprecio y de superioridad hacia las institutrices, quienes, para todos ellos, está claro que constituyen una clase de seres humanos distinta. Este aspecto no sólo se desprende de la charla que mantienen sino que dos de ellas, y volvemos aquí a la cita anterior, lo han expresado claramente agrupándolas la primera, Blanche Ingram, en una indeterminada «tribu» y la segunda, Lady Ingram, en una «clase» sin definir. La propia Jane, que permanece en silencio escuchando estas afirmaciones, también se incluye como institutriz en una «raza» diferente, pero ella, con ironía y cierto humor, especifica mejor el término:

I suppose, from the answer elicited, it was a reminder that one of the anathematized race was present (pág. 206).

Por tanto el concepto que de la institutriz obtenemos, tanto de las que trabajan como tales, que no lo desean, como de los que las rodean, es netamente desfavorable, y en consecuencia el trato que reciben no es mucho mejor.

Pensamos que en este aspecto Charlotte Brontë refleja en su novela un hecho real de la sociedad de su época, evidenciado también en otras novelas victorianas que tratan el tema (5). Sin duda la autora se explaya más en su segunda

- (5) Citamos como ejemplos algunas de estas obras en las que la situación de las institutrices aparece reflejada; y aunque los personajes que las representan sean muy distintos entre sí, ello no desmiente el hecho de la evidente atención que esta figura social mereció por parte de los novelistas del siglo XIX. Tenemos a Clara Mordant en *The Governess* de Lady Blessington; Maria Young en *Deerbrook* de Harriet Martineau;

novela, *Shirley*, que en *Jane Eyre*, donde da la impresión de permanecer a cierta distancia. En aquélla va más allá del relato de unos hechos e intenta profundizar en las causas de la situación de las institutrices y en el trato que reciben de la sociedad. Quizás Charlotte dolida y sin duda motivada por la crítica que recibió *Jane Eyre* en «Quarterly Review», quiso ser más explícita en *Shirley*. En esta obra Mrs. Pryor expone, y en sus palabras ha copiado Charlotte frases enteras que aparecieron en la mencionada revista (6), el mismo concepto y el consiguiente trato que hemos visto reflejado en *Jane Eyre*, pero esta vez explica las causas de la difícil situación que tienen las institutrices en las familias donde trabajan. Afirma Mrs. Pryor que los caballeros las miran como mujeres tabú, las señoras como una carga y un reproche viviente hacia ellas

Emily Morton en *Amy Herbert* de Elizabeth Sewell; Miss Pinch en *Martin Chuzzlewit* de Dickens; Agnes Grey en la novela del mismo nombre de Anne Brontë; Becky Sharp en *Vanity Fair* de Thackeray; Mrs. Pryor en *Shirley* de Charlotte Brontë.

- (6) Nos referimos al ya citado artículo de E. Rigby sobre *Jane Eyre*, págs. 177-178. Sus comentarios al referirse a la situación de las institutrices y las palabras de Mrs. Pryor son prácticamente idénticos. Por tanto, la confrontación entre ambos textos es muy interesante. Dice E. Rigby:

A governess has no equals, and therefore can have no sympathy. She is a bore to almost any gentleman, as a tabooed woman, to whom he is interdicted from granting the usual privileges of the sex, and yet who is perpetually crossing his path. She is a bore to most ladies too by the same rule, and a reproach too- (...) The servants invariably detest her, (...) Her pupils may love her, and she may take the deepest interest in them, but they cannot be her friends.

Shirley, (London: Everyman, 1975), pág. 297; Habla Mrs. Pryor: *I was early given to understand that «as I was not their equal», so I could not expect «to have their sympathy». It was in no sort concealed from me that I was held a «burden and a restraint in society». The gentlemen, I found, regarded me as a «tabooed woman», to whom they «were interdicted from granting the usual privileges of the sex», and yet who «annoyed them by frequently crossing their path». The ladies too made it plain that they thought me a bore». The servants, it was signified, «detested me»; (...) My pupils, I was told, «however much they might love me, and how deep soever the interest I might take in them, could not be my friends».*

mismas y los sirvientes las detestan (7). Aunque Mrs. Pryor, refiriéndose a la servidumbre, se pregunte el porqué de este rechazo, la respuesta es bien sencilla, pues, aun siendo subordinadas como ellos, no las pueden considerar en un plano de igualdad (8).

Conviene recordar aquí la extracción social de las institutrices, quienes, en su mayoría, pertenecían a la clase media, gran número de ellas hijas de clérigo como nuestra protagonista, lo que suponía una educación y modales comparables a los de una señora. Por ello E. Rigby afirmaba en su artículo:

We shall ever prefer to place those immediately about our children who have been born and bred with somewhat of the same refinement as ourselves (9).

- (7) F. Basch en *Relative Creatures. Victorian Women in Society and the Novel 1837-67* (London: Allen Lane, A Division of Penguin Books, 1974), pág. 112, describe, con acierto, el difícil lugar que la institutriz ocupaba entre los señores de la casa y su servidumbre como «an ambiguous and ill-defined no-woman's-land between the two». Dickens en *The Life and Adventures of Martin Chuzzlewit* (London: Penguin Books, 1982), pág. 642, exhibe con toda claridad la ambigua posición que Miss Ruth Pinch, la institutriz, tiene en la casa, mostrando, al mismo tiempo, la conciencia que sobre su peculiar situación tienen los miembros de la servidumbre:

«Pray does Miss Pinch live here?» said Tom.

«Miss Pinch is Governess here», replied the porter.

«(...) Pray is Miss Pinch at home?»

«She's in» replied the footman. As much as to say to Tom: «But if you think she has anything to do with the proprietorship of this place you had better abandon this idea».

- (8) Pilar Zozaya en *El Sirviente Inglés. Apogeo y Declive* (Barcelona: Publicaciones Universitat de Barcelona, 1982), pág. 51, dice sobre la institutriz: «Hemos observado como esta empleada no era incluida en los manuales del hogar junto con los demás sirvientes, sino que recibía tratamiento aparte; la razón de esta división residía en el hecho de no ser considerada como una sirvienta propiamente dicha, a causa de su origen familiar».

- (9) E. Rigby, pág. 178.

Cuando Bessie visita a Jane en Lowood le dice «you are genteel enough; you look like a lady» (pág. 123). Y también lo entiende así Mrs. Fairfax, el ama de llaves de Thornfield, que se siente cómoda con Jane y contenta con esta nueva presencia en la casa pues simplemente por el hecho del puesto que viene a ocupar la considera una compañía adecuada para ella:

I am so glad you are come; it will be quite pleasant living here now with a companion (...) Leah is a nice girl to be sure, and John and his wife are very decent people; but then you see they are only servants, and one can't converse with them on terms of equality; one must keep them at due distance for fear of losing one's authority (pág. 128).

La reacción de Jane, que piensa que quien la recibe es la dueña de la casa, es de total sorpresa ante una acogida tan cordial. La protagonista, aun sin una experiencia personal como institutriz, debe conocer cuál era el trato usual que se les dispensaba, y aquí tenemos una prueba más de la popularidad del tema en la época, ya que su asombro es manifiesto:

A more reassuring introduction for a new governess could scarcely be conceived: there was no grandeur to overwhelm, no stateliness to embarrass; and then, as I entered, the old lady got up and promptly and kindly came forward to meet me (...) «She treats me like a visitor», thought I. «I little expected such a reception; I anticipated only coldness and stiffness: this is not what I have heard of the treatment of governesses; but I must not exult too soon» (págs. 127-128).

Cuando el enigma se aclara y Mrs. Fairfax le informa sobre su verdadera situación en Thornfield, Jane se siente mejor y totalmente desinhibida pues, como ella reflexiona:

The equality between her and me was real: not the mere result of condescension on her part. So much the better; my position was all the freer (pág. 132).

Esta igualdad, que parte de la condición de ambas como asalariadas distinguidas en Thornfield, hace que la convivencia entre ellas resulte agradable. Jane y Mrs. Fairfax conversan con frecuencia, sobre todo antes de la llegada de Rochester. El ama de llaves actúa casi siempre como informadora contestando las diversas preguntas que Jane le hace sobre el lugar, la familia, las amistades de Rochester o sobre él mismo. Es cierto que esta relación con Mrs. Fairfax no suscita el interés de Jane quien, por su carácter y juventud, aspira a vivencias más excitantes:

(...) to meet tranquil Mrs. Fairfax, and spend the long winter evening with her, and her only, was to quell wholly the faint excitement awakened by my walk - (pág. 147).

Pero también es cierto que Jane no ha esperado nunca de Mrs. Fairfax más que su trato tranquilo y su compañía agradable; su personalidad no es de las que deparan sorpresas y ella lo sabe:

Mrs. Fairfax turned out to be what she appeared, a placid-tempered, kind-natured woman, of competent education and average intelligence (pág. 140).

Por el contrario no obtenemos información sobre una posible relación de Jane con la servidumbre de Thornfield. Esta no participa en la novela más que con su simple existencia. Sus contactos con la protagonista son los precisos y siempre dentro de un trato correcto y distanciado. Sólo cabría destacar el interés que muestra Jane por Grace Poole, con la que en una ocasión mantiene una conversación y sobre la que nuestra protagonista reflexiona a menudo. Pero este interés por Grace tiene una razón de ser, pues es obvio que la curiosidad de Jane ayuda a crear el clímax de intriga que la autora quiere conseguir en su novela.

Sin embargo, y aún no existiendo un tipo de relación amistosa con la servidumbre, no podemos decir que haya la tradicional hostilidad por parte de ésta hacia la institutriz de

la casa, por lo menos en *Jane Eyre* no queda señalada. Es más, pensamos que si existe algún sentimiento por parte de estos subordinados hacia Jane es de simpatía, y esto es una impresión ya que no hay prácticamente referencias en la novela a la emotividad de una u otra parte. No obstante esta impresión no parece del todo infundada porque de haber existido hostilidad pensamos que se hubiera destacado de alguna forma en la narración, y por otra parte, al menos tenemos una alusión, sólo una pero bastante clara, que favorece nuestra impresión:

«She'll happen do better for him nor ony o' t' grand ladies (...). If she ben't one o' th' handsomest, she's noan faál, and varry good-natured; and i' his een she's fair beautiful, onybody may see that» (pág. 474).

Aunque esta cita corresponde a la etapa de Ferndean, pensamos que es ilustrativa, ya que los que así hablan, John y Mary, fueron antiguos sirvientes de Thornfield y es obvio que sus palabras no son el resultado de los pocos días que Jane lleva residiendo en la casa sino de la época en la que convivieron juntos como asalariados de un mismo señor, es decir, de la etapa de Jane como institutriz.

Respecto al comportamiento de la servidumbre de Great Hall con Jane, pensamos que carece de interés para el aspecto que ahora analizamos, ya que la protagonista pasa allí su infancia. Tampoco es ilustrativa su relación con la sirvienta de Moor House, Hannah, pues Jane reside en esta casa por una temporada como huésped y no como institutriz.

Si continuamos analizando las circunstancias que rodean el trabajo de la protagonista en Thornfield, podemos observar que, además de no existir tensiones entre ella y el resto de los empleados, concurren otra serie de factores que hacen su situación de institutriz mucho más soportable que la de la mayoría de sus compañeras de ficción. Jane resulta agradable y despierta el interés del dueño de la casa desde su primer encuentro, tanto que se inicia entre ambos un largo cortejo que, después de muchas vicisitudes, acaba en boda. Mantiene una

buena relación con su alumna que es dócil y manejable y que además al ser sólo una, circunstancia poco común, facilita en gran manera su labor. Tiene a su disposición todos los medios que considera necesarios para instruirla:

Most of the books were locked up behind glass doors; but there was one bookcase left open containing everything that could be needed in the way of elementary works, and several volumes of light literature, poetry, biography, travels, a few romances, (...) In this room, too, there was a cabinet piano, quite new and of superior tone; also an easel for painting, and a pair of globes (págs. 134-135).

Y por si fuera poco, es libre para desempeñar su función como mejor le parezca, pues Rochester, desprovisto de todo interés por el tema, no interviene para nada en sus actividades. Finalmente su posición económica mejora, dentro del estrecho marco de sus posibilidades, ya que como institutriz de Adèle recibe treinta libras al año, justo el doble de lo que percibía en Lowood.

Esta serie de factores configuran una situación netamente favorable si la comparamos con las circunstancias usuales en que desarrollaban su trabajo las institutrices. Tomemos como ejemplo la obra de Lady Blessington *The Governess*, que ha sido destacada, como ya mencionamos, como la que estableció, en líneas generales, el patrón a seguir por aquéllas que continuaron con el tema. La novela comienza con la lectura por parte de la protagonista, Clara Mordaunt, del siguiente anuncio:

Wanted, in a highly distinguished family, a person as governess, to undertake the education of three young ladies, of the ages of nine, seven, and five. She must be of a prepossessing appearance, of refined manners, and a perfect musician. She is required to instruct her pupils in French, Italian, and English; geography and the use of the globes, with music, drawing, and dancing; in all which branches of education she

is expected to be a proficient. Equanimity of temper and cheerfulness of disposition, joined to uninterrupted health, are indispensable requisites. She must understand cutting out and making the children's dresses. Salary twenty-five guineas a year (10).

Ante el cúmulo de perfecciones que se solicita podría pensarse que Lady Blessington ha exagerado un poco, pero Clara, contestando a las protestas de su tía por el sueldo tan ridículo que ofrecen, comenta:

«And yet, dear aunt, this advertisement is scarcely more unreasonable than the generality (...) in which so much is required, and so little is given» (11).

Como hemos podido observar a través de las diversas citas aportadas, las circunstancias en las que Jane desarrolla su puesto de institutriz en Thornfield no son tan desfavorables. A pesar de ello, su trabajo como tal no le resulta gratificante. Las únicas satisfacciones que Jane parece encontrar en sus tareas como institutriz derivan del reconocimiento de su eficacia por los demás y de la sensación del deber cumplido:

(...) I have examined Adèle, and find you have taken great pains with her: she is not bright, she has no talents; yet in a short time she has made much improvement».

«Sir, you have now given my «cadeau»; I am obliged to you: it is the meed teachers most covet-praise of their pupil's progress» (pág. 153).

Tampoco manifiesta un interés genuino por el trabajo que realiza en Morton. Estamos de acuerdo con Françoise Basch cuando afirma que, al igual que en su faceta de institutriz en Thornfield, de estas tareas como maestra de pueblo

(10) The Countess of Blessington, *The Governess* (London, 1839), pág. 3.

(11) The Countess of Blessington, pág. 4.

Jane «drew only moral satisfaction: a sense of duty accomplished and pride at having faced up an additional ordeal» (12). Y en esta línea van las reflexiones de Jane cuando medita sobre su nueva situación en Morton. Sus pensamientos parecen reflejar un plan autodisciplinario para llevar a cabo su deber con estas alumnas campesinas, de cuyo cumplimiento espera obtener la suficiente satisfacción espiritual para obviar la sensación de que vive un tiempo vacío:

My duty will be to develop these germs: surely I shall find some happiness in discharging that office. Much enjoyment I do not expect in the life opening before me: yet it will, doubtless, if I regulate my mind, and exert my powers as I ought, yield me enough to live on from day to day (pág. 385).

Este sentido tan arraigado del deber que muestra la protagonista en la faceta del trabajo, al igual que en otras, que le hace acallar con fuerza intereses e inclinaciones de otro tipo, no pasa desapercibido para aquéllos que, como St. John Rivers, la observan con curiosidad. Así su primo le reconoce haber realizado bien y puntualmente todas sus tareas como maestra de Morton, pues a pesar de que era una «labour uncongenial to your habits and inclinations; I saw you could perform it with capacity and tact», porque, y afirma St. John, «you could win while you controlled» (pág. 429).

No obstante, en comparación con la posición de institutriz, la alternativa de trabajo como maestra de colegio, en determinadas circunstancias, es presentado en la novela con matices más favorables. Existen diversas referencias en el texto que acreditan esta afirmación. La primera de ellas ocurre cuando Jane, siendo institutriz de Adèle, contesta a la pregunta que Rochester, disfrazado de gitana, le hace sobre sus esperanzas para un futuro:

(12) F. Basch, pág. 155.

«(...) The utmost I hope is, to save enough money out of my earnings to set up a school some day in a little house rented by myself» (pág. 227).

Luego cuando piensa en la oferta que St. John Rivers le hace para ocupar el puesto de maestra de Morton, Jane lo compara en sus reflexiones con el de institutriz, con un resultado claramente desfavorable para el segundo:

In truth it was humble -but then it was sheltered, and I wanted a safe asylum; it was plodding- but then, compared with that of a governess in a rich house, it was independent, and the fear of servitude with strangers entered my soul like iron; it was not ignoble -not unworthy- not mentally degrading. I made my decision (pág. 381).

O cuando reflexiona «I would far rather be where I am than in any high family in the land» (pág. 395), ante los comentarios que oye por parte de Rosamond Oliver y de su padre sobre sus aptitudes y cualidades, que para ellos son demasiado notables para un simple puesto de maestra, lo que evidencia, por otra parte, que la institutriz, a pesar de todo, era mejor considerada socialmente.

Por otro lado, aparte de estas citas textuales, la ausencia, al referirse al trabajo de maestra, de términos tan duros y peyorativos como «slavery» o «servitude», empleados para describir la situación de las institutrices, apoya nuestra idea de que dentro del estrecho campo de alternativas de trabajo que tenían las que se veían obligadas a ello, el desempeñar la enseñanza en una escuela propia o regentada por una misma, es presentado en la novela como una opción más deseable que la de institutriz.

La razón de esta preferencia es bien sencilla, ya que con este tipo de trabajo se puede conseguir una mayor independencia y libertad de acción. Además se evitan factores negativos como la continua presencia de unos señores que se sienten superiores y que lo manifiestan así y las relaciones con otros miembros de la casa, como la servidumbre, cuyo re-

chazo a las institutrices era casi proverbial; y aunque en Jane no se dan tan desfavorables circunstancias no por eso deja de ser sensible a ellas. De todas formas el hecho de que prefiera la enseñanza en una escuela, y si es posible en una dirigida por ella misma, no quiere decir que en ello haya un deseo de realización personal o un interés por desarrollarse profesionalmente. No existen en el texto manifestaciones de este tipo. Pensamos que ya ha quedado suficientemente claro que para Jane el trabajo no representa ninguna inquietud sino una necesidad.

Sin embargo, trabajar reporta ciertas ventajas de las que la protagonista es plenamente consciente. En primer término proporciona independencia económica, que es obvio que Jane valora, fundamentalmente por las implicaciones que conlleva en sus relaciones con los demás, sobre todo con Rochester. Así se puede explicar su insistencia en continuar como institutriz de Adèle aun después de saber que está próximo su matrimonio. A medida que Rochester, después de la declaración, se torna más pródigo en regalos y agasajos, asumiendo el papel de protector, Jane, por su parte, retrocede más y es entonces cuando valora, como no lo había hecho hasta ahora, las ventajas que, a pesar de todo, obtiene con su trabajo; comprende la importancia que éste puede tener en su relación. Como afirma Helene Moglen: «She has begun to understand the meaning of economic dependence, the connotations of class inferiority and the subtle implications that both have for sexual relationships» (13).

La novela *Jane Eyre*, al igual que *Vanity Fair*, introducen en el panorama literario de las institutrices una nueva visión de las mismas. Sus heroínas, Jane y Becky, están imbuidas de un nuevo ánimo, un espíritu independiente que se trasluce a su vez en un comportamiento diferente.

Concretamente en Jane este espíritu tiene dos manifestaciones: su decidida intención de hacer respetar su dignidad esencial como ser humano, y su denuncia sobre el

(13) Helene Moglen, *Charlotte Brontë. The Self Conceived* (New York: The Norton Library, 1978), pág. 123.

trato despersonalizado, cosificado diríamos hoy, de que las institutrices eran objeto por parte de las familias que las empleaban, que sólo eran capaces de apreciar en ellas su valor instrumental. Como ejemplo de la primera valgan estas palabras de Jane a Rochester en una de sus entrevistas:

«I am sure, sir, I should never mistake informality for insolence: one I rather like, the other nothing free-born would submit to, even for a salary» (pág. 166).

En cuanto a la segunda, queda claramente plasmada en estas reflexiones de Jane acerca de la situación que Diana y Mary se ven obligadas a afrontar en sus respectivos trabajos:

Diana and Mary were soon to leave Moor House, and return to the far different life and scene which awaited them, as governesses in a large, fashionable, south-of-England city, where each held a situation in families by whose wealthy and haughty members they were regarded only as humble dependents, and who neither knew nor sought one of their innate excellences, and appreciated only their acquired accomplishments as they appreciated the skill of their cook or the taste of their waiting woman (pág. 379).

Merece la pena resaltar, aunque sólo sea de pasada, que estas reflexiones de Jane tienen una nítida correspondencia con las opiniones de su creadora, lo que manifiesta la preocupación real que el asunto le merecía y también la consecuente protesta por tal estado de cosas. De sobra es conocido que la propia Charlotte Brontë ejerció como institutriz en un período de su vida. Pues bien, en una carta dirigida a su hermana Emily, Charlotte se expresa de forma muy parecida a la que luego pondría en boca de su heroína y que nosotros acabamos de citar:

I said in my last letter that Mrs. Sidgwick did not know me. I now begin to find she does not intend to know me; that she

cares nothing about me, except to contrive how the greatest quantity of labour may be got out of me; (...) I see more clearly than I have ever done before that a private governess has no existence, is not considered as a living rational being, except as connected with the wearisome duties she has to fulfil (14).

Patricia Thomson, en una comparación que establece entre las heroínas de las novelas que hemos citado antes, *Jane Eyre* y *Vanity Fair*, afirma que Jane es la más revolucionaria de las dos, pues si bien Becky demuestra el mismo espíritu independiente, las faltas que pueden imputársele como institutriz resultan de pequeña trascendencia si las comparamos con las que se le reprochan a Jane. Termina llamando a la novela en la que esta última figura como protagonista la Carta Magna de las Institutrices (15). Así debió parecerle a alguno de sus contemporáneos, como por ejemplo, a Elizabeth Rigby, quien reprobó con duras críticas, como ya mencionamos al comienzo de este epígrafe, el comportamiento tan poco sumiso de Jane, su tono rebelde y desenfadado, y, finalmente, su disconformidad con la situación que le había tocado vivir. Por esta serie de rasgos que destacaban en su comportamiento era lógico que para Elizabeth Rigby, Jane resultase un modelo más peligroso a seguir y también una lectura menos recomendable para las propias institutrices que Becky, de quien principalmente podrían aprender la picaresca para incumplir con sus obligaciones. Para ella, *Jane Eyre* era la semilla que podía soliviantar a este tradicional y tranquilo grupo de trabajadoras. Por esta razón no duda en afirmar:

the tone of mind which has overthrown authority and violated every code human and divine abroad, and fostered chartism and

(14) Clement King Shorter, ed., *The Brontës: Life and Letters* (London: Hodder and Stoughton, 1908), carta dirigida a Emily Brontë el 8 de junio de 1839.

(15) P. Thomson, pág. 46 y siguientes.

rebellion at home, is the same which has also written Jane Eyre (16).

Creemos que Elizabeth Rigby se ha dejado llevar un poco por su conservadurismo a ultranza al referirse a *Jane Eyre* en estos términos. No obstante, si nos detenemos a pensar en dónde reside en realidad su temor, quizás podamos entender mejor su punto de vista. A todo lo anteriormente expuesto sobre los rasgos que destacaban del comportamiento de Jane y que tanto le disgustaban, debemos añadir una precisión importante. No pensamos que la novela contenga proclama alguna en favor de mejoras sociales concretas para las institutrices, un sueldo más elevado, por ejemplo. Si hubiera sido sólo o principalmente así, Elizabeth Rigby la hubiese aplaudido con entusiasmo pues ella misma solicita este tipo de medidas para las institutrices en su artículo. Pero la actitud crítica de Jane está reclamando algo distinto y más peligroso según el criterio de algunos de sus lectores contemporáneos: que se reconozcan a las institutrices los derechos básicos a que son acreedoras como seres humanos y que se les otorgue un trato más personalizado, más atento a sus valores y necesidades individuales que al estereotipo asignado a la profesión, más cordial en suma, en el sentido etimológico del término.

Creemos que es en esto precisamente en lo que reside el temor de Elizabeth Rigby y donde ve esa semilla de rebelión, pues aunque ella misma describe en su artículo el lamentable estado en que se encuentran la mayoría de las institutrices: desprovistas de todo, hasta de afecto humano, y sometidas a fuertes tensiones psíquicas que llegan a provocar enfermedades en muchas de ellas, sin embargo, afirma ro-

- (16) E. Rigby, pág. 174. Este comentario dista mucho de las palabras que Eugene Forçade dedicó a «Jane Eyre» en *Revue des Deux Mondes*, 4 (October, 1848), pág. 475. Comenta este crítico contemporáneo de E. Rigby: «(...) what charmed me above all was that the author did not think for one moment to fulminate apocalyptically against society».

tundamente que este estado de cosas no debe variar. Aclara, por si pudiera existir algún error, que ella no ha tratado el tema con la intención, ni la esperanza, ni tan siquiera el deseo de que esta situación cambie, ya que no ve otra alternativa posible:

(...) for in the inherent constitution of English habits, feelings, and prejudices, there is no possibility that they should be (...) we must ever keep them in a sort of isolation, for it is the only means for maintaining that distance which the reserve of English manners and the decorum of English families exact (17).

Por último queremos señalar un dato que puede resultar interesante para completar la visión que del trabajo, y fundamentalmente del de institutriz como mencionamos al principio, se ofrece en *Jane Eyre*.

Pensemos en quiénes son las jóvenes que trabajan en la novela. Además de la protagonista, y dejando aparte la servidumbre, puesto que como ya señalamos no constituye un ejemplo ilustrativo para nuestro análisis, nos encontramos que de entre los personajes principales femeninos, entendiendo por tales aquellos de los que se nos da una descripción más completa por tener una relación más estrecha con Jane, efectúan alguna actividad profesional Miss Temple, directora del colegio de Lowood, Diana Rivers y su hermana Mary; es decir, aquéllos que son descritos en términos más favorables. Personajes todos ellos por los que la heroína siente y expresa admiración, respeto y afecto.

Frente a la laboriosidad de estas jóvenes se nos presenta, por otro lado, la inactividad de Blanche Ingram y de Georgina Reed, cuyas personalidades están definidas por claros rasgos negativos y por las que Jane no experimenta ninguno de los sentimientos antes referidos. Ante esta oposición parece deducirse que puede existir algo peor que el tener que trabajar: la ociosidad. Esta se exhibe, a veces, con

evidentes connotaciones de superficialidad e incluso de incapacidad mental como rasgos de aquéllas que la cultivan. Tomemos como ejemplo a la joven Georgina Reed:

The communications were renewed form day to day: they always ran on the same theme -herself, her loves, and woes. It was strange she never once adverted either to her mother's illness, or her brother's death, or the present gloomy state of the family prospects. Her mind seemed wholly taken up with reminiscences of past gaiety, and aspirations after dissipations to come. (...)

Georgina, when not unburdening her heart to me, spent most of her time lying on the sofa, fretting about the dullness of the house, and wishing over and over again that her Aunt Gibson would send her an invitation up to town. (...) Eliza generally took no more notice of her sister's indolence and complaints than if no such murmuring, lounging object had been before her (págs. 262-263).

Sin embargo, no por ello podemos deducir que el trabajar como institutriz o como maestra sea presentado como algo valorado en sí mismo; simplemente es menos malo que la contrapartida que ofrece la ociosidad. Podríamos decir que el trabajo se plantea como un paréntesis necesario que se abandona con júbilo cuando aparece otra alternativa. Es significativo que, al igual que la protagonista, Miss Temple y las hermanas Rivers terminan abandonando sus trabajos respectivos y contraigan matrimonio. Es más, ninguna de ellas pretende continuar con sus actividades profesionales una vez casadas (18), resultado lógico, por otra parte, ya que en sus

- (18) Jane es la única que, ya casada, expresa en una ocasión cierta intención de reemprender sus tareas como institutriz: «(...) *I took her home with me. I meant to become her governess once more*» (pág. 475). Pero pensamos que la intención apuntada en estas líneas no contradice nuestra afirmación, por dos razones: la primera porque tal dedicación no constituye en ningún caso una ocupación profesional y la segunda porque su propósito no responde a ninguna necesidad personal sino a la responsabilidad moral que siente hacia la pequeña Adèle.

nuevos estados no tienen necesidad material de ello y ésta era la única causa motivadora.

En realidad, entre el trabajo, que es presentado como una servidumbre, y la descalificada ociosidad habitual de las jóvenes con recursos parece haber una posibilidad intermedia más valorada, consistente en la ocupación del tiempo mediante actividades de «cultivo del espíritu» adaptadas a las aficiones de cada cual.

Si el trabajo, al menos en sus opciones posibles y en las condiciones concretas en que éstas se desarrollan, es presentado con tintes tan poco atractivos, parece lógica la aspiración de quienes lo han de ejercer a liberarse de él.

Desde luego cabría también la posibilidad de abordar actividades no tradicionales para su sexo y grupo social o el intento de modificar las condiciones objetivas en que se desarrollan las tareas que de hecho lleva a cabo Jane en distintas etapas de su vida. Pero para ello, habría que partir de una valoración positiva intrínseca del trabajo al margen de su carácter de medio para otros fines y de las circunstancias concretas de su ejercicio, que Jane claramente no comparte. Su rebeldía en este tema, por muy peligrosa que le parezca a Mrs. Rigby, se circunscribe a la defensa de su dignidad básica como persona y a algunas quejas respecto del aislamiento afectivo en que la actitud distante y altanera de los señores mantiene a las institutrices. Curiosamente, Mrs. Fairfax defiende la necesidad de una actitud similar en la relación con los criados, sin obtener desaprobación alguna de Jane, lo que muestra que, como diríamos en términos actuales, su conciencia de clase es en extremo imprecisa.

Sobre estas bases, su camino no puede ser, y no es, el de la reivindicación y la lucha, sino más bien el de una vaga aspiración al escape individual. Escapar significa, evidentemente, eliminar la necesidad material que aboca al trabajo,

Responsabilidad que rápidamente desecha mediante la justificación de lo que ella considera que son ahora sus obligaciones primordiales:
(...) but I soon found this impracticable; my time and cares were now required by another-my husband needed them all (pág. 475).

esto es, disponer de recursos económicos suficientes para atender a la propia subsistencia de modo adecuado. Pero, podríamos preguntarnos, cuáles serán las posibles vías para la adquisición de tales recursos.

El ahorro del producto del trabajo como forma de acumulación para liberarse de él es, entonces como ahora, más una ilusión que una auténtica posibilidad. De hecho, Jane sólo considera viable por este medio acceder a un tipo de ocupación más acorde con su propia aspiración de independencia personal.

El matrimonio parece, desde luego, una solución más plausible, considerada en términos generales. Si hacemos caso de las características comunes que de la figura de la institutriz nos transmiten ésta y otras novelas de la época, hemos de reconocer que se trata de jóvenes de educación esmerada, espíritu cultivado y orígenes no plebeyos. Si a ello podemos sumarle juventud y belleza, valores siempre cotizados en el mercado matrimonial, habremos de convenir en que la probabilidad de una boda ventajosa no es desdeñable «a priori». Sin embargo Jane, como sabemos, carece de belleza y esto representa sin duda un serio inconveniente. Pese a ello consigue conquistar el corazón de Rochester, incluso en competencia con la hermosa Blanche Ingram, y así el matrimonio está a punto de constituir para ella su vía de escape del trabajo. Si no llega a serlo, al margen de la anécdota concreta que frustra la ceremonia, es, creemos, porque a Jane le repugna esta solución. Su evidente tendencia hacia una relación de igualdad en la pareja casaría mal con la desigualdad objetiva que en ese momento existe entre Rochester y ella.

Así que Jane ha de acceder a medios de fortuna propios antes de unirse a Rochester. Y lo hace merced a la herencia de su tío John. Quizá no resulte ocioso recordar aquí, que el recurso a su tío, de quien esperaba que pudiera avenirse a dotarla ante su próxima boda, fue causa directa del fracaso de su primer intento de matrimonio. En cualquier caso, ahora es económicamente independiente y debe causarle verdadera satisfacción poder decir:

«Quite rich, sir. If you won't let me live with you, I can build a house of my own close up to your door, and you may come and sit in my parlour when you want company of an evening. (...) I told you I am independent, sir, as well as rich: I am my own mistress» (pág. 459).

De rechazo, y gracias a su generosidad, también sus primas Diana y Mary tienen la ansiada oportunidad de abandonar sus respectivos trabajos y, como ella, lo hacen sin la menor vacilación:

«Write to Diana and Mary to-morrow (...) and tell them to come home directly. Diana said they would both consider themselves rich with a thousand pounds, so with five thousand they will do very well» (pág. 412).

Dado que las tres cuartas partes de la población femenina que en la novela ejerce las ocupaciones que aquí estamos considerando, consigue su emancipación por este medio, cabría deducir que ésta es precisamente la vía de escape del trabajo postulada. Sin embargo, tal deducción caería por su propio peso, porque es una vía que no deja capacidad de iniciativa alguna a la interesada, cuya resolución en un sentido satisfactorio no depende en absoluto del comportamiento de la misma. Se trata, en sentido estricto, de un regalo y, por tanto, de un recurso novelesco que refleja más la intención de depurar la unión matrimonial de toda connotación interesada, acercándola así al ideal, que la de plantear una alternativa real al propio matrimonio como forma de cobertura de unas necesidades materiales que, de otro modo, abocarían a la infelicidad del trabajo asalariado.

Pero lo cierto es que, de este modo, nos quedamos como estábamos. Para las mujeres carentes de recursos no hay más que dos opciones reales: trabajar en condiciones extremadamente insatisfactorias, cuya modificación objetiva apenas se propugna, o, pese a los escrúpulos de Jane, celebrar una boda ventajosa, solución ésta que, mucho nos tememos, resulte ser la más tradicional y la más generalizada, al menos en la intención.

CAPITULO 4

Educación

El objetivo que pretendemos es analizar el modelo femenino en relación con la educación y la cultura.

La primera impresión que tenemos es que este tema no está tratado con detenimiento, al menos no con la misma intensidad que otros. Sin embargo, después de una lectura detenida, se pueden alcanzar algunas conclusiones interesantes sobre la educación y la cultura de los personajes femeninos en *Jane Eyre*. La información que de tal modo obtenemos, la hemos dividido en dos amplios apartados. El primero de ellos, al que podríamos considerar como «exterior» a la mujer, incluye los medios que la sociedad le ofrece para la adquisición de conocimientos y el desarrollo cultural. El segundo, al que por oposición podríamos estimar en un plano «interior», agrupa las actitudes, manifestaciones e inquietudes culturales de los personajes femeninos.

Respecto al primer grupo, es decir, a las vías de acceso a la enseñanza que son asequibles a la mujer, pretendemos obtener qué tipo de educación es considerado razonable para su formación. Lo primero que hay que destacar es que en la novela se presentan tres caminos posibles, cada uno de ellos ligado a un determinado nivel económico y estatus social. Por un lado, tenemos las niñas que pertenecen a familias sin recursos y cuya educación parece depender de los sentimientos filantrópicos de las familias adineradas del distrito, así como de la decisión y eficacia de los párrocos, como es el caso de St. John Rivers:

Morton, when I came to it two years ago, had no school: the children of the poor were excluded from every hope of progress. I established one for boys: I mean now to open a second school for girls. I have hired a building for the purpose, with a cottage of two rooms attached to it for the mistress's house. Her salary will be thirty pounds a year: her house is already furnished, (...) by the kindness of a lady, Miss Oliver, the only daughter of the sole rich man in my parish (pág. 381).

St. John no menciona al señor Oliver como absoluto bienhechor de la escuela de Morton por lo que deducimos que el párroco obtendría el dinero de alguna sociedad benefactora.

Más adelante, sabemos que la familia Oliver además de correr con los gastos del mobiliario de la casa de Jane y de la educación de la joven que le ayuda, paga también los estudios de algunas niñas:

(...) I shall have four new girls next week from the Foundry Close; they would have come to-day but for the snow. (...) Mr. Oliver pays for two (pág. 405).

Las pretensiones en la educación de estas jóvenes campesinas no son más que las de suministrarles unos conocimientos elementales junto con unas reglas básicas de comportamiento, disciplina y también cierta higiene personal. Poco más se puede esperar de las escasas posibilidades de una escuela de pueblo, como es Morton. Además la mayoría de estas alumnas se encuentran en un estado de total ignorancia y toda la labor educativa está bajo la sola responsabilidad de Jane, asistida, en pocas ocasiones, por la rica heredera Rosamond Oliver:

I had twenty scholars. But there of the number can read: none write or cipher. Several knit, and a few sew a little. They speak with the broadest accent of the district. (...) Some of them are unmannered, rough, intractable, as well as ignorant; but others are docile, have a wish to learn, and evince a disposition that pleases me (pág. 385).

No obstante, y a pesar de que al principio se sienta «weakly dismayed at the ignorance, the poverty, the coarseness of all I heard and saw round me» (pág. 385), Jane distingue entre sus alumnas a unas pocas que fácilmente adquieren sus enseñanzas y normas y con las que su labor educativa resulta eficaz, a juzgar por la única alusión que ella misma hace al respecto:

Their amazement at me, my language, my rules, and ways, once subsided, I found some of these heavy-looking, gaping rustics wake up into sharp-witted girls enough. (...) I discovered amongst them not a few examples of natural politeness, and innate self-respect, as well as excellent capacity, that won both my goodwill and my admiration. These soon took a pleasure in doing their work well, in keeping their persons neat, in learning their tasks regularly, in acquiring quiet and orderly manners. The rapidity of their progress, in some instances, was even surprising; and an honest and happy pride I took in it (pág. 392).

Para algunas de sus alumnas, aquellas que ya saben leer y escribir, la protagonista menciona una serie de asignaturas que en sus principios más elementales incorpora a lo que podríamos considerar como su esquema educativo para con estas niñas campesinas:

These could already read, write and sew; to them I taught the elements of grammar, geography, history, and the finer kinds of needlework (pág. 392).

Jane se refiere muy pocas veces a sus actividades como maestra de Morton. Ya mencionamos en el capítulo dedicado a la mujer y al trabajo el escaso interés que la enseñanza en sí tiene para ella, así como el papel fundamental que su sentido del deber juega en estas tareas educativas. Si a ello le unimos el hecho de que no exista referencia alguna por parte de las alumnas de Morton acerca de los conocimientos que adquieren, si son suficientes o no, del método de enseñanza,

de las normas o el comportamiento de su maestra, el resultado es que apenas obtenemos más información que la aportada respecto al tipo de educación que reciben estas niñas. Sin embargo pensamos que los datos, aunque escasos, son suficientes para dar una visión general. Visión que puede completarse, aunque sea sólo por oposición, con el tipo de educación que reciben en la novela las jóvenes que no pertenecen a esta clase social.

Respecto a las otras dos vías educativas que presenta la novela, están también ligadas a un determinado poder económico y social, como decíamos al principio de este capítulo. Tenemos, por un lado, a las jóvenes cuyas familias poseen dinero y un estatus social medio-alto; su educación se mantendrá dentro de la residencia familiar y en manos de las institutrices. Por otro lado, están aquéllas cuyas familias no parecen disfrutar de tal desahogo económico pero que tienen sin embargo, un estatus social más elevado que el de las niñas campesinas que acuden a la escuela de Morton. Nos referimos a las alumnas de Lowood.

Respecto al estatus social de estas jóvenes lo hemos deducido a través de los escasos datos que hemos podido extraer de la novela, ya que Jane no nos informa de las situaciones familiares de sus compañeras de colegio. Pero tenemos un ejemplo claro, que apoya nuestra deducción, en la propia protagonista, que es hija de un clérigo y de una joven que disfrutaba de buena posición social y cuyo matrimonio fue causa de ruptura con amigos y familiares por considerarlo éstos inferior a sus expectativas sociales, lo que nos hace suponer que al menos su familia materna gozaba de cierto prestigio social. Sabemos también que Helen Burns, amiga y compañera de Jane, domina la lengua latina gracias a las enseñanzas de su padre, lo que obviamente sitúa a éste en un nivel cultural y social por encima de las familias campesinas.

En lo que se refiere a la economía de estas familias, decíamos que no parece que fuera desahogada. Esta afirmación se basa en el hecho de que Lowood es una institución caritativa en la que las alumnas pagan sólo parte de su educación y manutención.

La característica fundamental que determina el tipo de jóvenes que tienen acceso a Lowood es su condición de huérfanas. Las alumnas son, por tanto, jóvenes huérfanas cuyos parientes no pueden pagar su educación o simplemente no lo desean, como es el caso de Mrs. Reed, quien parece tener, al menos en esa época, la suficiente solvencia económica como para pagar otro tipo de enseñanza para Jane, como de hecho ocurre con sus propios hijos.

El sistema financiero de Lowood queda expuesto con claridad en la conversación, que a continuación, citamos entre Jane y Helen Burns:

«It is partly a charity-school. You and I, and all the rest of us, are charity-children. I suppose you are an orphan. (...) all the girls here have lost either one or both parents, and this is called an Institution for educating orphans».

«Do we pay no money? Do they keep us for nothing?»

«We pay, or our friends pay, fifteen pounds a year for each».

«Then why do they call us charity-children?»

«Because fifteen pounds is not enough for board and teaching, and the deficiency is supplied by subscription».

«Who subscribes?»

«Different benevolent-minded ladies and gentlemen in this neighbourhood and in London» (pág. 82).

Sin embargo, el funcionamiento del colegio en lo que a comida, ropa y medios de un mínimo confort se refiere, es bastante deficiente. La figura de Mr. Brocklehurst, principal responsable, y sus actuaciones respecto a estos temas es dibujada con los tonos más negativos (1). Jane menciona en nu-

- (1) De sobra es conocido el paralelismo que existe entre la descripción de Lowood y la de Cowan's Bridge, colegio al que asistió Charlotte Brontë con sus hermanas. Estas páginas de *Jane Eyre*, dedicadas a la organización y al funcionamiento de Lowood, levantaron protestas y cierto revuelo entre sus lectores. Tanto es así que, según Mrs. Gaskell señala en *The Life of Charlotte Brontë* (London: Penguin, 1977), pág. 98:

Miss Brontë more than once said to me, that she should not have written what she did of Lowood in Jane Eyre, if she had thought the place,

meras ocasiones la escasez de comida que diariamente padecen las alumnas, así como la penuria de medios que tienen, tales como ropa inapropiada o insuficiente calefacción en las habitaciones para combatir el intenso frío del lugar (2). Todo ello, unido a la insalubre ubicación de Lowood, contribuye a que ocurra una terrible epidemia que causa el fallecimiento de numerosas alumnas (3).

would have been so immediately identified with Cowan's Bridge.

De todas formas, las voces en defensa del principal responsable, W. Carus Wilson, representado en la figura de Mr. Brocklehurst en la novela, se alzaron con mayor fuerza después de la publicación de la biografía de Charlotte por Mrs. Gaskell. Así el reverendo H. Shephard en *A Vindication of the Clergy Daughters' School, and of the Rev. W. Carus Wilson, from the Remarks in The Life of Charlotte Brontë* (London, published by Robert Morphet, 1857), pág. 4, critica tanto a Charlotte como a Mrs Gaskell por sus afirmaciones respecto a Cowan's Bridge, o incluso más a la segunda ya que:

She has herself renewed whatever was injurious to him (Carus Wilson) in the novel of Jane Eyre: the obloquy raised by that publication had long since died away, and would have lain buried in oblivion had not Mrs. Gaskell revived it.

- (2) H. Shephard incluye en su testimonio de defensa, pág. 15 y siguientes, una carta escrita por una de las alumnas que residió en Cowan's Bridge. La joven comienza diciendo:

I cannot hear the slanders and falsehoods propagated by the circulation of Charlotte Brontë's and Mrs. Gaskell's books without feeling called on, as an early pupil at Cowan Bridge, to bear an opposite testimony with respect to the treatment we received, and to Mr. Wilson's bearing towards us.

Continúa con alabanzas hacia la comida que recibían, destacando, en concreto, que «the porridge was invariably made with milk», la limpieza que reinaba en el colegio y el trato del que eran objeto.

- (3) Según H. Shephard, pág. 8 y siguientes, Mrs. Gaskell deformó los hechos que presenta respecto a W. Carus Wilson y a su colegio. En su defensa, la causa fundamental que esgrime es que la autora de la biografía de Charlotte no buscó fuentes suficientes para su información, ni se preocupó de la veracidad de las mismas. Así por ejemplo, respecto al suceso concreto de la epidemia comenta:

Mrs. Gaskell does not seem to be aware that the fever which broke out in the school was already in the village, and may, therefore, probably have been carried into the school by «infection», and not originated there

Algunos capítulos después y una vez que la opinión pública ha tenido conocimiento de todo esto, se realizan algunos cambios importantes. En primer lugar, se construye un nuevo edificio mediante las donaciones de algunos señores, se incrementan también los medios que existían para la manutención de las alumnas y finalmente los fondos de la institución pasan a ser regidos por un comité. Mr. Brocklehurst, de quien se nos dice que por su posición y amistades no podía ser relegado, continúa con sus funciones de tesorero pero asistido por otros miembros de mente y bolsa más liberales. Estas renovaciones hacen que el funcionamiento del colegio mejore notablemente y que Lowood «became in time a truly useful and noble institution» (pág. 115).

En cuanto al tipo de educación que reciben las alumnas, debemos decir que esta vez las referencias son mucho más abundantes y precisas.

Respecto a las asignaturas que configuran el programa de enseñanza del colegio, nos dice lo siguiente:

The superintendent of Lowood (...) having taken her seat before a pair of globes placed on one of the tables, summoned the first class round her, and commenced giving a lesson in geography; the lower classes were called by the teachers. Repetitions in history, grammar, etc. went on for an hour; more writing and arithmetic succeeded, and music lessons were given by Miss Temple to some of the elder girls (pág. 80).

Las alumnas, a juzgar por las alusiones de Jane, realizan también trabajos de costura, entre los que se encuentra la confección de su propia ropa, así como ciertas prácticas en lo que podríamos considerar como una iniciación a la jardinería (4).

Un lugar poco destacado en el sistema de enseñanza de estas niñas parece ocupar la práctica de ejercicio físico; al menos las alusiones que hay en la novela son muy escasas. De

by bad food, as she «asserts» (p. 76), *but has omitted to «show».*

(4) Confr. págs. 80, 83 y 85.

hecho, las referencias que existen están ligadas más bien al tiempo libre del que pueden disfrutar las alumnas que a una determinada finalidad, por parte de sus educadores, en el desarrollo de actividades físicas:

The order was given, «To the garden!». Each put on a coarse straw bonnet, with strings of coloured calico, and cloak of gray frieze. (...) it was an inclement day for outdoor exercise (...) The stronger among the girls ran about and engaged in active games, but sundry pale and thin ones herded together for shelter and warmth in the veranda; (págs. 80 y 81).

On Thursday afternoons (half-holidays) we now took walks, and found still sweeter flowers opening by the wayside under the hedges (pág. 107).

Otras veces, es la simple necesidad la causa motivadora de algún ejercicio físico, como por ejemplo las dos millas que deben caminar los domingos para asistir a los servicios religiosos que tienen lugar en Brocklebridge Church (pág. 92). Así pues, es tanto en las ocasiones de descanso o de tiempo libre, como en circunstancias imperiosas cuando las alumnas parecen realizar algún tipo de ejercicio, con lo cual se puede deducir, como ya apuntábamos, que éste no existe como disciplina en el colegio (5).

Quedan para completar las asignaturas que configuran el programa de enseñanza de Lowood, el francés y el dibujo. Ambas, junto con la música, de la que se nos informaba antes que la propia directora es la profesora, parecen estar reservadas para las alumnas mayores o para aquéllas cuyo pro-

- (5) En este aspecto concreto diferimos de H. Bjork, «The Language of Truth», Lund Studies in English, 47 (Lund, 1974), pág. 41, cuando afirma que en Lowood «there is a great deal of physical exercise». Pensamos que tras la lectura de nuestra exposición sobre este tema, corroborada por las escasas alusiones que existen en la novela, lo que, sin duda, es índice del poco interés que despierta, difícilmente se puede sustentar una afirmación como la de H. Bjork.

greso en las otras materias más elementales es satisfactorio, como ocurre en el caso de Jane:

In a few weeks I was promoted to a higher class; in less than two months I was allowed to commence French and drawing. I learned the first two tenses of the verb Etre, and sketched my first cottage (...) on the same day (pág. 106).

Conviene resaltar que la adquisición de una cierta destreza en estas materias: dibujo, música y lengua francesa, parece ser valorada muy positivamente. La razón es bien sencilla ya que el conocimiento de las mismas connota un determinado nivel social, puesto que eran consideradas como disciplinas primordiales en la educación de la buena sociedad. Las hermanas Reed, por ejemplo, reciben clases de pintura y Blanche Ingram despliega generosamente sus artes en la música y en el dominio de la lengua francesa durante los días que pasa como invitada en Thornfield. Bessie, de quien obtenemos la confirmación más evidente a nuestra afirmación, resume en un breve diálogo que mantiene con Jane lo que para ella es una señora y al hacerlo se basa principalmente en la capacidad que éstas tienen en su destreza de las mencionadas materias:

«What can you do? Can you play the piano?»

«A little».

(...) I played a waltz or two and she was charmed.

(...) «and can you draw?»

«That is one of my paintings over the chimney-piece.»

«Well, that is beautiful, Miss Jane! (...) and have you learnt French?»

«Yes, Bessie, I can both read it and speak it».

«And you can work on muslin and canvas?» (6).

«I can.»

- (6) Está es la única ocasión en la que las labores de costura aparecen directamente ligadas a la educación de las jóvenes de buena sociedad. No se mencionan en el anuncio que Jane pone para conseguir un puesto

«Oh, you are quite a lady, Miss Jane! I knew you would be;» (pág. 123).

Si a esta connotación social que parece llevar implícito el conocimiento de las citadas disciplinas, le añadimos la suposición, no infundada a la vista de todo lo expuesto sobre el sistema económico de Lowood, de que el futuro de la mayoría de sus alumnas será como el de la protagonista, es decir trabajar, y esto a su vez significa, debido al estrecho marco de posibilidades que a la mujer se le ofrece, entrar como profesoras o institutrices en el campo de la enseñanza, la existencia y la atención primordial que reciben dichas asignaturas en el programa educativo del colegio están más que justificadas. Responden a unos motivos prácticos que se fundamentan en la demanda de la buena sociedad (7). Así por ejemplo, observamos que cuando Jane se anuncia para conseguir un puesto de trabajo como institutriz, consciente del valor que tienen y por tanto del reclamo que pueden suponer, las menciona individualmente entre la serie de conocimientos que dice poseer:

«A young lady accustomed to tuition (...) is desirous of meeting with a situation in a private family where the children are under fourteen (...) She is qualified to teach the usual branches of a good English education, together with French, Drawing, and Music.» (pág. 119).

Dejando a un lado las disciplinas que configuran el programa de estudios en Lowood, cabría preguntarse cómo se

de institutriz, ni en las habilidades de las hermanas Reed o las Ingrams, ni tampoco aparece destacada como disciplina en las enseñanzas de la propia Jane a Adèle.

- (7) De todas formas, no podemos sacar la errónea deducción de que Lowood sea un colegio para institutrices, no es más, según palabras de Helen Burns, que una «Charitable Institution». En este sentido no se le puede comparar, por ejemplo, con la academia de Miss Pinkerton en *Vanity Fair*, donde las futuras institutrices se mezclaban con las hermanas o madres de sus futuras pupilas.

enseñan, si existe algún método específico para la instrucción de sus alumnas. En realidad, no podemos hablar de un método determinado de enseñanza ya que éste no está explicitado en la novela, pero sí de un objetivo, el cual parece concretarse en la memorización de unos conocimientos. Es pues la utilización, casi con exclusividad, de la memoria la base fundamental de todo el aprendizaje teórico que realizan sus estudiantes, lo que, aun no pudiendo ser considerado como método, sí lo condiciona de hecho. De tal forma, podemos observar que no existen en el texto alusiones acerca de que se propicie la reflexión, el análisis o la deducción (8). El papel de la alumna es, por tanto, sumamente pasivo, se convierte en simple receptora. Lo máximo que se espera de ella es la mayor retención posible de una serie de hechos. Sobre esta práctica memorística existen diversas referencias. Citamos como meros ejemplos ilustrativos las siguientes:

It was the hour of the study; they were engaged in conning over their to-morrow's tasks, and the hum I had heard was the combined result of their whispered repetitions (pág. 76).

Repetitions in history, grammar, etc., went on for an hour; (pág. 80).

At first, being little accustomed to learn by heart, the lessons appeared to me both long and difficult; the

- (8) Lo cual resulta bastante extraño si recordamos que la propia Charlotte Brontë como alumna de Miss Wooler estuvo acostumbrada a una forma bien distinta de enseñanza, según nos narra Elizabeth Gaskell, pág. 133:

The number of pupils was so small that the attendance to certain subjects at particular hours, common in larger schools, was not rigidly enforced. When the girls were ready with their lessons, they came to Miss Wooler to say them. She had a remarkable knack of making them feel interested in whatever they had to learn.

They set to their studies, not as to tasks or duties to be got through, but with a healthy desire and thirst for knowledge (...) They had been taught to think, to analyze, to reject, to appreciate.

frequent change from task to task, too, bewildered me;
(pág. 85).

Una vez expuestas las asignaturas que configuran los estudios de Lowood, así como el objetivo memorístico que se desprende de la lectura de las citas aportadas, nos queda cuestionar la valoración que de todo ello se ofrece en la novela. En primer lugar, nos encontramos con que sólo existe una clara referencia al respecto y ésta es aportada, de nuevo, por la propia protagonista.

Si repasamos los dos grandes grupos, alumnas y profesoras, que forman la comunidad del colegio, vemos que el primero de ellos, es decir las compañeras de Jane, parecen formar un cuerpo compacto y despersonalizado que como tal se mueve cumpliendo normas y deberes pero sin expresar opinión alguna. La única excepción, aparte de la ya reseñada de la protagonista, la tenemos en Helen Burns, quien de forma directa nos manifiesta sus pensamientos acerca de diversos temas, pero no dice nada sobre el que ahora nos interesa. No se plantea una valoración concreta de las disciplinas que estudia ni de la forma en que lo hace, simplemente asume el hecho de que es su obligación recibir una educación y lo manifiesta con esa incuestionable aceptación del destino que la caracteriza:

«You must wish to leave Lowood?»

«No: why should I? I was sent to Lowood to get an education; and it would be of no use going away until I have attained that object» (pág. 87).

Respecto al segundo grupo, el de profesoras, debemos decir que tampoco existe por parte de sus miembros ningún tipo de valoración personal acerca de las disciplinas que imparten o del método que emplean, resultado, por otra parte, bastante lógico ya que la visión que de ellas se ofrece es tan generalizada como imprecisa, quedándose el lector, por tanto, sin conocer lo que piensan sobre éste u otros temas. No obstante, tenemos una excepción en la figura de la directora,

excepción que no resulta útil en este caso puesto que a través de ella tampoco podemos lograr una evaluación explícita del sistema educativo en Lowood. Es cierto que Miss Temple se perfila como personaje individualizado de entre el resto de sus compañeras de profesión, pero ello es debido a las diversas referencias que existen sobre su personalidad y a la influencia que ejerce en su relación con Jane, no a sus manifestaciones valorativas sobre el tema de la enseñanza.

Nos queda, por tanto, para poder contestar la pregunta que antes formulamos, la sola referencia de Jane. Ella emite una valoración escueta pero precisa sobre la educación que como alumna ha recibido en Lowood:

I had the means of an excellent education placed within my reach; (...) I availed myself fully of the advantages offered me (pág. 115).

Como podemos apreciar tras la lectura de esta cita, el balance de la protagonista es netamente favorable. Por ello y a la vista de todo lo expuesto, no resultaría precipitado deducir que *Jane Eyre* se muestra convencional en cuanto que refleja el sistema tradicional de enseñanza que imperaba en la época, es decir, el uso de la memoria como factor fundamental en la adquisición de unos conocimientos teóricos, no existiendo en el texto alusión alguna que pudiera conducirnos a una conclusión contraria.

Continuando con las enseñanzas que se imparten en Lowood, queda por señalar el lugar que la religión ocupa en su sistema educativo. Antes que nada, debemos precisar que no hemos creído conveniente incluirla junto con las otras asignaturas, ya tratadas antes, puesto que el objetivo que se persigue con su enseñanza va más allá de la mera adquisición de conocimientos.

En primer lugar, comencemos resaltando el tiempo material que se dedica a la formación religiosa de las alumnas.

Jane llega a Lowood al anochecer, a partir de entonces y durante todo el día siguiente nos narra, desde su posición de simple observadora, las diversas actividades que se reali-

zan en el colegio según el estricto horario que lo rige. De entre estas tareas destacamos ahora las dedicadas al conocimiento y práctica de la religión:

The meal over, prayers were read by Miss Miller (pág. 76).

(...) descended the stairs and entered the cold and dimly-lit schoolroom: here prayers were read by Miss Miller;

(...) Business now began: the day's Collect was repeated, then certain texts of Scripture were said, and to these succeeded a protracted reading of chapters in the Bible, which lasted an hour. By the time that exercise was terminated, day had fully dawned (pág. 77).

(...) A long grace was said, and a hymn sung; then a servant brought in some tea for the teachers, and the meal began. (...) Thanks having been returned for what we had not got, and a second hymn chanted (pág. 78).

(...) prayers, and bed (pág. 84).

Hay que añadir a estas citas la referencia de Jane acerca de la asistencia dominical de alumnas y profesoras a los servicios de Brocklebridge Church (pág. 92), y también la información que obtenemos algunos capítulos más adelante, cuando la protagonista se encuentra en Thornfield, sobre las visitas que Mr. Brocklehurst realizaba al colegio para instruir las, según su peculiar entender, en las doctrinas religiosas:

«(...) he bored us with long lectures once a week, and with evening readings from books of his own inditing, about sudden deaths and judgements, which made us afraid to go to bed» (pág. 155).

Tras la lectura de las diversas citas aportadas, es obvio que existe una preocupación por la formación religiosa de las alumnas. Es más, pensamos que ésta se convierte en un ob-

jetivo primordial que hace que el aprendizaje y la práctica religiosa ocupen un lugar privilegiado en el esquema valorativo de las actividades que se realizan en el colegio. Esto se patentiza aún más si recordamos la personalidad del principal dirigente y responsable de la Institución, Mr. Brocklehurst. Sería interesante, por tanto, resaltar ahora las opiniones que sobre las virtudes morales sustenta este señor por cuanto van a condicionar considerablemente el estilo de vida y el comportamiento de las moradoras de Lowood. De todas formas, debemos señalar que son pocas las ocasiones en las que el lector tiene la oportunidad de conocer sus ideas directamente. Sin embargo, de las dos que se nos ofrecen, podemos alcanzar algunas deducciones interesantes para el tema que nos hemos propuesto.

La primera vez que obtenemos información directa sobre Mr. Brocklehurst es cuando realiza una visita a Gateshead. Aquí se entrevista con Mrs. Reed y con Jane, a quien somete casi a un interrogatorio sobre su comportamiento y deberes religiosos. Desde el principio, se evidencia en su charla una nota característica de la visión que tiene de la religión. Nos referimos a su persistente inducción a los demás a un comportamiento mejor basada fundamentalmente en el temor. Ya en la cita anterior, cuando hablábamos de las visitas del clérigo a Lowood, Jane contaba a Rochester el terror que sentían todas ellas al acostarse después de las historias de muertes repentinas que habían oído a Mr. Brocklehurst. Ahora, en el diálogo que mantiene con la niña Jane, la pone de nuevo en práctica:

«(...) Do you know where the wicked go after death?»

«They go to hell», was my ready an orthodox answer.

(...)

«And should you like to fall in that pit, and to be burning there for ever?»

«No, sir»

«What must you do to avoid it?»

(...) «I mut keep in good health, and not die».

«How can you keep in good health? Children younger than you die daily. I buried a little child of five years old only a day or two since -a good little child, whose soul is now in heaven. It is to be feared the same could not be said of you, were you to be called thence» (pág. 64).

Para el máximo responsable de Lowood, la formación moral de las alumnas debe estar basada en la enseñanza de las virtudes cristianas, virtudes que, a juzgar por sus opiniones, parecen centrarse casi exclusivamente en la humildad, disciplina y fortaleza de cuerpo y espíritu. Ya en la primera y única entrevista que mantiene con Mrs. Reed sobre el futuro educacional de Jane, Mr. Brocklehurst las resalta como objetivos prioritarios en la institución que dirige. Sus alocuciones acerca de la importancia de las mismas obtienen la total aprobación de su interlocutora:

«(...) Humility is a Christian grace, and one peculiarly appropriate to the pupils of Lowood; I, therefore, direct that special care shall be bestowed on its cultivation amongst them. I have studied how best to mortify in them the worldly sentiment of pride, (...) Consistency, madam, is the first of Christian duties, and it has been observed in every arrangement connected with the establishment of Lowood: plain fare, simple attire, unsophisticated accommodations, hardy and active habits: such is the order of the day in the house and its inhabitants» (página 66).

El plan disciplinario que describe Mr. Brocklehurst está, en definitiva, estrechamente vinculado con el futuro de las alumnas, quienes en su mayoría, y a falta de recursos económicos, tendrán que trabajar para subsistir. Recordemos que la conversación antes citada se inicia precisamente con este tema, con la manifestación de los deseos de Mrs. Reed de que Jane sea educada conforme a sus posibilidades futuras.

Podremos comprobar que estas opiniones que sustenta Mr. Brocklehurst se repiten de nuevo en la segunda oportunidad que el lector tiene de observar su comportamiento de

una forma directa. Nos referimos a las páginas que relatan su visita de inspección a Lowood. Tienen lugar entonces una serie de hechos que pasarían como triviales si no es por la importancia que les otorga el clérigo, importancia, por otra parte, que es coherente con su forma de pensar ya que ve amenazado el sistema de valores, o virtudes cristianas, que ha establecido como objetivos prioritarios en la educación de las alumnas.

El primer incidente ocurre ante las explicaciones que ofrece Miss Temple por haber ordenado que se sirviera a las alumnas una comida extra, a lo que Mr. Brocklehurst contesta:

«Madam, allow me an instant. You are aware that my plan in bringing up these girls is, not to accustom them to habits of luxury and indulgence, but to render them hardy, patient, self-denying (pág. 95).

El motivo del segundo es la forma y la abundancia de cabello de una de las alumnas:

«(...) why has she, or any, curled hair?» Why, in defiance of every precept and principle of this house, does she conform to the world so openly -here in an evangelical, charitable establishment- as to wear her hair one mass of curls?»

«Julia's hair curls naturally», returned Miss Temple

«Naturally! Yes but we are not to conform to nature (...) I have a Master to serve whose Kingdom is not of this world: my mission is to mortify in these girls the lusts of the flesh, to teach them to clothe themselves with shamefacedness and sobriety» (pág. 96).

Mr. Brocklehurst es interrumpido en su discurso por la entrada en la sala de su mujer y de sus hijas, circunstancia que aprovecha Jane para intervenir directamente en el relato con un irónico comentario:

They ought to have come a little sooner to have heard his lecture on dress, for they were splendidly attired in velvet, silk, and furs (pág. 97).

Es decir, Mr. Brocklehurst parece establecer una escala de valores distinta para su propia familia, lo cual viene a corroborar nuestra idea de que sus manifestaciones sobre la importancia de inculcar en las jóvenes sobriedad, humildad, disciplina y fortaleza moral están fundamentalmente basadas en la posición social y económica de aquéllas a las que van dirigidas.

Quizás pudiera deducirse de las citas aportadas, la idea de un incumplimiento en Lowood de las directrices estipuladas por Mr. Brocklehurst. Nada más lejos de la realidad. La disciplina y la austeridad, casi espartanas, que gobiernan en el colegio son, sin duda, las características más relevantes de esta institución caritativa.

Jane podría ser un buen ejemplo, en algunos aspectos, del resultado de esta educación propugnada por Mr. Brocklehurst. Si éste hubiera tenido la oportunidad de conocer sus costumbres de mujer, su austeridad en el vestir, sentido del deber y fortaleza moral, hubieran recibido, sin duda, su aprobación. Pero no es él precisamente quien influye en el desarrollo y formación del carácter de la protagonista, sino la directora de Lowood, Miss Temple. Veamos lo que dice Jane al respecto:

(...) to her instruction I owed the best part of my acquirements; her friendship and society had been my continual solace; she had stood me in the stead of mother, governess, and, latterly, companion.

(...) I had imbibed from her something of her nature and much of her habits; more harmonious thoughts; what seemed better regulated feelings had become the inmates of my mind (pág. 116).

Y es que María Temple se perfila como el reverso de Mr. Brocklehurst. Ella representa la otra imagen de la autoridad (9), pues, sin dejar de ser estricta en el cumplimiento de las normas y deberes, muestra, al mismo tiempo, flexibilidad, sentido de la justicia y afecto para con las alumnas en su ejercicio como responsable de la dirección del colegio. Recordemos, por ejemplo, el incidente que le ocurre a Jane durante la visita de Mr. Brocklehurst, cuando se le resbala y cae al suelo la pizarra que sostenía en sus manos. Ante el terror que siente al ser llamada por el clérigo, Jane oye las suaves palabras que le dirige Miss Temple:

«Don't be afraid, Jane, I saw it was an accident; you will not be punished» (pág. 97).

O cuando, más tarde, después de ser acusada en público de mentirosa por Mr. Brocklehurst, frente a todas sus compañeras y profesoras, es llamada por Miss Temple que con sus palabras y ejemplo le enseña a la niña un sentido más correcto e igualitario de la justicia:

«Well, now, Jane, you know, or at least I will tell you, that when a criminal is accused, he is always allowed to speak in his own defence. You have been charged with falsehood; defend yourself to me as well as you can. Say whatever your memory suggest as true; but add nothing and exaggerate nothing.

- (9) Aspecto que ha sido resaltado por algunos críticos en diversas ocasiones. Así por ejemplo, H. Moglen, *Charlotte Brontë. The Self Conceived* (New York: The Norton Library, 1978), págs. 114-115, después de señalar que su nombre sugiere la importancia de su posición y el grado de idealización del personaje, afirma:

(...) as the superintendent of the school, she offers an alternative view of authority. (...) Just, calm, and humane, Miss Temple is a maternal figure, an intelligent guide, a warm companion. She stimulates independence and respect for learning, pride and identity: a corrective to the oppression of male dominance.

(...) I know something of Mr. Lloyd; I shall write to him; if his reply agrees with your statement, you shall be publicly cleared from every imputation: to me, Jane, you are clear now» (págs. 102-103).

Nada sabemos de como actúa Jane con sus alumnas en los dos años que ejerce como profesora en Lowood y poco conocemos de sus actividades profesionales como institutriz de Adèle. Sin embargo, de este último empleo, tenemos algunas escuetas referencias que nos permiten reconocer una posible influencia de Miss Temple. Por ejemplo, el uso que hace de la autoridad que posee como institutriz:

One afternoon in January, Mrs. Fairfax had begged a holiday for Adèle, because she had a cold; and, as Adèle seconded the request with an ardour that reminded me how precious occasional holidays had been to me in my own childhood, I accorded it, deeming that I did well in showing pliability on that point (pág. 142).

O algunas breves referencias que nos permiten suponer parecida concepción de la responsabilidad y la disciplina en su trabajo:

(...) she had not been used to regular occupation of any kind. I felt it would be injudicious to confine her too much at first; so, when I had talked to her a great deal, and got her to learn a little, and when the morning had advanced to noon, I allowed her to return to her nurse. I then proposed to occupy myself till dinner-time in drawing some little sketches for her use (pág. 135).

Así como la existencia de una relación de afecto, sin grandes efusiones, con su alumna:

when tea was over (...) and Adèle, kneeling on the carpet, had nestled close up to me, and a sense of mutual affection

seemed to surround us with a ring of golden peace (pág. 274).

Pensamos que la educación moral que Jane recibe en Lowood, oportunamente suavizada y completada en sus carencias por la presencia de Miss Temple, concuerda, en algunos aspectos, con sus hábitos y su comportamiento de mujer. La sombra de Lowood se refleja en su sobriedad (10), disciplina, sentido del deber y fortaleza moral, de las que da pruebas a lo largo del relato que nos hace de su vida. Al mismo tiempo, Jane es una persona religiosa que acude siempre a Dios en petición de ayuda y consuelo en los momentos críticos por los que pasa. Sin embargo, su concepción del mismo dista mucho de la que cuando niña escuchaba de boca de Mr. Brocklehurst. En ella no quedan restos de esa religión del terror que era tan aficionado a predicar el clérigo.

Nos resta por tratar la educación en una serie de personajes femeninos a los que no hemos incluido en las diferentes vías de enseñanza hasta ahora mencionadas. Todas ellas son jóvenes que gozan de una posición social acomodada, o al menos, la gozaban durante el período de adolescencia, como es el caso de las hermanas Rivers. El grupo más numeroso lo constituye aquéllas cuya educación ha estado bajo la responsabilidad de una institutriz.

El primer hecho objetivo que podemos constatar es la escasa información que se nos ofrece en la novela acerca de

- (10) El propio Rochester durante las dos primeras conversaciones que mantiene con Jane hace con frecuencia alusiones a su aspecto exterior y a su comportamiento como claros exponentes de la educación recibida en Lowood. Citamos algunas de estas referencias como ejemplos:

«(...) there is something singular about you (...) you have the air of a little nonnette; quaint, quiet, grave and simple, as you sit with your hands before you, and your eyes generally bent on the carpet» (pág. 162).

«(...) I see you laugh rarely; but you can laugh very merrily; believe me, you are not naturally austere, any more than I am naturally vicious. The Lowood constraint still clings to you somewhat; controlling your features, muffling your voice, and restricting your limbs;» (pág. 169).

las enseñanzas que éstas imparten y del método que emplean. De todas formas, ya comentamos en el capítulo dedicado a la mujer y al trabajo la escasa preparación de las institutrices, quienes en su gran mayoría no tenían más cualificación que lo que podríamos llamar «cultura general», por lo que es bastante lógico deducir que la cuestión del método en sus enseñanzas era algo que ni siquiera se plantearían.

Poco sabemos de la educación que han recibido las jóvenes invitadas en Thornfield, excepto la referencia común de que todas han tenido institutrices, ya que en su conversación están más interesadas en comentar ciertos rasgos de la personalidad de sus educadoras o más bien en contar lo que hacían para irritarlas o reírse de ellas (11), que

- (11) Katharine West en su obra *Chapter of Governesses. A Study of the Governess in English Fiction 1800-1949* (London: Cohen and West, 1949), pág. 86, al hablar del infeliz destino de las institutrices privadas, establece como una de las causas principales de su situación la relación que mantenían con sus pupilos y hace el siguiente comentario: (...)
It is difficult to gauge how much is cause and how much effect: whether cruel children made sour governesses or self-centred governesses made heartless children. But it does seem a little odd that the governesses of all these disagreeable children were never hurt by their failure to win their love, (...) Had they met their charges more than half way and shown a little warmth even at the risk of getting burned, perhaps their generosity might have been rewarded. Jane Eyre was of the sort who would have done so, (...) But Adèle, though affectionate and amenable, was neither a foe nor friend worthy of Jane's mettle. As for the rest of the afflicted tribe, they seem scarcely to have tried to win their children's heart.

Queremos señalar que la propia Charlotte Brontë era plenamente consciente de la importancia de esta relación ya que, según ella, del éxito de la misma dependía la felicidad de la institutriz. Oigamos sus recomendaciones al respecto en una carta escrita el 12 de mayo de 1848, C. King Shorter ed., *The Brontës: Life and Letters* (London: Hodder and Stoughton, 1908), vol. II, pág. 416:

(...) No matter how amiable the disposition, how strong the sense of duty, how active the desire to please; no matter how brilliant and varied the accomplishments; if the governess has not the power to win her young charge, (...) she will have a wearing, wasting existence of it. (...) she will wish herself a housemaid or kitchen girl, rather than a baited, trampled, desolate, distracted governess.

en los conocimientos que adquirirían. Sin embargo, podemos deducir ciertos datos a través del comportamiento de una de ellas, Blanche Ingram en concreto, del despliegue generoso que hace en público de sus habilidades y, sobre todo, del juicio valorativo que Jane, su pertinaz observadora, emite:

She played: her execution was brilliant; she sang: her voice was fine; she talked French apart to her mama: and she talked it well, with fluency and with a good accent (pág. 202).

Es decir, Blanche Ingram parece haber sido instruida en las enseñanzas tradicionales que toda joven de buena sociedad debía conocer: la música, el canto y la lengua francesa. Y es más, sus conocimientos son valorados por encima de la simple medianía, opinión que no es sólo expresada por Jane pues Mrs. Fairfax, al referirse a las habilidades de esta joven que pudo presenciar años atrás, comenta:

«(...) she sang delightfully; it was a treat to listen to her; and she played afterwards. I am no judge of music, but Mr. Rochester is; and I heard him say her execution was remarkably good» (pág. 189).

En las enseñanzas que ha recibido Blanche Ingram están incluidas también otra serie de materias como Botánica por ejemplo, a la que suponemos comprendida dentro de lo que Jane genéricamente denomina en su anuncio de institutriz como «the usual branches of a good English education» (pág.119). Es la propia protagonista la que nos informa de que Blanche tiene conocimientos de esta ciencia, sirviendo su comentario más que nada para descalificar a su rival:

She entered into a discourse on botany with the gentle Mrs. Dent. It seemed Mrs. Dent had not studied that science: though, as she said, she liked flowers, «especially wild ones»; Miss Ingram had, and she ran over its vocabulary with an air. I presently perceived she was (what is vernacularly termed) trailing Mrs. Dent; that is playing on her ignorance: her trail

might be clever, but it was decidedly not good-natured (pág. 202).

Respecto a la educación de las otras jóvenes que tienen también una posición acomodada y que gozan de cierta entidad en *Jane Eyre*, tampoco obtenemos mayor información. De las hermanas Reed, por ejemplo, no se nos dice explícitamente nada sobre el tipo de instrucción que han tenido. Suponemos que se las puede incluir dentro del grupo de jóvenes que han recibido enseñanzas sin salir de sus casas. Esta suposición está basada en una conversación que Bessie mantiene con Jane poco antes que ésta última abandone Lowood:

«The Miss Reeds could not play as well!» said she exultingly. (...) that is beautiful, Miss Jane! It is as fine a picture as any Miss Reed's drawing-master could paint, let alone the young ladies themselves, who could not come near it (pág. 123).

Si la sirvienta de Gateshead puede hablar con tal seguridad de algunos conocimientos adquiridos por sus amas e incluso emitir un juicio valorativo sobre la destreza tanto de las alumnas como de los profesores, pensamos que se puede deducir con cierta lógica que Eliza y Georgina son instruidas en su propio hogar. Por otro lado, observamos que las hermanas Reed han recibido clases de música y pintura, como era de esperar en la educación tradicional de jóvenes de su nivel social.

Poco más podemos conocer, en lo que se refiere a este tema, de las hermanas Rivers y de Rosamond Oliver. De esta última nada se dice acerca de la educación que ha tenido y de las primeras sabemos, y de nuevo es a través de la sirvienta, Hannah en este caso, que han asistido a un colegio:

«(...) and the girls as soon as they left school» (pág. 369).

Una vez analizadas las diversas vías de educación que se ofrecen a las jóvenes en *Jane Eyre*, trataremos a continuación el segundo aspecto del tema, según la división que hacíamos

al principio de este capítulo. Es decir, cabe preguntarse ahora qué posición adoptan estos personajes femeninos ante su propio desarrollo educativo. En general, podemos decir que se traslucen en el texto dos posturas diferentes. La primera está representada por las actitudes y comportamientos de las hermanas Reed y de las jóvenes invitadas en Thornfield. La segunda queda expuesta a través de la propia protagonista, Miss Temple, las hermanas Rivers y en menor medida, puesto que no podemos conocer el desarrollo completo de su personalidad, Helen Burns. Entre los dos grupos que forman estos personajes existen notables diferencias.

Comenzando por las que constituyen el primer grupo mencionado, vemos, por un lado, que ni las hermanas Reed ni ninguna de las jóvenes invitadas en Thornfield manifiestan inquietud alguna por aprender o por desarrollar sus capacidades intelectuales. Por otro lado, sus comportamientos, o quizás sería mejor hablar de su comportamiento ya que es el de Blanche Ingram el que se encuentra descrito con mayor detalle, denota un uso de los conocimientos adquiridos muy distinto del que se manifiesta en las jóvenes que forman el segundo grupo.

A través de las diversas citas aportadas en las que hemos tratado de exponer, en primer lugar, datos concretos, es decir, el tipo de enseñanza impartida, podemos ahora analizar implicaciones más sutiles que se pueden detectar tras una segunda lectura.

Hemos leído que Blanche Ingram tiene una buena voz para el canto, que sus ejecuciones musicales son excelentes y que habla francés con fluidez y buen acento. Pero yendo más allá de estas referencias podemos preguntarnos por la utilización que hace Blanche de sus conocimientos. Cuando canta y cuando toca el piano está en público, en reuniones sociales, donde sus habilidades adquieren casi un matiz de cotización en el «mercado matrimonial», pues queda patente que todo ese despliegue de talentos que realiza va dirigido fundamentalmente a impresionar de forma favorable a Rochester y, por tanto, a atraerlo. Es una vía como otra cualquiera de cortejo, vía que tiene raíces en novelistas que

precedieron a nuestra autora, como por ejemplo Jane Austen, quien con frecuencia utiliza estos recursos en sus novelas, donde el elemento musical se perfila como medio por el cual la joven podía atraer y alentar a su elegido sin correr el riesgo de salirse del más correcto decoro. Para Patricia Beer, la música presenta claras connotaciones con el estado civil de la mujer (12). Así por ejemplo, Mrs. Elton comenta que sus amistades, una vez casadas, han abandonado toda práctica musical y ella misma, aunque afirma «I do not think I can live without something of a musical society» (13), expresando sus temores porque le ocurra como a sus amigas, en el fondo no tiene ninguna intención de evitarlo:

«(...) but really I begin now to comprehend that a married woman has many things to call her attention. I believe I was half an hour this morning shut up with my housekeeper». «But every thing of that kind», said Emma, «will soon be in so regular a train-»

«Well», said Mrs. Elton, laughing, «we shall see».

Emma, finding her so determined upon neglecting her music, had nothing more to say; and, after a moment's pause, Mrs. Elton chose another subject (14).

Y es que Mrs. Elton no necesita ya de estos recursos. Sin embargo, Emma Woodhouse y Jane Fairfax, jóvenes solteras y en edad de contraer matrimonio, sí lo necesitan y por ello muestran sus talentos musicales, al igual que lo hace Blanche Ingram, en público, ante la satisfacción y perfecta aprobación de los presentes (15).

(12) Patricia Beer, *Reader, I Married Him* (London: Macmillan Press, 1977), pág. 65 y siguientes.

(13) Jane Austen, *Emma* (London: Penguin, 1976), pág. 279.

(14) J. Austen, págs. 279-280.

(15) J. Austen, pág. 184:

«A very pleasant evening (...) particularly pleasant. You and Miss Fairfax gave us some very good music. I do not know a more luxurious state, sir, than sitting at one's ease to be entertained a whole evening by two such young women;»

En lo que se refiere al uso que hace Blanche de las otras habilidades que posee, podemos observar objetivos similares a los expuestos respecto al canto y la música. Sus conocimientos de Botánica, por ejemplo, son empleados con el fin de ostentar ya que no parece sacar más satisfacción personal en la conversación que mantiene con Mrs. Dent que reírse de su ignorancia, lo que, sin duda, la perfila a ella como entendida en la materia ante los que la escuchan. Idéntica presunción se desprende de su dominio del francés: «She talked French apart to her mama». Es obvio que el objetivo no es más que el de la mera exhibición de su destreza en esta lengua, pues no tiene ninguna necesidad de hablar francés con su propia madre.

De Georgina Reed, a la que incluíamos también en este primer grupo, no tenemos la oportunidad de observar su comportamiento en público ni el uso que realiza de sus conocimientos. No obstante, por la personalidad superflua y vana que de ella obtenemos y por esa clara intención que manifiesta de resolver su situación personal con un matrimonio ventajoso, podemos suponer que, llegado el caso, actuaría de forma similar a la de Blanche Ingram. Esta suposición viene a reafirmarse con alusiones concretas que nos permiten conocer en qué emplea su tiempo, aunque, en realidad, sería más apropiado hablar de «desempleo», pues Georgina es una joven sin recursos personales que pasa los días en la más completa inactividad. Ya mencionamos en el capítulo dedicado al trabajo, que en *Jane Eyre* la ociosidad adquiere, a veces, evidentes connotaciones de superficialidad e incluso de estupidez mental en aquellas que la practican, y citábamos entonces como ejemplo ilustrativo las palabras que la protagonista dedicaba a Georgina (16). A las que se suma su propia hermana Eliza con una larga increpación de la que destacamos, a continuación, las frases más significativas sobre el aspecto que estamos tratando:

(16) Ver capítulo sobre el trabajo pág. 142.

«Georgina, a more vain and absurd animal than you was certainly never allowed to cumber the earth. You had no right to be born; for you make no use of life. Instead of living for, in, and with yourself, as a reasonable being ought, you seek only to fasten your feebleness on some other person's strength (...) Have you no sense to devise a system which will make you independent of all efforts, and all wills, but your own? Take one day; share it into sections; to each section apportion its task: leave no stray unemployed quarters of an hour, ten minutes, five minutes -include all; do each piece of business in its turn with method, with rigid regularity» (pág. 264).

Respecto a la propia Eliza Reed, su comportamiento es bien distinto al que hemos visto en Blanche Ingram. No existe comparación posible ya que ella no hace vida social, es más, parece haber rehusado al contacto con sus semejantes. Es autosuficiente y lleva una vida de reclusión que anticipa el futuro que, más adelante, nos revela la protagonista: su entrada en un convento.

Tampoco existen semejanzas en el comportamiento, en lo que a la ociosidad se refiere, entre Georgina y Eliza. Esta última es una joven activa, tanto que los consejos que daba a su hermana en la cita anterior se los ha aplicado literalmente y, por tanto, tiene el día escrupulosamente dividido en partes a las que asigna una tarea diferente (17).

La actividad que despliega Eliza es casi enfermiza. Responde más bien al desarrollo de un esquema de deberes y obligaciones que ella misma se ha impuesto que a la necesidad real de llevarlas a cabo o a la ocupación de su tiempo en actividades simplemente recreativas. Si bien Jane se refería a la ociosidad de Georgina con palabras reprobatorias, el juicio que emite sobre las actividades de Eliza tampoco es favorable:

(17) Confr. pág. 263.

I never saw a busier person than she seemed to be: yet it was difficult to say what she did: or rather, to discover any result of her diligence (pág. 263).

Volviendo a la pregunta que nos hacíamos antes sobre la postura que ante la educación adoptan los personajes femeninos en *Jane Eyre*, iniciamos ahora el estudio de aquellas jóvenes que incluíamos en un segundo grupo, es decir, Jane, Miss Temple, las hermanas Rivers y, en menor medida, Helen Burns.

La causa de la división que hemos establecido viene dada por las dos posturas, opuestas entre sí, que se deducen tras la lectura del texto, y está basada en razones de similitud derivadas de sus intereses, gustos y comportamientos.

Comenzando ya con el estudio en sí de las mencionadas jóvenes, resalta un rasgo común, que a su vez las diferencia de las del primer grupo, y es su interés por aprender junto con una manifiesta preferencia por la lectura.

En el caso de la protagonista, ya desde los primeros capítulos, los que corresponden a la etapa de Gateshead y primeros años de Lowood, son frecuentes las referencias acerca de su afición por la lectura, su deseo de aprender o simplemente las alusiones a los libros que está leyendo. Reproducimos algunas citas como ejemplos ilustrativos:

I returned to my book - Bewick's History of British Birds (pág. 40).

I had read Goldsmith's History of Rome (pág. 43).

(...) the word book acted as a transient stimulus, and I begged her to fetch Gulliver's Travels from the library. This book I had again and again perused with delight. I considered it a narrative of facts, and discovered in it a vein of interest deeper than what I found in fairy tales (pág. 53).

Más adelante, y una vez en el colegio, la lectura es el medio de introducción entre Jane y la que sería su gran amiga

en Lowood, Helen Burns. Es a causa del libro que esta última está leyendo, concretamente *Rasselas*, por lo que Jane inicia la conversación, hecho poco usual en ella. Sus primeras palabras a Helen son: «Is your book interesting? (...) what is it about?», y reflexiona a continuación:

I hardly know where I found the hardihood thus to open a conversation with a stranger. The step was contrary to my nature and habits; but I think her occupation touched a chord of sympathy somewhere, for I, too, liked reading, though of a frivolous and childish kind. I could not digest or comprehend the serious or substantial (págs. 81-82).

Helen Burns y Miss Temple son las dos grandes influencias femeninas que Jane tiene durante su periodo colegial. De la primera, no podemos llegar a conocer su comportamiento adulto ya que muere cuando aún es una niña. Sin embargo, todo en ella apunta hacia una conducta inquieta en lo que al interés por el conocimiento se refiere.

De la segunda, todas las referencias que al respecto tenemos nos llegan a través de la protagonista o, en menor medida, de Helen. Pocas oportunidades se nos presentan de poder observar su comportamiento de una forma directa, sin interferencias. De todas formas, obtenemos de ella un perfil de mujer culta e inteligente, cualidades por las que la protagonista expresa su admiración; de la cual también participa su amiga Helen:

They conversed of things I had never heard of; of nations and times past; of countries far away; of secrets of nature discovered or guessed at: they spoke of books: how many they had read! What stores of knowledge they possessed! Then they seemed so familiar with French names and French authors (pág. 105).

El placer que Jane siente en la compañía de ambas, parece ser el germen de esa perfecta convivencia de la que luego disfrutaría, ya como mujer, con las hermanas Rivers. Una imagen similar a la que podemos obtener tras la lectura de

la última cita, se nos repite, capítulos después, con Diana y Mary:

(...) I was fain to sit on a stool at Diana's feet, to rest my head on her knee, and listen alternately to her and Mary, while they sounded thoroughly the topic on which I had but touched (pág. 377).

Lowood le ofrece unas posibilidades de educación mucho más amplias que el convencional y escueto esquema de materias que ella imagina, al principio, a través de las referencias de Bessie. La actitud de Jane frente a los conocimientos que se le brindan es siempre positiva. Sus ilusiones se centran ahora en los estudios, manifiesta un enorme deseo de aprender y en ello no escatima esfuerzos:

(...) I from that hour set to work afresh, resolved to pioneer my way through every difficulty. I toiled hard, and my success was proportionate to my efforts; (pág. 106).

Este interés por aprender y su gusto por la lectura, que se manifiesta ya desde niña, no termina con su período de instrucción en Lowood sino que, tras el paréntesis de Thornfield, continúa desarrollándose durante la etapa de Marsh End en compañía de jóvenes que con sus actitudes y comportamientos expresan similares inquietudes y apetencias.

Diana y Mary Rivers presentan, en éste y en otros temas, muchos puntos en común con la protagonista. Como ella, las hermanas Rivers han mostrado interés por aprender desde la infancia:

«(...) She was a great reader, and studied a deal; and the «bairns» had taken after her. There was nothing like them in these parts, nor ever had been; they had liked learning, all three, almost from the time they could speak; (pág. 369).

En Marsh End, Jane encuentra el ambiente propicio para progresar en sus gustos culturales. La convivencia femenina, de la que ella ya tenía experiencia por sus años en Lowood, es ahora, en una etapa en la que está acercándose al final de su periplo, y por tanto a la madurez (18), mucho más gratificante. A través de Diana y Mary, Jane experimenta la amistad femenina y uno de los pilares en los que ésta se fundamenta es precisamente el conjunto de afinidades que comparten, sobre todo, el amor por la naturaleza y las inquietudes culturales. Al deseo de conocer se une ahora el placer de compartir:

- (18) Diversos críticos han señalado que la novela es una peregrinación moral de la protagonista hacia la madurez y han establecido comparaciones entre Charlotte Brontë y John Bunyan. Así por ejemplo, en «Jane Eyre and the Warped System of Things», *Reading the Victorian Novel: Detail into Form*, ed. I. Gregor (London: Vision Press, 1980), capítulo VII, pág. 136, Doreen Roberts afirma: «The novel implies a reader very familiar with the Old Testament, and with Bunyan», y más adelante, pág. 141, al hablar de la técnica que emplea Charlotte Brontë en la descripción de sus personajes dice: «She studies their appearance, their faces and figures and often their voices too, and then makes a leap into a reading of their inner selves. This method has affinities with Bunyanesque allegorical portraiture, reinforced by phrenology.» Margaret Smith en su introducción a *Jane Eyre* (Oxford: Oxford University Press, 1973), pág. XV, afirma: «*Jane Eyre* is a moral pilgrimage - primarily for its heroine, but also for Rochester.» De igual forma, en su introducción a *Jane Eyre* (London: Penguin, 1976), págs. 11 y 25, Q.D. Leavis señala que el tema de la novela es la peregrinación de la protagonista hacia la madurez: «(...) the theme is an urgently felt personal one, an exploration to maturity in the world of the writer's youth», y más adelante, establece una comparación entre el regreso de Jane a Ferndean y el capítulo 53 de *Great Expectations*:

(...) she must seek Mr. Rochester out at Ferndean. This turns out to be a disenchanted place, unromantic and dismal, to which, performing an act of faith, she comes as a penitent - the episode reads like a pilgrimage and an ordeal (one wonders whether Dickens had it in mind when he composed the curiously similar opening to Chapter 53 of *Great Expectations*).

Confróntese la obra de P. Fernández Mistal, *Charlotte Brontë y la tradición puritana* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1986).

In a few days I had so far recovered my health that (...) I could join with Diana and Mary in all their occupations, (...) There was a reviving pleasure in this intercourse, of a kind now tasted by me for the first time-the pleasure arising from perfect congeniality of tastes, sentiments, and principles. I liked to read what they liked to read: - What they enjoyed, delighted me; what they approved I revered. (...)

They were both more accomplished and better read than I was; but with eagerness I followed in the path of knowledge they had trodden before me. I devoured the books they lent me: then it was full satisfaction to discuss with them in the evening what I had perused during the day. Thought fitted thought: opinion met opinion: we coincided, in short, perfectly (págs. 376-377).

Tras la lectura de esta larga pero necesaria cita para nuestro análisis, podemos comprobar que la avenencia entre las tres jóvenes es perfecta, tanto que casi raya los límites de la idealización, lo que, quizás, sea debido a la euforia lógica que siente la protagonista de vivir una experiencia desconocida y además feliz.

Aparte de las afinidades ya comentadas, conviene resaltar un dato interesante que queda patente a lo largo de la exposición de Jane sobre su amistad con las hermanas Rivers. Nos referimos al uso que hacen de sus conocimientos y capacidades mentales, lo que, a su vez, lleva implícito un empleo del tiempo distinto de lo que hasta ahora hemos visto en otros personajes femeninos. Frente a la ociosidad cultivada por Georgina Reed, el despliegue de actividad que ahora se nos ofrece resulta notable. Esta diligencia se traduce en la práctica en diversas ocupaciones relacionadas con el cultivo y desarrollo personal: estudian, leen, comentan sobre lo que han leído, conversan sobre diferentes temas e incluso ejercen de profesoras en aquellas materias que cada una de las tres domina con mayor destreza. A continuación reproducimos algunas de las alusiones, aparte de las ya expuestas en la última cita, que existen en la novela como ejemplos de nuestras afirmaciones:

Diana offered to teach me German. I liked to learn of her; (...) They discovered I could draw (...) My skill, greater in this one point than theirs, surprised and charmed them. Mary would sit and watch me by the hour together: then she would take lessons (pág. 377).

While Mary drew, Diana pursued a course of encyclopaedic reading she had (to my awe and amazement) undertaken, and I fagged away at German (...) (pág. 422).

Mientras Jane está recibiendo su clase de Hindustani, comenta:

Diana was practising her music in the drawing-room, Mary was gardening (pág. 425).

(...) it's tough work fagging away at a language with no master but a lexicon (pág. 359).

El resultado de toda esta actividad no puede ser más favorable: «Thus occupied, and mutually entertained, days passed like hours, and weeks like days» (pág. 377), es decir, produce felicidad. Con lo cual obtenemos una descalificación de la inactividad. No es ésta la primera ni la única vez que Jane emite un juicio de valor al respecto. Recordemos que cuando hace un resumen de los años vividos en el colegio de Lowood, dice:

During these eight years my life was uniform, but not unhappy, because it was not inactive (pág. 115).

Pero, sin duda, donde Jane se muestra más explícita al respecto, es en las reflexiones que sobre la situación de la mujer nos ofrece durante uno de sus paseos solitarios por Thornfield. En ellas, la protagonista casi hace una petición pública en la que demanda actividad para la mujer y un campo de acción para que pueda desarrollarse, rebelándose,

además, contra las posturas de quienes pretenden limitarla a la estrecha esfera que tradicional y socialmente se le ha asignado:

It is vain to say human beings ought to be satisfied with tranquility: they must have action; and they will make it if they cannot find it. (...) Women are supposed to be calm generally: but women feel just as men feel; they need exercise for their efforts as much as their brothers do; they suffer from too rigid a restraint, too absolute a stagnation, precisely as men would suffer; and it is narrow-minded in their more privileged fellow creatures to say that they ought to confine themselves to making puddings and knitting stockings (19), to playing on the piano and embroidering bags. It is thoughtless to condemn them, or laugh at them, if they seek to do more or learn more than custom has pronounced necessary for their sex (20) (pág. 141).

Cabría preguntarse ahora qué ocurre entonces con Eliza Reed, a la cual podríamos denominarla con diversos calificativos menos, desde luego, el de ociosa, y sin embargo, sa-

- (19) En un artículo titulado «Jane Eyre», Dublin University Magazine, XXXI (may, 1848), págs. 608-614, el autor, después de señalar que la novela es obra de una mujer, apunta que Jane no está satisfecha «with making puddings, knitting stockings», atribuyendo su infelicidad a una manifiesta ambición en la protagonista que es desmedida en la mujer.
- (20) Estas reflexiones de Jane son parecidas a las que expresa Caroline Helstone en su extenso soliloquio en *Shirley* (London: Everyman, 1975), págs. 309-311, donde la joven apela a los hombres de Yorkshire y a los de toda Inglaterra para que remedien el estado en que se encuentran sus mujeres. A propósito de las manifestaciones de Caroline, el crítico G.H. Lewes, «Shirley», The Edinburgh Review, XCI (January, 1850), pág. 153-173, afirmaba que sus palabras parecían más bien las de Charlotte Brontë que las de una jovencita sobrina de un vicario, y las comparaba con los escritos de Harriet Martineau. Nosotros estamos de acuerdo con su afirmación y pensamos que la comparación que establece puede hacerse también extensible a los pensamientos de Jane en esta cita.

bemos que el juicio de Jane sobre su activa vida no es precisamente favorable. Pensamos que la explicación reside en la existencia de diferencias importantes entre el modo de ocupar el tiempo de Eliza Reed, por un lado, y el de Jane y las Rivers por otro.

La actividad de aquélla se nos presenta como compulsiva y rutinaria, carente de interés o de utilidad en sí misma, sin más objetivo que el de lograr un grado de autodisciplina que, por extremado, conlleva la negación de su propia naturaleza y con ella la de cualquier satisfacción.

En cambio, en Jane y en las hermanas Rivers el empleo del tiempo es más flexible y razonable y cada ocupación concreta tiene un objetivo inmediato que no sólo no descarta sino que valora de modo especial la satisfacción que su realización en sí produce.

Algunas de las ocupaciones de estas jóvenes están, a veces, motivadas por objetivos prácticos, como por ejemplo, los estudios de lengua alemana que realizan las hermanas Rivers con el fin de poder conseguir mejores sueldos (21). Lo que, por otro lado, no deja de ser un hecho audaz por parte de Charlotte Brontë ya que este aprendizaje vocacional que manifiestan algunos de sus personajes femeninos de mayor entidad, no concuerda con el sentir de una sociedad como la suya en la que la mujer «should not aspire to use their knowledge in practical pursuits in public sphere to satisfy personal ambition or for financial advancement in the masculine manner» (22).

Jane y las hermanas Rivers ejemplifican también con sus actividades la posibilidad real de emplear y desarrollar sus capacidades mentales por el simple placer que reportan. En ello, Charlotte Brontë se diferencia de novelistas que la

(21) «(...) we don't speak German, and we cannot read it without a dictionary to help us.»

«And what good does it do you?»

«We mean to teach it sometime - or at least, elements, as they say; and then we shall get more money than we do now» (pág. 359).

(22) H. Bjork, pág. 41.

precedieron, por ejemplo, Jane Austen, pues como Patricia Beer comenta a propósito de esta última: «(...) the idea that a woman might cultivate her talents and personality for their, or her, own sake has no place in Jane Austen's scheme of things» (23), a lo que nosotros podríamos añadir que esta idea sí tiene lugar en *Jane Eyre*:

(...) after a day passed in honourable exertion amongst my scholars, an evening spent in drawing or reading contently alone - (pág. 393).

(...) she was rummaging the cupboard and the table-drawer of my little kitchen, she discovered first two French books, a volume of Schiller, a German grammar and dictionary, and then my drawing materials and some sketches (pág. 395).

The translation of a few pages of German occupied an hour; then I got my palette and pencils, and fell to the more soothing, because easier, occupation of completing Rosamond Oliver's miniature (pág. 396).

While I was eagerly glancing at the bright pages of Marmion (pág. 396).

I lit a candle, took down Marmion, and beginning-(pág. 403).

Si decíamos en páginas anteriores que en las palabras de Bessie, la sirvienta, se podían condensar los conocimientos que la sociedad espera de la educación y cultura de sus mujeres, es evidente que algunos personajes femeninos de *Jane Eyre* pretenden ir más lejos de los límites impuestos, y es, además, significativo que las que así se comportan presenten el rasgo común de ser admiradas y queridas por la protagonista.

Resulta patente, después de todo lo expuesto, que existe una preocupación en la novela por la educación y la cultura

de las mujeres, así como por la esfera de acción que la sociedad les ha reservado. Quizás el tono empleado no sea tan apasionado, y exceptuamos aquí las reflexiones que sobre el tema hace Jane en solitario, como el que luego veríamos en *Shirley*, pero lo que sí podemos afirmar es que es tenaz, y quizás esta cualidad sea más eficaz a la larga.

Finalmente queremos añadir que nos hubiera gustado observar el comportamiento de estas jóvenes, que nos han mostrado sus inquietudes intelectuales durante tantos capítulos, una vez casadas, pero nada se nos dice al respecto.

Sólo de Jane obtenemos una escueta alusión que se refiere a la práctica de la lectura:

(...) he saw books through me (...) Never did I weary of reading to him (pág. 476).

PARTE II

Marco histórico-social de la novela

CAPITULO 5

Actitudes victorianas

5.1. Introducción

Trazado ya el marco de referencia general, constituido por el panorama de los grandes movimientos sociales y políticos del período, hemos de enfrentarnos ahora a otra tarea que, sin duda, entraña mayores dificultades que la anterior. Se trata del intento de caracterizar las actitudes de la cultura dominante en relación con los temas de nuestro interés: sexualidad, matrimonio, trabajo y educación femenina.

Las dificultades que hemos apuntado proceden de diversas fuentes. La primera es la propia naturaleza de la actitud. Es evidente que las actitudes son elusivas y, por tanto, se prestan poco a ser definidas, sobre todo cuando se trata de generalizarlas a grupos sociales amplios para una época en la que, obviamente, no se contaba con los instrumentos más o menos objetivos de medición que constituyen hoy las herramientas de trabajo de los estudios de opinión. Si, pese a esto, hemos elegido referirnos a ellas es porque, por una parte, a ellas se refiere la mayoría de los autores que se han ocupado con más profundidad del tema que nos afecta y, por otra, porque el concepto de actitud engloba de forma adecuada tres aspectos que nos parecen igualmente relevantes en relación con cualquier objeto: un componente cognoscitivo sobre el mismo, un afecto concomitante y una cierta predisposición a obrar de determinada manera ante él, que, sin em-

bargo, aún no es acción y que para llegar a serlo precisa de otras condiciones.

Esto último resulta de especial trascendencia porque pone de manifiesto la imposibilidad de inferir una actitud a partir tan sólo de un determinado comportamiento.

La segunda dificultad con que nos encontramos deriva, por paradójico que pueda parecer, de la enorme profusión de estudios que se han dedicado a la época victoriana. Aunque no son muchos los que han dirigido específicamente su atención a la descripción pormenorizada de las actitudes sociales, lo cierto es que la mayor parte de los autores no han podido sustraerse a la tentación de aportar su particular visión del llamado «Victorianismo», término con el que, en última instancia, se hace referencia al conjunto interrelacionado de actitudes que caracterizan globalmente a la sociedad victoriana (1). Y estas visiones son tan diversas y las valoraciones que implican tan dispares, que puede decirse que un cierto grado de confusión se ha apoderado del campo.

Siguiendo a Asa Briggs (2), tres períodos pueden distinguirse en la historiografía victoriana. El primero, que abarca a algunos contemporáneos de Victoria, especialmente de los últimos años, según muchos los más acerbamente críticos, y a los historiadores del primer cuarto del siglo XX, nos ha legado una panorámica predominantemente negativa, plagada además de cargos contradictorios. Jerome Buckley ha recopilado algunos curiosos ejemplos de estas encontradas acusaciones:

The Victorians, we are told, were «a poor, blind, complacent people»; yet they were torn by doubt, spiritually bewildered, lost in a troubled universe. They were crass materialists, wholly absorbed in the present, quite unconcerned «with

(1) Walter E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind, 1830-1870* (New Haven: Yale University Press, 1978, first published 1957), preface, pág. XV.

(2) Asa Briggs, *The Age of Improvement 1783-1867* (London: Longman, 1983), pág. 447.

abstract verities and eternal values»; but they were also excessively religious, lamentably idealistic, nostalgic for the past, and ready to forego present delights for the vision of a world beyond. Despite their slavish «conformity», their purblind respect for convention, they were, we learn, «rugged individualists», given to «doing as one likes», heedless of culture, careless of a great tradition; they were iconoclasts who worshiped the idols of authority. They were, besides, at once sentimental humanitarians and hard-boiled proponents of free enterprise. Politically, they were governed by narrow insular prejudice, but swayed by dark imperialistic designs. Intellectually and emotionally, they believed in progress, denied original sin, and affirmed the death of the Devil; yet by temperament they were patently Manichaeans to whom living was a desperate struggle between the force of good and the power of darkness. While they professed «manliness», they yielded to feminine standards; if they emancipated woman from age-old bondage, they also robbed her of a vital place in society. Though they were sexually inhibited and even failed to consider the existence of physical love, they begat incredibly large families and flaunted in their verses a morbidly overdeveloped erotic sensibility. Their art constitutes a shameless record of both hypocrisy and ingenuousness. And their literature remains too purposeful, propagandistic, didactic, with too palpable a design upon the rearder; yet it is clearly so romantic, aesthetic, «escapist», that it carries to posterity but a tale of little meaning (3).

A este período, como respondiendo a un movimiento pendular, le sigue otro que podríamos considerar de rehabilitación de lo victoriano. En él, el victorianismo parece quedar reducido a aquellos valores o actitudes susceptibles de una connotación positiva desde la perspectiva histórica de quienes abordan su análisis. Así, se destaca sobre todo la fe

(3) Jerome Buckley, *The Victorian Temper* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981, first published Harvard University Press, 1951), págs. 2 y 3.

de los victorianos: la fe religiosa, ciertamente en declive, pero aún con el suficiente vigor como para proporcionar un cierto marco inmovible a un mundo en cambio, la fe en el progreso y, por encima de ellas, la fe en la capacidad del espíritu humano para alcanzar la verdad, actitud ésta que algunos han considerado la característica más definitoria de la época, frente al escepticismo intelectual de años posteriores (4).

Por fin, una tercera etapa historiográfica, iniciada en la década de los 50, que intenta obviar los prejuicios acumulados y en la que el propio Briggs se autoincluye cuando señala en 1959: «It is perhaps now beginning to be possible for the first time to see both anti-Victorian revolt and Victorian revival in perspective and to form an impression of the age itself and not a distorted image of it» (5).

En este ensayo de desapasionamiento, en esta búsqueda de imparcialidad, que es desde luego una saludable postura de partida para un historiador, hay quien, sin embargo, parece haber ido demasiado lejos. Así, Buckley, tras mostrar la complejidad de la cultura victoriana, alcanza la conclusión de que ésta no admite ninguna caracterización coherente en términos que permitan distinguirla de las otras épocas históricas (6). En resumen, es la noción misma de «victorianismo», al margen de su contenido concreto, la que resulta negada. Su posición tiene el regusto de una evocación de la conocida profecía de Lytton Strachey:

The history of the Victorian Age will never be written: we know too much about it. For ignorance is the first requisite of

(4) W.E. Houghton, pág. 13.

(5) Asa Briggs, pág. 448.

(6) *Many of the specific values associated with the anomaly known as «Victorianism» have, like the idea of progress, partial basis in objective evidence; and the inconsistency of the generalization itself testifies to the bewildering complexity of the era. It is almost impossible to reduce a culture so various to a common denominator; and conflict, indeed, may emerge as the only unity in a great diversity.*

J. Buckley, págs. 8-9.

the historian-ignorance, which simplifies and clarifies, which selects and omits, with a placid perfection unattainable by the highest art (7).

En nuestra opinión, la réplica de Mario Praz a estos argumentos es de una lógica irrefutable:

What matters is the kind of tree that impresses its character on the wood, and a man who maintains that a garden in Europe is a tropical garden because of one or two rickety palm trees growing there would hardly be taken seriously. Professor Buckley's contention is true to the extent that men have always been the same, under Semiramis as well as under Queen Victoria, but is at the same time false when, laying undue stress on a quantity of tendencies destined to a brief life (...) he proceeds to deny the existence of a Victorian temper distinct from that of the preceding and following periods. In a garden, if I may be allowed to pursue the botanical simile, there will always be a variety of flowers, but those command attention which yield the prevailing scent (8).

Desde luego la tesis de Buckley no parece haber tenido demasiado eco en los historiadores posteriores, los cuales, en términos generales, aceptan la existencia de una peculiar cultura victoriana y se refieren a ella, o a sus rasgos más sobresalientes con el término ya clásico de «victorianismo». Sin embargo, la mayoría de ellos reconoce, de modo más o menos explícito:

- a) Que el «victorianismo» no es, naturalmente un concepto de universal aplicación a todos y cada uno de los miembros de la sociedad de la época, es decir, que exis-

(7) Lytton Strachey, *Eminent Victorians* (London: Penguin Books, 1984), first published 1918), pág. 9.

(8) Mario Praz, «The Victorian Mood: A Reappraisal», en *Backgrounds to Victorian Literature*, ed. Richard A. Levine (San Francisco: Chandler, 1967), pág. 55.

ten numerosos individuos desviantes y hasta subculturas diferenciadas, aunque estas últimas, por ser tales, guarden evidentes nexos de relación con la cultura principal (9).

- b) Que algunas de las que han sido consideradas características esenciales del «victorianismo» son en realidad el resultado de una cultura más amplia, que Inglaterra comparte (10).
- c) Que, en cualquier caso, el contenido del concepto «Victorianismo» no se corresponde con el patrón supersimplificado y burdamente negativo que, en buena medida, connota todavía en nosotros el término.

Evidentemente no vamos a ocuparnos de las subculturas del período sino de la cultura dominante, a la que de modo más apropiado conviene reservar el adjetivo victoriana, que no es otra que la que la clase media, reforzada en su papel social y moral como consecuencia de su creciente poder económico y político, está ahora en condiciones de imponer. Se ha señalado que lo más característico de esta cultura es el modo en que el liberalismo, la filosofía de la nueva clase,

- (9) *«Victorianism» - the word was not coined by the Victorians - was neither a universally congenial nor a universally accepted moral and social concept in the Victorian Commonwealth. Its four main elements the gospel of work, «seriousness» of character, respectability and self-help-were often proclaimed not because they were conspicuous but because they were absent.*

Asa Briggs, págs. 449-450.

- (10) *It is desirable, for instance, to remember from time to time that much that seems in England to be essentially Victorian is the product of a cosmopolitan culture that England shared with most of what was not aboriginal in North America and all that was not peasant or hopelessly reactionary in Europe (...)*

G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England* (London: University Paperback, 1965), págs. 30-31.

(...) Victorianism from a different angle was the insular phase of a movement common to the whole of Western Europe and its offshoots beyond the seas (...)

Asa Briggs, pág. 453.

«fitted into a shell of convention which itself was the product of centuries of puritan religion, voluntary effort, and the moulding of a complex social system which made for balance and not for domination» (11).

Algunos autores se han lamentado, no sin razón, de la falta de definición del concepto «clase media», que aparece profusamente utilizado en los estudios sobre la época. Parece indudable que en la base de cualquier delimitación de esta clase social debería haber un contenido de carácter económico, pero es notoria la insuficiencia de este criterio. Puesto que aquí no podemos pretender un análisis exhaustivo del tema, baste un ejemplo: Jane Eyre, la heroína de nuestra novela, pertenece sin duda a la clase media, como muestra la estructura de relaciones sociales que la obra nos presenta y, pese a ello, probablemente sus ingresos económicos no alcancen el nivel mínimo que pudiera asignarse al estrato más bajo de su clase. Ello da idea de la complejidad que entraña la definición, que, junto a factores económicos, debería tomar en consideración otros de muy diversa índole. La tarea es atractiva pero queda lejos de nuestro interés actual.

Sin embargo, estimamos que la noción, incluso sin definir de un modo formal, es intuitivamente captada con suficiente precisión como para que continúe siendo útil y, por tanto, no renunciamos a usarla.

Pero con esto aún no se ha agotado el capítulo de las dificultades que anticipábamos. La siguiente, y última, a la que vamos a referirnos en esta introducción, guarda relación con el hecho de que la mayor parte de los estudiosos del victorianismo ha centrado su atención en el tercer cuarto del siglo XIX, es decir, en el llamado período «Mid-Victorian», mientras que a nosotros, como ya indicamos, nos interesan sobre todo las dos décadas anteriores.

La razón fundamental de aquel enfoque preferente parece obvia: las actitudes sociales han de estar sin duda más decantadas, y por tanto resultará más fácil percibirlas y describirlas, en una etapa de estabilidad que en otra de convulsión

(11) Asa Briggs, pág. 453.

y conflicto. Sin embargo, es evidente que los cambios culturales, salvo que medien eventos traumáticos, son naturalmente lentos y, por ello, es difícil precisar en qué momento ha hecho su aparición o ha comenzado a ejercer su influencia una actitud que, por ejemplo, resulta sobresaliente en 1855. De ahí que incluso algunos de los que de modo más explícito han acotado cronológicamente su objetivo, hayan de reconocer, como Clark, que:

In choosing that period [1850-1875] I am choosing a period which I intend to seem arbitrary and artificial, for my subject [Victorianism] is in fact an historic situation which I believe came piecemeal into existence in the first half of the century, prevailed for a period and then began to disappear before the century ended, if many characteristic elements survived into the twentieth century (12).

Asa Briggs va aún más lejos cuando afirma:

(...) «Victorianism» was not a completely new phenomenon. It was rather the culmination of tendencies going back to the eighteenth century. The fifty years before Victoria came to the throne have often been considered as a «Victorian prelude» during which changes in morals, manners, styles and tastes began to influence the quality of life of the community (13).

Por último, Walter Houghton, que tanto por abordar específicamente el tema de nuestro interés como por ser una autoridad reconocida en él, ha de constituir un punto obligado de referencia para el resto del capítulo, señala al respecto:

(...) the attitudes here under scrutiny are those which were conspicuous from about 1830 to 1870 (...) It is quite true that some historians insist on a division at 1850, and others think that no more than a decade can be treated as a unit. In fact,

(12) G. Kitson Clark, pág. 31.

(13) Asa Briggs, pág. 452.

it is now smart to say that of course there was no such thing as Victorianism. But the literature of those years, while indicating shifts and changes of outlook and showing that there are clear distinctions between the frame of mind at the start and at the close of this period, nevertheless so constantly reveals the presence of the same fundamental attitudes in every decade and in every group (...) that I cannot doubt there was a common culture for which the term Victorianism, though in a wider sense than it usually bears, is appropriate (14).

En consonancia, pues, con el mensaje común de estas autorizadas opiniones, que sugieren de forma más o menos rotunda la existencia de una identidad cultural básica entre los dos períodos, aceptaremos como válidos para el primero los datos disponibles sobre el segundo, aunque intentaremos, siempre que sea posible, marcar las diferencias que pueda haber entre ambos.

Llegados a este punto y aunque quizás pueda resultar superfluo, parece conveniente señalar dos límites fundamentales al trabajo que nos proponemos. En primer lugar, nuestra intención no es efectuar una investigación histórica sino una revisión bibliográfica no exhaustiva que, eso sí, incluya a los autores más prestigiosos en el tema. Con ello descartamos cualquier pretensión de realizar aportaciones originales en esta materia.

En segundo lugar, tampoco intentaremos ofrecer una visión global del victorianismo, sino tan sólo de aquellos aspectos que guardan relación con los temas que hemos analizado en la novela: sexualidad, matrimonio, trabajo y educación femeninos.

5.2. Sexualidad

Probablemente el sentido más popular, quizás el único que muchos serían capaces de adscribir al adjetivo «victoriano», sea el que hace referencia a una moralidad

(14) W.E. Houghton, preface, pág. XV.

extraordinariamente represiva de cualquier expresión sexual. Desde luego que en el ámbito académico nadie defendería con seriedad tal reduccionismo. Cuando Asa Briggs se refiere de modo sintético a los cuatro principales elementos del victorianismo: «the gospel of work, seriousness of character, respectability and self-help» (15), ni siquiera menciona explícitamente este aspecto que, en todo caso, podría ser incluido como una faceta más del tercero de ellos. Sin embargo, la persistencia de esta distorsión que hace representar al todo por tan sólo una de sus partes, incluso una pequeña parte, da idea de lo llamativa que resulta, vista desde nuestros días, la peculiar actitud victoriana ante el sexo.

La moral sexual de la época se marca como meta el ideal de la pureza y se plasma en lo que podríamos llamar el código de castidad. Sin pretender un repaso detallado del mismo, sí parece conveniente recoger aquí algunas de sus prescripciones.

En primer término, el código acentúa la importancia de la continencia premarital, lo que implica la proscripción tanto de la masturbación, especialmente en los muchachos, pues en las chicas es un pecado impensable, como de cualquier clase de actividad sexual en las relaciones interpersonales.

Al servicio del cumplimiento de estas normas está un tipo de educación que envuelve todo lo relativo al sexo en una conspiración de silencio. Para Walter Houghton hay en esta actitud de deliberada ignorancia de lo sexual, además del objetivo expuesto, el reflejo de un sentimiento de repulsión pues «the sexual act was associated by many wives only with a duty and by most husbands with a necessary if pleasurable yielding to one's baser nature» (16).

Para prevenir la masturbación en los jóvenes se utilizan argumentos de índole moral, relacionados con el ideal de pureza, junto a otros de orden sanitario basados en los supuestos peligros que tal práctica entraña para la salud física y mental. Estos últimos aparecen avalados por una literatura pseu-

(15) Asa Briggs, págs. 449-450.

(16) W.E. Houghton, pág. 353.

docientífica, de la que el Dr. William Acton, al que tendremos nuevas ocasiones de referirnos, ha sido considerado uno de los máximos exponentes.

No resistimos la tentación de incluir aquí su descripción de una presunta víctima de la masturbación:

*The frame is stunted and weak, the muscles undeveloped, the eye is sunken and heavy, the complexion is sallow, pasty, or covered with spots of acne, the hands are damp and cold, and the skin oist. The boy shuns the society of others, creeps about alone, joins with repugnance in the amusements of his schoolfellows. He cannot look any one in the face and becomes careless in dress and uncleanly in person. His intellect has become sluggish and enfeebled, and if his evil habits are persisted in, he may end in becoming a drivelling idiot or a peevish valetudinarian. Such boys are to be seen in all stages of degeneration, but what we have described is but the result towards which **they all** are tending (17).*

Y si la anticipación por la «ciencia» de tan graves consecuencias no produce el resultado apetecido, tampoco se descarta el recurso a la «técnica», capaz por sí sola de asegurar la observancia. Así, Richard Lewinsohn se refiere a la existencia de pequeñas jaulas acoplables a los genitales del chico durante la noche a fin de evitar cualquier manipulación; algunas, para garantizar mejor protección, disponían de clavos o púas (18).

La prevención de las relaciones sexuales prematrimoniales presta también más atención a los jóvenes, según parece más propensos a sufrir las tentaciones de la carne que sus congéneres femeninos. La educación trata de asentar en ellos una actitud basada en la visión de las mujeres como objetos dig-

- (17) Steven Marcus, *The Other Victorians* (New York: Basic Books, 1966), cap. I, tomado de Rusell M. Goldfarb, *Sexual Repression and Victorian Literature* (Lewisburg: Bucknell University Press, 1970), pág. 36.
- (18) Richard Lewinsohn, *A History of Sexual Customs*, transl. by Alexander Mayce (New York: Harper, 1958), pág. 294.

nos del mayor respeto, incluso de un cierto temor reverencial. Se les enseña a pensar en ellas como hermanas, a verlas más como ángeles que como seres humanos. De esta forma se pretende disociar el amor del sexo y transformar aquél en veneración.

Por lo demás, se espera que la práctica ausencia de deseo sexual en las mujeres, una curiosa idea victoriana sobre la que habremos de insistir, la rigidez de las normas que regulan su conducta en sociedad y el ocultamiento de sus encantos bajo toneladas de ropa, hagan el resto. Y lo cierto es que aunque posiblemente los celosos guardianes de esta ortodoxia no tendrían demasiados motivos para echar las campanas al vuelo, Walter Houghton afirma que la continencia premarital fue observada con una amplitud desconocida en el pasado (19).

Así pues, en el código toda expresión sexual queda reducida al matrimonio y, aun aquí, se ve sometida a restricciones tanto cualitativas como cuantitativas. Las primeras derivan de la propia justificación de la permisividad en este ámbito. Si la sexualidad sólo se justifica por la procreación, parece lógico que cualquier actividad de esta índole que no tenga aquélla como posible resultado, pueda ser seriamente cuestionada.

En la base de las restricciones cuantitativas encontramos de nuevo el mismo tipo de prejuicios pseudocientíficos que mencionamos antes a propósito de la masturbación. De una parte las advertencias acerca de los serios riesgos que comportan para los hombres el «abuso» sexual. William Acton, que según Steven Marcus representa los puntos de vista de la cultura oficial sobre la sexualidad, refleja claramente sus ideas al respecto en la siguiente exposición de un caso clínico:

A medical man called on me, saying he found himself suffering from spermatorrhoea. There was general debility, inaptitude to work, disinclination for sexual intercourse, in fact, he thought he was losing his senses. The sight of one eye was

(19) W.E. Houghton, pág. 354.

affected. The only way in which he lost semen was, as he thought, by a slight occasional oozing from the penis. I asked him at once if he had ever committed excesses. As a boy, he acknowledged having abused himself, but he married seven years ago, being then a hearty, healthy man, and it was only lately that he had been complaining. In answer to my further inquiry, he stated that since his marriage he had had connection two or three times a week, and often more than once a night! This one fact I was obliged to tell him, sufficiently accounted for all his troubles (20).

Por otra parte, contribuye también a esta limitación de la actividad sexual en el matrimonio, la nueva visión de la mujer que poco a poco ha ido abriéndose paso en la sociedad desde comienzos del siglo XVIII. Hasta entonces la imagen de la mujer corresponde a la concepción de San Pablo, al prototipo de Eva: una criatura de naturaleza débil, corruptible y potencialmente corruptora, que constituye una permanente amenaza para la espiritualidad del hombre y que ha de ser protegida, por su bien y por el de los demás mediante su reclusión en el hogar.

En la Inglaterra del siglo XIX este modelo está en declive de modo definitivo, sin que el que lo sustituye implique un avance sustancial en el camino de su liberación. Ahora la mujer pasa de tentadora a redentora, de Eva a María y, consiguientemente, se le asigna una nueva y sagrada misión: ha de elevar el tono moral de su esposo, ha de mantener viva la llama de la espiritualidad en el hogar, ha de hacer de él un templo de pureza y virtud en medio de un mundo en el que la influencia del espíritu comercial amenaza la supervivencia de los valores superiores. Sarah Ellis, cuyas obras gozaron de gran popularidad en su tiempo, afirma que la mujer debe ser para su marido «a companion who will raise the tone of his mind from (...) low anxieties, and vulgar cares» y «(to) lead his thoughts to expatiate or repose on those subjects

which convey a feeling of identity with a higher state of existence beyond this present life» (21).

A la descarnada doctrina de la radical inferioridad femenina, basada en su biología y en una literal interpretación del Génesis, sucede ahora una teoría más sutil, fundada en las diferencias de capacidades e inclinaciones de ambos sexos. Lo sustancial de la nueva naturaleza de la mujer parece estar constituido por la «feminidad», que se convierte así en un test a cuya luz se ha de juzgar cualquier posible cambio en sus condiciones de vida. Y, desgraciadamente para ella, ni a su naturaleza ni a su función parecen cuadrar bien la posesión de necesidades y deseos sexuales.

Así pues, paralelamente al avance de la nueva concepción, la mujer sufre un proceso de desexualización que lleva a algunos hasta el extremo de negar en la práctica la existencia de su instinto sexual. Para W.R. Greg «in men (...) the sexual desire is inherent and spontaneous. In the other sex, the desire is dormant, if not non-existent» (22). William Acton no se queda, desde luego, a la zaga:

I should say that the majority of women (happily for them) are not very much troubled with sexual feeling of any kind (23).

Y si alguien pudiera pensar que su propia experiencia contradice esta afirmación, sepa que tras la aparente complacencia de algunas mujeres no hay sino sentido del deber y anhelo de maternidad:

As a general rule, a modest woman seldom desires any sexual gratification for herself. She submits to her husband, but only

(21) Sarah Ellis, *The Wives of England. Their Relative Duties, Domestic Influence, and Social Obligations* (London, 1843), págs. 99-100.

(22) William Rathbone Greg, *The Great Sin of Great Cities* (London, 1853), pág. 10. Este libro fue publicado como anónimo pero en el catálogo de la biblioteca del Museo Británico aparece atribuido a W.R. Greg.

(23) S. Marcus, tomado de R.M. Goldfarb, pág. 38.

to please him; and, but for the desire of maternity, would far rather be relieved from his attentions (24).

Desde luego no conviene sobrevalorar el efecto de ideas como las expuestas sobre la conducta, cuando han de pugnar, por así decirlo, con la realidad y la fuerza de un instinto indudablemente existente, pero tampoco cabe obviar su influencia sobre los hábitos sexuales de aquellos sectores sociales, aparentemente amplios, en que tales ideas gozaron de difusión y aceptación.

Si el código prescribe la continencia antes del matrimonio y la moderación dentro de él, no cabe duda que la fidelidad es el primer deber de los casados. El menor castigo para él, en particular en el caso de la esposa, es el ostracismo social, una sanción de terribles repercusiones en todos los ámbitos de la vida. Sin embargo, a algunos aún debía parecerles poco para tan grave ofensa porque en 1800, 1856 y, de nuevo, en 1857 hubo intentos de hacer que el Parlamento legislara la pena de muerte para el adulterio.

Pero no es el código de castidad en sí, cuya vigencia sobrevivió largamente a la reina Victoria dentro y fuera de Inglaterra, lo que más ha llamado la atención de las generaciones posteriores, sino un fenómeno que lo acompañó durante cierto tiempo: la famosa gazmoñería victoriana.

Para Walter Houghton:

The term has come to be used loosely and broadly to cover all efforts to conceal the facts of life: the demand for expurgated editions of English classics, the drawing up of indexes of books or authors not to be read, especially by girls, the powerful condemnation (and hence in effect prohibition) of any candid treatment of sex in literature, the insistence that conversation be impeccably proper, even to the point of banning any words which could conceivably carry a sexual suggestion, and the chilling disapproval of the slightest approach to levity (25).

(24) S. Marcus, tomado de R.M. Goldfarb, pág. 39.

(25) W.E. Houghton, pág. 356.

En opinión del mismo Houghton, aunque hay aspectos de este fenómeno, como la pretendida ignorancia de la existencia de la pasión sexual en la naturaleza humana, que sí deben ser reputados de hipócritas (26), la mayor parte de ellos «was simply an excessive censorship intended to protect and support the code of chastity, or to prevent the embarrassment of looking at what was felt to be shameful» (27).

En resumen, la gazmoñería representa una primera barrera protectora de la virtud que evita el enfrentamiento directo con la tentación y, por tanto, preserva al individuo de la necesidad de vencerla. Sus diversas prohibiciones afectan a elementos asociados o asociables a los verdaderamente tentadores y es la lejanía de muchas de estas asociaciones la que más a menudo ha propiciado la burla de los críticos. Recordemos, por ejemplo, la costumbre de cubrir las patas de los pianos y de las camas a fin de evitar cualquier evocación de los miembros inferiores de la anatomía humana.

Es desde esta comprensión del fenómeno de la gazmoñería, desde la que probablemente pueda entenderse mejor esa severa condena de cualquier cándido tratamiento del sexo en la literatura, a la que Houghton se refería. Porque a la literatura llamada seria, y en particular a la novela que es el género más popular, se le exige no sólo un contenido didáctico moral, en línea con la tradición literaria inglesa (28), sino el respeto absoluto a la convención. Y la convención, como acabamos de ver, establece que las tentaciones sexuales no deben hacer aparición ni siquiera para ser vencidas, es decir, que el sexo debe ser completamente ignorado.

(26) W.E. Houghton, pág. 19.

(27) W.E. Houghton, págs. 356-357.

(28) *It may also be asserted that English novelists generally have told their stories with avowed moral intentions (...) the obligation «to teach and delight» runs like a leitmotiv through the prefaces, forewords, prologues, and critical writings of English storytellers from the earliest times.* Clarence Raymond Decker, *The Victorian Conscience* (Westport: Greenwood Press, 1977, first published 1952), pág. 44.

Pocos dudan de que la fuente principal de la ética de la pureza y de su correspondiente código moral está en el resurgir del puritanismo, que se produce en Inglaterra en las últimas décadas del siglo XVIII y que se plasma sobre todo en el Metodismo y en el Movimiento Evangélico de la Iglesia Anglicana. Por paradójico que pueda parecer, estas corrientes de renovación de viejas tradiciones morales, por tanto de raíces profundamente conservadoras, calan pronto en la nueva clase media, que parece asqueada de la licencia de la Regencia, y que, por otra parte, sostiene con igual énfasis una ideología liberal en el terreno económico.

Ya John Wesley había advertido a sus seguidores de la necesidad de evitar toda forma de pasión y esto condujo a hábitos de inhibición de la espontaneidad y a la sospecha de toda expresión emocional que no estuviese orientada de modo explícito al servicio de la Iglesia. En particular estaba proscrita en el cortejo, flirteo y en cualquiera de las formas tradicionales de expresión sexual.

La aportación, pues, del puritanismo a la sociedad victoriana es una moralidad estricta que, si de un lado produjo indudables progresos en la erradicación de costumbres impropias de una sociedad civilizada, de otro resultaba especialmente represiva en todas las áreas de comportamiento sexual.

Menos se ha resaltado, sin embargo, el papel de determinados sectores del Utilitarismo como instancia de definición de la moral de la época. Russell Goldfarb, refiriéndose a las ideas defendidas por la «Society for the Diffusion of Useful Knowledge», señala lo siguiente:

Imaginative literature was impractical because it served no demonstrably useful purpose. Sexual expression was impractical because it diverted men from work, it appealed to emotion rather than to reason, and it did nothing to further the progress of society. Procreation was meaningful; all other forms of sexuality were, practically speaking, merely a waste of

precious time. Reading time could be profitably spent on books of self-improvement (29).

Es interesante destacar como desde supuestos ideológicos tan dispares, utilitaristas y puritanos convergen en favorecer una actitud represiva de la sexualidad y contribuyen a restringir la difusión de la literatura de moralidad dudosa.

Pero ni la ética puritana, ni mucho menos la utilitarista, son capaces de explicar por sí solas el indudable horror por la impureza que rezuman muchos de los textos de la época. Para Walter Houghton, es necesario apelar además, a la existencia de algún peligro nuevo en el ambiente, que es sentido como algo fuerte y cercano. Y no uno, sino tres, cita el propio Houghton (30).

El primer motivo de preocupación está constituido por la popularidad de cierta literatura francesa en la línea del Realismo-Naturalismo, principalmente representada por Balzac, Sue y George Sand, a lo largo de todo el período (1830-1870) y por Gautier, Baudelaire y Zola hacia el final del mismo. La denominación «literature of prostitution» que desde la cultura oficial se aplicaba al conjunto de la obra de estos autores, no puede extrañarnos si tenemos en cuenta que en esta corriente literaria la moralidad no se considera más relevante para el arte de lo que lo es para la ciencia. La verdad es el único objetivo de ambos, arte y ciencia, y por tanto sólo lo que es manifiestamente falso, lo que no se corresponde con la realidad, ha de ser considerado inmoral. Esta concepción había de chocar forzosamente con otra, la victoriana, en la que el contenido moral, sobre todo en lo que al sexo se refiere, es el criterio primordial por el que se juzga cualquier obra de arte.

Lo cierto es, sin embargo, que pese a los reiterados ataques contra esta literatura en escritos y sermones, lo que atestigua el temor a su influencia, sus principales exponentes es-

(29) R.M. Goldfarb, pág. 29.

(30) W.E. Houghton, pág. 359 y siguientes.

taban a la venta en las más respetables librerías de Londres y encontraban también otros caminos de difusión.

La segunda fuente de ansiedad en torno al sexo es la teoría y la práctica incipiente, sobre todo en América, del llamado «amor libre». Esta filosofía fue formulada en primer lugar por los socialistas utópicos, desde Godwin, Mary Wollstonecraft y Shelley hasta Fourier, Owen y los sansimonianos como una protesta contra la institución matrimonial. Sus propuestas menos radicales incluyen la libertad de divorcio y una clara rehabilitación de la expresión sexual que entra en abierta pugna con el código de castidad vigente.

Aunque de ideología no socialista, «the friends of the species», que se agruparon en los años 30 alrededor de Fox, entre ellos Harriet Taylor y John St. Mill, fueron también ardientes críticos del matrimonio.

Por último, Houghton se refiere a la existencia de una licencia sexual que no sólo es notoria sino que parece estar incrementándose día a día. Como ejemplos de ella cita la prostitución, cuyas cifras, publicadas en 1850 por la «Westminster Review» (31), debieron causar una notable alarma en la opinión pública, el adulterio y la seducción de las chicas de clases sociales bajas por hombres de posición superior, un tema recurrente en la novelística de la época.

La evidencia de estas transgresiones, ciertamente significativas desde un punto de vista cuantitativo, de algunas de las normas más sobresalientes en que se concreta el ideal cultural de la pureza, ha provocado la mayoría de las acusaciones de hipocresía que se han hecho a la sociedad victoriana. Algunos parecen pensar que los valores que por doquier se proclaman no son sino la fachada de respetabilidad que esconde una realidad de vicio generalizado. Esta posición es, en nuestra opinión, demasiado extrema.

(31) William R. Greg en el número 53 de la Westminster Review 1850, págs. 448-506, publicó un artículo titulado «Prostitution» según el cual en ese año había al menos 50.000 prostitutas censadas por la policía en Inglaterra y Escocia, de ellas más de 8.000 sólo en la ciudad de Londres.

No hay razones para dudar de la adhesión de la mayor parte de las clases media y alta a los ideales que declaran. Los grupos ideológicos de mayor influencia social, como hemos visto, trabajan en favor. Los que enarbolan banderas contrarias son sin duda marginales y, por tanto, de limitada incidencia en su tiempo. La explicación, pues, de la situación podría estar en una especie de círculo vicioso: los valores se defienden con más fuerza y las normas se hacen más rigurosas porque se ve en peligro su cumplimiento; a su vez la severidad del código hace inevitable para muchos la transgresión y ésta estimula un nuevo movimiento hacia la inflexibilidad.

Por supuesto que en cualquier caso la sociedad dispone de otros mecanismos, aparte de la mera apelación a los valores, para asegurar la conformidad de las conductas. Asa Briggs pone de relieve la importancia de estas instancias sociales de control:

In evaluating outer forms of Victorian conduct it is necessary therefore to investigate not only the fundamental principles of religion but the economic, social and legal sanctions which kept men good. Just as the threat of the sack, the fear of the poor law and the absence of unemployment benefit were more important than treatises and homilies in ensuring steady and disciplined work, so good behaviour was conditioned not only by vital religion or belief in the authority of the church, but by the fear of the police and of eternal punishment and more generally by concern for social ostracism and stigmas (32).

Precisamente a algunos de estos instrumentos sociales de control del comportamiento sexual vamos a referirnos a continuación.

Consideramos en primer lugar la educación de niños y adolescentes en materia de sexo. Al mencionarla antes, a propósito de alguna de las prescripciones del código de castidad, la hemos calificado como una conspiración de silencio. En efecto, todo lo relativo al sexo es un secreto bien guardado

(32) A. Briggs, pág. 465.

en el hogar victoriano. Nada se enseña a los hijos sobre la verdadera naturaleza y funciones de los órganos reproductores. Cualquier pregunta indiscreta provoca mentiras ingenuas o reacciones de escándalo en padres y educadores. Las vehementes exhortaciones a la pureza, que aparecen con la pubertad, no aportan tampoco mayor información. En resumen, podemos establecer que la educación sexual respetable se propone un triple objetivo: por una parte preservar, mediante la ignorancia, la supuesta inocencia original del niño, que aquí se hace equivaler a ausencia de instinto; por otra, establecer clara y firmemente las principales normas del código: la continencia premarital y la fidelidad después del matrimonio; por último, transmitir la sensación cierta de que la vida sexual, sea cual sea su contenido, es algo sucio y degradante, una manifestación de la más baja naturaleza del hombre que sólo bajo condiciones estrictas puede ser admitida, aunque nunca estimulada ni apoyada.

Otra importante medida de control, pues importante, como hemos visto, era el temor a la influencia de cierta literatura, es la censura de las obras literarias. No se ejerce ésta, fundamentalmente, desde instancias oficiales, administrativas o eclesiásticas, con capacidad legal para imponer sus criterios al respecto, aunque tampoco falten algunos instrumentos legales, sino desde los propios agentes sociales.

Así, en primer término, los mecanismos de la censura están presentes en el propio autor desde la confección de la obra, aunque sólo sea por razones de orden práctico. Si pretende encontrar un mercado para su producción, no puede ignorar la rígida demanda de pureza de su época.

Si, pese a ello, hiciera oídos sordos a esa consideración pronto se vería obligado a salir de su error a la vista de las dificultades que editores, directores de publicaciones periódicas y hasta libreros pondrían a la difusión de su obra. Si persistiera en su empeño y al fin tuviera la suerte de encontrar un editor dispuesto a una aventura con pocas perspectivas de éxito, éste no sería desde luego ninguno de los grandes, porque éstos, celosos de sus bien saneadas ganancias, no se arriesgarían a ponerlas en peligro ofendiendo a los grupos

de presión y a amplios segmentos de sus potenciales clientes, por comerciar con literatura moralmente cuestionable.

En resumen, como resultado de esta actividad censora de los diversos estamentos implicados en su comercialización, la obra de nuestro hipotético autor se vería condenada, en el mejor de los casos, a una difusión reducida a precios poco asequibles lo que, no cabe duda, es una forma de censura tan eficaz como lo sería su inclusión en un índice de libros prohibidos.

Sin embargo, pocos llegarán tan lejos y, así son muchos los críticos que han coincidido en señalar la influencia restrictiva de las poderosas fuerzas moralizadoras de la época sobre las obras de los autores serios, en especial sobre las novelas. Citaremos como ejemplo a Jerome Buckley, para quien:

(...) literary reticence concerning matters of sex placed some real limitation upon the content of the novel. Thackeray deplored the fact that Fielding had been the last writer of fiction «permitted to depict to his utmost power a MAN» (...) And other novelists felt it quite as difficult to portray a realistic Woman; for they were again and again forced to yield to the convention of the pure heroine, the selfless center of a tightly closed domestic universe. To the new «puritans», who constituted the core of a widened reading public, sexual license and unwed passion meant a permanent threat to the stability of the home, and the home itself seemed the essential fixed unit in an ordered community (33).

Pero el más importante de los mecanismos de control es, sin duda, el que la cita de Briggs anticipaba: la amenaza del ostracismo social para todo aquel que ose transgredir la convención que una opinión pública siempre vigilante defiende. Walter Bagehot describe así su despotismo:

(33) J. Buckley, pág. 117.

You may talk of the tyranny of Nero and Tiberius; but the real tyranny is the tyranny of your next-door neighbor (...) Public opinion is a permeating influence, and it exacts obedience to itself; it requires us to think other men's thoughts, to speak other men's words, to follow other men's habits. Of course, if we do not, no formal ban issues; no corporal pain, no coarse penalty of a barbarous society is inflicted on the offender: but we are called «eccentric»; there is a gentle murmur of «most unfortunate ideas», «singular young man», «well-intentioned, I dare say; but unsafe, sir, quite unsafe» (34).

Y ser «unsafe» no es desde luego una buena recomendación en ningún campo. El individuo etiquetado como tal corre serios riesgos. Puede perder su trabajo si lo tiene o encontrar serias dificultades para obtener uno adecuado a su educación y capacidad. Con toda probabilidad será excluido de la vida social y será considerado poco fiable en el mundo de los negocios. Además será difícil que pueda formar un hogar de forma aceptable porque no obtendrá la necesaria aprobación de la familia y amigos de su elegida.

El panorama que hasta aquí hemos descrito recoge en nuestra opinión, si bien de forma resumida, la actitud victoriana ante el sexo, con el sentido limitado a que a este adjetivo hemos atribuido en el epígrafe anterior.

A modo de recopilación y para finalizar, valgan estas palabras de Russell Goldfarb:

To put the age in focus, one has only to recall the forces which exerted moral pressure to forge its sexual character. There was the Church, especially the Low Church Evangelicals and incredibly energetic Methodists. There were prodigious amounts of religious literature, and various laws, including censorship laws, to legislate the purity of other kinds of literature. Reformist societies were on guard, and so were

(34) Walter Bagehot, *Works*, ed. Forrest Morgan (Hartford, 1891), vol. III, págs. 4-5.

Utilitarians. Schools helped to protect the national character, and so did publishers, editors, and booksellers. There was family upbringing, the restrictive nature of sex education, and the unmeasurable effect of growing up and living in a prudish society headed by a Queen who was a constant reminder of what that society stood for. The social sanctions which operated to preserve sexual respectability were enormous (35).

5.3. Matrimonio

Establecer la valoración social del matrimonio de la mujer en la época histórica que estamos considerando no es, ciertamente, una tarea difícil. El ideal de mujer que la sociedad propone a todos y cada uno de sus miembros femeninos es, sin duda, el de esposa, más aún, el de esposa y madre. Las otras posibilidades, codificadas como estereotipos, es decir, haciendo abstracción de cualesquiera otros rasgos definitorios del desempeño efectivo del rol, no son sino imágenes negativas, reversos de ese ideal. Así ocurre con la soltera, despreciada y ampliamente caricaturizada, la mujer «impura», condenada e incluso maldita y con la feminista, una figura que dará lugar a todo un movimiento a partir de los años 60.

El esclarecimiento de las razones que producen esta sobrevaloración del matrimonio, tampoco parece presentar, en primera aproximación, grandes dificultades. Françoise Basch ha señalado a este respecto:

The cult of family, home and marriage which so astonished Taine was linked with the increased emphasis laid on individual effort and achievement, in other words self-help (...) Chastity for men and, even more, women was regarded as a force for action, as a means to avoid wasting time and energy. The marital partnership pursuing maternal and social progress and bearing children to inherit the fruit of these efforts was the best guarantee against any kind of wasted energy (36).

(35) R.M. Goldfarb, pág. 57.

(36) Françoise Basch, *Relative Creatures. Victorian Women in Society and the*

Así pues, el panorama puede ser descrito en los siguientes términos: el hogar, reducto último de los valores morales amenazados por el espíritu comercial, se convierte en un templo cuya sacerdotisa es la etérea esposa-ángel, en un refugio seguro de las ansiedades de la vida exterior; la vida familiar conoce un desarrollo sin precedentes en el pasado inmediato y su estabilidad es vista como requisito imprescindible para la del entero sistema social; por último, el matrimonio, en especial para la mujer, es no sólo la vía preferente sino la condición necesaria para alcanzar la respetabilidad, la suprema aspiración de la clase media, ya que feminidad y matrimonio son conceptos indisolublemente unidos, como las dos caras de una misma moneda.

Para disipar cualquier duda sobre la justeza de estas últimas afirmaciones, basta acercarse a la consideración social de la soltera, a la que con frecuencia y de modo muy significativo la época aplica el calificativo de «redundant».

En los comienzos del siglo la soltería de la mujer no alcanza la dimensión de un problema social. Muy rara entre los pobres, es vista como una inevitable anomalía entre los ricos, pues inevitable parece que un limitado número de mujeres pierdan la oportunidad de alcanzar la verdadera felicidad. En general, estas solteras gozan de la misma seguridad económica que sus hermanas casadas aunque desde luego carecen del acceso a la vida de sociedad y del grado de aprobación que éstas disfrutaban.

En la esfera de lo personal no es difícil adivinar que la frustración de la única vía de realización que les ha sido propuesta y para la que han sido educadas, produzca en ellas una notoria sensación de infelicidad y un cierto agriamiento del carácter, que es objeto de burla por parte de sus congéneres femeninos y de indisimulada piedad por parte de los hombres. Con todo, si hubiéramos de resumir en un solo término la actitud social hacia las solteras en estas primeras décadas, quizás lo más adecuado fuera hablar de indiferencia. Pe-

10, a medida que su número crece de modo espectacular (37) y su situación económica empeora, la indiferencia deja paso rápidamente a una abierta desaprobación y la anomalía se convierte en un problema social definido al que muchos intentan encontrar solución.

Palmegiano, en su obra *Women and British Periodicals 1832-1867. A Bibliography* (38), recoge algunas de las propuestas aparecidas en la prensa de la época, que van desde medidas de emigración forzosa para las solteras, a fin de provocar un mejor ajuste entre oferta y demanda, hasta sugerencias de modificación en la educación recibida por las jóvenes de las clases medias, a las que muchos padres confían la importante tarea de elevar la posición social de la familia, pasando por consejos de dedicación a actividades filantrópicas, a través de las cuales podrían al menos tratar de preservar su feminidad y demostrar su capacidad para amar, una capacidad que su desgraciada situación deja, con toda razón, en entredicho.

Al margen del indudable pintoresquismo de algunas de estas propuestas, dos ideas se desprenden con diáfana claridad de su mera enunciación: en primer lugar, el carácter absolutamente indeseable de la condición de no casada y, en segundo lugar, la necesidad de que aquéllas que fallen en la consecución de su más importante objetivo vital, el matrimonio, intenten hacerse perdonar su pecado mostrando al mundo que, pese a todo y aunque de segundo orden, aún pueden ser consideradas mujeres.

Y ello es así porque en una época que consagra la independencia personal y el progreso individual como valores de primer orden, a la mujer, a diferencia del hombre, no le es

(37) Según H.L. Beales, «Victorian Ideas of Sex», en *Ideas and Beliefs of the Victorians. An Historic Revaluation of the Victorian Age*, ed. H.L. Beales (London: Sylvan Press, 1949), pág. 354, el censo de 1851 mostraba que el 42% de las mujeres de edades comprendidas entre 20 y 40 años permanecían solteras.

(38) E.M. Palmegiano, *Women and British Periodicals 1832-1867. A Bibliography* (New York: Garland Publishing, 1976), pág. XXXIII y siguientes.

dado alcanzar ningún estatus respetable por sí misma. Del de hija, adquirido por su nacimiento en una determinada familia pero provisional por definición, ha de pasar al de esposa, que le es otorgado por su marido. Si no consigue dar este paso, si permanece soltera más allá de la edad en que la ruptura de este estado se ve como posible, pierde, por así decirlo, su identidad social.

F. Basch llega a una conclusión análoga a través del análisis de las novelas del período:

The unmarried woman, spinster or worker, is generally conceived either as a creature without an identity, an object of sarcasm or pity, or as a virtual and virtuous heroine who will later find fulfilment in marriage. Even with Charlotte Brontë work does not loom large in their lives. The working woman was not entitled to be heroine unless her professional life was seen as a more or less painful prelude for the future wife-mother, as in the works of Charlotte and Anne Brontë (39).

Desde luego, como la propia Basch señala en la cita anterior y estaba implícito en nuestras afirmaciones previas, el trabajo fuera del hogar no es para la mujer una alternativa capaz de proporcionarle la consideración social que puede obtener del matrimonio. Menos si tenemos en cuenta las características concretas de los oficios que las mujeres están preparadas para desempeñar y el hecho de que el ejercicio de cualquier trabajo asalariado es, para una mujer de buena cuna, un signo inequívoco de pérdida de estatus.

Tampoco la vocación religiosa planteada en términos de vida monacal, tiene la necesaria tradición y arraigo en la sociedad británica como para constituir una alternativa valorada.

Así pues, el matrimonio y la maternidad se consideran el único destino adecuado para la mujer. Cualquier otra opción o es abiertamente inmoral y por tanto severamente con-

denada, o es apreciada como una lamentable consecuencia de la frustración de aquél, que sólo puede proporcionar un pálido sucedáneo de la verdadera felicidad.

Esta exaltación del matrimonio está desde luego ligada a la que del hogar y la familia coinciden en hacer, desde posiciones filosóficas distintas, los dos movimientos morales más influyentes de la época: el Utilitarismo y la Iglesia Evangélica (40).

Por otra parte, también aparece vinculada a una concepción de la mujer que es totalmente característica de la era victoriana y que, por sospechosa que pueda resultar, conlleva sin duda una mejora de su consideración social en relación con etapas anteriores. Ya hicimos una somera referencia a ella al hablar de las actitudes sociales ante la sexualidad (41) pero ahora conviene tratarla con mayor grado de detalle.

El punto crucial es la definición de su posición respecto del hombre, que podría ser etiquetada como de «igualdad en la diferencia». En efecto, como es completamente obvio, la mujer no es un hombre, ni siquiera un hombre sin desarrollar como parecen sugerir algunos. Ella tiene su propia naturaleza y su propia función en la vida, no inferior pero sí enteramente diferente a la masculina.

Los rasgos fundamentales que caracterizan la naturaleza femenina constituyen la llamada «feminidad», sin duda un valor a preservar si se quiere evitar la ruptura del equilibrio en la relación entre los dos sexos. Por tanto, ante cualquier

(40) El hogar, como ya dijimos, es también un templo; un templo sagrado para los creyentes y un templo secularizado para los agnósticos. Para los primeros, como Charles Kingsley, todas las relaciones domésticas nos son dadas para permitirnos entender sus prototipos divinos: Dios, el padre, Jesucristo el esposo de la Iglesia y todos los hijos del mismo hombre como hijos del Padre Celestial.

Para los segundos la familia es la escuela de un nuevo altruismo que ha de sustituir a la ética cristiana. Así John Stuart Mill, *On Liberty, Representative Government, the Subjection of Women* (London: World's Classics, 1912), pág. 469, reconoce en la familia «a school of sympathy, tenderness, and loving forgetfulness of self».

(41) Ver «Sexualidad».

propuesta de modificación educativa para la mujer, ante cualquier intento de ampliación de su panorama laboral por inclusión de nuevas actividades, la cuestión decisiva es: ¿contribuirá esto a impulsar o a dañar su feminidad? Para todo lo que no la dañe, y sólo para ello, bienvenidas sean las mejoras que contribuyan a remover las desigualdades existentes.

El papel que ahora se atribuye a la mujer deriva de la mera consideración de su naturaleza distintiva, por más que ésta adolezca en principio de un cierto grado de indefinición. Sarah Ellis describe el rol femenino en términos prácticos: puesto que la vida del hombre, especialmente en el mundo de los negocios, tiende a degradar su espíritu al fijarle exclusivamente objetivos materiales, la esposa ha de atender sobre todo a la elevación intelectual, moral y espiritual del marido (42).

Así, la mujer se convierte en guía e inspiradora moral. Coventry Patmore, en su conocido poema del mismo título, condensará la nueva visión de la mujer en un solo rótulo que pronto será popular: el ángel del hogar (43).

Pero será Ruskin en su famoso ensayo «of Queens' Gardens», publicado en 1865, el encargado de aportar precisiones definitivas tanto a la naturaleza como a la función femenina. Oigamos el resumen de Houghton sobre sus ideas al respecto:

(...) he begins by rejecting the notion both that woman is «the shadow and attendant image of her lord, owing him a thoughtless and servile obedience», and that she has a feminine mission and feminine rights that entitle her to a career in the world like man's. Her true function is to guide and uplift her more worldly and intellectual mate: «His intellect is for speculation and invention; his energy for adventure, for war, and for conquest, wherever war is just, wherever conquest necessary. But the woman's power is for rule, not for battle,

(42) Sarah Ellis, págs. 99 y 100.

(43) Coventry Patmore, «The Angel in the House (1854-1856), en *Poems*, ed. Frederick Page (London and New York, 1949).

and her intellect is not for invention or creation, but for sweet ordering arrangement, and decision.» In Shakespeare and Scott, in Dante and Homer, women are «infallibly faithful and wise counsellors»; and by their virtue and wisdom men are redeemed from weakness or vice (44).

Como vemos, Ruskin menciona, para rechazarlas, las otras dos concepciones de la mujer vigentes en la época victoriana.

La primera es la de la esposa sumisa cuya única misión en la vida es amar, honrar y obedecer a su marido y señor, así como realizar o dirigir las tareas domésticas y criar a sus hijos. Esta es la visión tradicional, que algunos han etiquetado como la de la mujer-esclava, y que para Françoise Basch resulta ya anacrónica en 1847 (45).

Sin embargo, Houghton afirma que Ruskin, al exponer sus ideas sobre la mujer, que recordemos son de 1865, es consciente de que, pese a la progresiva aceptación de la nueva teoría a lo largo de la década de los 50, está desafiando prejuicios aún muy arraigados sobre la natural superioridad y autoridad del hombre (46). Quizás por eso el propio Ruskin se apresure a aclarar que el papel ahora atribuido a la mujer no trastoca, en la vida práctica, la clásica relación de asimetría entre los sexos, porque «a true wife, in her husband's house, is his servant; it is in his heart that she is queen» (47). Ello implica que su función de guía espiritual y moral es, no sólo compatible, sino perfectamente concordante con una auténtica sumisión a su esposo. Es más, parece sugerirse que existe una relación directa entre la posibilidad de ejercer tal influencia y su efectiva actitud de subordinación; una actitud que ahora no está basada en el reconocimiento de su inferior-

(44) Walter E. Houghton, págs. 349 y 350.

(45) *The feudal anti-feminist of (Tennyson's) The Princess was already anachronistic in 1847.*

F. Basch, pág. 4.

(46) Walter E. Houghton, pág. 350.

(47) Tomado de F. Basch, pág. 6.

ridad sino en su capacidad para la devoción, la generosidad, el altruismo y, en última instancia, el sacrificio.

Carol Dyhouse señala esta aptitud para el autosacrificio como uno de los rasgos más subrayados en relación con la feminidad:

*The many Victorian texts which attempted to define 'womanliness' or 'the feminine sphere of duties' were characterized by an insistence on the virtues of self-sacrifice (...) The total sacrifice of oneself to others and other-worldly goals was unlikely to be a painless process, but 'gentle resignation' or a 'quiet air of patient suffering' were held to enhance the beauty of a woman who strove towards the ideal. It was often assumed, in any case, that a woman was **born** to suffer (48).*

Desde luego que la abnegación no es predicada exclusivamente a la mujer; también es exaltada en el hombre pero, eso sí, en un contexto muy diferente:

*If self-denial was extolled as a virtue of both male and female conduct, it was almost invariably prescribed for women in conjunction with the **passive** virtues of patience, resignation and silent suffering. In a man's education, self-denial was more generally associated with the **activist** ethic of self-help, hard work and self-reliance (49).*

La segunda concepción de la mujer que veíamos rechazar a Ruskin, es casi el negativo exacto de la primera: se trata de la mujer en rebeldía contra su esclavitud legal y social, que demanda iguales derechos que el hombre: la misma educación, idéntico sufragio y las mismas oportunidades profesionales y políticas, en resumen, la que podríamos etiquetar

(48) Carol Dyhouse, «The Role of Women: from Self-sacrifice to Self-awareness», en *The Victorians*, ed. Laurence Lerner (London: Methuen and Co Ltd., 1978), pág. 174.

(49) Carol Dyhouse, pág. 175.

como «feministas». Pero el feminismo es, en el período de nuestro interés (1832-1851), un fenómeno prácticamente inexistente y, por consiguiente, la influencia social de su modelo de mujer poco menos que nula.

Aunque, en un sentido amplio, la historia del feminismo habría de remontarse hasta el final del siglo XVII, lo cierto es que su primera manifestación verdaderamente moderna, en Inglaterra, está constituida por la obra de Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, publicada en 1792, bajo la influencia de los principios e ideales que inspiraron la Revolución Francesa (50).

Los tratadistas sobre el tema suelen considerar como un segundo hito la publicación en 1825 de una obra de William Thompson de larguísimo título: *Appeal of One Half the Human Race, Woman, Against the Pretensions of the Other Half, Men, to Retain them in Political, and thence in Civil and Domestic Slavery* (51). Este ensayo es más ambicioso y, probablemente, más subversivo que el de Wollstonecraft pero, desde luego, tuvo un eco mucho menor.

Según Palmegiano, la llamada «Woman's Question» apenas parece ser objeto de atención durante el primer período victoriano:

(...) it has almost disappeared from the press by 1825. The only voices which echoed it consistently in the 1830's and 1840's were the Owenite, Unitarian, and socialist periodicals, and the **Journal** edited by Eliza Cook. But the audience of all of these papers were small. It was not until mid-century that the idea surfaced in a major quarterly (52).

(50) Ver M.R. García-Doncel Hernández, «Mary Wollstonecraft: Pionera del Movimiento Feminista en Inglaterra», Gades, 6 (1980), págs. 79-87.

(51) William Thompson, *Appeal of One Half the Human Race, Women, Against the Pretensions of the Other Half, Men, to Retain them in Political, and thence in Civil and Domestic Slavery* (London: Virago Press, 1983, first published 1825).

(52) E.M. Palmegiano, pág. XLIII.

Habrá que esperar pues hasta la década de los 60 para que las demandas en pro de mejoras en la condición femenina comiencen a ser objeto de debate en  rculos más amplios (53). Y aún entonces el que surge es un feminismo pragmático, que aboga sobre todo por reformas educativas y del empleo, tendentes a mejorar la situación de las solteras que han de ganarse la vida por sí mismas, y que rara vez cuestiona ni la naturaleza ni el papel socialmente atribuido a la mujer (54).

Como ejemplo de lo que decimos cabe citar la posición defendida al respecto en la conocida obra de Mrs. Hugo Reid, *A Plea for Woman*, posiblemente la primera en reclamar seriamente el derecho femenino al sufragio. Tras justificar la necesidad de iguales derechos civiles para ambos sexos, de ciertas mejoras legales y de modificaciones en el tipo de educación que reciben las mujeres, la autora parece querer tranquilizar a sus lectores acerca del alcance y la repercusi n de sus propuestas:

It is unjust to deprive her of equal, civil, and legal rights with man; but it is absurd to think, if she be really inferior in strength of body and mind, that the granting her those rights can ever do away with her subordination to man, or make her in every respect equal to him.

A continuación a ade que «we agree at once that woman is bound to obey; but only when obedience does not contradict her own convictions of duty».

Tampoco su defensa de la igualdad básica entre los sexos contradice los t picos sociales acerca de uno y otro:

- (53) A ello contribuye el establecimiento de publicaciones periódicas de prensa dedicadas al tratamiento de estos temas, que consiguen alcanzar cierta difusión. Entre las más importantes, E.M. Palmegiano, página XLIV, cita *The English Woman's Journal*, fundado en 1858 y *The Victoria Magazine*, de 1863.
- (54) Ver F. Basch, p g. 10 y Lorna Duffin, «Prisoners of Progress: Women and Evolution», en *The Nineteenth Century Woman. Her Cultural and Physical World*, eds. Sara Delamont and Lorna Duffin (London: Croom Helm, 1978), p g. 58.

The one sex is soft, gentle, yielding; the other hard, stern, severe (...) in the great essentials of their nature, man and woman are the same (...) and it is on this account that they are entitled to the same rights.

Por último, la compatibilidad entre su demanda y la «natural sumisión de la mujer», se hace totalmente explícita:

The submission which is naturally and property due from woman to man, is quite consistent with equal rights; and the equality of those rights is the only guarantee that more than that due submission shall not be exacted by man (55).

En resumen, no creemos aventurado afirmar que en nuestro período histórico, el «Early Victorian», sólo las dos primeras concepciones de la mujer que hemos expuesto resultan dignas de consideración. La tercera corresponde a una propuesta feminista que sólo más adelante tendrá la radicalidad y difusión suficientes como para constituir un polo de influencia capaz de ir matizando o alterando de modo más sustancial, según los casos, el contenido de las anteriores.

Ciñéndonos pues a ellas, tampoco parece arriesgado establecer, a la vista de lo dicho, que mientras la visión tradicional, la que propugna la sumisión incondicional de la mujer al hombre en base a su natural inferioridad física, mental y espiritual, está en franco declive, la más reciente, la que hace de ella el bastión moral de la familia y de la sociedad, está en alza pero no completamente asentada. Para Houghton, hasta los años 60 no aparece generalizada la actitud de veneración hacia la mujer que la nueva concepción implica. Y desde luego no es, ni siquiera entonces, una actitud universal (56).

(55) Mrs. Hugo Reid, *A Plea for Woman: Being a Vindication of the Importance and Extent of Her Natural Sphere of Action* (London and Edinburgh, 1843), págs. 62, 67, 70, 73 y 118.

(56) Walter E. Houghton, pág. 351, afirma que «it is conspicuously absent from Macaulay, Carlyle, Trollope, and both the Arnolds, and from

Sin embargo, no nos interesa ahora de modo particular tratar de establecer el grado de penetración social de una y otra idea, cuestión ésta que, por otra parte, sería sin duda ardua. Más interesante es consignar que si por una parte la noción victoriana permite alcanzar a la mujer una posición social más confortable y respetada, por otra no viene sino a confirmar, aunque sea sobre bases nuevas, determinadas limitaciones que ya estaban presentes en la visión clásica: su ineludible vocación matrimonial, su reclusión en el hogar, que ahora es el ámbito reservado al desarrollo de su elevada misión, y su subordinación al hombre en los aspectos prácticos de la vida diaria.

Dada la indudable vinculación existente entre el modelo de mujer y el modelo de relación matrimonial, no será superfluo insistir en algunos de los aspectos que hemos reseñado como comunes a las dos ideas predominantes sobre aquélla.

El tema de la obediencia al marido es desde luego recurrente en los manuales de conducta, quizás la literatura más característica de la época y, en especial, de este primer período.

Así, Mackenzie dedica un capítulo entero al asunto y de él son las observaciones siguientes:

The husband's law is the law of «love»; the wife must see that she «obey» (...) The husband is the head of the wife as Christ is the head of the Church. The wife is not the head. It is not her place. Responsibility, care, rule, belong not to her. Authority is not her province, but loving and grateful submission. The wife's greatest earthly happiness is derived from increasing and sharing that of her husband (...) Woman's influence is strong when rightly used; that is, not in struggling to resist, but in willingness to submit, yea, even to harshness and wrong (57).

Mill as a general principle».

(57) William B. Mackenzie, *Married Life: Its Duties, Trials, Joys* (London: J.H. Jackson, 1852, 2nd. ed.), pág. 34.

Arthur Freeling, en su *The Young Bride's Book*, se dirige a la recién casada para recordarle que «you have in your marriage vow sworn to obey». Reconoce que en principio esto resulta difícil de aceptar pero afirma que a la larga es lo más productivo para la felicidad de la mujer. Y añade, como un eco anticipado de las ideas que hemos visto en Ruskin:

A woman's power in the married state should arise from the influence of character and conduct, and not be the result of obstinacy and opposition (...)

Su visión de la relación matrimonial es claramente asimétrica y por eso no duda en hacer recaer sobre la esposa, sobre su capacidad de abnegación, la responsabilidad de una unión feliz:

Your husband's love is the anchor of your happiness; if it be once removed, you must become truly miserable, or perfectly callous to the best feelings of the human heart. By a little attention to the disposition of your husband, you will soon learn what small points of ordinary duty affect his happiness; let these never be neglected; let his wishes in these respects, even if not altogether reasonable, be attended to; and endeavour to cultivate such qualities and graces as he most admired.

La confianza aquí, más que un sentimiento compartido, resultado de la mutua sinceridad, es cómo no, un deber de la esposa:

Confidence is a most important duty you owe to your husband and secrecy is not less incumbent upon you (58).

La lista de manuales que incluyen recomendaciones sobre los mismos temas y en el mismo sentido podría ser alar-

(58) Arthur Freeling, *The Young Bride's Book; Being Hints for Regulating the Conduct of Married Women with a Few Medical Axioms* (London: Henry Washbourne, 1839), págs. 51 y 16.

gada, pero creemos que es innecesario. Convendrá, sin embargo, retener la idea de que la igualdad básica de los dos sexos que la nueva concepción de la mujer pregona parece conllevar un escaso potencial de cambio de las relaciones tradicionales entre ambos. La mujer, es cierto, es ahora objeto de un respeto e incluso veneración que antes eran impensables, pero su misión fundamental de guía espiritual de la familia, precisamente la que justifica aquellos sentimientos hacia ella, sólo parece poder ejercerla manteniendo, si no acentuando, aunque quizás de un modo más consciente y voluntario, su subordinación al hombre. La rebeldía, que en el esquema antiguo era sencillamente irracional, habida cuenta de su inferioridad respecto del varón en todos los órdenes y de su consiguiente necesidad de tutela, ahora choca frontalmente con la recién descubierta naturaleza femenina (59).

Sentado ya el destino matrimonial como una parte vital del ideal social de mujer y pergeñado el esquema de relación con el hombre que configuran las teorías vigentes en el período, debemos ahora ocuparnos de otro aspecto de los que conforman el entramado de actitudes de la cultura dominante hacia el matrimonio. Se trata de los condicionantes o, dicho de otra forma, de la jerarquía de valores que rige la elección del cónyuge. Para alcanzar nuestro objetivo, que no es sino perfilar esa jerarquía en la primera etapa victoriana, será

- (59) Hasta la aparición en años posteriores de un feminismo más radical, que como hemos visto no es el feminismo primitivo, las manifestaciones públicas de protesta contra el papel social atribuido a la mujer y las condiciones concretas de su ejercicio, son ciertamente escasas. Y esto incluye, naturalmente, a la literatura. Carol Dyhouse, pág. 175, afirma que «heroines who ventured any protest against the social expectations of the time were, at least until 1860s, somewhat scarced». Y casualmente, ejemplifica su aseveración con una heroína de Charlotte Brontë:

Caroline Helstone in Charlotte Brontë's Shirley reveals a healthy indignation when she asks herself whether there is not «a terrible hollowness, mockery, want, craving, in that existence which is given away to others for want of something of your own to bestow on it», but she is protesting against what she perceives to be the socially prescribed role of the «old maid», not of women in general.

útil observar la evolución del tema con una perspectiva histórica más amplia.

La sociedad británica anterior a la revolución industrial se caracteriza, al igual que la mayor parte de las restantes sociedades europeas, por una organización rígidamente jerarquizada sobre la base inmediata de criterios que guardan estrecha relación con factores biológicos, de los que la filiación es el fundamental, y por su muy escasa movilidad social. Aunque puedan hacerse estratificaciones más amplias, la realidad última es que las clases sociales se reducen a dos cuya línea de demarcación viene señalada por la propiedad de la tierra. Los que la poseen detentan también, como grupo, los niveles superiores de renta y estatus y la plenitud del poder político. Nada pues les mueve a establecer vínculos familiares fuera del estamento de origen y por consiguiente, hablando en términos generales y empleando el adjetivo en sentido amplio, el matrimonio podría ser considerado como un fenómeno endogámico.

Pero la revolución industrial, como sabemos, va a producir el alumbramiento de una nueva clase de propietarios cuyo poder económico e influencia social crecen de modo espectacular en tan sólo unas décadas. En un principio nada parece más alejado del ánimo de esta burguesía no agraria que cualquier intento de asimilación o integración en la aristocracia rural. La nueva clase trae también sus nuevos valores y éstos se reafirman precisamente por oposición a los que, de modo real o supuesto, encarna la oligarquía dominante del viejo orden. Es muy probable que a este antagonismo no sea ajena la larga lucha que se entabla entre ambos grupos en torno a la reforma política, que desembocará, como ya vimos, en la «Reform Bill» de 1832. Lo cierto es, sean cuales sean sus causas, que durante los primeros decenios del siglo XIX la clase media se siente demasiado orgullosa de sí misma y de su obra como para encontrar nada digno de envidia en la nobleza tradicional.

Como señala Houghton «to be a merchant prince was a far finer thing than to be a gentleman» (60).

Sin embargo, en la década de los cuarenta el cambio experimentado por esta visión de las cosas es ya palpable:

The younger generation was determined to push —and buy— its way into the upper classes: to exchange trade for a profession and Dissent for the Church of England; to own a gig and, if possible, a country estate, perhaps even a title (61).

Así, ser respetable, un deseo generalizado entre la clase media victoriana y conectado con buena parte de sus actitudes, exige ahora no sólo la posesión de fortuna sino el avance en la escala social. Y este avance deja pronto de ser una simple aspiración para convertirse en deber (62), habida cuenta de que la teoría liberal, la filosofía de la nueva burguesía, establece que perseguir el interés individual es la mejor manera de contribuir al de la sociedad en su conjunto.

Por su parte, la aristocracia agraria, cuyo poder económico decrece en la misma medida en que aumenta el de comerciantes e industriales, no parece tener mayores objeciones que oponer al establecimiento de vínculos familiares interclasistas una vez que estos ofrecen indudables ventajas para ambas partes. De este modo, las barreras de clase se tornan permeables sin que, por otro lado, desaparezcan las líneas de separación entre ellas. El sistema social resultante, que podría ser denominado de «desigualdad superable», proporciona a cada individuo una indispensable combinación de oportunidad e incentivo que da lugar al matrimonio por in-

(60) Walter E. Houghton, pág. 185.

(61) Walter E. Houghton, pág. 185.

(62) John Ruskin, «Pre-Raphaelitism» (1851), en *Works*, eds. E.T. Cook and A.D.O. Wedderburn (London: 1902-1912), vol. 12, pág. 342, señala:

Now that a man may make money, and rise in the world, and associate himself, unreprieved, with people once far above him (...) it becomes a veritable shame to him to remain in the state he was born in, and everybody thinks it is his duty to try to be a gentleman.

terés y a la consiguiente aparición del llamado mercado matrimonial.

En este contexto el amor es, evidentemente, un peligro potencial para la celebración de enlaces adecuados, entendiéndose por tales aquellos que permiten alcanzar los objetivos prioritarios: el progreso económico, de un lado, la promoción social, de otro. De ahí que la panfletería de la época resalte con frecuencia su carácter efímero y la necesidad de establecer las relaciones conyugales sobre bases más sólidas (63).

Sin embargo, la difusión de los matrimonios de conveniencia presenta también sus riesgos. La necesidad de adquirir una posición económica desahogada antes de acceder a este mercado retrasa, particularmente en los hombres, la edad del matrimonio y esta circunstancia, así como la infelicidad personal que muchas de las uniones por interés deparan, están entre las principales causas de algunos de los «mayores males del siglo»: el incremento de la prostitución y del adulterio y las transgresiones del precepto de la continencia premarital. Para luchar contra ellos surgen dos remedios fundamentales: la exacerbación del código de pureza con su gazoñería concomitante, de la que ya nos hemos ocupado, y un nuevo concepto del amor que, en última instancia, conducirá casi hasta su deificación, quizás por considerarlo el sustituto más adecuado para un objeto divino sobre el que se extiende progresivamente el velo de la duda.

Según Houghton (64), en la literatura de ficción escrita en los años 40 y 50 se aprecia una nota persistente de reconstrucción del amor, que toma la forma de una antítesis. El amor no es algo carnal y demoníaco de lo que avergonzarse sino algo puro y hermoso; no es una tentación contra la que hay que luchar sino una gran fuerza ética que puede proteger a los hombres contra la lujuria e incluso purificar y reforzar su voluntad moral; no es una experiencia limitada al cortejo

(63) Ver. F. Basch, pág. 26.

(64) Walter E. Houghton, pág. 372 y siguientes.

sino que continúa a lo largo de la vida, animando a marido y mujer no menos que al amante y su amada.

El motivo es obvio: si los hombres han de ser salvados de la sensualidad que amenaza a la sociedad, el amor debe ser distinguido del sexo y ha de ocupar su lugar dentro del código de pureza.

Para Houghton esta actitud ante el amor es exactamente la que nosotros llamamos romántica y es, de hecho, una herencia directa del Romanticismo: en parte, de su naturalismo, que encuentra buenos los instintos y apela al corazón como guía supremo de conducta; en parte, de su idealismo, sea éste de carácter platónico o caballeresco. No obstante, esta tradición hubo de ser domesticada, bajo la poderosa influencia del sentimiento evangélico y familiar, antes de que pudiera ser eficazmente usada como remedio para la sensualidad.

Los máximos exponentes de esta nueva orientación fueron Kingsley y Patmore; sus principales manifiestos *Yeast* (1851) y *The Angel in the House* (1855-1856).

En esta concepción del amor hay un antídoto contra la incontinenencia premarital. Su argumento sería el siguiente: si se reprime el deseo sexual se preserva toda la reverencia, ternura y devoción hacia la mujer que hace del amor algo hermoso y purificador; entonces, una vez salvaguardado el ideal, se puede establecer con ella una relación virtuosa y apasionada, esto es, romántica pero inconsumada, que protege de la sensualidad.

Pero hay también, en esta nueva noción del amor, una indisimulada protesta contra el matrimonio vigente, contra el mercado matrimonial. Se trata de la rebelión del corazón contra un sistema que hace caso omiso de sus impulsos y que se constituye así en fuente de insatisfacción personal y de pecado social.

Esta corriente literaria que enfatiza el papel del amor en la mutua elección, pese a la enorme popularidad que alcanzan sus líderes, no tiene efectos inmediatos en los comportamientos de la sociedad, como resultado de la reconocida

inercia de las actitudes sociales. Así, en 1854 Drysdale describe la situación en los siguientes términos:

A great proportion of the marriages we see around us, did not take place from love at all, but from some interested motive, such as wealth, social position, or other advantages; and in fact it is rare to see a marriage in which true love has been the predominating feeling on both sides (65).

No será pues hasta bien avanzados los años 60 cuando, también con el apoyo del movimiento feminista, el matrimonio por interés comience a entrar en quiebra.

Del panorama que acabamos de bosquejar se desprende claramente que en el período de nuestro interés, el primer período victoriano, tiene plena vigencia el mercado matrimonial que hemos descrito. Si nos hemos detenido en una actitud de reivindicación del amor que sólo se generalizará más adelante es porque en esta época tiene su origen y porque la propia Charlotte Brontë es una de sus primeras defensoras.

Abordaremos ahora, para completar este apartado, el último de los aspectos relacionados con el matrimonio que tomamos en consideración en el análisis de *Jane Eyre*. Nos referimos, claro está, al modelo de hombre, a la configuración del marido ideal.

Lo primero que debemos señalar es la escasa atención específica que el asunto ha recibido tanto en la literatura como en la prensa victorianas. Si quisiéramos buscar una explicación a este hecho, tanto más llamativo cuando se considera el constante análisis del que es objeto la naturaleza femenina, quizás podríamos encontrarla en un incuestionable postulado de la época: el hombre constituye la norma de la especie

(65) George R. Drysdale, *The Elements of Social Science; or, Physical, Sexual, and Natural Religion. An Exposition of the True Cause and Only Cure of Poverty, Prostitution, and Celibacy. By a Doctor of Medicine* (London: 1872, first published, 1854), pág. 357. Publicado como anónimo pero atribuido a Drysdale en el «Library of Congress Catalogue of Printed Cards», 1944.

y, por tanto, el centro del universo. Son, pues, las posiciones y las funciones de otros seres que están en relación con él las que requieren una definición que, además, ha de ser hecha por y para el hombre, es decir, dependiente de sus necesidades, aspiraciones y deseos. Pero este mismo argumento, que nos priva de descripciones explícitas de la masculinidad puesto que no parece haber necesidad de ellas, hace viable, por otra parte, la continuación de nuestra empresa. Porque, cuando los victorianos intentan descubrir en qué consiste la verdadera feminidad, están delineando también, implícitamente, la genuina naturaleza masculina, que es, sin duda, el punto de partida.

Cualquier ensayo de delimitación del modelo que buscamos exige al menos la consideración de dos contextos: el intrasexual y el intersexual. Sólo de pasada, reseñaremos que en ello reside ya la primera diferencia respecto del ideal femenino, cuyas señas de identidad hacen referencia exclusivamente a su relación con el otro sexo.

Siguiendo a Palmegiano (66), que ha investigado la concepción masculina esbozada en los periódicos y revistas británicos publicados entre 1832 y 1867, resaltaremos algunos de sus rasgos más sobresalientes.

En su propio mundo, los hombres aparecen como contendientes en una competición, la lucha por la vida, que es al mismo tiempo una prueba constante para su masculinidad. Para poder participar en este juego, en el que no siempre es obligado ganar pero se debe evitar perder, cada varón ha de aprender, ya desde la infancia, los hábitos que le permiten soportar la tensión de la batalla y afrontarla con posibilidades de éxito. Así, ha de ser activo y seguro de sí mismo porque otros hombres llaman a la pasividad cobardía; justo porque los demás consideran la piedad como debilidad; inquebrantable y honesto porque la vacilación y el engaño son aborrecibles; fuerte porque sin la fuerza no será respetado; frío, carente de emociones, porque mostrar su vulnerabilidad le costaría la derrota.

(66) E.M. Palmegiano, págs. LII y LIII.

También su relación con las mujeres, como dijimos, exige de los hombres la consolidación de determinadas pautas de comportamiento. Aquí, sin embargo, el diseño de las cualidades no es para la competencia sino para la complementariedad. Se trataría, en primer término, de compensar las insuficiencias femeninas. Por tanto, los hombres deben ser autoritarios, decididos, resueltos para equilibrar la irresolución de las mujeres. Deben tomar la iniciativa porque ellas sólo saben reaccionar. Deben conducirse como protectores de sus esposas e hijas porque éstas son infantiles y por ello, particularmente expuestas a sufrir daños, en especial los que podrían infligirles los otros hombres. Por último, deben dejarse amar porque una mujer sólo es auténticamente femenina cuando ama a un hombre.

El conjunto de estos rasgos configura, pues, la imagen ideal del hombre victoriano. Pero la misma Palmegiano sugiere la existencia de sentimientos encontrados hacia ella. Mientras, por una parte, las características reseñadas son valoradas como inequívocos signos distintivos de la masculinidad, por otra parecen despertar ciertos recelos. Porque, llevadas al extremo, las virtudes corren el riesgo de degenerar en vicios. Así, con demasiada frecuencia, la confianza en sí mismo se convierte en egoísmo, la determinación en obstinación, la fuerza en tiranía, la justicia en implacabilidad, la honestidad en rudeza, la iniciativa en agresión y la objetividad en crueldad. En resumen, el hombre, dejado a su sola influencia, podría terminar liberando la bestia que algunos temen que lleve dentro. Precisamente para evitarlo, surge la idealización de la mujer que ya conocemos, con su misión purificadora.

Carol Christ (67) ha dedicado un interesante estudio a la representación de la masculinidad que subyace en las obras de dos de los autores centralmente preocupados por la definición del ideal femenino de la época: Coventry Patmore y

(67) Carol Christ, «Victorian Masculinity and the Angel in the House», en *A Widening Sphere. Changing Roles of Victorian Women*, ed. Martha Vicinus (London: Methuen, 1980).

Alfred Lord Tennyson. El punto de partida de su indagación es la argumentación de Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo* en el sentido de que los hombres diseñan modelos de mujer que reflejan los valores que ellos mismos querrían poseer o incorporar. Si esto es así, habrá que convenir en que el ideal de «ángel del hogar», que ambos escritores comparten, puede decirnos al menos tanto sobre el hombre como sobre la mujer.

Su tesis es, desde luego, más radical que la de Palmegiano. Ella no se queda en la mera sugerencia de un cierto recelo hacia posibles deslizamientos extremos de los típicos rasgos masculinos, sino que afirma la existencia en esta literatura de un palpable desagrado por las características básicas de la masculinidad. La tendencia a la acción, la agresividad, y en particular la agresividad sexual, en el contexto de las presiones sociales de la era, son vistas como fuentes de ansiedad y dolor. Sin embargo, el hombre tampoco puede renunciar a ellas sin perder su propia identidad. El resultado, por tanto, es una actitud de franca ambivalencia hacia la misma esencia de la naturaleza masculina.

El ideal de una mujer pasiva y desexualizada supone un intento de escape de ese conflicto. A la vez que constituye una forma simbólica de liberación de la pesada carga que esos rasgos suponen para el hombre, le proporciona un incentivo para canalizar su energía y su acción por el camino de la virtud.

El ascendiente de la mujer, su posibilidad de influencia sobre el hombre, obedece a dos razones interrelacionadas. Por un lado, al elevado respeto que él siente por ella, que le hace comportarse de modo virtuoso. Este respeto es estimulado por el renovado énfasis en la noción de gentileza, en la aspiración de ser un «gentleman», un rol que implica una caballeresca veneración por la mujer. Por otro, a la negación de sus favores al varón, que obliga a éste a esforzarse para ser digno de ella. Como consecuencia de esto, cuando la mujer acepta a un hombre pierde inevitablemente la estatura moral en la que reside su poder y él carece entonces de la ten-

sión que le impulsaba por la senda de la virtud. Sólo hay una forma en que el hombre puede evitar este fracaso: mantener, también en el matrimonio, la distancia del cortejo.

5.4. Trabajo

Walter Houghton sugiere que, si se exceptúa «Dios», la palabra «trabajo» debe haber sido la más popular del vocabulario victoriano (68). Sea o no cierta esta afirmación en sus términos concretos, su sentido último parece ofrecer poco campo a la discusión, dada la práctica unanimidad de los historiadores al respecto: el trabajo es objeto de una ilimitada veneración en la cultura dominante de la época.

No puede resultar extraña esta valoración si se tiene en cuenta que es mediante el trabajo como pueden alcanzarse los principales objetivos de una sociedad imbuida del espíritu comercial: riqueza y ascenso social, es decir, respetabilidad y, en última instancia, éxito en la carrera de la vida. El propio Houghton señala la existencia de una convicción social ampliamente extendida según la cual el esfuerzo en el trabajo, junto con la decencia y la sobriedad en las costumbres, son reglas de conducta que aseguran a cualquiera, capaz de seguirlas con perseverancia, la consecución del éxito (69).

Pero el trabajo es algo más que un medio para otros fines, por importantes que éstos sean. Es también un fin en sí mismo, una virtud de pleno derecho.

La glorificación del trabajo y el consiguiente desprecio por la ociosidad son el tema común de los profetas de la famosa «earnestness» victoriana pues, al fin y al cabo, una vida de trabajo plenamente asumida no se diferencia en sus manifestaciones externas de una vida guiada por la seriedad moral.

Para un cristiano, además, el trabajo tiene el sentido de una misión para la que ha sido especialmente dotado: el servicio a Dios. Es cierto que, por otra parte, su esfuerzo le re-

(68) Walter E. Houghton, pág. 242.

(69) Walter E. Houghton, pág. 192.

portará beneficios para él mismo, de los cuales no es el menor el enriquecimiento personal que supone el desarrollo de los talentos recibidos, pero no ha de ser éste su primordial objetivo, sino el cumplimiento del deber que su fe le impone.

Consecuentemente con esta visión, la ociosidad es un pecado porque obstaculiza la voluntad divina, amén de poner a quien la practica en flagrante peligro de cometer otros, pues es sabido que el diablo está siempre atento a las menores ocasiones. De este modo, la ocupación tiene el valor adicional de ser una salvaguardia contra la tentación.

La condena de la ociosidad no implica, desde luego, la del ocio entendido en su sentido correcto, es decir, inserto en un patrón de trabajo-descanso y, por tanto, como período de reposición de fuerzas que permite reemprender la tarea con renovado entusiasmo.

En la clase media, de fuerte tradición puritana, esta teoría religiosa del trabajo está muy extendida y goza de amplia aceptación. No podía ser de otra forma porque, después de todo, la concepción protestante no hace sino enfatizar (70) y dotar de un contexto sobrenatural a lo que ya son valores autónomos, incluso requisitos imprescindibles, del mundo de los negocios. Así, en efecto, el rechazo de la ociosidad, la exaltación del trabajo y hasta la consideración de éste como misión, son tanto ideales del protestantismo como del nuevo espíritu comercial.

Pero el evangelio victoriano del trabajo, con sus raíces bien asentadas en la vida religiosa y económica de la época, encuentra además apoyo en un cuartel inesperado. A medida que la fe decrece, la esencia de la religión, para los cristianos, y el sentido de la vida, para los agnósticos, recae cada vez más en la esforzada labor por el bien de la sociedad. Esta no es sólo una alternativa racional a la infructuosa especulación

(70) No estará de más recordar aquí las aportaciones de Max Weber, *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* (Barcelona: Península, 1969) sobre la influencia de la teoría calvinista de la predestinación en la motivación para el éxito, que parece consustancial al espíritu capitalista.

teológica sino también una forma práctica de exorcizar la preocupación y la desesperanza que a menudo acompañan a la pérdida de la fe. Por estas razones, la religión del trabajo, con o sin su cohorte de trascendencia, llega a ser de hecho la fe real de muchos victorianos. Ella puede resolver a la vez la perplejidad intelectual y la depresión psicológica.

Así, puritanismo, negocio y duda concuerdan en suscribir la veneración por el trabajo.

Sin embargo, por paradójico que pueda parecer en primera instancia, el burgués, que considera el trabajo como supremo deber e incontestada virtud, sueña con liberarse de él (71). No resultará tan sorprendente este sueño si se piensa que, al fin y al cabo, es coherente con su aspiración de ascenso social, ya que la ociosidad es el signo distintivo de las clases altas, el sello del «gentleman». Y no es un mero no hacer nada lo que el burgués anhela mientras se vuelca con ardor en su tarea; para él la indolencia incluye la entrada en un mundo de belleza y refinamiento, una vida de dignidad y paz al margen de las sórdidas ansiedades de la lucha económica.

Desde luego los sueños no siempre se cumplen y menos con la inmediatez que sería de desear. Pero mientras el hombre ha de seguir afanándose en pos de su meta con el único medio que tiene a su alcance: el trabajo, sus mujeres, su esposa y sus hijas, liberadas de las labores domésticas por una legión de sirvientes, pueden ya disfrutar del ocio permanente. Es más, no sólo pueden sino que deben:

The rising middle class had put a premium on the idleness of their women. It attached a definite prestige value to it. Apart

- (71) (...) the lure of social ideals older than capitalism led many nineteenth-century businessmen, and even more frequently their sons and grand-sons, if not into heroic debt, at least into a relative idleness in the country. It was difficult to resist the attractions of a graceful and effortless country gentlemen's society. In the battle between the self-made man and the gentleman, the self-made man won in England only if he became a gentleman himself, or tried to turn his son into one.,

Asa Briggs, *Victorian People. A Reassessment of Persons and Themes 1851-1867* (London: Penguin Books, 1977), pág. 142.

from bearing children the social function of the bourgeois woman was to be a living testimony to her husband's social status. Accordingly, her virtues were chastity and a sense of propriety. They did not include either industry or intelligence (72).

Por tanto, a las mujeres de la clase media, ante la necesidad de dar testimonio viviente de la posición alcanzada por el señor de la casa, les es prescrito un rol de inactividad que, si a primera vista puede parecer envidiable, pronto mostrará su lado negativo. En efecto, el aburrimiento de las mujeres victorianas hizo correr ríos de tinta, lo que patentiza la preocupación social que llegó a suscitar, por más que sólo pudiese constituir problema para un pequeño segmento de la población femenina (73).

Sin embargo, no es de la consideración de esta dolorosa consecuencia de donde provienen los ataques a la ociosidad de las mujeres de las clases acomodadas, sino de la constatación de la evidente incoherencia existente entre la general exhortación al esfuerzo en el trabajo y esta isla de prestigiada indolencia. Así, los moralistas, temerosos del daño espiritual

(72) Viola Klein, «The Emancipation of Women: Its Motives and Achievements», en *Ideas and Beliefs of the Victorians*, ed. H.L. Beales, pág. 264.

(73) *The Norton Anthology of English Literature* (New York: Norton and Company, 1974), vol. II, pág. 889, señala:

Yet generalizations about bored Victorian females need to be severely qualified. In the same year Shirley appeared (1849), Harriet Martineau noted that «nineteen-twentieths of the women in England earn their bread». Although the millions of women employed as domestics, or as seamstresses, or factory workers, or farm laborers, had many problems, excessive leisure was not one of them. To be bored was the privilege of wives and daughters in upper and middle-class families in which feminine idleness was treasured as a status symbol. It was this small and important segment of the population about which most Victorian novels were written, and, on the evidence of such writings, it would seem that even among this segment not all women were discontented.

que esta vida relajada puede producir, hasta el punto de poner en peligro el cumplimiento de la elevada misión asignada a la mujer, lanzan sus diatribas contra el materialismo circundante y, dirigiéndose específicamente a la clase media, contra la tendencia a imitar los comportamientos de la aristocracia tradicional. Sarah Ellis, una de las representantes más sobresalientes de esta posición, intenta rehabilitar la dignidad del trabajo doméstico y anima a las mujeres de la burguesía a participar activamente en él aunque haya sirvientes para realizarlo.

Pero la solución no vendrá por ese lado. La solución, que constituye una inteligente armonización de todos los elementos en juego, se plasmará en una nueva delimitación de la esfera legítima de actuación femenina, que recoge la tradición filantrópica heredada por los evangelistas y preserva los valores que postula la reciente visión de la mujer (74).

La dedicación a actividades no remuneradas de atención social, compatible con sus deberes de esposa y madre, constituye ahora el dominio preferente de actuación de la mujer, lo que no es sino la proyección al ámbito social del papel angélico que ya tiene atribuido en el entorno familiar. La nueva tarea reúne todos los requisitos para gozar de una fácil y rápida aceptación: contribuye a paliar un importante problema social, la lamentable situación de los numerosos colectivos marginales, alejando así la amenaza de una revolución; elimina un reducto de ociosidad valorada permitiendo la extensión de la doctrina del trabajo a todos los sectores; evita la entrada de la mujer en el mundo de las labores exclusivas de los hombres, reservando para ella un campo nuevo que se supone especialmente adecuado a las cualidades y capacidades de su sexo; por último, al tratarse de un trabajo no asa-

(74) Françoise Basch, pág. 114, señala a este respecto:

In two lectures in 1855 and 1856 Anna Jameson built up and illustrated the theory of the communion of work. Her theory immediately became authoritative, for it simultaneously satisfied received ideas about the faculties which belong characteristically to each sex, and the innovating, humanitarian inclinations of those who wanted to find a solution to a critical social problem.

lariado, su ejercicio no conlleva pérdida alguna de estatus para quien lo ejerce (75).

Por otra parte, desde el punto de vista de los partidarios del trabajo femenino como Anna Jameson y A.H. Clough, que son los principales promotores de la idea, la propuesta tiene la enorme virtud de romper la tradicional reclusión de la mujer en el hogar, abriendo una brecha considerable en la desaprobación social que siempre acompañó a cualquier actividad desarrollada fuera del mismo. Hasta tal punto es importante esta ruptura del monopolio laboral masculino que Viola Klein no duda en afirmar:

In fact, it might be maintained that Social Services and Women's Emancipation were twin sisters, born of the same reforming spirit and in the same circumstances of social change (76).

Sin embargo, aunque el espíritu reformador que anima a los defensores del trabajo social femenino es incuestionable, probablemente el paralelismo que Klein establece entre este movimiento y el de emancipación de la mujer resulta exagerado. Desde un punto de vista cronológico aquél precede a éste en algo más de una década, si los consideramos a ambos en su forma elaborada (77), y tiene un sentido mu-

(75) Viola Klein, pág. 266.

(76) Viola Klein, pág. 266.

(77) F. Basch, pág. 121, haciendo referencia a estos dos puntos de vista en relación con el trabajo femenino, afirma:

*More generally, while it is true that nearly all the reformers believed in women's peculiar aptitudes centred on her ordinary family role, one can within that separate out two points of view. The more traditional was represented by Anna Jameson and the lecturers to **Ladies on Practical Subjects**, and only stipulated social welfare activities for women. The other, which did not assert itself until the end of the 60s, was represented in the work edited by Josephine Butler, **Woman's Work and Woman's Culture**, in 1869. This went over some of the same ground covered by F.R. Parkes, Barbara Bodichon and Harriet Martineau. On customary limitations, by affirming the sanctity of work for all, demanding that*

cho más limitado: al restringir el campo de actuación de la mujer a actividades voluntarias de atención social en línea con la tradición filantrópica que hemos mencionado, constituye de hecho una escasa aportación al problema de las mujeres que han de ganarse la vida por sí mismas. En cambio, la visión del movimiento feminista parte fundamentalmente de la consideración de este problema y defiende el derecho de la mujer a demostrar su capacidad en cualquier esfera del mundo laboral, sobre la base de una educación adecuada. Por ello, quizás sería más exacto decir que las reivindicaciones feministas, desde un punto de partida distinto, intentan profundizar y ampliar la brecha que los primeros reformadores abrieron.

En el contexto que hemos dibujado hasta aquí no es difícil imaginar la actitud social ante el trabajo por necesidad de las mujeres de clase media.

El primer elemento que la configura es la pérdida de estatus que la mera entrada en el mundo laboral conlleva. En efecto, si la ociosidad de las mujeres es el signo inequívoco de un estatus familiar elevado, la renuncia forzada a aquélla constituye poco menos que una confesión pública de la disminución de éste. Este descenso social afecta por supuesto a toda la familia pero, para la mujer casadera, tiene además una consecuencia de importancia: merma su valor en el mercado matrimonial.

Por otra parte, y éste podría ser el segundo elemento conformador de la actitud que intentamos delimitar, el ejercicio de un trabajo asalariado supone de hecho, en buena medida, una renuncia al matrimonio. Aunque sólo fuera por la limitación de contactos sociales que imponen las largas y agotadoras jornadas de labor, las posibilidades de encontrar marido, a despecho de los ejemplos en contra que ofrecen las novelas, habrían de quedar seriamente reducidas. Así que, en la práctica, el trabajo de la mujer de clase media es visto, con

women should be able to try their hands and prove themselves in all spheres.

razón, como una alternativa al matrimonio (78), lo que, habida cuenta de la valoración que éste merece, le hace arrastrar el estigma de ser tan sólo «a second best solution» (79), un pobre sustituto del verdadero destino femenino.

Con este panorama no resultará sorprendente que la mayoría de los cronistas de la época establezcan una íntima vinculación entre necesidad de trabajar y soltería. La incapacidad de hallar marido, sobre todo en los estratos económicamente más débiles, aboca desde luego al trabajo pero también, como acabamos de ver, el ejercicio de éste aleja objetivamente las perspectivas de boda.

Por si esto fuera poco, el hogar, como sabemos, es considerado el ámbito natural de la mujer y su salida de él no puede sino merecer la desaprobación social. Puesto que en este caso el cambio de esfera viene impuesto por las circunstancias, quizás el rechazo se transforme en conmiseración pero desde luego nunca será estimulado ni aprobado.

Para acabar de pintar el cuadro de una actitud netamente desfavorable, es preciso tener en cuenta las condiciones concretas de los oficios disponibles. El inventario de éstos no es desde luego muy amplio. En primer lugar porque la educación de la mujer, diseñada de modo específico para su misión fundamental: la consecución de un marido, se revela ahora dramáticamente insuficiente para cualquier desempeño profesional. En segundo término porque, si bien es cierto que la necesidad de trabajar ha rebajado su estatus y, por consiguiente, su respetabilidad, aún es preciso tratar de preservar ésta en la medida de lo posible. Así, se han de evitar las tareas que parecen propias de las clases inferiores, como el servicio doméstico o las factorías y, en general, están desaconsejadas todas las actividades de predominio manual. Por último, porque la feminidad, el conjunto de características y valores que se suponen consustanciales son su sexo, impone también severas restricciones del ámbito laboral.

(78) Incluso la mayor parte de los primitivos autores feministas comparan este punto de vista. Ver Carol Dyhouse, pág. 176.

(79) La expresión es de Viola Klein, pág. 265.

Así pues, sólo dos profesiones parecen reunir los requisitos de respetabilidad y adecuación a la naturaleza femenina que las harían totalmente aceptables: la de escritora y la de enseñante. Sin embargo, es probable que buena parte de las aspirantes a ellas termine ejerciendo otra, sin duda menos valorada, que prácticamente cierra la lista de las admisibles: la de costurera, en sus diversas modalidades (80).

La profesión de escritora posee considerables ventajas, tanto desde el punto de vista personal como social, que justifican su preferencia dentro del reducido espectro de oficios femeninos apropiados. Por una parte, aun siendo retribuida no es asalariada en sentido estricto, lo que permite mantener al patrón, en este caso el editor, a una distancia que siempre es conveniente y sin las facultades reglamentarias que le asistirían en otro tipo de relación laboral. De otro lado, el lugar de trabajo coincide con el propio hogar, el ámbito que la mujer debe adornar constantemente con su presencia y el único en el que puede ser protegida de modo eficaz de los peligros del mundo exterior. Por fin, se trata de una tarea en principio compatible con los deberes que implican sus papeles fundamentales como madre, esposa, hija o hermana. Las ejemplares experiencias de las hermanas Brontë y de Elizabeth Gaskell, todas ellas celosas cumplidoras de sus obligaciones domésticas al par que escritoras de renombre, disipan cualquier reticencia al respecto (81).

- (80) Janet Dunbar, *The Early Victorian Woman. Some Aspects of Her Life (1837-57)* (Westport: Hyperion Press, 1979, first published in 1935 by Harrap, London), pág. 149, entre otros muchos autores, sugiere claramente el carácter menos deseable del oficio de la aguja para las jóvenes de la clase media:

The daughters of unfortunate professional people and once-prosperous tradesmen who had suffered reverses were compelled to turn to the needle to support themselves if they had no capacity for anything else.

- (81) La propia Charlotte Brontë recibió de Robert Southey, en 1837, el consejo de abandonar su vocación de escritora, sobre la base de una presunta imposibilidad de compaginar esta actividad con los deberes «propios de su sexo».

Ver Clement King Shorter, *The Brontës: Life and Letters* (London: Hodder and Stoughton, 1908), vol. I, págs. 127-128.

Por tanto, siempre que la autora observe en sus creaciones las reglas que la convención le impone, incluso los moralistas consideran esta ocupación adecuada para la mujer, porque «[it] demands no sacrifice of maiden modesty, or of matronly reserve, or unseemly licence» (82).

Dado que la consideración social del oficio de escritora, una vez sentada la necesidad de trabajar (83), no es desfavorable, no puede achacarse al intento de ocultar su ejercicio el hecho de que buen número de obras aparezcan firmadas con pseudónimo. Si los casos de Charlotte Brontë y George Eliot pueden considerarse representativos, habrá que concluir que esta decisión obedece tan sólo al deseo de evitar los prejuicios de los críticos (84), que tienden a juzgar con criterios no estrictamente literarios las producciones femeninas.

No obstante las ventajas reseñadas, esta profesión presenta al mismo tiempo un inconveniente insalvable para la mayoría. Para conseguir vivir de ella hace falta talento, un talento que, en la mujer, ha de compensar además la indudable falta de preparación que su educación conlleva. Pese a

(82) «Women Artists», *The Westminster Review*, XIV (July, 1858), pág. 174.

(83) Decimos «una vez sentada la necesidad de trabajar» porque el mero deseo de escribir, la vocación literaria desprovista de otras justificaciones, sí puede resultar sospechosa. Puede verse en ella un signo de autoafirmación, un propósito de desarrollo de sí mismo, de cultivo del propio ego que, como sabemos, son contrarios a la abnegación que el ideal femenino propugna.

(84) Charlotte Brontë en la introducción a la edición de 1850 de *Wuthering Heights* y *Agnes Grey* afirma:

(...) without at the time suspecting that our mode of writing and thinking was not what is called «feminine» -we had a vague impression that authoresses are liable to be looked on with prejudice.

Por su parte George Eliot, en 1859, aduce similares razones para justificar la publicación de sus obras con pseudónimo:

The object of anonymity was to get the book judged on its own merits, and not prejudged as the work of a woman.

Citas tomadas de Françoise Basch, págs. 107 y 108.

ello, muchas lo intentan; en opinión de algunos (85), más de las que debieran.

Con todo, el número de mujeres dedicadas profesionalmente a escribir es insignificante en relación con el número total de trabajadoras de la clase media. Quizás por eso, y porque como hemos visto su situación es comparativamente muy favorable, este tipo de empleo recibe una atención mucho menor en la prensa de la época, que las otras dos opciones que consideraremos seguidamente (86).

El de institutriz es, probablemente, el oficio más común entre las jóvenes de la burguesía que necesitan trabajar. Françoise Basch indica que en 1850 los cálculos oficiales arrojan una cifra global de 21.000 y a continuación califica de conservadora esta estimación (87). Un famoso artículo sobre el tema, aparecido en 1849 en la revista «*Eliza Cook's Journal*», constata que la oferta de institutrices no hace sino crecer día a día, a pesar del conocimiento general que existe sobre las duras condiciones y los magros beneficios de esta actividad (88).

Sin embargo, las razones que mueven a las aspirantes en favor de esta elección no parecen, ni mucho menos, inescrutables. Se trata de un trabajo, en primer lugar, que se ejerce en el hogar, aunque no sea el propio. Es, por otra parte, el oficio que, supuestamente, permite dar un mayor rendimiento a la educación recibida por una persona de buena cuna: al fin y al cabo, se trataría de transmitir los escasos conocimientos y las numerosas prendas adquiridas, a otras jóvenes. Decimos supuestamente porque hay numerosos testimonios que dan fe de la incapacidad de buen número de institutrices para llevar adelante su labor. Las críticas apuntan a su carencia de

(85) George Eliot, «*Silly Novels by Lady Novelists*», *The Westminster Review*, New Series, X (October, 1856), 442-461, entre otros, critica la irrupción en el panorama literario de demasiadas autoras sin talento.

(86) Ver E.M. Palmegiano, pág. XXXVI.

(87) F. Basch, pág. 109.

(88) «*Governesses*», *Eliza Cook's Journal*, 20 (September 15, 1849), 305-307.

entrenamiento pedagógico y a la debilidad general de su preparación, si bien no falta quien se apresura a agregar que, aun así, sus empleadores tienen más de lo que merecen por lo que pagan (89). Por último, pero no menos importante, la de institutriz es considerada una profesión respetable que permite preservar su «gentileza» a quienes la ejercen.

También la demanda, aunque siempre sensiblemente inferior a la oferta, conoce un incremento notable a partir de los años 40. La reciente relación establecida entre el prestigio social y las pautas externas de comportamiento de la aristocracia, produce un creciente interés por la educación femenina en la clase media. Por un tipo de educación que sólo persigue la adquisición de los «refinamientos» que se suponen el sello distintivo de las personas de elevado linaje. Como consecuencia de ello:

(...) governesses and tutoresses invaded the families of tradesmen, farmers, and the lower-middle class, for whom increasing spare time and the acquisition of «accomplishments» to fill this well bred idleness were the specifically female contribution to the conquest of social prestige (90).

En efecto, una vez admitida la necesidad educativa, el recurso a la institutriz es una opción nada despreciable. Las deficientes prestaciones de las escuelas para señoritas (91), las llamadas «boarding schools» y, sobre todo, sus elevadas tarifas, convierten a la profesora doméstica en una solución más asequible, incluso la única para las familias con menores posibilidades económicas.

A pesar de esto, el mercado, como ya decíamos, está desequilibrado por el exceso de oferta y quizás sea este desequilibrio, junto a las mencionadas insuficiencias de preparación y a la carencia de cualquier regulación sobre el tema,

(89) «Governesses», pág. 306.

(90) F. Basch, pág. 109.

(91) Ver Frances Power Cobbe, *Life of Frances Power Cobbe by Herself* (London: Richard Bentley, 1894), vol. I, pág. 57 y siguientes.

los que propicien las deplorables condiciones en que las institutrices han de desenvolverse.

El lamentable panorama que aguardaba a quienes entraban en esta profesión ha sido objeto de numerosos análisis y de encendidas denuncias, tanto en la época como por autores posteriores. Casi todos coinciden en resaltar dos aspectos. En primer lugar, la mezquindad de los salarios que recibían. Hay que tener en cuenta que si bien la misión fundamental asignada a la institutriz era la educativa, resultaba al parecer bastante usual que se le encomendara además la confección y reparación del vestuario de sus pupilos e incluso el cuidado y entrettenimiento de éstos a lo largo de toda la jornada. Por todas estas tareas y por las exigentes cualificaciones que los anuncios demandaban se ofrecían honorarios «generally below that of the cook and butler, and not above that of the housekeeper, footman, and lady's maid» (92).

Con ser penosa esta obvia explotación, más insoportable aún es el aislamiento social a que la institutriz se ve sometida en su nuevo «hogar». Situada en una posición intermedia entre los señores de la casa y el resto de los sirvientes, le está negado participar en cualquiera de los dos círculos: en el primero porque no puede ser aceptada a fin de mantener «that distance which the reserve of English manners and the decorum of English families exact» (93), en el segundo porque es ella quien ha de rechazarlo si quiere preservar su propio respeto y el de los demás.

Claro que ni la proverbial reserva de los modales ingleses ni el decoro familiar impedirán a los caballeros de la casa si la institutriz ha sido suficientemente agraciada por la naturaleza, hacer de ella un objeto sexual. Las tensiones psíquicas a que queda expuesta la víctima de esos posibles intentos de seducción son fácilmente imaginables. Si se trata del pa-

(92) «Governesses», pág. 306.

(93) Elizabeth Rigby, «Vanity Fair, Jane Eyre and the Governess Benevolent Institution», *The Quarterly Review*, 84 (December, 1848), pág. 178.

trón, porque de él depende la continuidad de su sustento; si es uno de los hijos, porque éstos pueden ofrecer amor y rescate.

Como resultado de esta miserable situación, diversas fuentes atestiguan una elevada incidencia de trastornos mentales en este colectivo. «Alas» dice el articulista de «*Eliza Cook's Journal*», «governesses constitute the largest clan of tenants in our lunatic asylums» (94).

Ya en 1843, la corriente de opinión en favor de la mejora de este estado de cosas, se había plasmado en la creación de una institución para la protección de las institutrices: «*The Governesses' Benevolent Institution*». En principio fue una organización de carácter puramente filantrópico, cuyo objetivo era garantizar una ayuda a las profesionales más necesitadas, como las ancianas sin recursos o las desempleadas, y fomentar el hábito del ahorro entre las que disponían de trabajo. Más tarde, ante la escasez de fondos y el continuo crecimiento de las necesidades, fue derivando paulatinamente hacia una sociedad de ayuda mutua que, al mismo tiempo, actuaba también a modo de oficina de empleo.

Pronto se hizo patente, sin embargo, que con estas actuaciones sólo se paliaban los efectos del problema, dejando las causas inatacadas. La situación de las institutrices no mejoraría mientras no se lograra una mayor profesionalización de las mismas y para ello resultaba imprescindible profundizar su educación y garantizar, mediante certificados oficiales, los niveles alcanzados. Así, en 1848, ligado a la Institución, de la que quedaría separado en 1852, abre sus puertas «*Queen's College*», el primer centro de enseñanza superior para chicas de la historia de Inglaterra (95). Sólo un año después, en el seno de la Universidad de Londres, Bedford College seguía sus pasos. Y a partir de ahí, pese a todas las

(94) «*Governesses*», pág. 306.

(95) *Queen's College* se debió a la iniciativa de F.D. Maurice, Charles Kingsley y Alfred Tennyson, y contó con el patrocinio de la reina Victoria.

dificultades y controversias, el progreso educativo de la mujer sería irreversible.

Pero estos avances y sus repercusiones en el panorama laboral de las institutrices y en otros campos, no pertenecen ya a la historia de este primer período. Durante el mismo, el estado de la cuestión en relación con esta parcela del empleo femenino responde sustancialmente a lo que hemos bosquejado en páginas anteriores: unas más que duras condiciones de trabajo y una preocupación por ello que parece general (96) aunque dista mucho de la unanimidad a la hora de proponer soluciones.

Y si la situación de las institutrices es difícil, qué decir de la que han de afrontar las que se ven reducidas a ejercer el tercero de los oficios que antes mencionábamos, el de costurera. Los cronistas son pródigos en descripciones que resaltan los salarios de hambre y las largas y agotadoras jornadas en locales inconfortables, mal iluminados y peor ventilados.

Sin embargo, las postulantes no escasean:

There was never any lack of apprentices of bonnet-making or dressmaking; parents who knew factory labour were often determined to put their daughters to less coarsening work, and somehow found the premiums of £ 30 to £ 60 which were demanded for an apprenticeship (97).

Y el motivo está claro en la cita anterior: los padres están decididos a buscar a sus hijas un trabajo menos ordinario, es decir, más elegante, más propio de la buena cuna que el de la factoría. No importa que en la práctica haya poco que elegir entre el horror de la fábrica y el horror del taller de costura.

(96) Curiosamente esta preocupación, al menos en el período que consideramos, no incluye ningún intento serio de movilización surgido del seno de las primeras víctimas de la situación, las institutrices, que no tratan de organizarse ni resistir.

(97) J. Dunbar, pág. 150.

Posiblemente el reclutamiento de esta ocupación no sea tan abiertamente burgués como el de las escritoras o institutrices. Para las jóvenes de la clase media se trata del último peldaño que pueden bajar sin sufrir un total desclasamiento y, por consiguiente, una completa pérdida de respetabilidad. Para las mujeres de la clase trabajadora es sin duda un ascenso social por el que merece la pena hacer ciertos sacrificios.

5.5. Educación

La actitud de la cultura dominante ante la educación de los miembros femeninos de la clase media está, como no podía ser menos, estrechamente relacionada con el concepto que esa misma cultura tiene sobre la mujer, la función que le encomienda y el rol primordial que le asigna. Dado que estos últimos temas han sido tratados con cierta extensión en epígrafes precedentes, no parece necesario abordarlos aquí nuevamente. Nos limitaremos por tanto a recordar que el papel prioritario que la mujer está llamada a desempeñar, el único que le permite desarrollar cabalmente su misión, es el de esposa y madre. A él, pues, está reservado el máximo grado de respetabilidad y hasta una generalizada veneración.

Pero llegar a ser esposa, una meta insoslayable en este contexto, exige, como obligado paso previo, conseguir un marido. Y hacerlo desde la forzada pasividad que prescriben las rígidas normas que regulan los intercambios sociales con el otro sexo, no parece tarea fácil para la mayoría. Pues bien, preparar a las jóvenes para esta labor, hacer de ellas focos de atracción para posibles pretendientes, objetos valiosos de cara al mercado matrimonial, parece el principal objetivo de la educación.

Para este fin, los padres, fundamentalmente a través de los educadores, intentan por un lado, que sus hijas se asemenjen lo más posible al modelo de mujer establecido, fomentando aquellos rasgos que más valora el otro sexo y reprimiendo aquellos otros que la separan del modelo. Por otro, la joven ha de adquirir algunos conocimientos y, sobre to-

do, las habilidades que le permitirán brillar en sociedad. En efecto, como afirma Carol Dyhouse, en la primera mitad del siglo XIX la educación de las jóvenes de clase media representa «a kind of decorative packaging of consumption goods for display in the marriage mart» (98).

Ante todo, es primordial que la joven posea aquellos atributos que la diferencian del otro sexo y que caracterizan precisamente su naturaleza femenina, es decir, su «feminidad». Por tanto, su educación está encaminada a preservar todo lo que simboliza la negación de la «masculinidad»:

She must be fragile and helpless because males were strong and decisive. She must be amiable because men were portrayed as querelous (sic). She must be sympathetic and flattering because male egos were bruised daily in worldly affairs. She must be demure because men thought of themselves as pursuers. And she must beguile a man into proposing marriage by behaving as if her psychological, rather than say her economic or social existence depended on that one gesture. She must, in other words, fall in love, an appropriate phrase for a person considered irrational (99).

A todo ello debemos añadir su supuesta aptitud para el sacrificio, rasgo que, como ya comentamos, era con frecuencia resaltado en relación con la feminidad. Según G.M. Young el hombre del XIX esperaba de la mujer que fuera buena y añade: «and goodness, in that age of universal charity, imported the service of others, and if service then training for service» (100).

Para conseguir que en el comportamiento futuro destaquen estas cualidades supuestamente femeninas, hay que comenzar con una firme educación ya desde la infancia:

(98) Carol Dyhouse, pág. 177.

(99) E.M. Palmegiano, pág. XIX.

(100) G.M. Young, *Victorian England. Portrait of an Age* (Oxford: Oxford University Press, 1983, first published 1936), pág. 79.

The natural cast of character, and the moral distinction between the sexes, should not be disregarded, even in childhood. That bold, independent, enterprising spirit, which is so much admired in boys, should not, when it happens to discover itself in the other sex, be encouraged, but suppressed. Girls should be taught to give up their opinions betimes, and not pertinaciously to carry on a dispute, even if they should know themselves to be in the right. (...) It is of the greatest importance to their future happiness that they should acquire a submissive temper, and a forbearing spirit; for it is a lesson which the world will not fail to make them frequently practise, when they come abroad into it, and they will not practise it the worse for having learnt it the sooner (101).

Aunque estas palabras de Hannah More son de finales del XVIII, creemos que la filosofía general que encierran es aún válida para la primera mitad del XIX. No hay más que leer las publicaciones de una de las más respetadas escritoras de la época, Mrs. S. Ellis, por ejemplo *The Wives of England* (1843), para comprender que sus recomendaciones están imbuidas de semejante espíritu, y que sus consejos a la mujer le exhortan a ceder ante la opinión del marido, a la sumisión y a la obediencia. Estamos de acuerdo con G.M. Young cuando afirma que en la educación de la mujer no puede negarse la tendencia existente a reprimir su personalidad en aras de un modelo sexual determinado (102).

Pero este fondo de virtudes características de su sexo, que constituye el núcleo fundamental de lo femenino, ha de ser envuelto en un ropaje atractivo. A su consecución habrá de consagrarse, pues, buena parte del esfuerzo educativo.

Entre la clase media, y en las dos décadas que nos ocupan, el diseño de esa envoltura está profunda y crecientemente influido por la generalizada aspiración de ascenso social y la consiguiente tendencia a imitar los comportamientos de las

(101) Hannah More, *Essays on Various Subjects. Principally Designed for Young Ladies* (London: W. Strahan, 1777), págs. 145-146.

(102) G.M. Young, pág. 79.

clases superiores, que ya hemos reseñado en anteriores epígrafes. Para las mujeres esto significa, ante todo, la necesidad de ser y comportarse como una «lady», es decir, al modo de las damas de la aristocracia.

El mundo de la «lady» aparece caracterizado en primer término por la glorificación de lo inútil y el rechazo de cualquier esfuerzo físico o mental (103). Cuanto más triviales sean sus actividades, mejor testimoniarán el éxito económico del padre o marido. De sus conocimientos y habilidades se espera simplemente que sean suficientes para adornar y embellecer la vida de quienes la rodean, proporcionando a los hombres un ambiente de ocio refinado en el que aliviar las tensiones que genera la lucha por la existencia.

La aceptación de este rol como signo de nobleza entre la burguesía, no sin la oposición de importantes sectores de opinión (104), otorga a la propia voz «femenino» una connotación ornamental.

Como era esperable, esta actitud, que valora de modo especial las maneras y destrezas propias de la buena crianza, tiene una incidencia directa en la configuración de los objetivos educativos. Así, el principal de ellos, hacer a la mujer aceptable para el hombre, se plasma en el modelo de educación denominado «finishing». Con él se pretende la adquisición de un refinamiento general de la conducta junto con cierto barniz cultural. Aparte de aprender unos modales distinguidos, la joven debe saber algo de música, arte o geografía, por ejemplo, a fin de poder conversar con sus futuros pretendientes. Estos conocimientos son sólo superficiales y de ningún modo están destinados a desarrollar la capacidad mental de las alumnas ya que la inteligencia en la mujer no es una cualidad deseable. Es éste un aspecto en el que debemos detenernos brevemente.

Ya en los numerosos manuales que empiezan a proliferar a finales del XVIII con el fin de instruir a la joven en sus modales, comportamiento y, sobre todo, en inculcarle cuál

(103) E.M. Palmegiano, pág. XVIII.

(104) Cfr. pág. 236.

era el rol que de ella se esperaba, la inteligencia en la mujer aparece como un rasgo claramente devaluado. Es más, se entiende como una característica que puede perjudicarle en su propósito final de lograr un marido y, por tanto, en su propia felicidad. Se le aconseja, por consiguiente, que mantenga su agudeza mental en secreto, en particular para los hombres:

Wit is the most dangerous talent you can possess. It must be guarded with great discretion and good-nature, otherwise it will create you many enemies. Wit is perfectly consistent with softness and delicacy; yet they are seldom found united. (...) if you happen to have any learning, keep it a profound secret, especially from the men, who generally look with a jealous and malignant eye on a woman of great parts, and a cultivated understanding (105).

Y esta era una actitud que debía continuar aun después de casada pues de ello dependía en buena medida su felicidad y la estabilidad del matrimonio. Así, años después de las recomendaciones de John Gregory, concretamente en 1843, la reconocida escritora Mrs. Ellis daba consejos parecidos a las esposas basándose en que «they [intellectual endowments] are not the qualifications of female character which conduce most to her own happiness, or the happiness of those around her» (106).

Al no ser la inteligencia un valor cotizable en el mercado matrimonial, es lógico que en la educación de la joven no se pretendiera cultivarla. Es mucho más rentable, habida cuenta del fin que se persigue, el desarrollo de otras habilidades, altamente valoradas, que supuestamente testimonian mejor su feminidad, delicadeza y refinamiento. Así, por ejemplo, el baile, el canto, el dibujo y el aprendizaje de algún instrumento musical, constituyen materias primordiales del programa educativo. Junto a ellas, se concede también

(105) John Gregory, *A Father's Legacy to his Daughters* (London: W. Strahan, 1774), págs. 30-32.

(106) S. Ellis, pág. 114.

importancia a la enseñanza de lenguas modernas, como el francés y el alemán, pues su conocimiento siempre da un toque de distinción a su poseedora.

En términos generales, las dos vías más frecuentes para proporcionar este tipo de instrucción a las jóvenes de clase media son los «boarding schools» y la enseñanza en el propio hogar a cargo de una institutriz. Algunas familias contrataban también los servicios de un profesor para que impartiera lecciones a sus hijas en determinadas materias (107), pero esta medida era poco común pues la rígida convención victoriana no veía con buenos ojos esa presencia masculina en la casa.

Los «boarding schools» proliferaron por toda Inglaterra. Cualquier ciudad que se preciara contaba al menos con uno y con varios las que gozaban de mayor prosperidad. Pese a ello, su coste resultaba bastante elevado (108), circunstancia ésta que no se justifica por los servicios ofrecidos, como tendremos ocasión de ver, sino que más bien parece una medida destinada a asegurar la selección social del alumnado. Quizás sea éste uno de los motivos que justifica la preferencia de los padres por su utilización; después de todo se trata de un signo externo más de la prosperidad económica familiar. Por otro lado, existe la impresión general de que es en este tipo de centros donde «the feminine virtues, together with the more showy of feminine accomplishments, could have a high polish put on them for the marriage market» (109).

Respecto a las materias, disciplina y funcionamiento en general de los «boarding schools», contamos con el valioso testimonio de Frances Power Cobbe, quien en 1836 fue enviada por sus padres a Brighton, nada menos que desde Irlanda, para recibir la instrucción adecuada en uno de ellos.

(107) Tenemos un ejemplo en las hermanas Reed, Eliza y Georgina.

(108) Según F. Basch, pág. 112, el precio de la estancia anual en uno de estos centros oscilaba, por los años cuarenta, entre 70 y 80 libras, mientras que podía contratarse a una institutriz por el mismo período por tan sólo 20 ó 30 libras. No es preciso resaltar el ahorro que esta segunda opción podía representar para una familia con varias hijas.

(109) J. Dunbar, pág. 135

Ella nos ha dejado un detallado relato de sus experiencias colegiales, incluyendo también comentarios acerca del estado en que se encontraba la educación de la mujer, lo que supone un material de especial interés para nosotros. Resumimos a continuación parte del texto que dedicó en sus memorias a la etapa educativa en Brighton:

The education of woman was probably at its lowest ebb about half-a-century ago. It was at that period more pretentious than it had ever been before, and infinitely more costly than it is now; and it was likewise more shallow and senseless than can easily be believed.

*(...) The din of our large double schoolrooms was something frightful. Sitting in either of them, four pianos might be heard going at once in rooms above and around us, while at numerous tables scattered about the rooms there were girls reading aloud to the governesses and reciting lessons in English, French, German, and Italian. This hideous clatter continued the entire day till we went to bed at night, (...) In the midst of the uproar we were obliged to write our exercises, to compose our themes, and to commit to memory whole pages of prose. (...) All the pupils were daughters of men of standing (...) Many were decidedly clever and nearly all were well disposed. (...) But all this fine human material was deplorably wasted. Nobody dreamed that any one of us could in later life be more or less than an «Ornament of Society» (...) Not that which was good in itself or useful to the community, or even that which would be delightful to ourselves, but that which would make us admired in society, was the *raison d'être* of each requirement. (...) at the top were Music and Dancing; and generally performed in a showy and tasteless manner on harp or piano. (...) Next to Music and Dancing (...) came Drawing (...) Then followed Modern Languages. Not Greek or Latin were heard of at the school, but French, Italian and German were chattered all day long (110).*

Existen otros testimonios de alumnas que nos permiten ampliar nuestros conocimientos acerca de estos pensionados femeninos. Las referencias que tenemos describen una mala alimentación, penuria de medios y condiciones higiénicas lamentables en muchos de ellos. Aunque no es nuestro propósito recopilar ahora los avatares que padecieron muchas de estas jóvenes (111), sí queremos resaltar el hecho de que poco a poco van surgiendo, y aumentando con los años, las voces que públicamente critican y denuncian tanto las condiciones materiales como el sistema de enseñanza y la finalidad educativa que perseguían. De todas formas, en la época que nos hemos delimitado, los «boarding schools», o «finishing schools» como también aparecen denominados, estaban en auge y es sólo a finales del siglo XIX cuando comienza su decadencia.

La otra vía educativa que señalábamos en páginas anteriores es la que tiene por ámbito el propio hogar y está a cargo de la institutriz. Esta solución era adoptada con frecuencia por las familias de menos poder adquisitivo ya que resultaba incluso notablemente más económica que la permanencia de una sola chica en un «boarding school». Así pues, el recurso a la institutriz es la única alternativa para los estratos inferiores de la clase media, ansiosos también de proporcionar a sus hijas la refinada educación que les depare la oportunidad de un matrimonio ventajoso, y una opción razonable para quienes ven con cierto recelo las escuelas debido a las críticas que les llegan sobre ellas.

El principal requisito que se exige a las institutrices es «la buena cuna», puesto que ésta constituye la garantía de haber recibido una educación semejante a la que han de transmitir a sus pupilas. Elizabeth Rigby, en su conocido artículo sobre *Jane Eyre*, expresa perfectamente esta idea con las siguientes palabras:

(111) Josephine Kamm hace un documentado estudio sobre los «boarding schools» en el capítulo X de su obra *Hope Deferred-Girls' Education in English History* (London: Methuen, 1965).

(...) We shall ever prefer to place those immediately about our children who have been born and bred with somewhat of the same refinement as ourselves (112).

A partir de los años cuarenta hay un aumento en la demanda de institutrices, produciéndose también, por las causas que ya hemos analizado en páginas anteriores, un considerable incremento en la oferta. Nos interesa conocer ahora las consecuencias de este fenómeno social en el terreno educativo.

Lo primero que se evidencia es la falta de preparación de muchas de las nuevas institutrices para desempeñar bien su oficio. De hecho, cualquiera con conocimientos de francés, música, dibujo, lectura y escritura, además de poseer buenos modales, parecía creerse capacitada para ejercer este trabajo (113). Esta falta de cualificación profesional provocó algunas denuncias en la prensa. Así por ejemplo, una conocida revista de la época al tratar el tema afirmaba: «(...) many young women who fill the situation of governess in private families cannot write a correct note» (114). Años más tarde, Elizabeth Sewell al cuestionarse la situación profesional de las mismas se preguntaba: «What do they know? They themselves will answer—in all humility and truthfulness—'Nothing'» (115).

La deficiente preparación de buen número de preceptoras no se manifiesta sólo en la insuficiencia de sus conocimientos concretos sino que parece afectar también a sus modales, asunto éste aún más crítico para una clase media con claras pretensiones sociales. Elizabeth Rigby apunta en esta dirección cuando señala como causa de los males que aquejan a las institutrices la intromisión en esta parcela laboral de jóvenes de una extracción social inadecuada:

(112) Elizabeth Rigby, pág. 178.

(113) F. Basch, pág. 110.

(114) «The Female Education», *The Magazine of Domestic Economy* (1836-1847), pág. 262. Cita tomada de J. Kamm, pág. 170.

(115) J. Kamm, pág. 170.

(...) *Farmers and tradespeople are now educating their daughters for governesses as a mode of advancing them a step in life, and thus a number of underbred young women have crept into the profession who have brought down the value of salaries and interfered with the rights of those whose birth and misfortunes leave them no other refuge* (116).

En resumen, cuando el mercado matrimonial, debido a la existencia de importantes movimientos de emigración masculina, se torna incapaz de absorber a las jóvenes en edad de casarse y muchas de ellas se ven obligadas a ganarse la vida por sí mismas, su formación se revela dramáticamente insuficiente. Así, a las voces procedentes del campo feminista, que nunca gozaron de mucho eco, se suman ahora otras que, desde posiciones ideológicas distintas, propugnan también un cambio en el esquema educativo capaz de hacer frente a las nuevas necesidades.

Para los defensores de la emancipación de la mujer, la polémica sobre la educación femenina resulta ya antigua. Viene por lo menos desde 1792, el año en que se publicó la famosa obra de Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman* (117). Este es el primer manifiesto de la historia contemporánea británica que demanda públicamente, aparte de otros derechos civiles y políticos, una educación para la mujer igual a la del hombre. Sin embargo, en el período que va desde la aparición del libro hasta mediados de siglo, muy poco se avanzó en la actitud de la sociedad, aunque hay que resaltar la existencia de voces aisladas que se interesaron por el tema y que fueron abonando el terreno para los cambios que habrían de producirse en la segunda mitad del XIX.

Años antes de la Reform Bill de 1832, se publicó otro de los libros que han marcado un hito en la historia del feminismo. Nos referimos a la obra de William Thompson: *Appeal of Women*, exponente claro de una postura progresis-

(116) E. Rigby, pág. 180.

(117) Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman* (New York: The Norton Library, 1967).

ta en lo que a la mujer se refiere. Ciñéndonos al aspecto educativo, Thompson aboga por una actitud más flexible e igualitaria para ella. En una sociedad en la que la inteligencia de la mujer no tiene valor alguno y en la que su felicidad está cifrada en el hogar, en su rol de madre y esposa, él proclama una concepción distinta en la que precisamente su desarrollo intelectual y cultural le puede brindar la felicidad:

(...) From want of education, of early culture, equal to that of men, in every branch of useful knowledge, women lose the immense accession to their happiness which intellectual culture would afford them.

(...) the pleasures of intellectual communication, of interchange of thought and speculation, are but a part of those lost by women from that intellectual imbecility into which man's perverse notions of selfish interest drill them (118).

Durante los años treinta continuaron las críticas al sistema educativo, al mismo tiempo que las peticiones para mejorarlo. En este terreno hay que resaltar, aunque sea brevemente, la labor de tres mujeres: Miss R. Mudie, Mrs. J. Sandford y Miss Catherine Sinclair. Ellas piden igualdad en la educación desde la infancia. Se quejan de que lo puramente ornamental y decorativo ocupe un lugar primordial en la instrucción de las jóvenes, e insisten en la necesidad de que adquirieran unos conocimientos que les sean útiles y prácticos. Pero la respuesta de la sociedad victoriana fue de indiferencia y sus peticiones, en verdad bastante moderadas, apenas tuvieron eco (119).

La polémica salta de nuevo a la luz pública en 1843 con la obra de Mrs. Hugo Reid: *A Plea for Woman*. Mrs. Reid solicita con insistencia absoluta igualdad entre los sexos, tanto en el terreno civil y político como en el educativo. Afirma que la sociedad no puede seguir ignorando por más tiempo

(118) W. Thompson, págs. 80-81.

(119) J. Kamm, págs. 167-169.

el estado en que se encuentra la educación de sus mujeres. Pero, como comenta J. Kamm:

(...) Marion Reid's plea was considered far too eccentric to be taken seriously. It could scarcely have been otherwise at a time when the forces of reaction were so powerful and the political emancipation of women still far away in the future (120).

Así las cosas, la inquietud parece extenderse algo más, como antes comentábamos, con el espectacular incremento del número de mujeres que han de trabajar para vivir y, más concretamente, con el problema que plantea la lamentable situación de las institutrices. Su reconocida ignorancia y las desastrosas condiciones laborales en las que trabajaban hicieron que las fuerzas más progresistas de la sociedad se movilizaran en pos de mejoras concretas. Obviamente, el punto clave estaba en conseguir una buena preparación profesional; sólo así podrían demandar mejores salarios.

Uno de los primeros intentos por elevar el estatus de la enseñanza como profesión para la mujer fue realizado en los años 1831-35 por la revista de ideología utilitarista «The Quarterly Journal of Education». Pero en realidad el gran impulso llegó varios años después. Primero, cuando en 1843 se creó The Governesses' Benevolent Institution con fines de protección, ayuda y consejo a las más necesitadas y luego, en 1847, cuando bajo la tutela de Maurice, profesor de literatura inglesa en el King's College de Londres, y de su amigo Charles Kingsley, entre otros, se estableció un programa de conferencias destinado a aquéllas que iban a dedicarse a la enseñanza. Estas conferencias fueron un éxito y la asistencia mayoritaria.

En 1848 se fundaba oficialmente el Queen's College for Women y poco después el Bedford College.

Fue, como vemos, a través del problema de las institutrices como se llegó a una preocupación social por la educa-

(120) J. Kamm, pág. 170.

ción de la mujer que finalmente comenzó a materializarse en algunos avances concretos.

De todas formas, este modesto y limitado cambio de actitud no ocurriría hasta el final del período de nuestro estudio, es decir, ya en la segunda mitad del XIX, lo que no altera, por tanto, el panorama educativo que hemos descrito en páginas anteriores. Hasta tal punto esto es así que, aun siendo innegables las mejoras conseguidas a partir de los años 50, G.M. Young afirma al tratar el tema que la confrontación entre los dos sectores, el tradicional y el progresista «is a Late-Victorian theme, almost a Late-Victorian revolution: in Mid-Victorian England only the first mutterings of the revolution can be heard» (121).

(121) G.M. Young, pág. 81.

PARTE III

CONCLUSIONES

El tratamiento de la sexualidad en *Jane Eyre* es, aparentemente, lo que confiere a la obra su carácter de piedra de escándalo para la sociedad de su época. Las aportaciones de Tom Winnifrith en torno a la recepción de la novela muestran que, salvo contadas excepciones, la reacción de la crítica fue bastante más hostil de lo que se había pensado hasta entonces (1). Sin negar las cualidades del libro, avaladas por su rápido éxito de ventas, o quizás precisamente por ellas, los críticos parecen querer esforzarse por alentar al público sobre el daño moral que puede derivarse de la introducción de Rochester y Jane en las tradicionales veladas de lectura familiar.

El motivo de esta alarma no es, desde luego, obvio. Resulta difícil, al menos en primera instancia, aceptar para el texto el calificativo de inmoral. Porque lo cierto es que en el comportamiento de la protagonista, que es sin duda la que marca la pauta de la moralidad propugnada, no hay ni una sola transgresión importante del código de castidad victoriano. Sólo desde una postura de ridícula pacatería podrían ponerse serios reparos a la aceptación de algunas ingenuas caricias de su enamorado en la primera fase del cortejo. En lo fundamental, Jane, a pesar de la vehemencia de su amor, sabe resistir con entereza las tentaciones y mantenerse fiel a «la ley dada por Dios y sancionada por los hombres».

(1) Tom Winnifrith, *The Brontës and their Background. Romance and Reality* (London: Macmillan, 1977), págs. 110-138.

De Rochester, en cambio, sí que nos constan flagrantes violaciones del código, pero éstas no sólo son condenadas de modo explícito por Jane sino que resultan inequívocamente castigadas en su invalidez final. El propio agente de su castigo, el fuego, sugiere su sentido de purificación, de expiación de culpa, además del origen divino de la sanción. El hecho de que Rochester termine por reconocerlo así, en lo que constituye una clara manifestación de arrepentimiento y conversión, parece que debería bastar como testimonio del fondo ejemplarizante de la novela en este terreno, incluso a los ojos de los moralistas más estrictos.

Sin embargo, es evidente que no basta. Y no basta porque, como sabemos, las exigencias de la moralidad sexual de la época van más allá del simple respeto al código de castidad. Alrededor de éste, a modo de una primera barrera protectora de la virtud, la convención ha establecido un conjunto de normas que también deben ser observadas: las que configuran la famosa gazmoñería victoriana. Para la literatura considerada seria las prohibiciones son especialmente rígidas y, en la práctica, obligan a un completo olvido del sexo. Pues bien, es obvio que este mandato ha sido ignorado en *Jane Eyre*. Porque no es sólo que las pasiones sexuales jueguen un papel insoslayable en la novela sino que además se nos ofrece un muestrario, relativamente amplio para los usos literarios del tiempo, de las conductas «aberrantes» a que tales afectos pueden abocar. Así, hay adulterios constatados, encarnados en las amantes continentales de Rochester, sugerencias de infidelidades previas por parte de Bertha, otras que apuntan a un cierto desenfreno pasional en el período de convivencia de ambos y, como colofón, la deliberada y fría tentativa de bigamia del señor de Thornfield. Por si esto fuera poco, la positiva valoración global que Rochester merece a la protagonista amortigua en cierto modo la innegable condena que ésta hace de su heterodoxo comportamiento. Más aún, la convicción y el ardor con que Rochester defiende su posición, su derecho a ser feliz por encima y hasta en contra de las normas, encuentra un eco tentador en Jane que, aunque no sea

suficiente para torcer su recta voluntad, podría resultar peligroso para conciencias menos formadas. Pero sabemos que ni siquiera ese ligero atisbo de ambigüedad: censura sin paliativos de la conducta desviada, de un lado, alta valoración, comprensión y aun simpatía personal, de otro, sería necesario para entender la reprobación de la novela por la crítica ortodoxa. Porque es la sola mención de acciones prohibidas, es más, el mero reconocimiento de la existencia del deseo sexual como motivo de importancia en la vida de las personas, y por tanto también de las mujeres, lo que resulta reprochable. Y ello al margen del contexto en que se haga, al margen incluso de la intención moralizante del autor. En materia de sexo, la convención, esa todopoderosa dama victoriana, impone un casi absoluto enmascaramiento de la realidad, exige que la tentación no aparezca ni para ser vencida.

Hay todavía otro aspecto de la visión de la sexualidad que la novela nos depara, con implicaciones en otros campos como tendremos ocasión de ver, que es de suma importancia destacar. Si la apasionada reivindicación que Rochester hace de su derecho a ser feliz encuentra en Jane el eco que comentábamos, es porque ella comparte plenamente esta actitud vital. Y, desde luego, asume, como él, que la realización sexual, la satisfacción de sus impulsos eróticos, constituye una parte trascendental de su felicidad personal. Lo que la diferencia de Rochester es que ella no admite que tal derecho esté por encima de cualquier otra consideración. En Jane hay una evidente tendencia a negociar su realización en términos que preserven la convención. Por eso no puede aceptar la propuesta de Rochester de convertirse en su amante, que la situaría fuera de las reglas, pero también por eso ha de rechazar la de St. John, moralmente irreprochable, que implicaría el sacrificio de sus aspiraciones más íntimas. Ambos extremos deben ser evitados. Sólo la solución final, ser la Sra. de Rochester, armoniza de modo adecuado los elementos en conflicto: permite la vivencia del amor y ofrece un papel social envidiable.

Pero la pureza, en particular la femenina, no es, lógicamente, el único valor que la cultura victoriana defiende. Relacionados con el matrimonio, el trabajo y la educación, que constituyen el resto de los temas de nuestro interés, hay además otros, que son los que conforman, junto con aquél, el cuadro de actitudes sociales que hemos tratado de describir en la segunda parte de este estudio. La confrontación de ese cuadro con el resultado del análisis de la novela, nos proporcionará sin duda nuevos argumentos para entender el rechazo que constatabamos al comienzo de estas líneas.

En lo que respecta al matrimonio, Jane comparte la concepción de su época que hace de la condición de esposa y madre el estado ideal de la mujer. Ya señalamos que esta valoración tiene su principal fundamento en la del amor, que es su mayor anhelo. Sin embargo, por paradójico que en principio pueda parecer, es evidente que hay también en *Jane Eyre* un intento de rehabilitación de la soltería. No hasta el punto de considerarla como una alternativa valorable en pie de igualdad con el matrimonio, pero sí reivindicando claramente su dignidad. La soltera puede y debe ser respetable y respetada. Para hacerse acreedora a esta estimación, para no resultar degradada, lo importante es no hacer de la consecución de un marido su única perspectiva vital, como le ocurre a Blanche Ingram. Si éste llega, mucho mejor, pero si no, y también entretanto, el trabajo o, para quienes ya disponen de recursos económicos independientes, el ejercicio de alguna actividad satisfactoria, pueden proporcionar un contenido a su vida y una ocupación a su tiempo.

Jane defiende la igualdad básica entre hombre y mujer, un principio que también pregonaba el ideal femenino victoriano. Para ella esta igualdad es de orden espiritual y se basa, fundamentalmente, en las virtudes morales que se atesoran o en los rasgos de carácter con capacidad potencial para alimbrarlas. Son estas virtudes y su peculiar conciencia de clase, que extrae de entre los signos distintivos de la jerarquía so-

cial aquéllos que más le favorecen (2), los que le permiten asimilarse a Rochester o sentirse superior a Blanche. Pero eso no le impide ser también agudamente consciente de que son otros los datos de la realidad que configuran a las clases. Así, su visión de la igualdad no constituye una alternativa ética a la estratificación social existente; sólo suaviza el tránsito entre los grupos.

Tampoco su afirmación igualitaria confronta la exigencia social de subordinación al marido, aunque, eso sí, impone sus límites a la misma. Para Jane, la subordinación admisible consiste en una apropiada deferencia que evite la sumisión. La igualdad espiritual y la independencia económica de partida posibilitan, más de un modo subjetivo que objetivo (3), el mantenimiento de ese delicado equilibrio. La relación final entre Rochester y Jane constituye una interesante muestra de él. Ella es, además de su esposa, su lazarillo, y esta situación combina adecuadamente la servidumbre con un cierto poder que amortigua y dulcifica aquélla, produciendo una impresión global de equidad que no obvia, sin embargo, la asimetría subyacente.

El autosacrificio, esa característica central de la noción victoriana de feminidad, es considerado bueno, pero sólo hasta cierto punto, y es éste precisamente el que la novela explora. Los dos ejemplos más atractivos de abnegación, Helen Burns y St. John Rivers, son desde luego admirables, pero es imposible para Jane emularlos. El primero es una muestra pura de renunciación pasiva que nuestra protagonista no puede asumir. El segundo, en cambio, es una mezcla de santa abnegación sin límites que no puede ser satisfecha dentro del estrecho marco de la vida ordinaria. Para entonces,

- (2) Por ejemplo, su educación de señora, sus gentiles hábitos de comportamiento, su finura espiritual o sus inquietudes culturales.
- (3) Decimos esto porque la igualdad espiritual ya es, de por sí, un dato subjetivo y la independencia económica, que en principio no lo es, pasa a serlo en el mismo momento de la boda. La legislación vigente en ese momento histórico sobre matrimonio y propiedad consagra la dependencia económica de la mujer respecto del marido, cualquiera que fuera su posición de partida.

sin embargo, Jane ya sabe que su ambición sí puede ser colmada, que su anhelo de un horizonte más amplio y rico está encarnado en la persona de Rochester, definitivamente plasmado en su aspiración de compartir la vida con él.

Si Helen constituye, como parece, la representación más genuina del ideal femenino de la época, al menos en el aspecto que comentamos, es evidente que Jane no considera éste como un modelo a seguir. Su disposición al autosacrificio no será menor pero tampoco mayor de lo que exija el estricto respeto a la convención. De ahí que por dos veces rechace ante Rochester el papel de ángel que éste le sugiere y que, en una de ellas, su rechazo vaya inmediatamente seguido por una frase de inequívoca autoafirmación: «I will be myself» (pág. 288).

Que en *Jane Eyre* hay una ferviente defensa del amor como motivación primaria del matrimonio es, seguramente, la conclusión menos discutible de cuantas hemos establecido hasta ahora y de las que podamos destacar en adelante. Hasta tal punto se considera importante el amor que, como hemos repetido varias veces a lo largo de este trabajo, la valoración del matrimonio reposa en buena medida en la del amor, cuya vivencia constituye la aspiración suprema de Jane.

Hay pues en la novela un indudable alegato contra los matrimonios mercenarios y, en consecuencia, una inequívoca descalificación del mercado matrimonial, vigente como sabemos en el primer período victoriano. Es ésta una actitud de manifiesta rebeldía contra lo establecido, una protesta en nombre de las emociones contra el injusto olvido a que han sido sometidas en el ámbito que les es más propicio. Pero en Jane las tendencias rebeldes y conformistas aparecen casi siempre íntimamente ligadas y, por tanto, terminan llegando a un compromiso. Así, ella no postula el rechazo de los valores que el sistema ha consagrado. Es más, su deseo de una relación más igualitaria entre los cónyuges y su convicción final de que ésta sólo será posible si las condiciones de fortuna y posición social de ambos son semejantes, le obliga a considerar también estos factores. Por consiguiente, ella só-

lo propugna un cambio que haga del amor una condición necesaria aunque no suficiente. En resumen, si el matrimonio sin amor es criticado por inmoral, el matrimonio sólo por amor es, cuando menos, una decisión irresponsable.

El concepto del amor que Jane sustenta inscribe a Charlotte Brontë, con todo merecimiento, en la corriente literaria de reivindicación del sentimiento amoroso que surge en los años 40 y 50 y que será en parte responsable de la quiebra del mercado matrimonial a partir de los 60. La visión que de aquél nos transmite la novela corresponde exactamente a la que, siguiendo a Houghton, describíamos en los siguientes términos: el amor no es algo carnal y demoníaco de lo que avergonzarse sino algo puro y hermoso; no es una tentación contra la que hay que luchar sino una gran fuerza ética que puede proteger a los hombres contra la lujuria e incluso purificar y reforzar su voluntad moral; no es una experiencia limitada al cortejo sino que continúa a lo largo de la vida, animando a marido y mujer no menos que al amante y su amada. La propia Charlotte, en respuesta a una crítica de Harriet Martineau sobre *Villette*, hace explícita su defensa del amor como sentimiento digno del mayor respeto:

I know what love is as I understand it; and if man or woman should be ashamed of feeling such love, then is there nothing right, noble, faithful, truthful, unselfish in this earth (4).

Sin embargo, en contraste por ejemplo con el ideal femenino de Patmore, quizás el exponente más característico de esa literatura de reconstrucción del amor, Jane no es, como hemos visto, un ser desexualizado y, consiguientemente, su amor tampoco lo es. Nuestra protagonista, y sobre todo Rochester, han de aprender en el transcurso de la novela a domeñar su pasión, a domesticarla, a liberarla sólo cuando

(4) Thomas J. Wise and J.A. Symington, eds., *The Brontës: Their Lives, Friendships and Correspondance* (Oxford: Basil Blackwell, 1932), vol. IV, pág. 42.

es racionalmente posible, cuando la norma lo permite, pero, ni uno ni otro renuncian a ella porque los dos sienten que en su satisfacción reside una parte importante de su felicidad personal. Así, la impresión que nos deja su relación final en Ferndean es la de una emoción amortiguada, la de un fuego más controlado pero no, desde luego, la de un afecto sin deseo.

Al igual que Jane presenta interesantes diferencias con el ideal femenino victoriano, tampoco su elegido coincide con el ideal masculino. Rochester no es desde luego un modelo ni siquiera para ella, que aprecia en su carácter, y por supuesto en su comportamiento, defectos que requieren corrección. Pero, globalmente considerado, no cabe duda de que él le merece una valoración muy superior a la de cualquiera de los personajes masculinos de la novela. Así pues, Rochester es el héroe, un héroe en cierto modo brutal, deficientemente socializado, que por su estatus parece estar eximido de la necesidad de mostrar su gentileza con su conducta y por su situación personal se siente en lucha con la sociedad y, por tanto, al margen de la convención.

De un lado, Rochester es esencialmente masculino, incluso demasiado. Representa, por así decirlo, la masculinidad sin paliativos: es activo, fuerte, decidido, firme, enérgico, resuelto, inteligente y tiene una gran energía sexual que no es capaz de desviar hacia metas de mayor aceptabilidad social. De otro, su apasionamiento, que en él, a diferencia de lo que ocurre con St. John, no está al servicio de los objetivos que la razón le marca, sino más bien al contrario, otorga a su personalidad algunos rasgos supuestamente femeninos. Así, las emociones propias tienen en él más posibilidades de expresión y las ajenas más eco que lo que la frialdad del estereotipo masculino preconiza. Aunque sólo fuera por esto, que no lo es, Rochester está mucho más lejos que St. John del ideal de hombre que la época propugna. Si St. John resulta algo inconventional es únicamente porque lleva hasta el extremo el punto de vista ortodoxo de que el sentido del deber debe primar sobre los sentimientos. Este inusual grado de exigencia moral consigo mismo, aun con su negativa

contrapartida de intolerancia, da a su postura un aire de sinceridad y hasta un cierto toque caballeresco, que ejercen una ambigua atracción sobre Jane. Juzgando, pues, con parámetros sociales, St. John debería ser, con mayores merecimientos que Rochester, el héroe de la novela. Y desde luego es también un héroe, como demuestra el recuerdo que Jane le dedica al final de la obra, pero no su héroe, quizás porque, como ya hemos señalado, tampoco ella representa fielmente a la heroína-modelo.

Era lógico que Rochester, por su inconventionalidad, suscitase el rechazo o, cuando menos, la sorpresa de los críticos coetáneos. La mayor parte de éstos coincide en afirmar que se trata de un hombre del que, en la vida real, ninguna mujer digna de tal título podría enamorarse. Sin embargo, es evidente que despierta el amor de Jane. Y probablemente lo haga porque, a despecho de sus brusquedades y cambios de humor, él es capaz de tratarla como a una igual y no como a una frágil y estúpida muñeca que necesita ser mimada y protegida.

La referencia al tercero de los grandes temas que han constituido la espina dorsal de nuestro estudio, la actitud ante el trabajo, ha de empezar constatando que Jane valora éste, aunque abomine de las condiciones concretas de las opciones existentes para la mujer, sobre todo porque le proporciona independencia económica; una independencia que le evita la degradación de tener que recurrir al matrimonio por interés para asegurar su subsistencia. Por tanto, el trabajo, en su sentido genérico de esfuerzo y no sólo en el más restrictivo de ejercicio de una actividad asalariada, es simplemente un medio, no un fin en sí mismo y, por consiguiente, tampoco una virtud ni un deber, como postulan la doctrina evangélica y la filosofía mercantil. Así, si algún otro afortunado camino depara el mismo fin que el trabajo persigue, su valor, que es meramente instrumental, desaparece. Como decíamos del burgués medio del primer período victoriano, Jane también aspira a liberarse de él, pero, también como para aquél, su liberación no consiste en un mero no hacer nada. La ocupación sigue siendo importante porque la inactividad

parece sinónimo de infelicidad, mas ahora se trata de sustituir la esclavitud de un oficio por actividades de ocio, adaptadas a sus propias aficiones e inquietudes, placenteras en sí mismas y encaminadas a su realización, al desarrollo de sus talentos. El ejemplo más depurado que hay en la novela de este tipo de ocupaciones, lo constituyen las que comparte con las hermanas Rivers en el período que pasan juntas en Moor House: labores de cultivo del espíritu que suponen la entrada en el mundo de refinamiento y belleza que el burgués considera inherente a la verdadera gentileza.

Merece la pena destacar que este concepto de la actividad no retribuida como vía de autodesarrollo en vez de como trabajo por y para los demás, supone, de nuevo, un flagrante conflicto con la virtud de la abnegación, central en la definición del ideal femenino.

Cuando el matrimonio llega, da la impresión de que la vivencia del amor extingue todas las inquietudes no relacionadas con él. El cuidado del hogar, la atención al marido y, sobre todo, el cultivo de la relación, absorben completamente el tiempo y el interés. El amor convierte el papel de esposa en una vocación y su ejercicio en compendio de realización y felicidad.

La educación es para Jane un bien inestimable. Su época, ya lo hemos visto, considera la educación femenina, fundamentalmente, como una preparación para el matrimonio y, de modo más específico, como un valor de cara al mercado matrimonial. Los padres de la clase media, incluso los menos acomodados, no dudan en hacer importantes sacrificios económicos con tal de proporcionar a sus hijas una situación más favorable en la dura competencia que supone la consecución de un marido apropiado. Jane, que obviamente deplora la consideración del matrimonio como mero recurso de subsistencia para la mujer, precisamente porque le reserva un papel más elevado, sustenta una visión distinta. Para ella, el principal valor práctico de la educación reside en que posibilita el acceso al trabajo y, consiguientemente, a la independencia; una independencia que, como hemos señalado an-

tes, es condición indispensable para la respetabilidad de la soltera e imprescindible soporte de partida para una razonable aspiración de igualdad con el cónyuge, en la casada.

Por otra parte, la posesión de una adecuada formación, de acuerdo con los cánones de su tiempo, es también un signo de clase que permite a una persona como Jane, que carece de otros distintivos más obvios, configurarse, de un modo objetivo (5) y, sobre todo, subjetivo, una identidad social aceptable para ella.

Pero la educación no tiene sólo un valor de uso. Considerada desde un punto de vista dinámico, es decir, como proceso más que como producto acabado, representa para Jane una vía de desarrollo personal y por ello es, dentro y fuera del reglado ámbito académico, una actividad satisfactoria y placentera, acorde con sus propias inclinaciones e inquietudes. El estudio, la lectura, el dibujo, la pintura, son ocupaciones que le permiten trascender el restringido marco de su realidad diaria y le proporcionan una perspectiva de ese horizonte más rico y abierto que ansía, entretanto el amor de Rochester viene a colmar todas sus aspiraciones. En coherencia con esta visión, es lógico que Jane considere insuficientes los modestos contenidos del diseño educativo convencional y desee ampliarlos y profundizarlos. Y también lo sería que hubiera en la novela una explícita defensa de reformas del sistema que proporcionasen a la mujer similares oportunidades formativas a las que el hombre disfruta. Sin embargo, una vez más, Jane parece huir de abanderar francamente cualquier cambio social y, así, después de equiparar las necesidades y sentimientos de hombres y mujeres, se limita a una moderada petición de tolerancia hacia aquellas que quieran hacer o aprender más de lo que la costumbre estima necesario para su sexo.

- (5) Recordemos que Jane es reconocida como una señora por Bessie y Hannah, precisamente en base a los conocimientos y destrezas que su educación le ha proporcionado, y que los Rivers cuando la encuentran en la puerta de Moor House, son capaces de intuir en ella a una igual por su forma de expresarse, a pesar de su actitud pedigüña.

Al iniciar estas líneas dijimos que, en apariencia, era el tratamiento de la sexualidad lo que confería a la novela su carácter de piedra de escándalo para la sociedad de su época. En efecto, en una primera lectura no cabe duda de que es la presencia de ciertos tópicos prohibidos, como el adulterio o la bigamia, en el contexto de una sociedad y, aún más, de una literatura dominadas por la mojigatería, lo que resulta más inconventional. Pero ahora sabemos que hay algo aún más peligroso que las abiertas transgresiones morales de Rochester. Ahora sabemos que es la misma esencia de la propuesta de mujer que Jane representa, la que hace de ella una compañera poco recomendable para las veladas victorianas.

A lo largo de estas páginas, a través de los temas que han encauzado nuestro análisis, hemos podido constatar la existencia de una notable invariante entre las actitudes de Jane: su indómita resistencia al sacrificio de sí misma, su falta de resignación con el papel que aparentemente le está reservado, su apasionada reivindicación del derecho a aplicar sus esfuerzos a la consecución de sus propias metas, en suma, de su derecho a ser feliz. Todo ello, no hay que decirlo, está en franco conflicto con la virtud de abnegación que el ideal femenino postula. Y los más acendrados defensores de la ortodoxia intuyen, probablemente con razón, que la exaltación de esta virtud es un punto crucial para el mantenimiento del equilibrio convencional entre los sexos, y que éste, a su vez, resulta vital para la supervivencia del modelo social. Ahora que la mujer no es diablo sino ángel y que, por tanto, no puede ser sometida por la fuerza, es imprescindible que acepte voluntariamente la sumisión.

El potencial de rebeldía que hay en Jane, hemos de apresurarnos a recordarlo, aparece sensiblemente amortiguado por una también evidente aspiración de conformidad. Ella no quiere conculcar la norma; es más, desea fervientemente amoldarse a ésta para obtener así la aprobación de su entorno, pero siente, más que piensa, que ha de hacerlo sin renunciar a su naturaleza. La necesidad de encontrar un compromiso entre estos dos polos, hace de Jane una extraordi-

naria amalgama de rebelión y conformismo que ha producido en críticos posteriores los juicios más dispares.

Si hubiéramos de resumir en una moraleja el mensaje de *Jane Eyre*, podríamos hacerlo, parafraseando a Q.D. Leavis (6), en los siguientes términos: una vida buena, en el sentido ético, puede y debe ser, también para la mujer, una vida feliz. La exigencia de moralidad, es decir, de respeto a la convención, ahorró sin duda a la novela acusaciones más duras, pero la autoafirmación que implica el irrenunciable propósito de felicidad, hace de Jane un modelo peligroso para la sociedad de su tiempo. Fundamentalmente por esto último, que no es poco, creemos que el concepto de mujer que Jane encarna significa un paso adelante, modesto si se quiere, pero paso al fin, en el largo camino de la emancipación femenina.

(6) En su introducción a *Jane Eyre* (London: Penguin Books, 1976), pág. 8, Q.D. Leavis afirma que las obras de Charlotte Brontë surgen de la apasionada necesidad de demostrar «that a good life for a woman, no less than for a man, is a satisfied one».

BIBLIOGRAFIA

- ABRAMS, M.H., DONALDSON, E.T., SMITH, H., ADAMS, R.M., MONK, S.H., LIPKING, L., FORD, G.H., DAICHES, D., eds., *The Norton Anthology of English Literature*, 2 vols. (New York: Norton and Company, 1974).
- ACTON, William, *Prostitution, Considered in its Moral, Social and Sanitary Aspects, in London and Other Large Cities* (London: Houlston and Wright, 1857).
- , *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs* (London: Houlston and Wright, 1857).
- ADAMSON, John W., «Education in the 19th Century», *The Cambridge History of English Literature*, vol. 14. (Cambridge: Cambridge University Press, 1916).
- ALLOT, Miriam, ed. *Jane Eyre and Villette. A Selection of Critical Essays* (London: The Macmillan Press Ltd., 1973).
- , *The Brontës: The Critical Heritage* (London: Routledge and Kegan Paul, 1974).
- ALTICK, Richard, *The English Common Reader. A Social History of the Mass Reading Public 1800-1900* (Chicago: The University of Chicago Press, 1957).
- , *Victorian Studies in Scarlet* (New York: Norton and Company, 1970).
- ANONIMO, «A Few Words on Imprudent Marriages», *The Ladies' Companion at Home and Abroad*, vol. I (April, 1850), 264-265.
- , «An Evening's Gossip on New Novels», *Dublin University Magazine*, XXXI (May, 1848), 608-614.
- , *Etiquette of Courtship and Marriage* (London: David Bogue, 1844).
- , «Governesses», *Eliza Cook's Journal*, 20 (September, 1849), 305-307.

- , «Jane Eyre», *Christian Remembrancer*, XV (1848), 369-409.
- , *Prudent Marriages and their Effects on Posterity; Or a Father's Advice to his Daughter Against Forming an Alliance with a Plain and Sickly Family* (London: Houlston and Wright, 1858).
- , «Queen's College London», *The Quarterly Review*, LXXXVI (March, 1850), 374-383.
- , *The Female Instructor or Young Woman's Companion: Being a Guide to All the Accomplishments Which Adorn the Female Character* (Liverpool: Nuttall-Fisher, 1815).
- , *The Female Instructor, or Young Woman's Companion, and Guide to Domestic Happiness, Being an Epitome of All the Acquirements Necessary to Form the Female Character in Every Class of Life, With Examples of Illustrious Women* (London: Tho. Kelly, 1824).
- , «The Vocation of Women», *Eliza Cook's Journal*, 56 (May, 1850), 59-63.
- , «Treatment of Women», *Eliza Cook's Journal*, 5 (August, 1851), 225-227.
- , «Women and her Social Position», *The Westminster Review*, XXXV (January, 1841), 24-52.
- , «Women Artists», *The Westminster Review*, XIV (July, 1858), 173-185.

AUSTEN, Jane, *Emma* (London: Penguin Books, 1976).

BAGEHOT, Walter, *Works*, ed. Forrest Morgan, 5 vols. (Hartford, Conn., 1891).

BAILEY, Peter, *Leisure and Class in Victorian England* (London: Routledge and Kegan, 1978).

BAKER, Ernest A., *The History of the English Novel*, 10 vols. (London: H.F.G. Witherby Ltd., 1937).

BALD, Marjory A., *Women Writers of the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1923).

BASCH, Françoise, *Relative Creatuaries. Victorian Women in Society and the Novel* (London: Allen Lane, Penguin Books, 1974).

BAYNE, Peter, *Two Great English Women: Mrs. Browning and Charlotte Brontë; With an Essay on Poetry* (London: James Clarke, 1881).

BEALES, H.L., *Ideas and Beliefs of the Victorians. An Historic Revaluation of the Victorian Age* (London: Sylvan Press, 1949).

BEAUVOIR, Simón de, *El Segundo Sexo*, 2 vols. (Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte, 1972).

BEER, Patricia, *Reader, I Married Him. A Study of the Women Characters of Jane Austen, Charlotte Brontë, Elizabeth Gaskell*

- and George Eliot (London: Macmillan Press Ltd., 1977).
- BENSON, E.F., *Charlotte Brontë* (London: Longman, 1932).
- BENTLEY, Phyllis, *The Brontës and their World* (Norwich: Thames and Hudson, 1978).
- BERGERON, L., FURET, F., KOSELLECT, R., *La Epoca de las Revoluciones Europeas 1780-1848*, vol. 26. (Madrid: Historia Universal Siglo XXI, 1978).
- BJORK, Harriet, «The Language of Truth. Charlotte Brontë, the Woman Question, and the Novel», *Lund Studies in English*, 47 (Lund, 1974), 1-155.
- BLACK Helen C., *Notable Women. Authors of the Day* (Glasgow: David Bryce and Son, 1893).
- BLESSINGTON, Countess of, *The Governess*, 2 vols. (London: Longman, 1839).
- BLOM, Margaret H., *Charlotte Brontë* (Boston: Twayne Publishers, 1977).
- BONNELL, Henry H., *Charlotte Brontë, Jane Austen, George Eliot, Studies in their Works* (London: Longman, Green and CO, 1902).
- BRANCA, Patricia, *Women in Europe since 1750* (London: Croom Helm, 1978).
- BRIGGS, Asa, *The Age of Improvement 1783-1867* (London: Longman, 1983, first published 1959).
- , ed., *The Nineteenth Century. The Contradictions of Progress* (London: Thames and Hudson, 1970).
- , *Victorian People. A Reassessment of Persons and Themes 1851-67* (London: Penguin Books, 1977, first published by Odhams Press, 1954).
- BRONTË, Charlotte, *An Account of her Honeymoon, by Charlotte Brontë* (Leeds: The Brotherton Library, private circulation, 1930).
- , *Five Novelettes*, Winifred Gerin, ed., (London: The Folio Press, 1971).
- , *Jane Eyre*, edited with an Introduction and Notes by Q.D. Leavis (London: Penguin Books, 1976).
- , *Jane Eyre*, edited with an Introduction by Margaret Smith (London: Oxford University Press, 1980).
- , *Jane Eyre*, Introduction by Mark Schorer (Massachusetts: The Riverside Press, 1959).
- , *Jane Eyre*, Introduction by C.K. Shorter (London: G. Bell and Sons, 1911).

- , *Legends of Angria*, Compiled by F.E. Ratchford and W.C. De Vane (New Haven: Yale University Press, 1933).
- , *Shirley*, Introduction by May Sinclair (London: Everyman's Library, 1908).
- , *Shirley*, Introduction by Margaret Lane (London: Everyman's Library, 1975).
- , «The Lost Letters. Charlotte Brontë's Tragedy», Text and Translation by Marion H. Spielmann, *The Times* (Tuesday, July 29, 1913), 9-11.
- , *The Professor* (London: Oxford University Press, 1967).
- , *Villette*, Introduction by Tony Tanner (London: Penguin Books, 1979).
- BUCKLEY, Jerome H., *The Victorian Temper. A Study in Literary Culture* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981, first published by Harvard University Press, 1951).
- , ed., *The Worlds of Victorian Fiction*, Harvard English Studies 6 (Cambridge Mass. and London: Harvard University Press, 1977).
- BUTLER, Marilyn, *Romantic, Rebels and Reactionaries* (Oxford: Oxford University Press, 1981).
- CALDER Jenni, *Women and Marriage in Victorian Fiction* (London: Thames and Hudson, 1976).
- CECIL, Lord Edward, *Early Victorian Novelists. Essays in Revaluation* (London: Constable and Co., 1980, first published, 1934).
- CLARK, G. Kitson, *The Making of Victorian England* (Bristol: Methuen, University Paperback, 1965, reprinted 1980).
- COBBE, Frances Power, *Life of Frances Power Cobbe by Herself*, 2 vols. (London: Richard Bentley, 1894).
- CORNILLON, Susan K., *Images of Women in Fiction: Feminist Perspectives* (Bowling Green, Ohio: Bowling Green University Popular Press, 1972).
- COURTNEY, William L., *The Feminine Note in Fiction* (London: Chapman and Hall, 1904).
- CRAWLEY, Charles W., «Guerra y Paz en Tiempos de Revolución 1793-1830», *Historia del Mundo Moderno*, tomo IX (Barcelona: Sopena-Cambridge University Press, 1971).
- CRUSE, Amy, *The Victorians and their Books* (London: Allen and Unwin, 1935).
- CUDDEFORD, G.M., *Women and Society. From Victorian Times to the Present Day* (London: Hamish and Hamilton, 1967).

- CUNNIGHAM, Gail, *The New Woman and the Victorian Novel* (London: Macmillan, 1978).
- CHASE, Richard, *The Brontës or Myth Domesticated in Jane Eyre*, ed., Richard J. Dunn (New York: Norton, 1971).
- DECKER, Clarence R., *The Victorian Conscience* (Westport: Greenwood Press, 1977, first published by Twayne Publishers, 1952).
- DELAMONT, Sara and DUFFIN, Lorna, eds., *The Nineteenth-Century Woman. Her Cultural and Physical World* (London: Croom Helm, 1978).
- DICKENS, Charles, *Great Expectations* (London: Penguin Books, 1970).
- , *The Life and Adventures of Martin Chuzzlewit* (London: Penguin Books, 1982).
- DRY, Florence S., *The Sources of Jane Eyre* (Cambridge: W. Heffer and Sons, 1973).
- DRYSDALE George R., *The Elements of Social Science or, Physical, Sexual, and Natural Religion. An Exposition of the True Cause and Only Cure of Poverty, Prostitution, and Celibacy. By a Doctor of Medicine* (London, 1854).
- DUNBAR, Janet, *The Early Victorian Woman. Some Aspects of her Life (1837-57)* (Westport: Hyperion Press, 1979, first published by Harrap, 1953).
- EAGLETON, Terry, *Myths of Power. A Marxist Study of the Brontës* (London: Macmillan Press, 1975).
- ELIOT, George, «Silly Novels by Lady Novelists», *The Westminster Review*, New Series, X (October, 1856), 442-461.
- ELLIS, Sarah, *The Daughters of England* (London: Fisher, Son and Co., 1845).
- , *The Mothers of England. Their Influence and Responsibility* (London: Fisher, Son and Co., 1843).
- , *The Wives of England. Their Relative Duties, Domestic Influence, and Social Obligations* (London: Fisher, Son and Co., 1843).
- EVANS, Barbara and GARETH LL., *Everyman's Companion to the Brontës* (London: J.M. Dent and Sons Ltd., 1982).
- EWBANK, Inga-Stina, *Their Proper Sphere: A Study of the Brontë Sisters as Early Victorian Novelists* (London: Edward Arnold, 1966).
- FERNANDEZ Mistal, Purificación, *Charlotte Brontë y la tradición puritana* (Valladolid: Secretariado de Publicaciones Universidad Valladolid, 1986).

- FIGES, Eva, *Sex and Subterfuge, Women Writers to 1850* (London: Macmillan Press, 1982).
- FORÇADE, Eugene de, «Jane Eyre», *Revue des Deux Mondes*, tomo 4 (October, 1848), 471-494.
- FOSTER, Jeannette H., *Sex Variant Women in Literature. A Historical and Quantitative Survey* (London: Frederick Muller Ltd., 1958).
- FREELING, Arthur, *The Young Bride's Book, Being Hints for Regulating the Conduct of Married Women, with Few Medical Axioms* (London: Henry Washbourne, 1939).
- GARCIA-DONCEL H., M^a del Rosario, «Mary Wollstonecraft: Pionera del Movimiento Feminista en Inglaterra», *Gades*, 6 (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1980), 79-87.
- GARCIA TORTOSA, Francisco, «Caracterización de los distintos niveles de habla en Shirley», *E.S.* (Valladolid: Publicaciones del departamento de Inglés de la Universidad de Valladolid, 1977).
- GASKELL, Elizabeth, *Mary Barton* (London: Penguin Books, 1977).
- , *The Life of Charlotte Brontë* (London: Penguin Books, 1977, first published 1857).
- GERIN, Winifred, *Charlotte Brontë: The Evolution of Genius* (London: Oxford University Press, 1967).
- GILBERT, Sandra M., and GUBAR, Susan, *The Madwoman in the Attic. The Woman Writer and the Nineteenth Century Literary Imagination* (New Haven and London: Yale University Press, 1979).
- GOLDFARB, Russell M., *Sexual Repression and Victorian Literature* (Lewisburg: Bucknell University Press, 1970).
- GORHAM, Deborah, *The Victorian Girl and the Feminine Ideal* (London: Croom Helm, 1982).
- GOSSE, Edmund, *The Challenge of the Brontës* (London, printed for private distribution, 1903).
- GREENWELL, Dora, «Our Single Woman», *North British Review*, XXXVI (February, 1862), 62-87.
- GREG, William Rathbone, *The Great Sin of Great Cities* (London, 1853). Este libro fue publicado como anónimo pero en el catálogo de la biblioteca del Museo Británico aparece atribuido a William R. Greg.
- , «Prostitution», *The Westminster Review*, 53 (1850), 448-506.
- GREGOR Ian, ed., *Reading the Victorian Novel: Detail into Form* (London: Vision Press, 1980).
- , ed., *The Brontës. A Collection of Critical Essays* (Eglewood Cliffs: Prentice Hall International, 1970).

- GREGORY, John, *A Father's Legacy to his Daughters* (London: W. Stranhan, 1774).
- HAMILTON, Catharine J., *Women Writers: Their Works and Ways* (London: Lock, Bowden and Co., 1892).
- HAMILTON, Cicely M., *Marriage as a Trade* (London: Chapman and Hall, 1909).
- HAMMOND, J.L. and B., *The Age of the Chartists 1832-1854. A Study of Discontent* (Hamden: Archon Books, 1962, first published 1930).
- HARDY, Barbara, *The Appropriate Form, An Essay on the Novel* (London: University of London, The Athlone Press, 1964).
- , *Jane Eyre* (Oxford: Basil Blackwell, 1964).
- HAYES, C.J.H., *Historia Política y Cultural de la Europa Moderna*, vol. II (Barcelona: ed., Juventud, 1968).
- HEARDER, H., *Europa en el Siglo XIX, desde 1830 hasta 1880* (Valencia: Aguilar, 1973).
- HILL, Georgina, *Women in English Life* (London: Richard Bentley, 1896).
- HOLCOMBE, Lee, *Wives and Property, Reform of the Married Women's Property Law in the Nineteenth-Century England* (Oxford: Martin Robertson, 1983).
- HOLLIS, Patricia, ed., *Class and Conflict in Nineteenth-Century England 1815-1850* (London: Routledge and Kegan Paul, 1973).
- HOUGHTON, Walter E., *The Victorian Frame of Mind 1830-1870* (New Haven: Yale University Press, 1978, first published 1957).
- JACK, Ian, «Physiognomy, Phrenology and Characterization in the Novels of Charlotte Brontë», *Brontë Society Transactions*, n° 5, vol. 15 (May, 1970), 377-391.
- KAMM, Josephine, *Hope Deferred-Girls' Education in English History* (London: Methuen, 1965).
- KAYE, J.W., «Employment of Women», *North British Review*, XXVI (February, 1857), 291-338.
- KEY, Ellen, *The Woman Movement* (London: G.P. Putnam's and Sons, 1912).
- KROEBER, Karl, *Styles in Fictional Structure. The Art of Jane Austen, Charlotte Brontë, George Eliot* (Princeton: Princeton University Press, 1971).
- LANE, Margaret, *The Brontë Story* (Westport: Greenwood Press, 1971).

- LERNER, Laurence, ed., *The Context of English Literature. The Victorians* (London: Methuen and Co., 1978).
- LEVINE, Richard A., *Background to Victorian Literature* (San Francisco: Chandler, 1967).
- LEWES, George H., «Shirley», *The Edinburgh Review*, XCI (January, 1850), 153-173.
- , «Jane Eyre», *Fraser's Magazine*, XXXVI (December, 1847), 686-695.
- LEWINSOHN, Richard, *A History of Sexual Customs*, Transl. by Alexander Mayce (New York: Harper, 1958).
- LEWIS, Sarah, «Woman's Mission», *The Westminster Review*, (1850), 352-378.
- LINTON, Ralph, *The Study of Man* (New York: Appleton Century Crofts Inc., 1936).
- LONGFORD, Elizabeth, *Eminent Victorian Women* (London: Papermac, 1982).
- MACKENZIE, William B., *Married Life: Its Duties, Trials, Joys* (London: J.H. Jackson, 1852).
- MARCUS, Steven, *The Other Victorians* (New York: Basic Books, 1966).
- MARTIN, Hazel, *Petticoat Rebels: A Study of the Novels of Social Protest of George Eliot, Elizabeth Gaskell, and Charlotte Brontë* (New York: Helios, 1968).
- MARTIN, Robert, *The Accents of Persuasion: Charlotte Brontë Novels* (London: Faber and Faber, 1966).
- MARTINEAU, Harriet, «Middle-Class Education in England-Girls», *The Cornhill Magazine*, X (November, 1864), 549-568.
- MASEFIELD, Muriel, *Women Novelists from Fanny Burney to George Eliot* (London: Nicholson and Watson, 1934).
- MAYHEW, Henry and Augustus, *Whom to Marry and How to Get Married. Or the Adventures of a Lady in Search of a Good Husband* (London: David Bogue, 1848).
- MAYNARD, John, *Charlotte Brontë and Sexuality* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984).
- MILL, John Stuart, *On Liberty, Representative Government, the Subjection of Women* (London: World's Classics, 1912).
- MILLETT, Kate, *Sexual Politics* (London: Virago, 1985).
- MITCHELL, J. and OAKLEY A., eds., *The Rights and Wrongs of Women* (London: Penguin Books, 1976).
- MOGLEN, Helene, *Charlotte Brontë. The Self Conceived* (New York: The Norton Library, 1978).

- MORE, Hannah, *Essays on Various Subjects. Principally Designed for Young Ladies* (London: W. Strahan, 1777).
- MULOCK, Dinah María, *A Woman's Thoughts about Women* (Leipzig: B. Tauchnitz, 1860).
- MURRAY, Janet, *Strong Minded Women and Other Last Voices from Nineteenth Century England* (London: Penguin, 1984).
- NEFF, Wanda F., *Victorian Working Women. An Historical and Literary Study of Women in British Industries and Professions* (London: George Allen and Unwin, 1929).
- OLIPHANT, Margaret, «Jane Eyre», *Blackwood's Magazine*, LXXVII (May, 1855), 557-559.
- PALMADE, Guy, *La Epoca de la Burguesía*, vol. 27 (Madrid: Historia Universal Siglo XXI, 1976).
- PALMEGIANO, Eugenia M., *Women and British Periodicals 1832-1867. A Bibliography* (New York: Garland Publishing, 1976).
- PATMORE, Coventry, «The Angel in the House (1854-1856)», *Poems*, ed., Frederick Page (London and New York, 1949).
- PERKINS, Jane G., *The Life of Mrs. Norton* (London: Murray, 1909).
- PETERS, Margot, *Unquiet Soul. A Biography of Charlotte Brontë* (London: Hodder and Stoughton, 1975).
- PINION, F.B., *A Brontë Companion. Literary Assessment, Background and Reference* (Bristol: The Macmillan Press, 1975).
- PRESCOTT, Joseph, «Jane Eyre: A Romantic Exemplum with a Difference», *Twelve Original Essays on Great English Novels*, ed., Charles Shapiro (Detroit: Wayne State University Press, 1960).
- RATCHFORD, Fannie, *The Brontë's Web of Childhood* (New York: Russell and Russell, 1964).
- RAY, Gordon N. ed., *The Letters and Private Papers of William Makepeace Thackeray*, 4 vols. (Cambridge: Cambridge University Press, 1946).
- RAYMOND, Ernest, *In the Steps of the Brontës* (London: Rich and Cowan, 1948).
- REID, Marion, *A Plea for Woman: Being a Vindication of her Natural Sphere of Action* (London and Edinburgh, 1843).
- RIGBY, Elizabeth, «Vanity Fair, Jane Eyre and the Governesses' Benevolent Institution. Report for 1847», *The Westminster Review*, LXXXIV (December, 1848), 153-185.
- ROWBOTHAM, Sheila, *Hidden from History: 300 Years of Women's Oppression and the Fight Against it* (London: Pluto Press, 1977).

- RUSKIN, John, *Works*, E.T. Cook and A.D.O. Wedderburn eds., 39 vols. (London, 1902-1912).
- SCARGILL, M.H., «All Passion Spent: A Revaluation of Jane Eyre», University of Toronto, Quarterly, vol. XIX, n° 2 (January, 1950), 120-125.
- SENSEMAN, W.H., «Charlotte Brontë's Use of Physiognomy and Phrenology», Papers of Michigan Academy of Science, Arts and Letters, 38, 1953.
- SHEPHEARD, M.A., *A Vindication of the Clergy Daughter's School, and of the Rev. W. Carus Wilson, from the Remarks in «The Life of Charlotte Brontë»* (London: Robert Morphet, 1857).
- SHERRY, Norman, *Charlotte and Emily Brontë* (London: Evans Brothers Limited, 1969).
- SHORTER, Clement King, *Charlotte Brontë and her Circle* (London: Hodder and Stoughton, 1896).
- , *The Brontës: Life and Letters*, 2 vols. (London: Hodder and Stoughton, 1908).
- , *The Life and Works of Charlotte Brontë and her Sisters*, The Haworth Edition, 7 vols. (London: Smith and Elder, 1899).
- SHOWALTER, Elaine, *A Literature of their Own. British Women Novelists from Brontë to Lessing* (New Jersey, Princeton: Princeton University Press, 1977).
- SINCLAIR, May, *The Three Brontës* (London: Hutchinson, 1912).
- SPACKS, Patricia, M., *The Female Imagination. A Literary and Psychological Investigation of Women's Writing* (London: George Allen and Unwin, 1976).
- STEVENSON, L., *Victorian Fiction, A Guide to Research* (Cambridge, Mass. and London: Harvard University Press, 1964).
- STONE, Lawrence, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800* (London: Penguin Books, 1977).
- STRACHEY, Lytton, *Eminent Victorians* (London: Penguin, 1984, first published 1918).
- STRACHEY, Ray, *The Cause. A Short History of the Women's Movement in Great Britain* (London: Virago, 1978).
- THACKERAY, William M., *The Virginians. A Tale of the Last Century* (London: J.M. Dent and Sons Ltd., 1951).
- , *Vanity Fair* (London: Penguin Books, 1979).
- THOMPSON, E.P., *The Making of the English Working Class* (London: Penguin Books, 1984).
- THOMPSON, William, *Appeal of One Half the Human Race, Women, Against the Pretensions of the Other Half, Men, to Retain*

- them in *Political, and thence in Civil and Domestic Slavery* (London: Virago Press, 1983, first published 1825).
- THOMSON, Patricia, *The Victorian Heroine: A Changing Ideal, 1837-1873* (Westport: Greenwood Press, 1978).
- TILLOTSON, Geoffrey, *A View of Victorian Literature* (Oxford: Oxford University Press, 1978).
- TILLOTSON, Kathleen, *Novels of the Eighteen-Forties* (Oxford: Clarendon Press, 1971).
- TOMALIN, Claire, *The Life and Death of Mary Wollstonecraft* (London: Penguin Books, 1977).
- TREVELYAN, George M., *Illustrated English Social History*, vol. 4 (London: Penguin Books, 1964).
- TUERBURY, John P., «El Cenit del Poder Europeo 1830-1870», *Historia del Mundo Moderno*, tomo X (Barcelona: Cambridge University Press-Sopena, 1980).
- UTTER, Robert P., and NEEDHAM, G.B., *Pamela's Daughters* (London: Lovat Dickson, 1937).
- VICINUS, Martha, ed., *A Widening Sphere: Changing Roles of Victorian Women* (London: Methuen, 1980).
- , ed., *Suffer and Be Still. Women in the Victorian Age* (Bloomington and London: Indiana University Press, 1973).
- WALVIN, James, *Leisure and Society 1830-1950* (London: Longman, 1978).
- WEBER, Max, *La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo* (Barcelona: Península, 1969).
- WEST, Katharine, *Chapter of Governessess. A Study of the Governess in English Fiction 1800-1949* (London: Cohen and West Ltd., 1949).
- WHIPPLE, Edwin Percy, «Novels of the Season», *North American Review*, CXLI (October, 1848), 354-369.
- WILLS, Jack, C., «The Shrine of Truth: An Approach to the Works of Charlotte Brontë», *Brontë Society Transactions*, n° 5, vol. 15 (May, 1970), 392-399.
- WINNIFRITH, Tom, *The Brontës and their Background. Romance and Reality* (London: Macmillan Press, 1977).
- WISE, Thomas J., and J.A. SYMINGTON, eds., *The Brontës: Their Lives, Friendships and Correspondance*, 4 vols. (Oxford: Basil Blackwell, 1932).
- , eds., *The Poems of Charlotte and Patrick Branwell Brontë* (New York: Oxford University Press, 1934).
- WOLLSTONECRAFT, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman* (New York: The Norton Library, 1967, first published 1792).

- WOOLF, Virginia, *A Room of One's Own* (London: Granada Publishing limited, 1977).
- , «Jane Eyre and Wuthering Heights», *The Common Reader*, first series (London: The Hogarth Press, 1974), 196-205.
- , «Las Mujeres en la Narrativa», *Camp de L'arpa*, nº 47 (Barcelona, 1978), 9-15.
- , *Women and Writing* (London: The Women's Press, 1979).
- YONGE, Charlotte, *Women Novelists of Queen Victoria's Reign* (London: Horst and Blackett, 1897).
- YOUNG, G.M., *Victorian England. Portrait of An Age* (Oxford: Oxford University Press, 1983, first published 1936).
- ZOZAYA, M^a Pilar, *El Sirviente Inglés. Apogeo y Declive* (Barcelona: Publicaciones Universitat de Barcelona, 1982).

